



Autora best seller de The New York Times

SUSAN WIGGS

Entre nosotros

D.J.57

SUSAN
WIGGS
Entre nosotros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 Susan Wiggs
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Entre nosotros, n.º 247 - enero 2019
Título original: *Between You and Me*
Publicado originalmente por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
Traductor: Amparo Sánchez Hoyos

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con persona, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, TOP NOVEL y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-1307-531-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[UNO La cosecha](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[DOS El Match](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Dedicatoria

Dedicada a mi adorada hija, Elizabeth, que ojalá nunca deje atrás los cuentos de hadas. Te dedico este libro por razones tan profundas que dejaremos que todo quede entre tú y yo.

Prólogo

El día que naciste, cuando solo llevabas unas horas en este mundo, te metí en un viejo cajón de manzanas y te abandoné junto con un pedazo de mi corazón roto, como una ofrenda a un dios en el que no creía, pero en el que no me atrevía a no creer. Algunos dirán que fuiste un sacrificio humano, pero en ese momento yo me sentí como si el sacrificado fuera yo, no tú.

Porque en ese momento algo murió en mi interior.

Aunque era demasiado joven para saberlo, estaba sinceramente convencido de que te dejaba para que vivieras una vida mejor... no quería hacerlo, pero me asustaba lo que podría sucederme si no lo hacía.

Después de todo lo que habíamos pasado ese año, era lo bastante consciente como para darme cuenta de que mi juventud y mi ignorancia serían un peligro para ti, pero también era lo bastante listo como para saber qué debía hacer. Yo no sabía nada del mundo moderno, de la ciudad, de la ley, de los inexorables lazos que atan el corazón. Lo único que sabía era que estarías mejor si te aguardaba otro futuro. Con otra familia que te guiara. Viviendo una vida, lejos de Middle Grove.

Para entonces yo sabía muy bien lo que sucede en un hospital. Allí salvan a la gente. Me salvaron a mí. Por tanto te llevé a un lugar en el que sabía que te salvarían.

Por supuesto, eso no fue lo que se publicó. Las noticias se centraron en el aspecto más sensacionalista del caso, un bebé abandonado, un misterioso jeroglífico que resolver, un horrible secreto familiar oculto en el seno de una comunidad desconfiada y cerrada que se mantiene apartada del resto del mundo.

Pero la prensa no lo entendió.

UNO

La cosecha

AGOSTO

En su primera etapa, la dificultad es un milagro

Proverbio amish

Capítulo 1

El destello plateado de un avión brillaba en el cielo de la mañana. Caleb Stoltz se subió ligeramente el sombrero y lo observó pasar por encima de su cabeza. El avión brillaba sobre el immaculado fondo azul del verano como si se tratara de una rara joya, preciosa e inalcanzable.

—Mira, tío Caleb, pistas de avión —observó Jonah mientras señalaba las dos columnas blancas que cortaban el cielo tras el paso del avión.

Caleb sonrió a su sobrino y le entregó un cubo galvanizado, medio lleno de leche, que acababa de sacar del cobertizo de ordeño.

—Se llaman estelas de condensación. No la derrames —le advirtió—. Enseguida vuelvo para desayunar.

Acarreando el cubo, el niño se encaminó hacia la casa de listones de madera blancos, los sucios pies descalzos dejando huellas superficiales sobre la tierra seca. Las delgadas piernas de Jonah, bronceadas tras un verano dedicado a nadar en Crystal Falls, subiendo un buen trecho por el arroyo, sobresalían de manera cómica de los andrajosos pantalones negros, que hacía poco le habían quedado bien. Pero, con once años, el chico crecía como el maíz en pleno verano. Caleb iba a tener que pedirle a Hannah que le cosiera un nuevo par de pantalones antes del comienzo del colegio, en unas pocas semanas. De no ser por cómo veía crecer a los niños, no tendría noción del paso del tiempo.

En una granja lo que importaban eran las estaciones, no los años.

Caleb lavó el cobertizo de ordeño, el chorro de agua siseando sobre el suelo de cemento y mojándole las botas de faena. Cerró la manguera, la recogió y abandonó el cobertizo mientras miraba hacia arriba, al rastro de nubes algodonosas que se deshacían en el cielo. El avión hacía un buen rato que había desaparecido, dirigiéndose a Nueva York, o Bangkok o a algún otro lugar que Caleb no tenía ninguna esperanza de poder visitar jamás. Estudió la ruta de vuelo y se preguntó por qué se llamaba ruta cuando no había ningún camino visible,

nada que marcara el camino, salvo el aire invisible. La ruta solo podía verse una vez hubiera pasado el avión.

Si Rebecca estuviera allí con él, alzaría las cejas y lo reprendería por sus reflexiones ociosas. Y él la desafiaría a que le demostrara que los pensamientos podían ser ociosos, y ella frunciría el ceño en una expresión de incompreensión.

—Te lo juro, Caleb Stoltz —le diría antes de cambiar de tema. Así era ella.

Ah, Rebecca. Iba a ser lo más difícil de ese día. El problema le había estado preocupando demasiado tiempo ya. Había llegado la hora de dejar de aplazar lo inevitable. Se suponía que se entendían. Ella estaba convencida de que en cualquier momento recibiría el reloj de Caleb, el tradicional regalo de compromiso, y ella le ofrecería una tela bordada en señal de aceptación. Bautismo, matrimonio y familia le seguirían en poco tiempo. Aunque ella no mostraba especial inclinación hacia criar al sobrino y la sobrina de Caleb, ni de cuidar de su padre, estaba dispuesta a cumplir con su deber.

Caleb necesitaba reconocer la verdad que su corazón le gritaba desde el día en que los mayores de la iglesia le habían anunciado que debería casarse con Rebecca Zook. Y esa verdad iba a obligarle a una difícil conversación. Sentía un profundo y cálido cariño por Rebecca, pero no se trataba de un amor profundo, de esos que atan a un hombre y una mujer de por vida. Ni siquiera estaba seguro de que existiera esa clase de amor.

Y no sería justo darle falsas esperanzas.

De pie en el patio, echó un vistazo a la granja, fijándose en la extensión del amplio valle que descendía desde las montañas Pocono. Los campos eran un rico mosaico de maíz, trigo, alfalfa y centeno, esparcidos por las ondulantes colinas hasta donde alcanzaba la vista. A lo lejos, Eli Kemp y sus hijos segaban el trigo. Sus hoces se balanceaban al ritmo de una melodía que cantaban, el sonido viajando por todo el valle en el silencio de la mañana. Avanzaban por las hileras como una fila de laboriosas hormigas soldado mientras las horcas depositaban los tallos ordenadamente a un lado de la hilera. La mujer de Eli los seguía de cerca, haciendo los atadillos.

Así era Middle Grove, pensó Caleb. Fe, trabajo y familia, todo entrelazado y cosido con el habitual hilo de la devoción. Otros granjeros del distrito seguramente respirarían el cálido aire y ofrecerían una silenciosa plegaria. «Gracias por este día, Señor». Pero Caleb no. No desde hacía mucho, mucho tiempo.

Desde la granja vecina, el rugido de un motor hidráulico rasgó la quietud de la mañana, su tosido mecánico tapaba las canciones de los Kemp. Los Hauber se

preparaban para llenar el silo. La trituradora de motor diésel partiría el maíz para su almacenamiento en el silo.

Caleb iría a ayudarles después de hablar con Rebecca. Mientras tanto se mantendría ocupado. Le gustaba estar ocupado. Le impedía pensar demasiado en las cosas. Ya había salido el sol, había tareas que hacer, y el trabajo avanzaba rápido cuando los vecinos se ayudaban.

Se quitó el sombrero y se secó el sudor de la frente antes de entrar en la casa. A pesar de las ventanas abiertas, en la cocina hacía mucho calor. La puerta de hierro de la vieja cocina bostezó ruidosamente en una metálica protesta cuando su sobrina, Hannah, añadió leña para preparar el café. El humo del fuego y el de las tostadas quemadas envolvían la estancia en una bruma gris.

—Hannah ha vuelto a quemar las tostadas —anunció Jonah, innecesariamente.

Su hermana, que tenía dieciséis años y era tan incomprensible para el muchacho como una forma de vida alienígena de una novela de ciencia ficción, apoyó los puños sobre las caderas.

—No habría quemado nada si no hubieras dejado caer la leche —contestó ella, mirando furiosa y acusadoramente hacia un charco blanco azulado sobre el gastado suelo de linóleo.

—Bueno, no se me habría caído si no me hubieses llamado «bebé llorica».

—Es que lo eres —respondió ella—. Siempre estás haciendo pucheros.

—Ya. Cuando te cases y tengas un bebé de verdad, sabrás lo que es eso.

—Eh, eh —Caleb levantó una mano para pedir silencio—. Aún no son las siete de la mañana y ya estáis peleando.

—Pero es que ella me llamó...

—Ya basta, Jonah —Caleb no alzó la voz, pero la firmeza de su tono acabó con la insolencia del muchacho. Los hermanos se peleaban mucho, pero también estaban unidos por un fuerte vínculo. Huérfanos tras un horrible desastre, compartían una sensación de vulnerabilidad que les hacía mantenerse unidos, más que la mayoría de hermanos—. ¿Habéis comido algo?

—Ha vuelto a mezclar los cereales con uvas —contestó Hannah—. Es asqueroso.

La extraña costumbre de Jonah de mezclar gelatina de uva con cereales siempre asqueaba a su hermana.

—Es mejor que quemar las... —al ver la mirada de advertencia de su tío, Jonah cerró la boca.

—Vete a casa de los Hauber —les ordenó Caleb—. Diles que enseguida voy.

—De acuerdo —Jonah se puso el sombrero y se dirigió hacia la puerta.

—Ten cuidado cuando te acerques a las máquinas, ¿me oyes? —le advirtió Caleb mientras pensaba en las afiladas cuchillas de la trituradora y la potente barrena en el fondo del silo.

—No te preocupes, llevo ayudando desde que le llegaba a los saltamontes a la altura de la rodilla —contestó el crío con una descarada sonrisa, la que siempre conseguía que Caleb dejara de sentirse irritado—. ¡Oh! Casi me olvido de mi penique de la suerte —subió corriendo a la habitación y regresó con su amuleto.

Se trataba de un penique aplastado en una prensa de peniques del viejo aserradero de Blakeslee, un recuerdo del único viaje que había hecho Jonah fuera de Middle Grove. El niño guardó la moneda en un bolsillo y abrió la puerta de mosquitera.

—Hasta la hora de comer —se despidió Caleb.

—De acuerdo.

—Y no cierres de un...

La puerta se cerró de un portazo.

—Portazo —Caleb concluyó la frase mientras sacudía la cabeza.

Hannah seguía recogiendo la leche mientras Caleb se lavaba en el fregadero de la cocina. Por la ventana vio a Jonah atravesar el campo, corriendo como una liebre, hasta el silo. Jubilee, el collie mestizo que seguía a ese chico a todas partes, corría a su lado. Con un repentino salto, Jonah se impulsó en el aire y aterrizó con las manos sobre la tierra mientras las piernas y los pies descalzos volaban por encima de su cabeza en una impresionante voltereta. Era la especialidad del chico, el ágil cuerpecillo infantil exudando pura felicidad, quizás su manera de abrazar una mañana de verano perfecta.

En la cocina se instaló un incómodo silencio, tan espeso como el humo. Últimamente, Caleb no sabía cómo hablar con su huraña sobrina. Era muy pequeña cuando él había abandonado Middle Grove, acompañado de la furiosa sombra de desaprobación de los mayores. Su intención había sido encontrar una vida lejos de la comunidad, pero había regresado, arrastrado por una terrible tragedia. Y, para entonces, Hannah se había convertido en una flacucha y nerviosa jovencita de doce años, atormentada por las pesadillas sobre sus padres asesinados.

Y esa sobrina se había convertido en una extraña, la única chica en una casa de hombres, sin una mano femenina para guiarla. Solo Caleb, que no estaba preparado para tratar con ella, y su padre, Asa, un hombre que se aferraba con puño de hierro a las viejas costumbres. Algunas de las amigas de Hannah ya

estaban siendo bautizadas y prometidas a los jóvenes. Pero él era incapaz de imaginarse a su sobrinita como esposa y madre.

Tras terminar de lavarse las manos y secarlas, preparó una bandeja con el desayuno de su padre y se lo dejó, como de costumbre, sobre la mesa. Asa siempre se levantaba temprano para leer *Die Botschaft*, en el tranquilo cuarto de herramientas junto a la casa. Caleb abrió un armario y sacó un fajo de dinero de la lata de café, doblando los billetes en su billetera. Cuando terminara las tareas, y después de hablar con Rebecca, tenía intención de acercarse a la granja Grantham y comprar un caballo nuevo. Baudouin, el robusto belga, ya estaba viejo. Ya había dado todo lo que tenía, y se había ganado una bien merecida jubilación entre los pastos y, por tanto, Caleb necesitaba sustituirlo. Conducía un coche de caballos de tiro para ganarse algún dinero extra que le permitiera hacer frente a los gastos de la granja. Su tiro era muy solicitado, sobre todo en invierno, cuando los coches se quedaban atascados y había que retirar árboles caídos en medio del camino. Era impresionante lo mucho que los ingleses necesitaban arrastrar.

Mirando de nuevo por la ventana, vio a Jonah trepar como un monito por la cinta transportadora para alimentar la trituradora con los atados de maíz. Al muchacho le encantaba subirse a sitios altos y siempre se ofrecía voluntario. A Caleb también le había gustado esa tarea. El mundo tenía un aspecto totalmente diferente cuando se contemplaba desde la entrada alta del silo. Siempre se imaginaba la escena de la torre de *El Señor de los Anillos*, una novela prohibida que en una ocasión le había granjeado una buena tunda de su padre, que le había pillado leyéndola. Mientras alimentaba la trituradora con los tallos de maíz, solía imaginarse que las resplandecientes y rechinantes cuchillas eran las fauces de un feroz dragón que guardaba la torre.

—Siento lo de la tostada, tío Caleb —se disculpó Hannah mientras retiraba los restos carbonizados de la parrilla.

—No pasa nada —para aligerar el momento, él tomó un pedazo y le dio un buen mordisco, cerró los ojos y fingió saborearlo—. Ah —anunció—. Pura ambrosía.

—Oh, tío Caleb —ella rio—. Qué tonto eres.

—¿Quién es tonto? —Caleb se tragó como pudo el resto de la tostada y sonrió, mostrando unos dientes negros.

—De todos modos, ¿qué es ambrosía? Desde luego siempre utilizas unas palabras muy difíciles.

—Es lo que comían los dioses de la mitología griega —le explicó él—. De

modo que supongo que significa algo lo bastante bueno como para servir de alimento a los dioses.

La chica dio un respingo ante la mención de los dioses, otro tema prohibido, antes de limpiar las migas de tostada de la encimera.

—Qué listo eres.

—Conocer el significado de una palabra no me convierte en listo.

—Pues claro que sí. Le oí decir a Rebecca que te habías marchado de aquí y regresado más listo, y que por eso aún no te habías unido a la orden, porque tu cabeza está llena de engreídas tonterías inglesas.

—A Rebecca le gusta escucharse a sí misma —ante la mención de su nombre, Caleb sintió un hilillo de sudor bajarle por la nuca.

La convicción de Rebecca de que el tiempo que había pasado lejos de allí le había vuelto orgulloso era otro motivo por el que no hacían una buena pareja. Obtener una educación no convertía a un hombre en orgulloso. Más bien lo volvía humilde.

Durante el tiempo que había estado alejado de allí, Caleb había hecho lo impensable. En contra de todos los principios de los amish, había asistido a la universidad. La educación tradicional de ocho cursos le había dejado el alma sedienta y había buscado los libros y el saber como un hombre sediento de limonada en un caluroso día de agosto. Cada día solía recorrer más de veinte kilómetros en bicicleta para asistir a clases en la universidad local, empapándose de lecciones de historia, filosofía, lógica, cálculo, y la clase de ciencia que no tenía nada que ver con la productividad de la cosecha o el cuidado del ganado. Había sido toda una lección de humildad descubrir lo mucho que desconocía sobre el mundo, lo mucho que aún le quedaba por aprender. Y no había hecho más que empezar cuando había tenido que regresar. Últimamente pensaba mucho en ese mundo que había descubierto más allá de Middle Grove, reluciente como una quimera en el horizonte, fuera de su alcance y, sin embargo, tentadoramente real.

Hannah terminó de recoger la cocina, a su manera descuidada y despreocupada. Cuando apareciera el padre de Caleb, sin duda iba a señalar todas las migas en el suelo y los paños de cocina tirados sobre la encimera. Seguramente también frunciría el ceño al contemplar su bandeja del desayuno y haría la observación de que una familia amish como debía ser, partía el pan en torno a la mesa, todos juntos, los rostros lavados iluminados por la inspiración de una silenciosa plegaria antes de dar cuenta de las tortas calientes con mermelada de bayas y gruesas lonchas de jamón salado.

Pero ellos no eran como las demás familias, y Caleb no podía hacer más.

—¿Tío Caleb?

Él se volvió ante el inseguro tono de voz de Hannah. Para su sorpresa, las mejillas de la muchacha habían adquirido un tono rojo que destacaba contra las cintas de su *kapp* o cofia amish negra.

—¿Qué quieres, *liebchen*? —preguntó utilizando la vieja palabra de cariño que, esperaba, le resultara reconfortante.

—Hay, eh, una noche de cantos el domingo por la noche en el gran salón —le contó ella—. Me preguntaba si podría asistir.

—Pues yo supongo que sí —contestó su tío.

Las cantos se celebraban en la iglesia, los domingos después del servicio. Los adultos se marchaban y los jóvenes se reunían en torno a la mesa y cantaban, no los lentos cánticos matinales destinados a la devoción, sino los más animados, destinados a hacer que los chicos hablaran entre ellos. En realidad, «hablar», significaba medirse, porque la meta era que los jóvenes se iniciaran en el arte del cortejo. Podía parecer algo artificioso, pero no más que un baile de instituto en el mundo exterior.

—De acuerdo entonces —contestó Hannah mientras agitaba las manos y miraba de un lado a otro.

—¿Algo más? —preguntó Caleb.

—¿Puedo volver a casa en la calesa de Aaron Graber? —pidió ella apresuradamente.

Caleb sintió una desagradable punzada en las entrañas. Aaron Graber, pensó. A Caleb no le gustaba mucho la idea de la pequeña Hannah correteando por ahí con un chico, sobre todo ese, de manos demasiado ágiles y que miraba a las chicas como el zorro mira a las gallinas.

Un ladrido, distante y nervioso, entró por la ventana, pero Caleb solo prestaba atención a su sobrina. Aquello era un asunto muy grande. La niña quería ser cortejada. Su pequeña Hannah. Parecía que no había pasado nada de tiempo desde que le había enseñado a golpear la pelota en el softball, desde que la hacía reír con sus estúpidas bromas. ¿Dónde estaba esa Hannah?

—Bueno —contestó él—, no creo que...

—Por favor, tío Caleb —suplicó ella—. Me lo pidió especialmente.

Antes de que pudiera responder, la puerta de la cocina se abrió de golpe con violencia. El rostro de Levi Hauber era del color de la nieve vieja, y sus hombros temblaban visiblemente. Incluso antes de abrir la boca, el puro terror reflejado en su mirada hizo que a Caleb se le helara la sangre.

—Rápido —dijo Levi—, es Jonah. Ha habido un accidente.

Capítulo 2

—¡No me jodas! —exclamó Reese Powell al oír el teléfono del trabajo vibrar despiadadamente junto a ella, como si de una pequeña descarga eléctrica se tratara.

Por Dios, acababa de cerrar los ojos para echarse una muy necesaria siesta. Consultó la pantalla y comprobó que se trataba de un aviso de Mel, el supervisor de residentes en urgencias. Rápidamente y con movimientos mecánicos, Reese se puso la bata de laboratorio y se colgó un estetoscopio del cuello antes de salir de la sala de descanso.

El largo y resplandeciente pasillo estaba atestado de equipos y camillas, algún paciente ocasional sentado en una silla de ruedas y uno o dos contenedores de productos tóxicos. Las enfermeras y los ordenanzas corrían de un lado a otro, apresurándose ante alguna llamada recibida.

Reese parpadeó con fuerza para sacudirse de encima los restos de la siesta y respiró hondo. «Lo haré bien por mis pacientes». Era su mantra, el que había adoptado como estudiante de medicina de cuarto año. «Lo haré bien por mis pacientes». Había dedicado tres años a estudiar, abarrotando su mente de conocimientos, memorizando, observando, pero el cuarto año, el año en que obtendría su título de doctora, se había impuesto una sencilla y poderosa tarea: hacerlo bien.

Una de las cosas que le gustaban de trabajar en urgencias era el elemento sorpresa. Uno nunca sabía lo que iba a aparecer por la puerta. Sus padres se habían mostrado horrorizados al conocer su interés por el servicio de urgencias. Ellos la habían estado animando a que eligiera cirugía pediátrica, y esperaban que se dedicara a algo relacionado con ese campo. Pero, por una vez, ella había osado apartarse ligeramente del camino trazado. Quería obtener más experiencia en medicina de urgencias. Y el Mercy Heights tenía un servicio de urgencias de primera clase, el mejor de Filadelfia.

Pacientes, familiares y personal sanitario se agolpaban en torno al mostrador de ingresos, el núcleo de urgencias. Mientras Reese buscaba a Mel con la mirada, una enfermera se asomó por la puerta de una de las salas de reconocimiento.

—Menos mal que estás aquí —le dijo—. Necesitamos a alguien que hable español.

—¿Qué tenemos? —Reese entró corriendo en la pequeña sala—. ¡Oh!

Durante unos segundos se limitó a quedarse allí de pie, intentando abarcar la escena. La paciente era una mujer joven de cabellos oscuros y que llevaba un vestido sucio. Estaba acurrucada sobre la camilla, la postura defensiva y la mirada turbia de miedo y desconfianza. Alguien le preguntaba qué había tomado, cuándo se lo había tomado, pero ella rehuía las preguntas.

—La encontraron deambulando por la calle —informó la enfermera—. Lo único que hemos podido averiguar hasta ahora es que está embarazada. Y seguramente enajenada. Les dijo a los paramédicos que estaba intoxicada. Intentamos averiguar qué ha tomado.

Un guarda de seguridad permanecía a su lado, preparado para atarla. Mel sacudió la cabeza y Reese supo que temía que las cosas se salieran de quicio si intentaban inmovilizarla.

—Este no es un lugar de sanación —exclamó la mujer hablando con velocidad en español—. Es un lugar de muerte, un lugar de maldición eterna —seguidamente se derrumbó mientras murmuraba una oración.

Reese invocó sus conocimientos de español. Hablaba la versión coloquial que había aprendido de Juanita, su niñera de la infancia. Durante su niñez había pasado más tiempo con Juanita que con sus ocupadísimos y exitosos padres. Con una sonrisa cálida y profesional, se acercó lentamente a la mujer.

—Hola, señora —saludó con dulzura—. ¿Qué pasa?

Al oír hablar en su lengua materna, la mujer dejó de rezar y miró furiosa a Reese.

—Soy Reese Powell —continuó Reese en español, sin perder nunca el contacto visual—. Mis colegas y yo queríamos examinarla, asegurarnos de que esté bien.

—Aléjense de mí. Estas personas son malas.

—Queremos ayudarla —insistió Reese—. ¿Entiende inglés?

—No. Nada de inglés.

—Por favor, ¿puedo hacerle unas preguntas?

—Mis secretos son míos.

—A veces es mejor compartir un secreto. ¿Es su primer bebé?

—Sí —la mujer se relajó ligeramente y soltó las rodillas que se había estado sujetando contra el pecho.

—¿Cómo se llama, señora?

—Me llamo Lena Garza.

—¿Cuántos años tienes, Lena?

—Diecinueve —contestó la joven tras dudar unos segundos.

—Pregúntale qué se ha tomado —sugirió alguien—. Nos ha dicho que se ha intoxicado.

Reese estudió el rostro oliváceo y demacrado. La chica parecía tener más de diecinueve años, sus ojos marrones miraban con expresión atormentada y asustada.

—Caminabas entre el tráfico —le explicó Reese, traduciendo las palabras del paramédico—. ¿Por qué? ¿Te has tomado algo? —le habían enseñado a mostrar empatía, contacto visual, un ligero contacto físico. Al principio le había resultado raro, pero, después de un cierto tiempo, los gestos surgían con naturalidad. Y resultaba gratificante comprobar cómo la mujer se iba relajando ligeramente, respirando hondo antes de contestar.

—Estoy intoxicada —Lena Garza le dio vueltas al anillo de plata que llevaba en el dedo índice.

—Pregúntale qué ha...

—Un momento —interrumpió Reese—. «Intoxicada», solo quiere decir que ha ingerido algo. Podría ser comida, una droga, cualquier cosa capaz de hacer que una persona enferme —se volvió hacia Lena—. ¿Puedes decirme qué te has tomado?

—Mi madre me dijo que arderé en el infierno —susurró la joven—. No estoy casada. Por eso me tomé las hierbas.

—Se ha tomado algo —el corazón de Reese falló un latido mientras informaba a Mel en inglés—. ¿Qué te has tomado, Lena?

La chica hundió la mano en el bolsillo del vestido descolorido y sacó una arrugada bolsita de celofán.

—Ella me dijo que esto haría que me bajara la regla.

Reese tomó la bolsita y se la mostró a Mel.

—Angélica. Se dice que tiene propiedades abortivas.

Mel olisqueó la hierba marrón amarillenta.

—También se conoce como *dong quai*. ¿Cuándo se la tomó? ¿Han pasado más de cuatro horas? ¿Qué cantidad ha tomado?

Reese trasladó las preguntas a la paciente.

—No me acuerdo. Arderé en el infierno —gimoteó.

—Solo si mueres —le aseguró Reese en español—. Y no vamos a permitir que eso suceda, hoy no.

—Necesitamos un equipo de lavado de estómago —anunció Mel.

Mientras los técnicos preparaban el material y vertían carbón activado en un vaso de precipitado, Reese continuó sacándole información a la paciente. ¿Cuándo había tenido la última regla? ¿Había visto a algún médico? ¿Dónde vivía?

Reese trasladó las respuestas a sus colegas y convenció a la joven para que se tumbara de espaldas y permitiera que la conectaran a unos monitores.

—Voy a escuchar al bebé, ¿de acuerdo? —Reese le levantó delicadamente el vestido y deslizó el lector del Doppler sobre la barriga plana de Lena, intentando detectar el latido de un corazón.

—¡Ay! —gritó la paciente—. Está frío. Me estás torturando.

—Lo siento —se disculpó Reese—. Tienes que quedarte quieta y callada. Intentamos oír el latido del corazón de tu bebé... ahí está —anunció cuando el Doppler emitió un rítmico pum, pum, pum—. Ese es el sonido del corazón de tu bebé.

Lena se derrumbó sobre la mesa de exploraciones y se cubrió los ojos con el brazo.

—Sí —contestó—. Lo oigo. Lo oigo. Mi madre dice que es pecado tener un bebé antes de haberse casado.

Reese esperó unos segundos antes de contestar.

—Las madres no siempre tienen razón en todo —sugirió mientras sonreía con complicidad—. La mía, desde luego, cree que sí la tiene. Cuidaremos de ti y, cuando te encuentres mejor, alguien te informará de tus opciones.

Después le explicó el procedimiento para el lavado de estómago y convenció a la chica para que cooperara tragándose el tubo gástrico. La joven sufrió arcadas y se resistió, pero Reese no dejó de darle palmaditas tranquilizadoras, como las que le daba Juanita de pequeña cada vez que se asustaba de la oscuridad.

Un rato más tarde, Lena cerró los ojos y dejó caer las manos sobre la sábana. Mel hizo un gesto y Reese lo siguió hasta el pasillo.

—Has hecho un buen trabajo ahí dentro —la felicitó—. En nada de tiempo podremos darle el alta.

Reese reflexionó sobre la angustiada joven, su mirada asustada y el extraño y profundo conocimiento que vivía en su interior como un alma vieja, muy vieja.

—Antes de que le des el alta, alguien debería informarle de sus opciones. Yo puedo actuar de intérprete.

—Esa es una idea genial —Mel asintió—. Llamaré a los servicios sociales y a obstetricia y ginecología.

En momentos como ese, Reese se sentía profundamente satisfecha. Estudiante destacada de cuarto año, a punto de culminar una larga carrera, tenía muchos planes, pero también muchas preguntas. Sus padres también habían hecho planes para ella: ser aceptada en un programa de residencia de élite, un camino para unirse a la cuidadosamente construida carrera que tenían ellos mismos. Pero, en ocasiones, su armadura se resquebrajaba y dejaba ver algo distinto, otro sueño, quizás. Un sueño diferente, no los objetivos de sus padres.

Al final del pasillo se abrió de golpe la doble puerta batiente y Jack Tillis, el jefe de urgencias, apareció corriendo. Su bata de laboratorio aleteaba como un par de alas. Iba rodeado de su equipo de devotos acólitos, residentes, enfermeras, personal auxiliar, y los técnicos que conformaban el equipo de urgencias.

—¿Qué tenéis? —preguntó Mel.

—Acabamos de recibir una alerta roja. Accidente grave, viene en helicóptero —explicó otro residente—. Tiempo estimado de llegada, veinte minutos.

Reese intercambió una mirada con Mel mientras una sensación de anticipación se instalaba en su estómago.

—¿Puedo ayudar en algo?

—Esto no te lo puedes perder —el residente asintió—. Un crío ha perdido un brazo en un accidente en una granja.

El helicóptero descendió como un enorme insecto metálico, los gigantescos rotores aplastando los tallos de maíz contra el polvoriento campo. Arrodillado en el suelo, empapado con la sangre de su sobrino, Caleb se inclinó instintivamente sobre el cuerpo del niño, tumbado sobre la camilla amarilla del equipo de rescate. Las sombras de sus vecinos y de los miembros del equipo de rescate le impedían ver la luz del sol. Por encima del violento ritmo de las aspas oía conversaciones entrecortadas por la radio y gritos. Pero él solo prestaba atención a Jonah.

Minutos antes, el pequeño corría por el campo en dirección al silo, con el fin de ayudar a llenarlo, algo que ya había hecho una docena de veces antes. Pero en esos momentos estaba ahí tumbado, sangrando. El brazo izquierdo y la carita infantil desgarrada por los despiadados dientes metálicos de la trituradora. Y, a

pesar de las heridas, el pobre Jonah estaba espeluznantemente consciente.

La cara blanca, los labios azules, los ojos apagados por el miedo mientras la vida se le escapaba, el niño intentaba hablar a pesar del castañeteo de los dientes.

—Frío —decía una y otra vez—. Tengo mu... mucho... frío.

—Estoy aquí, grandullón —le dijo Caleb, la voz cargada de pánico—. Yo te mantendré calentito.

El equipo de rescate había inmovilizado el brazo en una cámara de aire y le habían colocado un rígido collarín. Lo habían tapado con todas las mantas disponibles, pero no había bastado para evitar que Jonah temblara como una hoja empujada por el viento. Rápidamente subieron la camilla al helicóptero.

—No puedes llevártelo en esa... cosa —el padre de Caleb dio un paso al frente y golpeó el suelo con su bastón de nogal—. No lo voy a permitir.

Desde el instante en que el equipo de rescate del condado había declarado que la única posibilidad que tenía Jonah de sobrevivir pasaba por trasladarlo en helicóptero a un servicio de urgencias en Filadelfia, se había desatado una discusión en la comunidad. El doctor Mose Shrock, supervisor del servicio de urgencias del hospital local había sido contactado por teléfono. Él había secundado la opinión del servicio de rescate, y Caleb había aprobado el traslado sin dudar.

Y en esos momentos, el rostro de Caleb parecía grabado en piedra mientras miraba furioso a su padre.

—Se lo van a llevar —afirmó tajantemente—. Yo lo voy a permitir.

—Señor, va a tener que hacerse a un lado —gritó un hombre poniéndose delante de Asa—. Vamos a subirle con el helicóptero en marcha.

—Te cuidarán bien —le aseguró Caleb a su sobrino mientras se ponía en pie—. Te quiero, Jonah, no lo olvides jamás.

—Tío Caleb, no me dejes solo.

A pesar del ruido del rotor, Caleb oyó la débil súplica del niño, y se le rompió el corazón.

Las enfermeras y los paramédicos alzaron la camilla mientras la piloto se dirigía a su puesto, comprobando la zona de aterrizaje. Jonah se perdió entre un montón de mantas y aparatos. Su sangre manchaba el suelo por todas partes.

—Voy con él —gritó Caleb—. Tengo que ir con él.

Una enfermera que llevaba puesto un chaleco lo miró primero a él, y luego al niño.

—Por favor —insistió Caleb—. No es más que un niño.

—Decide la piloto. Le preguntaré qué opina de llevar a un pasajero.

Caleb se giró, encontrándose cara a cara con su padre. Asa se sujetaba el sombrero para evitar que saliera volando por culpa de los rotores. Su abrigo de corte recto y los anchos pantalones ondeaban al viento. Iba flanqueado por dos vecinos, los tres formando un sombrío muro de miedo y desaprobación.

Lo último que le preocupaba a Caleb en esos momentos eran las reglas amish. Pero, evidentemente, era lo primero para su padre y los mayores.

—Si es voluntad de Dios que el chico sobreviva —afirmó Asa—, entonces el chico sobrevivirá sin necesidad de ser transportado por los aires.

Hacía mucho tiempo que Caleb no confiaba en la voluntad de Dios, pero no discutió con su padre. También hacía mucho tiempo que no discutía con él.

Hannah corrió a su lado. Su rostro, bañado en lágrimas, tenía un tono gris pálido.

—Tienes que ir, tío Caleb. Tienes que ir.

Alma Troyer dio un paso al frente, sus labios dibujando una apretada línea. Miró de Asa a Hannah.

—Ve con él, Caleb. Hannah puede quedarse conmigo hasta que vuelvas.

La enfermera le tocó un brazo.

—La piloto dice que puede acompañarnos.

Caleb asintió y se volvió hacia su padre.

—Llamaré.

Las familias amish compartían una cabina de teléfono en medio del pueblo, su uso limitado a asuntos imprescindibles y a emergencias. Sin esperar respuesta, Caleb se dio media vuelta y siguió a uno de los técnicos de emergencias hasta el helicóptero.

Estaban subiendo a Jonah, en medio de una maraña de tubos y monitores, por un lado del helicóptero, de un color azul brillante.

—¡Vaya! Qué alto es. Agache la cabeza —le advirtió un técnico a Caleb mientras señalaba hacia arriba—. Permanezca en la parte delantera izquierda del helicóptero.

Conectada al equipo de radio, la piloto miró a Caleb.

—Es un tipo bien grandote —gritó—. ¿Cuánto pesa?

—Unos noventa kilos —calculó él, pues nunca se pesaba.

Fue muy consciente de las aspas girando sobre ellos. Medía unos diecinueve palmos, calculados en base a sus caballos del tiro. Superaba por tanto el metro ochenta. Sin duda corría el riesgo de que el aspa le arrancara la cabeza.

—Nuestro límite por persona son cien kilos —le informó la piloto—. Vamos allá.

El técnico mantuvo la mano sobre el hombro de Caleb y lo ayudó a subir a bordo. Alguien le lanzó el sombrero. Le indicaron dónde sentarse y cómo abrocharse el cinturón. En el reducido espacio estaba lo bastante cerca de Jonah como para tocar al muchacho, pero no sabía dónde hacerlo. Posó la mano al azar, sobre el pie del niño. Incluso bajo las muchas capas de mantas térmicas, estaba frío como el hielo.

—Jonah —llamó—. Estoy contigo. ¿Me oyes? Te voy a acompañar.

Le entregaron unos cascos. La radio crujía y chirriaba. Los monitores emitían pitidos, las correas y abrazaderas fueron fijadas en su sitio. Alguien colocó una mascarilla sobre la nariz y la boca de Jonah mientras uno de los operarios apretaba una bolsa de aire a intervalos regulares. En pocos minutos las puertas se cerraron. La piloto dio una serie de órdenes mientras comprobaba los controles de la cabina y pulsaba una serie de interruptores y palancas. Con un rugido creciente, el helicóptero se elevó del suelo.

A Caleb se le cayó el estómago a los pies y los pulmones se le vaciaron de aire. A través de una ventanilla redonda vio a las personas reunidas junto a la zona de aterrizaje. Vecinos y amigos, su padre, que seguía sujetándose el sombrero, todos se iban haciendo cada vez más pequeños, a medida que el helicóptero ascendía hacia el cielo. Parecían una nube negra y gris contra los dorados campos. Hannah permanecía acurrucada en el suelo, su falda rodeándola como una mancha de tinta. Alguien debería acudir junto a ella, apoyar una mano sobre su hombro para consolar a la chica. Pero nadie lo hizo.

El helicóptero sobrevoló el silo en un abrir y cerrar de ojos, pero un simple vistazo le bastó a Caleb para ver la cinta transportadora apoyada contra la entrada, la trituradora colocada en la parte superior. Y, en el suelo, en la tierra verde y marrón donde estaba situada la granja desde hacía generaciones, vio la mancha de la sangre de su sobrino, con la curiosa forma de una estrella rota.

La enfermera del helicóptero gritaba información por la radio, pero Caleb apenas comprendía una palabra. Algo sobre la presión sanguínea de Jonah y su respiración, la ausencia de pulso alrededor de la herida, y otros términos expresados en abreviaturas, y a tal velocidad, que no fue capaz de seguirlos. Una palabra, sin embargo, sí la entendió. Alto y claro.

Amputación incompleta transhumeral.

«Amputación».

El helicóptero se sacudió y se escoró a un lado. Caleb apoyó la mano contra la cabina para sujetarse, mientras su estómago se revolvía. Otra sensación se abrió paso entre el terror por Jonah, un sentimiento tan poderoso que se avergonzó.

Porque, en medio del devastador drama que vivían, sintió una incuestionable felicidad. Estaba en el aire, por encima de la tierra, volando.

Durante toda su vida había intentado imaginarse cómo sería volar, y lo estaba haciendo. De momento, la experiencia estaba resultando ser más impresionante y más aterradora de lo que se había imaginado. La tierra estaba dividida en cuadrados de diferentes tonalidades de verde, amarillo y marrón, cosidos mediante caminos y zanjas de regadío. El arroyo Shady Creek, se veía como una cinta lisa y plateada bordeada de árboles. Había casas de juguete conectadas por caminos y vallas blancas de madera, una estrecha carretera de un solo carril con una calesa techada siguiendo a un caballo. Caleb reconoció, incluso desde el cielo, al caballo de los Zook. Conocía prácticamente a todos los caballos de Middle Grove.

El helicóptero avanzaba a tal velocidad que el paisaje cambiaba cada pocos segundos, barriendo las montañas Pocono. La enfermera terminó de pulsar unos botones del equipo.

—Señor —se dirigió a Caleb—, necesito hacerle algunas preguntas sobre su hijo —su voz sonaba débil y distante a través de los cascos.

No había tiempo para aclarar que Jonah no era su hijo.

—Sí claro —siguiendo instrucciones, le informó del nombre de Jonah, su edad, que no sufría de ninguna alergia, que él supiera.

La enfermera quiso conocer los detalles del accidente y él hizo lo que pudo para explicarle cómo funcionaba la maquinaria, cómo trituraban las cuchillas el maíz y lo lanzaban al interior del silo, cómo, a veces, una pieza se atascaba y había que darle un empujón mientras el siguiente tallo esperaba su turno. Por la expresión en el rostro de la mujer, era evidente que su explicación le resultaba incomprensible, tanto como su jerga médica le resultaba a él. Y otra cosa que veía claramente reflejado en el rostro de la mujer era la pregunta. La pregunta que no iba a formularle.

«¿Cómo ha permitido que un niño trabaje con una máquina tan peligrosa?».

Caleb ni siquiera era capaz de responderse a sí mismo. Así se hacían las cosas en la granja. Desde que aprendían a caminar, los niños ayudaban. Los más pequeños alimentaban a las gallinas y los patos, arrancaban las malas hierbas, recogían los tomates y las judías. Cuando un niño se hacía mayor, ayudaba con el arado y la labranza, la empacadora de heno, las gavillas, recogía y transportaba la leche desde la casa de ordeño, cualquier cosa que hiciera falta. Era la manera de los amish. Y la manera de los amish consistía en no cuestionar las tradiciones.

Caleb intentó comprobar el estado de Jonah, pero había poco que ver, pues el pequeño estaba cubierto de tubos y cables, y el tipo que apretaba la bolsa de aire sobre la nariz y la boca del niño impedía verlo. El helicóptero volvió a virar, y el paisaje cambió radicalmente. Filadelfia era una abarrotada maraña de gigantes de acero y cemento, dispuestos a lo largo del ancho río y otros cursos de agua. La ciudad poseía su propia clase de extraña belleza, hecha de locos ángulos y abarrotadas carreteras. Encima de uno de los edificios, una serie de marcas parecía atraer al helicóptero como si tuvieran imán.

—Van a hacer un desembarco en caliente —explicó la enfermera—. Lo bajarán antes de que se detenga el helicóptero. Usted esperará hasta que se haya detenido y la piloto le indique que es seguro bajar.

—Entendido —Caleb se sorprendió al bajar la vista y ver el sombrero aferrado por su mano ensangrentada.

La otra mano seguía apoyada sobre la manta que cubría el pie descalzo de Jonah.

«Por favor, Jonah», suplicó sin palabras. «No te me mueras».

Los amish nunca rezaban en voz alta, salvo en las reuniones. Eran personas de largos y meditabundos silencios que hacían que los demás pensaran que eran cortos de entendimiento. Caleb suplicó, con una meditación sin palabras, misericordia para su sobrino.

«No es más que un niño. Les canta a los patos cuando les da de comer por la mañana. Duerme con su perra a los pies de la cama. Cada vez que sonrío, el sol brilla. Su risa me recuerda que la vida es hermosa. No puedo perderlo. No puedo. No a mi Jonah».

Por primera vez en años, Caleb volvía a rezar. Pero, para él, rezar siempre había sido como gritarle al fondo de un pozo. El pozo te devolvía las palabras. Solo los verdaderamente creyentes creían que había alguien al otro lado, escuchando.

Capítulo 3

En Filadelfia se producían muchas urgencias y Reese había atendido unas cuantas. Heridas de bala, apuñalamientos y accidentes de automóvil formaban la mayoría de ellas. Pero, de vez en cuando, algo nuevo e inesperado entraba por las pesadas puertas de la zona de urgencias: un tipo aplastado en una carrera de troncos. Un paracaidista cuyo paracaídas no se había abierto debidamente en el aire y que se había estampado contra el suelo a ciento veinte kilómetros por hora.

Las urgencias más espectaculares producían un efecto peculiar en el equipo. Todo el mundo sentía el pinchazo del filo de la navaja, recordándoles que cualquiera podría encontrarse al borde de la tragedia. El único propósito del equipo era arrancar a la víctima de los brazos de la muerte.

Según los informes que habían ido recibiendo de la tripulación del helicóptero, ese niño, también estaba haciendo equilibrios al filo de la navaja. Por un lado era joven y fuerte, y, en general, gozaba de buena salud. Pero por otro lado, había sufrido un horrible accidente y había perdido mucha sangre. Si el shock no lo mataba, la sepsis o alguna herida secundaria podrían hacerlo.

—Lo están bajando —informó la enfermera jefe del equipo de urgencias.

—Todos preparados —añadió Jack.

El jefe de urgencias dirigía al equipo como un sargento de instrucción, preparando la zona de alta tecnología prestando una minuciosa atención a la vía aérea, la vía intravenosa, el equipo de monitorización, el personal esencial, el apoyo del laboratorio y radiología. Con todo preparado, la zona parecía el interior de una extraña y futurista catedral, la mesa en el centro, a modo de altar, donde las víctimas eran sacadas adelante para aplacar al panteón de dioses iracundos.

Los instantes previos eran de silencio, las mentes de los miembros del equipo pesadas ante la tensión de la expectación, y sus cuerpos físicamente pesados por

los chalecos morados de rayos X. Cada uno permanecía a solas con sus pensamientos, el jefe del equipo, el médico de atención primaria, el equipo de vías respiratorias, las enfermeras y técnicos para el cuidado del paciente, el técnico de radiología, los técnicos del escáner, el equipo de grabación, el personal auxiliar, el capellán. Reese supuso que alguien seguramente estaría rezando. Ella misma se aferraba a su mantra: hacerlo bien.

Los miembros del equipo permanecían colocados en sus posiciones asignadas. Reese sintió una subida de adrenalina que comenzaba en su pecho y se extendía como una droga por su cuello y hombros, brazos y piernas. Entendía la fisiología del cuerpo humano, pero ningún libro de texto podía describir acertadamente cosas como la embriagadora sensación de la anticipación, por ejemplo.

O el miedo helador.

Durante la rotación en la que estaba, Reese estaba aprendiendo que en una situación de emergencia casi no había tiempo para pensar. Aunque su cabeza estaba abarrotada de datos y procedimientos, lo apartó todo, salvo lo que podría ayudar al paciente. En un caso de urgencia, nunca sentía hambre ni cansancio, ni siquiera la necesidad de ir al baño. Estaba tan concentrada que ni siquiera sentía emoción, y eso le preocupaba.

Mel decía que eso era bueno. Cuando un paciente estaba a punto de entrar en parada, el médico necesitaba fríos algoritmos, no empatía. Le había aconsejado elegir hacer la residencia en urgencias, pero ella había rechazado la sugerencia. No era allí hacia donde se encaminaba.

Pero, en momentos como ese, empezaba a reconsiderar su decisión.

—No pierdas de vista a Jack —le murmuró Mel al oído—. Observa y aprende. Es el maestro.

Reese asintió. Aún tuvieron unos momentos de anticipación, conteniendo el aliento, sintiendo un cosquilleo, conscientes de que todo estaba a punto de cambiar. Y de repente las puertas de malla metálica parecieron estallar y el paciente llegó.

—Entrando —anunció alguien caminando de espaldas tirando de la camilla por un pasillo marcado con una línea roja en el suelo y la palabra «urgencias»—. Despejad el camino.

Más paramédicos rodeaban la camilla, preparados para dejarlo en la zona de urgencias. Reese estiró el cuello, pero no era capaz de ver al niño en medio de la maraña de personal y equipos, únicamente un collarín excesivamente grande y dos férulas manchadas con sangre fresca.

Detrás de la camilla iba un hombre tan alto que todos los demás parecían

enanitos. Tenía la camisa y las manos cubiertas de sangre. Bajo una espectacular mata de cabellos rubios dorados, su expresión era la viva imagen de la preocupación agónica, un tipo enfrentándose a la peor pesadilla posible para un padre.

La camilla fue introducida en la sala de urgencias y el equipo se puso en marcha.

—¿Cómo lo está aguantando? —preguntó Jack mientras se colocaba a los pies de la camilla.

—No muy bien —Irene, la enfermera de vuelo se apartó ligeramente y consultó una tableta antes de ofrecer un breve resumen de mecanismos, lesiones, heridas, constantes vitales y tratamiento. Afirmó que el chico había recibido agentes coagulantes para minimizar el riesgo de hemorragia. Los monitores pitaban y chirriaban mientras el paciente era transferido a la mesa de rayos X. En una esquina, las luces de un servidor emitían destellos verdes y dorados.

Reese intentó distinguir los rasgos del muchacho, cuya nariz y boca seguían cubiertas por la mascarilla. Unas profundas laceraciones le recorrían una mejilla, como si hubiera recibido el zarpazo de un oso. Tenía los ojos azules, que no paraban de mirar de un lado a otro.

—¡Por Dios santo! —susurró ella—. Está consciente.

—Lleva así desde el principio —le explicó Irene—. Eres un chico impresionante, Jonah. Lo estás haciendo fenomenal.

—Soy el doctor Tillis —se presentó Jack, mirando al niño a los ojos—. Vamos a cuidar muy bien de ti.

Los labios de Jonah se movieron bajo la mascarilla, empañando el plástico. No lloraba. Reese sospechó que la conmoción lo había llevado más allá de ese punto.

—De acuerdo —Jack asintió—. Vamos a echarle un vistazo a ese brazo.

El vendaje de urgencia fue retirado y el brazo quedó expuesto. Incluso los miembros más curtidos del equipo se quedaron mirando boquiabiertos la herida, el tejido, el hueso y el apósito sanguinolento tan destrozados que dolía solo con mirarla.

«No ha perdido el conocimiento en ningún momento», reflexionó Reese. ¿Qué clase de niño era?

—Jonah, ¿puedes mover los dedos de la mano izquierda, campeón? —preguntó el doctor Tillis.

La mano permaneció inmóvil.

—¿Qué tal levantar el pulgar o hacer una señal de «ok»? —sugirió Tillis—.

¿Podrías hacer eso?

El chico entornó los ojos en una dolorosa concentración, pero seguía sin haber respuesta. Todo había sido triturado o seccionado.

—Completamente seccionado —murmuró alguien—. Madre mía...

—Ven aquí, Powell —llamó el doctor Tillis—. Acércate. Esto no se ve todos los días. Desnúdale las extremidades inferiores y hazle un análisis de sangre.

La mayor parte de la ropa del chico ya había sido retirada, cortada o desgarrada por los operarios de rescate, o quizás en el propio accidente. El delgado pecho y la pelvis estaban blancos como el mármol. Llevaba unos calzoncillos cuyo color blanco se había vuelto gris de tantos lavados. Ella los cortó con una tijera mientras buscaba alguna otra lesión de la que informar al médico en jefe.

—No hay ninguna señal de heridas o traumatismo en la pelvis —informó.

A continuación untó la zona con Betadine y palpó la arteria femoral con los dedos.

—Vas a notar un pinchazo, Jonah —le explicó al niño, aunque se sentía ridícula al advertirle sobre el pinchazo cuando tenía el brazo colgando.

Insertó la aguja en el ángulo adecuado y el fino tubo se llenó de una sangre roja y brillante. Mientras otro estudiante aplicaba presión al lugar, Reese etiquetó cuidadosamente la muestra de sangre y se la pasó a un técnico de laboratorio.

Jack seguía dando órdenes para que se hicieran más análisis y para que le dieran algo que le calmara el dolor y le hicieran radiografías. Llevaron mantas calientes, una sonda para un análisis de orina. Reese sentía una tremenda necesidad de tocar al pequeño, en alguna parte, de algún modo, pero se obligó a sí misma a concentrarse en las instrucciones que recibía. La vía intravenosa se conectó rápidamente y el manantial de líquido y medicamentos comenzó enseguida a hacer efecto. Reese no estaba segura de si se lo había imaginado, pero tuvo la impresión de que el chico la miraba a ella cuando se inclinó para comprobar uno de los monitores, y antes de que sus ojos se cerraran. Ojalá lo hubiera tocado.

El procedimiento para preparar a Jonah Stoltz para cirugía fue realizado rápidamente, cada miembro del equipo cumpliendo con su función. Limpiaron y vendaron las heridas, escanearon y analizaron al delgado y destrozado niño, estabilizando sus constantes lo mejor posible y buscando alguna lesión secundaria. Tres plantas más arriba, los miembros del equipo de cirugía se estaban preparando para realizar el procedimiento más probable, amputación. La camilla fue introducida en las fauces del brillante ascensor de acero inoxidable.

Las puertas se cerraron y el silencio volvió a reinar en la sala de urgencias. En un vacío de silencio, la adrenalina disminuyó.

En el servicio de urgencias el personal, y sobre todo los miembros del equipo de urgencias, tenían una relación breve, aunque vital, con el paciente. Era como un encuentro en el autobús, había muy pocos detalles sobre lo sucedido justo antes del accidente, una intensa corriente de total concentración y atención durante la que el paciente era el centro del universo. Y de repente, en cuanto el paciente era llevado a cirugía, todo seguía adelante. No había conclusión. Ellos solo tenían acceso a una página del relato, nunca a la historia completa.

La sala se vació rápidamente. La prístina estancia parecía más un sangriento campo tras la batalla. Enseguida aparecieron unos ordenanzas para limpiarlo todo. Reese miró a su alrededor. Y vio algo en el suelo, un penique aplastado sobre la vía del tren, o quizás con una de esas máquinas. Las palabras «Old Blakeslee Sawmill», estaban impresas en una cara.

Deslizó la moneda en el bolsillo de su bata de laboratorio y salió al jardín adyacente al servicio de urgencias, donde había una zona de descanso a la que eran muy aficionados los trabajadores del hospital. Desde allí se veía el río, sus orillas flanqueadas por extensas zonas verdes donde los niños jugaban al frisbee y lanzaban aros. Donde la gente se tumbaba al sol sobre la hierba, los turistas paseaban y los ciclistas circulaban.

Pensó en el niño que era llevado a cirugía y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. En un extremo del jardín, una de las enfermeras de urgencias permanecía sola, fumando un cigarrillo y mirando al frente mientras lanzaba pequeñas nubes de humo al cálido aire. Reese no la juzgó por su vicio, ni le recordó las normas que impedían fumar. Después de un caso tan grave, cada uno se enfrentaba a ello a su manera. A algunos les daba por hablar, gastando el exceso de adrenalina en la conversación, mientras que otros permanecían en silencio, como flotando en una especie de estanque de reflexión en su mente, hasta que recuperaban el equilibrio.

Reese todavía no había descubierto qué clase de miembro de equipo de urgencias era ella, y la rotación en la que estaba seguramente terminaría antes de saberlo. Meditó sobre el incidente, situándolo en el contexto de su plan a largo plazo.

Desde que tenía uso de razón se había fijado esa carrera como objetivo. Ni siquiera recordaba haberla elegido. Quizás fuera la medicina la que la había elegido a ella, o más concretamente, la que había sido elegida para ella. En ocasiones se sentía como una extraña en su propia vida, como Rip Van Winkle al

despertarse en el futuro. Parpadeó y miró a su alrededor, preguntándose: «¿Cómo demonios he llegado aquí?».

Sobre el papel, el trayecto estaba claramente trazado como un mapa de carretera. Sus padres eran médicos de éxito en sus respectivos campos, infertilidad y neonatología. Su padre tenía un cargo permanente en Penn. Hector y Joanna Powell eran conocidos por su innovadora labor. Y Reese era su experimento de mayor éxito. Había sido un bebé probeta, el resultado de la fertilización in vitro de sus padres. Debía su existencia a sus esfuerzos y experiencia.

No solía pensar en ello muy a menudo, pero de vez en cuando la hacía sentirse... diferente. Por un lado, sabía que había sido tan desesperadamente deseada que sus padres se habían sometido a un tremendo suplicio médico para hacerla llegar al mundo. Por otro lado, la idea de haber comenzado su vida en una placa de Petri resultaba de lo más extraña.

Sus padres la habían enviado a los mejores colegios del país, financiados con su trabajo con otras parejas estériles. El que fuera médico era un resultado inevitable. Nunca había habido otra opción. Tras completar su preparatorio de medicina, había entrado directamente a la facultad y estaba siendo dirigida como una flecha hacia cirugía pediátrica, el complemento perfecto a las carreras de sus padres. Una residencia de cinco años, seguida de dos años de cirugía pediátrica la llevaría a la meta.

En ocasiones, cuando pensaba en el camino que tenía por delante, sufría migrañas.

Mel salió al jardín. Su afable y ligeramente desaliñada presencia fue una refrescante interrupción. Era buen médico y buen profesor, y estaba felizmente casado, algo que ella agradecía. No había ningún riesgo de recibir insinuaciones, ni de flirteos en la sala de guardia a última hora de la noche, algo a lo que había tenido que hacer frente en demasiadas ocasiones en la escuela de medicina.

—¿Qué te ha parecido eso? —le preguntó—. Bastante intenso, ¿verdad?

—Sí. Ese equipo es impresionante —ella sacudió la cabeza—. Pobre muchacho. Su vida no volverá a ser la misma.

—La enfermera del helicóptero dijo que es un chico amish.

Reese frunció el ceño, digiriendo la información mientras se imaginaba las calesas tiradas por caballos, las cofias, los niños descalzos.

—No me jodas. ¿Y cómo acabó destrozado por una trituradora? Yo creía que los amish lo hacían todo a mano.

—Supongo que algunas cosas no —Mel se encogió de hombros—. Pero la

enfermera dijo que algunos de los vecinos y parientes armaron mucho jaleo por el helicóptero. No querían que el niño volara. Contravenía una de sus normas.

—Pues me alegro de que el padre siguiera adelante y rompiera esa regla. ¿Por eso ha aparecido la prensa? —Reese señaló hacia el aparcamiento. Las furgonetas de las cadenas de noticias locales ya tenían desplegados sus cables y equipos, y sus reporteros en directo estaban preparados.

En el hospital se conocía como «Urgencia de drama», un inusual y, a menudo, trágico suceso que atraía a la prensa local y generaba una tormenta mediática.

—Seguramente —contestó Mel—. Algún portavoz del hospital se ocupará de ello.

—Bien. Lo último que necesita la familia es que las noticias locales los persigan —Reese miró al interior del edificio por las amplias ventanas.

En la sala de espera de urgencias y la zona de reconocimiento, las personas se agolpaban preocupadas en grupos, o caminaban de un lado a otro. Un hombre alto y rubio, erguido e inmóvil como un árbol en un día sin viento, miraba hacia el exterior. El rostro parecía grabado en piedra.

—¿Ese no es el padre? —ella frunció el ceño.

—Sí, creo que sí.

—¿Y por qué no está arriba en cirugía?

—A lo mejor nadie se lo ha dicho —Mel se encogió de hombros.

Reese sintió una punzada de irritación. Un hospital grande era maravilloso en muchos aspectos. Pero en ocasiones se resquebrajaba por alguna parte.

—Mierda. Voy a decirle dónde está la sala de espera de cirugía.

Mel asintió y ella regresó al interior del edificio. El padre del chico estaba totalmente fuera de lugar en ese enorme centro de urgencias de alta tecnología, con su ropa oscura sin botones y un sombrero firmemente sujeto entre las manos. La camisa, manos y botas estaban manchadas de sangre. Ese hombre había dejado a un lado sus principios para salvar al chico, pero, al parecer, no sin pagar un alto precio, a juzgar por su aspecto angustiado.

De inmediato sintió una oleada de simpatía por ese tipo. Gracias a la profesión de sus padres, el hospital siempre le había resultado un ambiente familiar, el lugar en el que ellos trabajaban. Para la mayoría de la gente era un mundo que les resultaba ajeno, y no era nada amistoso.

—Disculpe —intentó llamar su atención—. ¿Es usted el padre de Jonah Stoltz?

El hombre se volvió. No llevaba la barba en forma de «U», que ella siempre asociaba con los hombres amish. Los rubios siempre parecían más jóvenes de lo

que eran realmente y especiales, en cierto modo, una especie aparte. Tenía los mismos ojos azules que el chico. Su boca dibujaba una amarga línea de temor reprimido.

—Soy Caleb Stoltz —contestó lentamente con voz grave—. Soy el tío de Jonah.

—Me llamo Reese Powell —ese tipo generaba una oleada de simpatía en su interior, quizás porque parecía estar muy solo—. ¿Van a venir pronto sus padres?

—Sus padres están muertos —las rotundas palabras generaron un silencio entre ellos.

—Oh... no lo sabía —contestó ella mientras sentía un dolor en la garganta, provocado por la emoción. Se preguntó si se los habría llevado otro horrible accidente de granja. ¿Sería habitual en la comunidad amish?

—Ahora soy yo el que se ocupa de Jonah —Caleb se concentró brevemente en el nombre y escuela bordado en la bata de laboratorio—. ¿Se sabe algo? ¿Cómo está?

—Señor Stoltz —continuó Reese—, ¿alguien le ha facilitado algún informe sobre el estado de Jonah? ¿Ha hablado alguna trabajadora social con usted?

—Me dijeron que había que operarle. Ya he firmado los papeles.

¿Nadie se había molestado en darle a ese hombre una explicación? Reese sintió resurgir de nuevo la irritación.

—El equipo de urgencias consiguió estabilizarlo, y luego se lo llevaron a la unidad de cirugía. Está en otra parte del hospital. Si quiere, puedo acompañarlo hasta la sala de espera.

—Sí —contestó él—. De acuerdo. Esperaré allí todo el tiempo que sea necesario —mientras hablaba, Reese se fijó en dos cosas. El tío de Jonah mantenía una curiosa quietud en su porte. Y, cuando la miraba, lo hacía de frente y sin apartar la mirada, jamás.

Ella lo acompañó hasta el ascensor. La gente lo miraba al pasar y alguno se volvía, fijándose en su estatura, la ropa ensangrentada, el sombrero de paja que sujetaba en su enorme mano. Estaba totalmente fuera de lugar allí. Pero, por otra parte, quizás no fuera tan malo estar fuera de lugar en un servicio de urgencias.

Reese pulsó el botón del ascensor y momentos después las puertas se abrieron con un crujido. Pensó que él quizás titubearía antes de entrar en el habitáculo, pero no lo hizo. Ella pulsó el botón de la cuarta planta y la cabina inició su ascenso.

A falta de palabras, Reese lo miró a hurtadillas. El hombre apoyaba una mano en la pared, como si intentara sujetarse, y su mirada estaba fija en los botones

que se iban iluminando. Ella sabía muy poco sobre los amish, pero su vestimenta era muy característica: pantalones de corte recto, una sencilla camisa con las mangas enrolladas, tirantes, sombrero y botas de faena.

De repente sintió algo que no fue capaz de reconocer. Sorpresa tal vez, y un curioso y cálido sentimiento de compasión. Ese tipo era absolutamente impresionante. Tenía un rostro que no iba a poder olvidar jamás, perfectamente cincelado, como si se tratara de la obra maestra de un escultor, la mandíbula cuadrada, los pómulos altos, la mirada penetrante.

De repente, él se volvió y ella se sonrojó visiblemente al ser sorprendida observándolo.

—Mi colega me dijo que son amish.

—Así es.

Amish. ¿Qué sabía ella de los amish? Colchas y cofias. La Gente Sencilla, como se hacían llamar.

—¿Dónde viven? ¿En el condado de Lancaster?

Esa zona era conocida por su población amish. La gente de la ciudad iba de visita los fines de semana para recorrer los mercados y tiendas de artesanía, para degustar los productos hechos a mano, y para alojarse en acogedoras posadas. Reese nunca había estado allí. Su tiempo libre lo dedicaba en su mayor parte a estudiar o estableciendo contactos con gente que sus padres opinaban que debería conocer. De pascuas a ramos reservaba algo de tiempo para una cita.

Lo que venía siendo un par de veces al año, como mucho.

Más o menos.

—En Lancaster no —él sacudió la cabeza—. Vivimos al norte de aquí, y ligeramente al oeste, en un lugar llamado Middle Grove.

—La enfermera de vuelo dijo que llegaron en helicóptero —se aventuró Reese—. ¿Su primer vuelo?

—Así es. Los amish poseen normas en contra de volar en el aire —le explicó Caleb—. Entiendo que sea así, pero yo también tengo normas en contra de permitir que un niño muera desangrado.

Reese dio un respingo ante el tono de angustia que se desprendía de su voz.

—Estoy segura de que todo el mundo estará de acuerdo en que ha tomado la mejor decisión para Jonah.

—Pues yo no estoy tan seguro —observó él mientras le dedicaba una mirada arisca.

La conversación estaba resultando maravillosa, reflexionó Reese. Bueno, desde luego tenía cosas mejores que hacer que charlar con ese tipo. Cuando el

ascensor se detuvo en la cuarta planta, ella lo guio, pasando por el mostrador de enfermería, hasta la sala de espera, amueblada con sillones verdes, mesitas bajas, revistas y libros arrugados. Un enorme monitor mostraba actualizaciones codificadas sobre los procedimientos en curso.

—Puede sentarse aquí —le indicó ella—. Informaré en el puesto de enfermería que está aquí por Jonah.

—De acuerdo. Gracias —Caleb no mostró ninguna intención de sentarse.

—Bueno —continuó ella mientras reculaba torpemente—. Sé que van a cuidar muy bien del chico. Los cirujanos de aquí son los mejores de todo el país.

Él asintió bruscamente. Reese no podía culparle por parecer escéptico ante una observación tan manida. Si se preguntaba a cualquiera en cualquier hospital, lo más seguro era que dijeran que se trataba del mejor del país, y que el paciente estaba en buenas manos.

Reese se apresuró hacia el puesto de enfermería. Las tres enfermeras estaban apoyadas en el mostrador, mirando con la boca abierta a Caleb Stoltz. En otras circunstancias, ella se habría reído ante su descaro.

—Ese hombre es...

—Un bombón de primera clase —contestó una de las enfermeras.

—El señor Stoltz —continuó ella en voz baja—. Caleb. Es el tío y tutor legal de Jonah Stoltz.

Una de las enfermeras que, según la etiqueta, se llamaba Alice, echó un vistazo al monitor.

—El crío está en el quirófano siete —miró a Reese con cierto desprecio. Los estudiantes de medicina se reconocían por llevar la bata más corta y no eran merecedores de ningún privilegio especial.

—Que alguien le mantenga informado, ¿de acuerdo? Lo encontré perdido en la sala de espera de urgencias. Mostradle cómo seguir a su sobrino en el gran monitor.

—Lo haré.

Ella se volvió rápidamente para regresar al ascensor, y casi chocó con Caleb Stoltz. Estaba tan cerca que percibió claramente su olor a sangre y sudor, y sol, y la intensidad de todo ello le resultó turbadora.

—Eh, el personal de aquí podrá contestar cualquier...

—Quiero donar sangre —interrumpió él con calma—. Para Jonah, caso de que la necesitara.

Ya le habían transfundido varias unidades en urgencias. Y había sido declarado estable, pero en una cirugía podía suceder cualquier cosa. Ella miró a

las enfermeras, las cuales le indicaron con la mirada lo ocupadas que estaban.

—Puedo acompañarle al banco de sangre —se ofreció Reese.

—Gracias —contestó él—. Se lo agradecería.

De regreso al ascensor, ella dudó.

—Espere aquí un momento. Le conseguiré algo de ropa limpia para que se cambie.

Se dirigió a un almacén y encontró un uniforme de cirujano, talla extra grande.

—De momento puede ponerse esto —le indicó mientras señalaba hacia el vestuario masculino—. Meta su ropa en esta bolsa.

Caleb dudó, antes de fijarse en su camisa sucia y los pantalones.

—Admito que parece que acabo de degollar a un cerdo.

—Yo no sé nada de eso, pero estará más cómodo con esto.

Mientras él se cambiaba, Reese consultó sus mensajes. Tenía un recordatorio para cenar con sus padres aquella noche. Grupo de estudio a las nueve, la segunda parte del examen de licenciatura en medicina estaba a la vuelta de la esquina, un test sobre sus conocimientos médicos y habilidades clínicas y diagnósticas. Si no había mucho jaleo en urgencias, quizás tendría tiempo de echarse una breve siesta en la sala de guardia.

Caleb salió del vestuario masculino. Con el uniforme prestado parecía un poco menos a un pez fuera del agua. Reese tomó la bolsa de plástico marcada como «pertenencias del paciente», que contenía la ropa manchada de sangre.

—Haré que se lo laven —el ofrecimiento surgió espontáneamente, como si fuera su doncella. «Una amabilidad por mi parte», se dijo a sí misma. Dado lo que le había sucedido a su sobrino, ese hombre tenía cosas más importantes de que ocuparse.

«Y tú también», le advirtió una vocecilla interna que sonaba sospechosamente parecida a la de su madre.

Reese lo guio por los complicados pasillos hasta el banco de sangre y lo presentó al técnico de guardia.

—Este es el señor Stoltz —le informó—. Su sobrino está en cirugía y le gustaría donarle su sangre.

—Toda la cantidad que se pueda —intervino Caleb—. Mi grupo es 0 negativo.

A Reese le sorprendió que lo supiera. La mayoría de las personas desconocía su grupo sanguíneo.

—Es donante universal. Excelente —observó el técnico, un tipo de aspecto relajado llamado Klaus, que llevaba los cabellos recogidos en una coleta y un

pequeño aro en la oreja—. Por aquí, señor Stoltz.

Caleb se sentó, tranquilo y dócil, en uno de los sillones de donación.

—Un cuestionario estándar —Klaus le entregó un portapapeles.

El teléfono de Reese vibró con un mensaje de Mel: *Trae tu culo aquí abajo y desintoxica a este borracho, por favor.*

Estupendo.

—Tengo que irme —informó a Caleb—. ¿Sabrá encontrar el camino de regreso a la sala de espera de cirugía?

—Sí, podré hacerlo.

Reese deseó poder quedarse allí con él. O, por lo menos decir algo reconfortante. Parecía tan perdido, confuso y asustado...

—De acuerdo. Le deseo todo lo mejor, y a Jonah también —patético. Jodidamente patético. ¿Mejor qué? ¿El mejor resultado de una amputación? ¿La mejor manera de enfrentarse a un niño que iba a tener que vivir con un solo brazo? Intentó pensar en algo más que decir, pero no se le ocurrió nada, no había palabras tranquilizadoras ni de consuelo.

Él no contestó, se limitó a asentir y empezó a rellenar el cuestionario.

Y sin más concluyó toda su relación con ese hombre. Así funcionaban las cosas en el servicio de urgencias. En cuanto se pasaba la urgencia al siguiente servicio, el paciente y su familia eran historia. A los residentes y auxiliares que trabajaban allí les gustaba ese aspecto del oficio. Pero, en ocasiones, Reese no estaba tan segura. En ocasiones deseaba que la historia continuase.

Mientras descendía en el ascensor, bajó la mirada a sus manos y se dio cuenta de que llevaba la bolsa con la ropa sucia de Caleb. Jamás en su vida se había sentido tan complacida de cargar con la ropa sucia de otra persona.

Capítulo 4

—Vente conmigo, nena. Te llevaré hasta el cielo —rugió el borracho, aferrado a la mano de Reese—. Eres una nena muy caliente, eso eres.

Reese aspiró el olor a Mastisol. Había abierto una ampolla y vertido unas gotas sobre su mascarilla quirúrgica para bloquear el hedor, un truco que había aprendido de una solícita enfermera de planta.

—Se pondrá bien, señor James. Descanse un poco. Aquí están las instrucciones para que le den el alta. El programa sobre el que hemos hablado podría servirle de ayuda, pero tiene que acudir a él. Me aseguraré de que le lleven luego a casa.

El borracho le ofreció la serenata *Ride Sally Ride* mientras ella se lavaba.

—Te has portado bien con él —observó la enfermera que la había asistido—. No es precisamente el favorito de todo el mundo.

—Y su vómito me queda muy bien —Reese se quitó la mascarilla, los guantes y la bata desechable y lo arrojó todo a la basura. Lo cierto era que, ni siquiera en momentos como ese le disgustaba el servicio de urgencias. Tampoco odiaba tener que tratar con pacientes como el señor James, tipos que conseguían arrancarle un sentimiento de compasión, a pesar de estar destrozándose a sí mismos. Siempre tenía la perversa esperanza de que algún día se desintoxicaran, se limpiaran. Había muchas cosas que le gustaban de la atención primaria y, en ocasiones, no podía evitar comparar esos momentos con las tediosas horas en cirugía, una rotación que en el fondo no le gustaba.

Corrió hacia el vestuario del personal y abrió su taquilla. En el interior había un montón de libros de texto, carpetas de anillas y tablillas con sujetapapeles atestadas con notas, un lío de cargadores, una bolsa de aseo y una muda limpia. Se contempló en el pequeño espejo de la puerta de la taquilla. Sus cabellos, cortos y oscuros, caían revueltos sobre su cara, y las sempiternas ojeras la señalaban como alguien que llevaba demasiado tiempo en pie. Mierda. Ojalá

tuviera tiempo de regresar a su casa y darse una ducha antes de cenar. Iba a reunirse con sus padres en Urban Farmer, uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Pero, como de costumbre, iba tarde y al final tendría que conformarse con un rápido repaso en el lavabo de señoras.

Una vez allí, se ahuecó los cabellos y aplicó algo de maquillaje, tan viejo que ni siquiera se acordaba de haberlo comprado. Se quitó la bata, sucia tras el encuentro con el señor James, y la añadió a la bolsa con la ropa de Caleb. Algo metálico sonó en el suelo de baldosa, la moneda que había encontrado en la sala de urgencias.

Con un rápido movimiento se la guardó en el bolsillo, se alisó la blusa y, tras respirar hondo, se enfrentó al espejo mientras se preguntaba si las demás personas también se ponían nerviosas ante la perspectiva de cenar con sus padres. Se preguntó si los demás sentían la carga de las expectativas familiares presionándolos como una losa sobre el pecho. «No es más que una cena», se dijo a sí misma.

Solo que con Hector y Joanna Powell, nunca era solo una cena. La de esa noche, en un lugar de moda, era mucho más que una cena. Ellos querían hablar de sus perspectivas para entrar en varios programas de élite para residentes. Había mucho en juego y sus padres querían asegurarse de acertar en el camino que le estaban eligiendo. Pero Reese no recordaba que le hubieran preguntado jamás si le parecía bien el plan trazado.

Camino de la salida se encontró con Mel y su hijo pequeño, que saludaba a todo el mundo en la entrada. Con una sonrisa resplandeciente, Mel chocó los cinco con el niño en un gesto entrañablemente familiar.

—Mira quién está aquí —saludó Reese—. ¿Has tenido un buen día, Frankie?

—Bueno —contestó el pequeño. Tenía cuatro años y un aspecto adorable con su camiseta de los Phillies, como si un niño de cuatro años pudiera parecer otra cosa que no fuera adorable—. Le di de comer al hámster. Me tocaba a mí.

—Qué guay. ¿Qué come un hámster?

—Zanahorias y bocados de alfalfa.

—Qué rico. Me impresiona que conozcas la palabra «alfalfa» —caminaron juntos hacia la calle.

El aire aún conservaba el calor del día y olía a los tubos de escape de los coches que circulaban por el bulevar que separaba el hospital del río.

—¿Algún plan para esta noche? —preguntó ella.

—El más grande de todos —contestó Mel—. Barbacoa de salchichas en el patio trasero.

—¡Yupi! —Frankie hizo un bailecito.

Reese se despidió y se dirigió, como de costumbre, al servicio de lavandería. Allí dejó la bata junto con la ropa de Caleb Stoltz y pidió que se dieran prisa. De nuevo en la calle dudó un momento. Hundió la mano en el bolsillo de la falda y sus dedos rozaron el pequeño amuleto que había recogido del suelo de la sala de urgencias. Sacó la moneda y le dio vueltas en la mano. Blakeslee Sawmill. Seguramente pertenecía a Jonah Stoltz. La imagen de una sierra de precisión asomó a su mente. Nunca había presenciado una amputación. Dios bendito, pobre criatura.

Siguiendo un repentino impulso, regresó al hospital y pulsó el botón del ascensor.

Comparado con el caos de urgencias, la unidad de cuidados intensivos de cirugía era un oasis de tranquilidad, interrumpido por el artificial sonido de la respiración asistida, los monitores y los equipos de soporte vital. La sala de espera estaba vacía. Se acercó al puesto de enfermería y preguntó por Jonah Stoltz.

Había superado la cirugía y se estaba recuperando en la unidad de cuidados intensivos. Reese lo encontró en una habitación de alta tecnología, su pequeño cuerpo de aspecto aún más pequeño en el nido de acero de la cama de hospital. Una enfermera permanecía junto a un ordenador situado sobre un carrito con ruedas y vigilaba los monitores. Levantó la vista y Reese la saludó con un gesto de la cabeza. Junto a la cama, sentado sobre un taburete con ruedas, estaba Caleb Stoltz.

El hombre tenía la cabeza agachada y los ojos cerrados. Reese se preguntó si estaría rezando, o durmiendo. Un vendaje sujetaba un trozo de algodón en el pliegue de su brazo.

—¿Señor Stoltz? —llamó ella con delicadeza.

Él levantó la vista y parpadeó, y rápidamente se volvió hacia el niño.

—He venido a ver cómo va —le explicó ella con una ligera torpeza.

—Despertó una vez, pero no estaba del todo consciente, ¿sabe a qué me refiero?

—Eso es normal, dadas las circunstancias —contestó ella con más autoridad de la que sentía. Por el rabillo del ojo vio a la enfermera asentir—. Ha sufrido un gran traumatismo y dormir profundamente forma parte de su recuperación.

—Eso dijeron también los otros doctores.

—Yo, eh, encontré una cosa —Reese le entregó la moneda aplastada—. Pensé que podría pertenecer a Jonah.

Caleb Stoltz tomó la moneda en su enorme mano de trabajador.

—Es su amuleto de la suerte. Supongo que hoy no le ha traído suerte —su mano se alzó sobre la barandilla de la cama. No parecía muy seguro de qué hacer, y al final se decidió por posar la mano sobre la rodilla de Jonah.

El gesto conmovió a Reese. Había algo desgarrador en esos dos, extraños arrancados de su tranquila existencia y arrojados a un mundo estéril y aterrador. Sintió que se le formaba en la garganta un nudo de compasión.

—Señor Stoltz, ¿le ha hablado alguien de posibles alojamientos mientras permanezca en la ciudad?

—No —contestó Caleb sin apartar la mirada de su sobrino—. No había pensado en ello.

La punzada de irritación, que empezaba a volverse familiar, la asaltó de nuevo.

—Veré si encuentro a alguien que pueda ayudarle con eso —dio un paso hacia la puerta cuando, de repente, se le ocurrió algo—. Apuesto a que no ha comido nada en todo el día.

—Tampoco había pensado en eso.

—Le puedo indicar dónde está la cafetería.

Los largos dedos, bronceados por el sol, se cerraron en torno a la rodilla del niño.

—Prefiero quedarme aquí.

—Va a seguir durmiendo un buen rato. No le servirá de nada quedándose aquí sentado —él la miró fijamente y ella continuó—. La cafetería está cerca. No tardará mucho en volver.

—De acuerdo —contestó Caleb mientras se levantaba del pequeño taburete, su largo cuerpo enderezándose.

En el ascensor, Reese no pudo contenerse y consultó el reloj.

—¿Llega tarde a alguna parte? —preguntó él.

—No pasa nada —mintió ella, aunque las mejillas se le incendiaron.

La cafetería del Mercy Heights era un emporio de linóleo y formica de gratificación instantánea. Hileras de ensaladas flotando en una capa de hielo picado conducían hasta unas largas mesas calientes con ollas y carnes recocidas bañadas en salsas saladas. Los postres iban desde un denso pudín de plátano rodeado de insulsos barquillos de vainilla, hasta tartas coronadas con merengue de quince centímetros de espesor.

Viéndole dudar, Reese supuso que no debía tener mucho hábito de comer en cafeterías. Así pues tomó la delantera y eligió una bandeja de plástico marrón

que deslizó por delante del mostrador de ensaladas. Aunque no tenía ninguna intención de comer, eligió una ensalada al azar, un primer plato y un panecillo, y se sirvió un vaso de cola del dispensador de bebidas. Siguiéndola de cerca, Caleb eligió exactamente lo mismo. Sin embargo, en la bandeja de un hombre de su envergadura, que no había comido en todo el día, las raciones parecían tremendamente escasas.

—Necesita comer algo más que eso —observó ella—. De lo contrario en dos horas estará otra vez muerto de hambre.

Con silenciosa conformidad, él llenó su bandeja con platos variados, una ensalada de macarrones y pudín de plátano, y luego la siguió hasta la caja. Reese pagó su comida con la tarjeta de crédito de los empleados. Consideró brevemente la posibilidad de pagar la comida de Caleb, pero decidió no hacerlo. Apenas sabía nada de Caleb Stoltz, pero tenía la impresión de que era un hombre orgulloso.

Caleb sacó una desgastada billetera y contó la cantidad exacta. Ella lo condujo hasta una mesa y se sentó, resistiéndose a consultar la hora de nuevo. Cenar con el familiar de un paciente no contravenía las normas, pero tampoco era un procedimiento habitual. Y, desde luego, Reese nunca había hecho nada parecido.

Claro que tampoco había conocido nunca a nadie como Caleb Stoltz.

Solo por tener las manos ocupadas, tomó una servilleta del servilletero y la desplegó sobre su regazo.

—Bueno, supongo...

Reese se interrumpió al darse cuenta de que él se había sumido en un profundo silencio, inmóvil, la cabeza inclinada mientras examinaba detenidamente su bandeja.

—¿Supone, qué? —preguntó unos segundos más tarde mientras levantaba la vista.

—Supongo que ha sido un día muy duro para usted. Por favor, adelante, coma —ella jugueteó con la ensalada, girando el tenedor entre las mustias hojas.

Caleb empezó a comer, mecánicamente, aunque seguramente sin saborear la carne con patatas, ni las judías verdes, ni el panecillo reluciente de mantequilla. Ella no paraba de preguntarse qué tenía ese hombre. Qué era lo que le hacía especial. Parecía estar envuelto en una especie de burbuja o capullo. Aunque estaba sentado enfrente de ella, parecía encontrarse en un mundo que ella no podía alcanzar.

—Me temo que no sé gran cosa sobre la comunidad amish, señor Stoltz —se excusó, algo avergonzada por su propia ignorancia. Había asistido a un

seminario sobre la competencia cultural de los médicos, orientado a ayudarles a comprender la perspectiva del paciente. En la clase habían estudiado culturas lejanas como las tribus samburu y los nómadas tibetanos, pero ni siquiera habían nombrado a un grupo que tenían al lado de casa—. Lo único que sé se basa en lo que he visto en el *National Geographic* y en la televisión.

—Eso le sucede a la mayoría de las personas —Caleb comió unos cuantos bocados más—. Si no le importa, prefiero que me llamen Caleb.

Ella recordaba vagamente que entre los amish era costumbre llamarse por el nombre de pila y no por los apellidos. La sencillez era lo que gobernaba su estilo de vida, al menos eso sí lo sabía. «Ojalá supiera en qué estás pensando», le dijo mentalmente. Parecía tan plácido y tranquilo, pero tenía la sensación de que había algo más.

—De modo que, ¿Middle Grove? —Reese mordisqueó la ensalada y masticó pensativamente mientras se imaginaba ondulantes colinas, casas y graneros pintados, colchas tendidas en cuerdas—. He vivido toda mi vida en la ciudad —continuó—. No siempre aquí, en Filadelfia, sino en Gladwyne, a unos veinte minutos —giró la muñeca con la intención de consultar la hora, pero se contuvo.

Sorprendida, bajó la vista al plato y comprobó que se había comido casi toda la ensalada. Se encogió de hombros y atacó el panecillo. El turno de trabajo había sido muy largo y no había comido al mediodía.

—¿Es verdad que no tienen electricidad ni teléfono?

—Cada comunidad establece sus normas —contestó Caleb pacientemente—. En nuestra granja no utilizamos electricidad ni tenemos teléfono. Si hay alguna emergencia, como la de Jonah, hay un teléfono en un cobertizo, que compartimos todos los vecinos.

—¿Todos los miembros de la comunidad son amish?

—La mayoría, sí. Sin embargo, recibimos muchos turistas —le explicó él—. Más de los que nos gustaría, aunque no tantos como en Lancaster.

—¿Los turistas les molestan? —preguntó Reese mientras dirigía la mirada hacia las camionetas de las cadenas de noticias acampadas frente al hospital.

—A mí personalmente no. Reconozco que a algunos sí les molesta que los forasteros nos observen mientras nos dedicamos a lo nuestro, recolectando el maíz o arando el campo, o a nuestros niños cuando van al colegio.

—A mí me molestaría —observó ella tras tomar un sorbo de cola.

Terminada la cena, el silencio que se produjo entre ambos resultó extrañamente amigable. Reese no había tenido intención de comer en absoluto, pero lo había hecho casi sin pensar. Ese hombre producía un extraño efecto sobre

ella, ese hombre amish, grande y tranquilo. El tiempo pareció ralentizarse, los momentos pasaron sin darse cuenta.

De su bolso surgió un sonido nasal. Caleb se sobresaltó. Era el primer movimiento impulsivo que ella lo había visto hacer.

—Lo siento —se excusó ella mientras revolvía en el bolso—. Es mi teléfono —lo sacó y consultó la pantalla.

Por supuesto, era su madre.

—Mierda.

—¿Qué pasa? —preguntó él

«Mierda». Había perdido completamente la noción del tiempo. Algo insólito en ella.

—¿Me disculpa un momento? —le dijo a Caleb.

Sin esperar su permiso, Reese abandonó la mesa y se dirigió a un lateral de la cafetería, junto a los contenedores de basura.

—Mamá, lo siento de veras, pero no voy a poder ir a cenar esta noche. Estoy liada aquí en el hospital.

—Tu turno terminó hace cuarenta y cinco minutos —señaló Joanna Powell.

¿Cuántos adultos tenían una madre que memorizara su horario de trabajo?

—Lo sé, pero estoy metida en un caso bastante... interesante —ella echó una ojeada hacia donde estaba Caleb Stoltz, que había conseguido engullir una cena que habría dejado satisfechos a tres adultos de estatura media—. Lo siento muchísimo, de verdad que me apetecía mucho cenar contigo y con papá esta noche.

—Supongo que no hay nada más que decir —contestó su madre—. Tendremos que aplazarla. Mientras tanto, te enviaré por correo electrónico algunas cosas sobre las entrevistas para las residencias.

—Gracias, mamá —contestó Reese—. Eres la mejor.

Rápidamente colgó la llamada y se apresuró de vuelta a la mesa. Caleb terminó su gran vaso de cola.

—¿Le apetece beber algo más? —preguntó ella—. Hay limonada, té helado o...

—Tengo suficiente. Es que no estoy acostumbrado al sabor de la cola. Ha pasado mucho tiempo.

Reese no sabía muy bien por qué había dado plantón a sus padres para poder pasar algo más de tiempo con ese hombre, un extraño cuyo sobrino había pasado por la sala de urgencias. Normalmente, los pacientes pasaban como las hojas flotando en la corriente del río. A menudo, ese río era de sangre, pero seguía

pasando con la misma regularidad que el personal que limpiaba cada sala de examen y las zonas delimitadas por cortinas tras el paso de un paciente.

Algo en ese hombre y el niño herido le había llegado al corazón. Simplemente no estaba preparada para dejarlo marchar. En ocasiones le pasaba con algún paciente. Los residentes y auxiliares con los que trabajaba hablaban sobre el hecho de que un determinado caso, o paciente, o familiar producía una vibración peculiar en el médico, por muchos motivos.

Reese tuvo que admitir humildemente que unos cuantos de esos motivos podrían tener algo que ver con ese hombre extraño de mirada penetrante y una dulce criatura con el cuerpo roto.

Acompañó a Caleb de regreso a la unidad de cuidados intensivos de cirugía y se detuvo en el puesto de enfermería para averiguar cuándo volvería el doctor a hablar nuevamente con él. Se detuvieron fuera de la habitación de Jonah, mirando al niño a través del grueso cristal de seguridad de la ventana.

—Sigue profundamente dormido —observó Reese.

—¿Alguna idea de cuándo despertará?

—Podrá preguntárselo al médico cuando venga a hacer la ronda nocturna.

—¿No es médico?

—Casi. Soy estudiante de medicina de cuarto año. Estaba con el equipo de urgencias cuando trajeron a Jonah, pero no es paciente mío. Yo solo pensé que le iría bien tener a alguien cerca por si surgía alguna pregunta más sobre Jonah.

Él apoyó una mano sobre el marco superior de la ventana y mantuvo la mirada fija en Jonah. Todo su cuerpo se tensó.

—Ha sido un detalle por su parte dedicarnos este tiempo, Reese.

Se le hacía raro oírle llamarla Reese. Los pacientes y familiares a menudo se dirigían a ella como «doctora», sin saber que aún no tenía el título.

Reese apoyó la frente contra el cristal y contempló el cuerpecillo inmóvil rodeado de tubos y monitores. El enorme vendaje sobre el muñón elevado dominaba toda la escena. En la vida de ese chico ya nada sería sencillo.

—¿Alguien le ha hablado sobre qué decirle a Jonah cuando despierte? —le preguntó.

—No. Pero he pensado mucho en ello. ¿Cómo se le dice a un crío que ha perdido un brazo? ¿Cómo se le dice que nunca podrá volver a lanzar una pelota de béisbol con esa mano o sujetar un sándwich entre las manos, o sujetar una herramienta para trabajar? ¿Cómo se le dice que nunca podrá estrecharle la mano al padre de su novia o acariciar a su perra con esa mano?

Reese se estremeció ante el dolor que se desprendía de sus palabras.

—Simplemente se le dice. Ojalá hubiera otro modo, u otra salida, pero no lo hay. Simplemente tendrá que decirle, de manera directa y sincera, que ha perdido un brazo y que aprenderá a vivir sin él. Es terrible, pero lo peor ya ha pasado y ha sobrevivido. Ahora le espera otra clase de vida —ella se sintió sorprendida al oírse a sí misma hablar con más confianza de la que sentía. Hablar como la clase de médico que esperaba ser algún día.

—¿Y qué clase de vida será esa?

Por primera vez, Reese percibió ira en él.

—Con una adecuada terapia y una prótesis se las apañará —contestó ella—. Hoy en día la tecnología está tan avanzada que una prótesis de brazo, acoplado a una mano artificial puede funcionar de manera muy parecida a una natural —se mordió el labio, deseando que las palabras resultaran más tranquilizadoras.

—¿Está diciendo que va a tener un brazo artificial?

—Es el protocolo recomendado. Es el mejor modo de que consiga la mayor funcionalidad —insistió Reese—. El muñón necesitará algo de tiempo, y terapia, para curarse adecuadamente y poder tolerar una prótesis permanente. En cuanto se le coloque, necesitará más terapia para aprender a utilizar su nueva mano —se volvió hacia él—. Sé que es duro. La vida de ese niño ha cambiado en un instante. Pero los chicos son increíbles. He trabajado con muchos en mis rotaciones. Son impresionantemente resilientes. Pueden adaptarse a casi todo —ella resistió el impulso de posar una mano sobre su brazo—. Los que progresan más son los que tienen el apoyo de su familia. Y, a juzgar por sus desvelos hacia él, supongo que Jonah puede contar con ello.

Ante la falta de respuesta, ella tuvo un inquietante presentimiento.

—No me diga que un miembro artificial va en contra de su religión.

—No, que yo sepa.

—Menos mal.

Permanecieron juntos unos silenciosos minutos más antes de entrar en la habitación. La enfermera seguía frente al ordenador y los saludó asintiendo con la cabeza. Reese intentó imaginarse a Jonah jugando al béisbol, ayudando con las tareas de la granja, mimando a su perra.

—¿Se siente con ánimo de hablar sobre el accidente? —preguntó.

—Ya se lo conté todo a esa mujer de la agencia. Lo anotó todo y también grabó mis palabras.

Seguramente sería alguien del Servicio de Protección a la Infancia, supuso Reese.

—Es uno de los procedimientos, obtener un informe detallado del accidente.

—Entiendo —el rostro de Caleb estaba sombrío. El sentimiento de culpa prácticamente irradiaba de él.

—Bueno, si alguna vez le apetece hablar, no me refiero para un informe ni nada de eso, me encantará escucharle.

Para su sorpresa, él asintió lentamente. Y, cuando empezó a hablar de su sobrino, las reservas desaparecieron.

—Yo estaba en la cocina cuando sucedió. Estaba con Hannah, la hermana mayor de Jonah. Estábamos recogiendo después del desayuno. Yo lo veía al otro lado del campo, trabajando en el silo del vecino, y todo parecía ir bien. Ha ayudado a llenar el silo montones de veces. Todos los niños colaboran con las tareas. Entonces, supongo que me entretuve con otra cosa y, de repente, el vecino apareció corriendo y dijo que había habido un accidente —apretó los puños con fuerza—. Por lo que contó, algo se atascó en la trituradora. Jonah intentaba empujar un tallo cuando las cuchillas lo atraparon. Todo sucedió deprisa. Muy deprisa.

Reese mantuvo la mirada fija en las luces azules y rojas del monitor, que daban una lectura constante de los signos vitales de Jonah. Empezaba a comprender que incluso un niño de la edad de Jonah ejercía una función vital en una granja. Seguramente había perdido más que si no hubiera sido un niño amish.

Y de repente sintió una profunda rabia que le enrojeció las mejillas. Con el debido respeto hacia las normas amish, cuestionaba seriamente la práctica de permitir a un niño pequeño hacer el trabajo de un hombre. Se preguntó si habría alguna investigación, si Caleb sería cuestionado por poner en peligro a un niño.

Se mordió el labio para no decir nada. No era el momento, y ella no era quién para emitir juicios o hacer comentarios. Rememoró las cosas que había aprendido en clases. Incluso tras un horrible accidente, un médico jamás debía señalar acusadoramente al paciente, o a cualquier pariente o amigo. Esa era labor de los servicios sociales. La mayoría de las veces un accidente era exactamente eso, un accidente. En su rotación por urgencias había visto a muchos niños adorados y protegidos que habían sufrido accidentes. Una mala caída en una competición de gimnasia. Una puerta de armario cerrada sobre un dedito. Una caída por las escaleras.

La culpa era un poderoso sentimiento. No necesitaba ayuda externa. Sin duda Caleb Stoltz ya se sentía lo bastante culpable.

Mirándolo de reojo percibió la tensión en sus puños apretados y rostro angular, y en la postura del cuello y los hombros. Intentó imaginarse la

impresión repentina al convertirse un día ordinario en una pesadilla.

Por fin Caleb volvió a hablar, desde un lugar de una profunda angustia que impregnaba sus palabras.

—Esta mañana le chillé —explicó con calma, sin emoción—. Le grité por meterse con su hermana. Le dije que fuera a casa de los vecinos para ayudar a llenar el silo.

—¿Qué habría hecho si no se hubiera metido con su hermana?

Caleb contempló los puños cerrados y, lentamente, abrió las manos.

—Le habría enviado a casa del vecino para llenar el silo —admitió.

—Entonces creo que ya puede dejar de sentirse responsable por ese accidente. Por horrible que sea la situación, debe comprender que cosas así suceden.

—Soy su guardián. Amo a ese chico más que a mi vida. Pero le he fallado. No lo he mantenido a salvo.

—No siga torturándose sobre el accidente de Jonah —insistió ella, aunque sabía que las palabras de consuelo no siempre aliviaban la culpa—. En urgencias, muchas personas lo hacen, y no sirve de nada. Las cosas suceden. Es horrible, pero la única opción es seguir adelante —de repente se le ocurrió una idea. Los amish eran gente de una fe profunda e inquebrantable, o eso suponía ella, dado que habían creado un estilo de vida en torno a ella—. Me temo que no sé mucho sobre su iglesia. Pero, si le apetece rezar, hay una capilla.

—No soy hombre de oraciones.

A Reese le sorprendió oírlo, ya que había supuesto que era su fe la que le ligaba a la comunidad amish. No era hombre de oraciones, y tras la expresión reservada, ella creyó detectar una curiosa tristeza. Ese hombre representaba un mundo muy diferente del suyo. Se preguntó cómo sería ese mundo.

Caleb permanecía sorprendentemente cerca de ella, y la cercanía turbó a Reese de un modo para el que no estaba preparada. No percibía ningún peligro, no era eso, pero sí sentía algo profundamente físico que hacía mucho tiempo no había experimentado, quizás jamás. Y también algo espiritual, un anhelo mezclado con esperanza, como si ese hombre fuera la manifestación de un deseo largo tiempo enterrado. A pesar de su agotamiento y del hecho de haber cancelado la cena con sus padres por culpa de él, a pesar de tener unas normas en contra de acercarse demasiado, emocionalmente, a un paciente o sus familiares, Reese se sintió atraída hacia ese hombre con una extraña afinidad que era mucho más que curiosidad. Cada vez que lo miraba tenía una sensación de paz y ternura por todo el cuerpo. Sus constantes vitales parecían ralentizarse, la incesante presión de urgencias la abandonaba.

Ojalá apareciera algún consejero de servicios sociales, o algún colaborador del capellán, alguien. Dejó otro mensaje en el teléfono interno.

La enfermera jefe apareció para realizar un chequeo rutinario a Jonah. Aunque trabajaba con diligencia y eficacia, Reese se dio cuenta de que miraba de reojo a Caleb Stoltz. Las mujeres parecían quedárselo mirando como se solía mirar una obra de arte, o un raro ejemplar en el zoo. Él no parecía darse cuenta del interés femenino que despertaba. Descuidadamente atractivo, con un cuerpo esculpido por el trabajo duro y honesto, resultaba mucho más fascinante que los médicos y el personal que poblaba los pasillos del Mercy Heights.

La enfermera y ella intercambiaron una mirada, y se comprendieron perfectamente.

Por el amor de Dios, ¿en qué estaba pensando? Debía ser culpa del cansancio. Quizás estuviera experimentando alguna clase de hastío de fin de rotación. Ella no tenía nada en común con un granjero amish. Quizás, sin embargo, las insalvables diferencias entre ambos fuera lo que despertaba su interés. Lo encontraba tan exótico y misterioso como él parecía encontrar ese hospital en la gran ciudad.

Reese apartó de su mente un aluvión de preguntas entrometidas. Tenía una agenda abarrotada y necesitaba dormir. Ya había sobrepasado, con mucho, el momento de restablecer la distancia profesional.

—Bueno —anunció, inquieta con sus propios pensamientos—. Debería irme —comprobó la historia de Jonah—. Su sobrino está estable, pero sigue en estado crítico —le advirtió.

Caleb se apretó todo lo que pudo contra la cama. Contempló el muñón vendado de Jonah y su mirada hizo que a Reese se le helara el corazón.

—Estoy segura de que en los próximos días tendrá mucha más información sobre la terapia y las prótesis que he mencionado —ella intentó consolarlo—. De verdad que Jonah podrá disfrutar de una vida normal.

El silencio fue tan prolongado que no estuvo segura de que la hubiese oído. Pero entonces Caleb levantó la vista.

—¿Qué es una vida normal?

—Supongo que es diferente para cada persona. Jonah tendrá que encontrar sus propias respuestas.

—Una pregunta muy grande para un niño tan pequeño.

Se produjo otro prolongado silencio. Reese no tenía ni idea de qué decir. Por suerte, a su rescate acudió un miembro de la oficina del capellán. Reese se despidió reticentemente y camino de la salida atajó por el puente interior que

conducía al servicio de maternidad conocido, y no por casualidad, como Pabellón Powell. Había sido nombrado en honor a su abuelo, en su día pionero en el campo de la fertilidad humana. Pensó en sus padres y su mundo altamente tecnificado de grandes aspiraciones, jugando a ser Dios y haciendo realidad los milagros. ¿Qué pensaría Caleb Stoltz de unos médicos cuyo trabajo diario consistía en congelar químicamente el útero de una mujer con el fin de obligarla a concebir?

¿Y por qué iba a importarle lo que pudiera pensar?

Capítulo 5

Cuando Reese llegó a su casa aquella noche entró, cerró la puerta, se volvió, y presintió que no estaba sola. Algo extraño flotaba en el aire, una energía nada familiar, un sentido de que algo estaba fuera de lugar.

Murmurando casi sin aliento, se abrió paso hasta la cocina. El hombre que esperaba ver estaba sentado ante una mesa de arce rallada, bebiendo una copa de vino y leyendo el último número de *Vanity Fair*, una edición sobre la industria de Hollywood, que había robado en una sala de reconocimiento del hospital. Era lo más parecido a una cita que había tenido en seis meses.

Su intruso era un hombre delgado y atractivo, varios años mayor que ella, con la mirada dulce y una sonrisa descarada.

—Hola —saludó ella—. Te di esa llave para que la utilizaras en caso de emergencia.

—Y es una emergencia —le aseguró su vecino de enfrente, Leroy Hershberger, que, desde que se mudara un año atrás, se había ganado poco a poco un hueco como buen amigo—. Se me había terminado el vino.

—Muy gracioso —ella tomó la botella y se sirvió una copa antes de brindar con él y beber un sorbo.

—Estaba bastante seguro de que no te importaría —insistió Leroy—. Ha venido este paquete para ti. He firmado yo —señaló, con esas maravillosas manos que le convertían en un extraordinario fisioterapeuta, hacia un grueso sobre con membrete del Johns Hopkins—. Otro programa de residencia con el que empezar a sentir sudores fríos.

—Gracias —Reese bebió otro trago de vino, mirándolo por encima de la copa. Era evidente que acababa de cortarse el pelo en ese salón carísimo que frecuentaba, e iba vestido de Abercrombie & Fitch, caprichos que, aseguraba, le ayudaban a mantener la cordura al recordarle que había vida más allá de la bata—. Tienes buen aspecto. ¿Algún plan para esta noche?

—Me han dejado plantado. De ahí la necesidad del vino.

—¡No puede ser! ¿Quién ha sido? ¿Y cómo se ha atrevido a darte plantón?

—Algunas chicas son tremendas —Leroy estiró las largas piernas y la miró con expresión indiferente.

Sin embargo, ella sabía que estaba luchando contra una sensación de decepción. Leroy era soltero y solitario. Aunque no formaban una pareja romántica, a menudo se sinceraban sobre sus nulas vidas amorosas.

—Pasar una tarde tranquila en casa está infravalorado —Reese miró a su alrededor.

Su apartamento tenía muchas posibilidades, pero no lo sentía como un hogar. Tenía una atmósfera de transitoriedad, como si estuviera a punto de hacer las maletas para marcharse. Nunca se había animado a colgar un cuadro o una foto en la pared, ni a colocar adecuadamente en estantes su colección de libros de texto y novelas favoritas.

Aquí y allá había algún que otro detalle de su personalidad, indicios de una necesidad de mayor profundidad y permanencia. Tenía una colcha de patchwork que le había confeccionado una antigua paciente, colgando de una silla de madera pintada, y un reloj de cuco que había pertenecido a su abuela. Los utensilios de cocina incluían rodillo de amasar labrado y un decorador de tartas, que no había utilizado jamás. También tenía una pecera, pero solo contenía agua y plantas de plástico.

Tenía entre sus planes convertir esa casa en un hogar, pero el trabajo y los estudios le impedían ponerse a la tarea. Si se decidía a seguir el plan trazado para ella por sus padres, al final podría permitirse una buena casa junto al río, o un apartamento en un rascacielos, o quizás una mansión de estilo colonial. El problema era que no tenía la sensación de encajar en esa vida.

Al igual que no encajaba Caleb Stoltz, pensó, recordando a ese hombre de pie, el sombrero en la mano, en la habitación de hospital de su sobrino.

Rápidamente tomó otro sorbo de vino. ¿Hasta dónde aguantaría ese hombre amish la terapia que iba a necesitar Jonah?

Leroy se levantó y se colocó detrás de ella, con sus habilidosas y delicadas manos le dio un masaje en el cuello y los hombros. Experto fisioterapeuta, sabía exactamente dónde poner las manos para aliviar la tensión.

—Creo que empiezas a sufrir rigor mortis —declaró—. Estás más tiesa que... tiesa.

—Muy gracioso.

—¿Un día duro?

—Podría decirse. Un día extraño.

—Yo creía que esta noche cenabas con tus padres —observó él.

Reese contempló el calendario pegado a la puerta de la nevera.

—Eres un cotilla.

Había una cosa escrita prácticamente para cada día. *Entrevista con Jacobson. Grupo de estudio a las seis de la tarde. Examen de la junta a las seis y media de la mañana.*

—¡Jesús! —exclamó Leroy—. Mira tu agenda. No es normal. Apuesto a que también programas tus movimientos intestinales.

—¿Quién tiene tiempo para eso? —preguntó Reese antes de apurar la copa de vino.

—Aquí falta una cosa.

—¿En serio? ¿Qué?

—Vida social. O cualquier otra clase de vida. Por si no te habías dado cuenta, la mayoría de la gente aspira a tener una.

—Conseguiré mi vida después de haber superado el examen.

—Por supuesto. Solo que, en cuanto estés en tu primera residencia, tendrás que seguir trabajando para llegar a la siguiente y, cuando la tengas, solicitarás otra, y después de eso tendrás que concentrarte en tu especialidad, y en tu subespecialidad, y...

—De acuerdo, de acuerdo. Ya me has explicado tu punto de vista —ella se acercó a la nevera, eligió algunos huecos sin rellenar y escribió: *conseguir una vida*—. Al menos a mí no me han dejado plantada. ¿Quién fue esta vez, Roberta, la del servicio de catering?

—Roberta, sí. Y sí, tiene un servicio de catering. El resto del día estuvo bien. Dos pacientes infartados, algo de terapia para la espalda, una víctima de accidente con una importante fisura en el hombro. No ha sido fácil, pero le obligué a canalizar su ira ante la perspectiva de acabar en una silla de ruedas.

Reese se sentó y se sirvió más vino.

—¿Has trabajado alguna vez con un amputado?

—Claro. Estoy titulado en prótesis.

—Hoy en urgencias hubo una amputación —le explicó ella—. Un niño ha perdido un brazo.

—Qué mierda. Pobre crío. ¿Qué le pasó?

—Un accidente en la granja. Su mano quedó atrapada en una trituradora o algo así. Un chico amish —añadió—. Nunca había tratado a ningún amish hasta hoy. Nunca había conocido a un amish.

—Yo no estaría muy seguro de eso —Leroy la miró con una curiosa expresión en el rostro.

Al principio ella no lo pilló. Pero, de repente...

—No me jodas, Leroy. ¿Pretendes decirme que eres amish?

—Lo fui. Es evidente que ya no lo soy.

—¿Cómo puedes ser amish sin habérmelo dicho nunca? —ella se sintió, en cierto modo, traicionada—. Eres mi vecino más próximo. Se supone que debo saberlo todo sobre ti.

—Hacía seis meses que nos conocíamos cuando me contaste que fuiste un bebé probeta —señaló él.

—No lo consideré importante —dijo Reese mientras agitaba una mano en el aire.

—Sí, claro. Ser el resultado de la especialidad médica de tus padres te ha marcado, princesa. La princesa de la placa de Petri.

—Y está claro que ser amish te ha marcado a ti también. ¿Por qué demonios no me lo contaste? —ella lo miró como si estuviera contemplando a un extraño. ¿Leroy? ¿Amish? ¿Cómo podía ser amish Leroy?

Ese hombre no tenía nada que recordara, siquiera remotamente, a los amish. Pero, de repente, algunos hechos se aclararon. Desde que lo conocía no había visto a ningún miembro de su familia. Si alguna vez le había preguntado al respecto, él siempre contestaba que su familia lo había rechazado por negarse a casarse con una chica con la que había estado prometido, y por haberse trasladado a la ciudad.

—No bromeabas —comprendió ella—. Sobre lo de que te rechazaron. Tu familia te repudió realmente. Al modo de los amish.

—Nada como un buen y anticuado rechazo amish —una amarga carcajada escapó de labios de Leroy—. Se les da mejor que a un grupo de adolescentes de séptimo curso.

—¿Significa eso que nunca tienes contacto con tus amigos y familia amish?

—Más o menos. Es complicado. Los que han sido bautizados no pueden hablar, o compartir comida, conmigo. Los que aún no han sido bautizados tienen un poco más de libertad. Pero, a todos los efectos, soy persona non grata en la comunidad en la que crecí.

—No me puedo creer que seas amish —insistió ella pensativamente sin dejar de mirarlo. Recién afeitado, mirada tierna y manos de manicura perfecta, era el ejemplo del típico hombre moderno—. Intento imaginarte como amish, pero no lo consigo.

—Pues lo fui —la voz de Leroy todavía conservaba un punto de amargura—. El corte de pelo a tazón y sombrero plano, los pantalones sin cierre delantero, los tirantes, ni una cremallera en diez kilómetros a la redonda. Tengo nueve hermanos y hermanas, sobrinos y sobrinas a los que no conozco. Llevo años sin tener contacto con mi familia.

—Eso debe de ser emocionalmente terrible para ti —observó Reese—. Y también para tu familia.

—Ellos lo superaron. No me cabe la menor duda de que ellos lo superaron. Es la manera de los amish.

—¿Y tú?

Leroy vació la botella de vino en su copa.

—Cuéntame lo de ese chico de hoy —el cambio de tema fue deliberado e inquebrantable—. Supongo que estaría llenando un silo, ¿verdad?

—¿Cómo puedes saberlo?

—Es la época del año. El año amish está fijado por las estaciones y las tareas de la granja propias de cada una de ellas. El maíz y otros granos maduran ahora y deben ser cosechados. En una granja amish, toda la comunidad participa.

—Percibo una total falta de afecto y nostalgia en tu voz —señaló Reese.

—Digamos que mi experiencia con los amish no encajaría en la páginas del *National Geographic* —Leroy tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—¿Tu familia fue cruel contigo? ¿Te descuidaron? ¿Qué?

—Ya no quiero seguir hablando de ello, princesa. ¿De dónde dices que es ese chico?

Reese se obligó a abandonar el tema de la infancia de Leroy.

—De un lugar llamado Middle Grove. ¿Lo conoces?

—Pues lo cierto es que sí. Está por la autopista cincuenta y siete, en la misma zona que mi pueblo natal, Jamesville. Una zona muy hermosa, cerca de las Pocono. Los amish de Middle Grove son tremendamente restrictivos. Recuerdo que se negaban a confraternizar con nuestra comunidad porque nosotros éramos un poco más liberales.

—Pues espero que no se muestren tan restrictivos con Jonah, el niño amputado. Lo va a pasar muy mal si le prohíben llevar un brazo artificial. ¿Crees que serían capaces de hacerle eso?

—Difícil decirlo. Los amish se ocupan de los suyos. Supongo que depende del apoyo con el que cuente.

Reese pensó en Caleb Stoltz y la sensación que le había producido ver su rostro mientras contemplaba a su sobrino herido.

—No sé cómo será la familia —contestó—. Pero tiene un tío muy bondadoso que lo está criando. Un tío increíblemente bondadoso —añadió—. Vino en el helicóptero con el chico. La enfermera de vuelo dijo que tuvo una disputa con algunos de los locales que insistían en que volar iba en contra de su religión.

—Pero no va en contra de su religión dejar que un niño muera desangrado. Me alegra que el tío fuera razonable.

—Lo fue —ella asintió y apoyó la barbilla en la palma de la mano—. Desde luego es muy razonable. Los padres del chico están muertos, y Caleb, así se llama el tío, está criando a Jonah, y también mencionó que hay una hermana.

Se imaginó al hombre y la vida que había descrito, en medio del campo, y la imagen que apareció en su cabeza la hizo suspirar.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Leroy—. ¿Es posible? Te has prendado de él.

—Chorradas —ella se alejó de la mesa—. El chico de ese tipo está sufriendo un gravísimo trauma.

Él rio ante la indignación de su vecina.

—El robusto granjero amish y la urbanita princesa estadounidense. Es demasiado bonito.

—¿Cómo sabes que es robusto? —Reese lo fulminó con la mirada.

—Sé cómo te gustan. Te gustan los tipos ridículamente atractivos.

—¿Tú no tenías que ir a alguna parte?

—No, me han dado plantón, ¿recuerdas? Se supone que deberías ayudarme a superar la noche. Pero, por una vez, tu vida es más interesante que la mía.

—Acabas de acusarme de no tener una vida.

—Eso fue antes de descubrir lo del tipo amish.

—No hay nada sobre un tipo amish —protestó ella—. Deja ya lo del tipo amish.

—Te diré una cosa —insistió él—. Mañana me dejaré caer por el hospital para hacerle una visita al chico y a su tío. ¿Está en cuidados intensivos?

Reese asintió y recogió las copas vacías para llevarlas al fregadero.

—Eso estaría bien.

—¿Lo ves? Soy muy agradable.

Caleb despertó con el tranquilo ritmo de las máquinas del hospital. En el aire se respiraba un olor amargo mezclado con el olor cobrizo de la sangre. Aunque se había despertado por completo, no se movió, no de inmediato. Permaneció muy quieto en la dura silla, demasiado pequeña para él, de plástico, incrustada

en un rincón de la pequeña habitación donde dormía Jonah. El capellán le había ofrecido una cama para pasar la noche, pero Caleb la había rechazado, prefiriendo permanecer junto a Jonah. La enfermera, que nunca lo abandonaba, estaba frente al monitor, contemplando la pantalla. Al mirar por la ventana junto al puesto de enfermería, Caleb vio el gris resplandor de un nuevo día.

Su sombrero estaba en el suelo, bajo la silla. No había encontrado ningún otro lugar donde dejarlo. La jaula de cristal, linóleo y acero dejaba muy poco lugar libre para objetos personales.

—Buenos días —saludó la enfermera frente al ordenador.

—¿Qué tal va? —preguntó Caleb.

—Está estable. Ha pasado la noche tranquilo —la mujer, de origen asiático, lo miró sin dejar de mover las manos sobre el teclado—. ¿Le traigo algo?

—No, gracias.

Caleb se levantó y se acercó hasta la cama. Jonah no parecía haberse movido en toda la noche. Durante las interminables horas de oscuridad, enfermeras, auxiliares sanitarios, estudiantes de medicina y, por lo menos, un médico, habían ido a echar un vistazo a Jonah o, más exactamente, a los equipos enganchados a su pobre y roto cuerpo. Y en ningún momento se había movido el crío, ni siquiera había pestañeado, hasta donde Caleb había podido comprobar.

Posó la palma de la mano sobre las frías barras de acero de la barandilla de la cama. Algo le había pasado a Jonah durante la noche. Las horas perdidas lo habían empequeñecido, le habían robado el espíritu. El chico parecía más pequeño, más pálido de lo que había estado unas horas antes. Simplemente había... menos de él.

Quizás eso era lo que un lugar como ese le hacía a la gente. Los vaciaba, los convertía en fantasmas. Aunque, por supuesto, se dijo Caleb, Jonah estaría muerto de no haber sido llevado a ese hospital.

Contempló el suave rostro grisáceo y sintió una dolorosa punzada de terror y amor que le oprimió el pecho. Habían afeitado un lado de la cabeza de Jonah y reparado los cortes con lo que parecía ser hilo y pegamento. Su cara estaba moteada de moratones y pequeños cortes. Un poco de sangre se había acumulado y secado en una oreja. Y Caleb resistió el impulso de limpiársela.

«¿Esto ha sido obra mía?», se preguntó. «¿He permitido que a un niño, pequeño e inocente, le pase algo terrible?». Se sentía devorado por la culpa.

Tras la muerte de su hermano, Caleb no había estado seguro de poder criar a Jonah y a Hannah adecuadamente. Y quizás no estuviera haciéndolo tan bien como creía, pero lo que sí había aprendido rápidamente era a amar a un crío. Era

la cosa más sencilla que había hecho jamás. Amaba a Jonah con todo su corazón, y cada segundo del sufrimiento del chico le pertenecía a él también.

Bajo esas extraordinarias circunstancias, un hombre de fe sin duda rezaría. Rezaría para que esa preciosa criatura se curara, daría gracias al Señor por permitir que Jonah siguiera vivo. Pero él no era un hombre de fe, ya no. Quizás nunca lo hubiera sido.

Se descubrió pensando en John, su hermano mayor, el padre de Jonah. La fe de John había sido profunda como un pozo, infinita como el cielo. Él sí que habría sabido rezar por su hijo.

—Lo siento, John, siento muchísimo lo de tu hijo —murmuró en voz baja—. Lo haré lo mejor que pueda, lo mejor que sepa. Espero que sea suficiente —pero, incluso mientras hablaba, Caleb temía que no fuera así.

Su estómago rugió, un sonido fuerte y profano en el sobrenatural silencio de una habitación de hospital. Se sintió ligeramente avergonzado por las urgencias de su cuerpo. Cuando sucedía algo tan horrible, no le parecía correcto tener hambre, que le creciera el bigote, que necesitara mear. Pero así era.

Se dirigió al lavabo de caballeros pasillo abajo y se alivió antes de lavarse con el acuoso jabón de un viejo dispensador colgado de la pared. A continuación se secó con unas toallas de papel marrón. El reflejo que le devolvió el espejo sobre el lavabo lo sobresaltó. En las casas amish no había espejos. Los espejos eran propios del orgullo y la vanidad, que no tenían cabida en el carácter de un amish. Se enjuagó la boca y colocó los tirantes en su sitio.

Solo que no había tirantes. Seguía llevando la camisa y pantalones verdes que Reese Powell le había proporcionado.

Corrió de regreso a la habitación de Jonah. Junto a la cama había otro trabajador del hospital, anotando cosas sobre una tableta. Un tipo de piel oscura. Sonrió amablemente a Caleb cuando lo vio entrar.

—Su hijo lleva toda la noche estable —le informó—. Eso es buena señal.

—¿Cuándo va a despertar? —preguntó Caleb.

—Eso depende, básicamente, de él —contestó el hombre—. Los médicos podrán decirle algo más durante las rondas, pero puede hablar con él. Al principio estará aturdido, pero, si todo va bien, en poco tiempo estará despierto y charlando.

Cuando el auxiliar sanitario abandonó la habitación, Caleb volvió a su puesto de vigilancia junto a la cama.

—Jonah —llamó varias veces al chico por su nombre. Pero, como la enfermera parecía absorta en el monitor, se decidió a hablar un poco más—.

Jonah, soy yo, tu tío Caleb. Estoy aquí esperando a que te despiertes porque tenemos mucho de que hablar. ¿Me oyes, Jonah? ¿Puedes oírme?

El niño permanecía inmóvil como una roca. Parecía una imagen grabada sobre una lápida gris, como esos ángeles de piedra que tanto gustaban a los ingleses en sus cementerios.

—¿Jonah, me oyes? —intentó Caleb de nuevo—. Soy yo, tío Caleb. ¿Sientes mi mano sobre tu pierna? La tengo sobre tu rodilla. Estoy muy preocupado por ti, Jonah. Ojalá despertaras para que pudiésemos hablar.

Permaneció inmóvil en el mismo sitio, la mirada fija en su sobrino, el pulgar dibujando distraídamente círculos alrededor de la rodilla de Jonah. Y entonces lo vio. Un ligerísimo movimiento. Una sombra sobre la mejilla del crío.

—¿Jonah? —Caleb se inclinó un poco más—. Vamos, muchacho. Tú puedes hacerlo.

El niño volvió a parpadear y entonces abrió los ojos. Miró hacia arriba y cerró los ojos con fuerza, como si intentara evitar el destello de las luces del techo. Caleb no paraba de pronunciar su nombre, de acariciar delicadamente su rodilla y el hombro derecho, teniendo cuidado de no centrarse en el fuertemente vendado brazo seccionado. Jonah volvió a abrir los ojos y los entornó confuso. En esa ocasión no miró a las luces, sino a Caleb. Movi6 los labios, esos labios azulados y agrietados, pero no produjo ningún sonido.

—Puede darle un poco de agua —le indicó la enfermera—. Puede tomar sorbitos de agua y chupar trocitos de hielo si le apetece, hasta que el médico diga que puede comer y beber otra vez.

Caleb tomó un vaso de papel de la bandeja junto a la cama.

—Toma, aquí tienes —le dijo a su sobrino mientras torcía la pajita hacia sus labios. Rápidamente cambió al dialecto alemán—. Tranquilo. Con calma.

Jonah chupó débilmente de la pajita. Casi toda el agua cayó por las comisuras de sus labios y sobre la almohada bajo su cabeza.

—Puede elevar la cama con esto —la enfermera le entregó un mando a distancia.

Caleb toqueteó los controles hasta averiguar qué botón elevaba el cabecero de la cama. La expresión de Jonah era de una perplejidad casi cómica, pero cuando comprendió lo que sucedía se relajó. Caleb levantó la cama unos pocos centímetros, lo suficiente para que el chico pudiera tragar sin que se le cayera todo. Jonah tomó otro pequeño sorbo y suspiró.

—Tío... Caleb.

—Ese soy yo —la contestación de Caleb llegó demasiado alta y demasiado

alegre—. He estado aquí sentado, preguntándome cuándo despertaría.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Toda la noche, y algo más —Caleb fijó la mirada en los asombrados ojos de su sobrino—. ¿Sabes dónde estás?

El niño miró de un lado a otro. Su carita parecía haber sido desgarrada por unas garras.

—No.

—Estamos en el hospital —le explicó su tío—. Tuviste un accidente muy grave, Jonah. Muy, muy grave. Tuvieron que operarte. ¿Recuerdas haberte herido?

—Pues no mucho. Tengo problemas para recordar —contestó Jonah.

Una enfermera ya le había advertido a Caleb sobre ese aspecto. Las víctimas de un fuerte trauma perdían los recuerdos del accidente. En ocasiones no volvían a recuperar jamás la memoria sobre un determinado evento. Era un mecanismo de defensa. La mente no quería recordar algo tan duro y doloroso.

—¿Recuerdas haber ido a trabajar a casa de los Hauber?

—Claro que sí.

Caleb se sintió avergonzado por haber deseado que Jonah olvidara por completo aquella mañana.

—Entonces seguramente recordarás que te grité —continuó él—. No debería haberte gritado, Jonah. Debería haberte hablado de otro modo.

—No me molesta que me grites, tío Caleb.

—Pero a mí sí me molesta haberte gritado —Caleb respiró hondo—. ¿Te acuerdas de la trituradora?

—¿La trituradora? —Jonah frunció ligeramente el ceño—. Sé cómo hacerla funcionar. Sé cómo manejarla. Tú me enseñaste.

La expresión de confianza en la cara del niño rompió el corazón de su tío.

—Algo se atascó en las cuchillas.

—A veces sucede —contestó el chico—. Y también sé cómo solucionar eso. Agarro un tallo más largo y empujo con mucha fuerza... —Jonah se detuvo bruscamente. Frunció el ceño con más fuerza antes de relajarlo y cerrar los ojos. El labio inferior empezó a temblar—. ¿Tío Caleb?

Caleb habría dado su vida por evitar tener que pronunciar las palabras que iba a tener que decir.

—Sucedió algo terrible, Jonah. Sufriste mucho daño, *liebling*. Algo muy grave.

El pequeño abrió los ojos lentamente, como si de algún modo supiera a lo que

estaba a punto de enfrentarse. Con movimientos aún más lentos, levantó la mano derecha de debajo de la sábana azul. La sangre se había secado en las cortas uñas. Abrió y cerró la mano.

Caleb le tomó la mano y la sostuvo entre las suyas antes de llevársela a los labios.

—Lo siento, Jonah. Lo siento muchísimo —sintió la resistencia del muchacho que intentaba soltarse de las manos de su tío. Y con estremecedora claridad, Caleb supo el motivo.

Sintió una urgente necesidad de intervenir antes de que Jonah lo descubriera por sí mismo.

—Jonah, hijo, mírame.

Los ojos azules de mirada seria se posaron sobre el rostro de Caleb. Había incredulidad en esos ojos, y una sensación de traición. Jonah era un niño, había confiado en las personas encargadas de cuidarle, y le habían traicionado.

—El otro brazo ya no está, hijo —le explicó Caleb con calma—. Hubo que cortarlo.

Jonah se quedó callado. Caleb se imaginó la noción posándose como el veneno en la mente del chico. No se movía. No pestañeaba. No pronunció una palabra durante varios agónicos momentos mientras contemplaba el muñón vendado, envuelto en capa tras capa de una gasa de color crema. Del vendaje sobresalía un tapón o espita.

—¿No está? —preguntó, la voz quebrándose.

—Quedó atrapado en la trituradora. Estaba tan dañado que no pudieron arreglarlo. Tuvieron que cortarlo para salvarte la vida.

—¿No está? —insistió Jonah—. Es mi brazo. ¿Cómo puede no estar?

—Sé que hay muchas cosas que asimilar —le aseguró Caleb—. Yo todavía... apenas me lo puedo creer yo mismo, si no fuera porque estaba allí. El personal de urgencias te salvó la vida. Llegaron enseguida, hicieron lo que pudieron para parar la hemorragia, y luego llamaron a un helicóptero de rescate —había sucedido todo hacía veinticuatro horas, pero parecía como si hubiera pasado toda una vida—. Nos trajeron aquí en el helicóptero —añadió Caleb—. A ti y a mí.

—Hemos volado.

—Sí, hemos volado. Arriba en el cielo, como un pájaro o una libélula.

—¿Eso no va en contra del Ordnung?

Caleb empujó las comisuras de los labios hacia arriba en un amago de sonrisa.

—Eres igual que tu papá —observó—. Para serte sincero, me preocupaba más que murieras desangrado que obrar en contra de las leyes de la iglesia.

Jonah hizo una mueca y apartó la gasa de la extremidad vendada. Su rostro era la viva imagen del espanto y la incomprensión. Era la mirada que se podría encontrar en una madre que acababa de perder a su hijo. Miriam Hauber había mirado así mucho tiempo después de haber perdido un bebé horas después de su nacimiento. Una mirada aturdida, vacía, como si el mundo, de repente, se hubiera convertido en un lugar que no reconocía.

—¿Entonces, qué ocurrió? —preguntó Jonah.

—Todo fue muy deprisa —le explicó Caleb—. Ni siquiera estoy seguro de recordarlo todo bien. Te bajaron del helicóptero mientras las aspas seguían girando y te llevaron corriendo al servicio de urgencias. Aquello parecía un enjambre de moscas en un pícnic, y tú eras el plato principal. Yo no tenía ni idea de que una multitud de personas pudiera moverse tan coordinadamente alrededor de un pequeño renacuajo como tú. Te pusieron sangre y vías con otras cosas, y se gritaban cosas, cosas que yo no entendía. Todos trabajaban duro para salvarte la vida, Jonah. Lo que pasó fue que los tipos de urgencias, los médicos, enfermeras, internos y demás lograron estabilizarte. Y eso significa que consiguieron que tu corazón, tu presión sanguínea y tu respiración estuvieran bien, para poder llevarte a cirugía —resultaba extraño hablar de cosas tan poco familiares, pero Caleb no veía ningún motivo para ocultarle nada a Jonah.

—¿Qué es cirugía? —Jonah posó la mirada en el techo.

—Es un lugar al que te llevaron para operarte y así salvarte la vida.

—¿Y allí me cortaron el brazo?

Caleb se pellizcó el puente de la nariz, sorprendido ante el dolor de cabeza que sentía. Él no solía sufrir dolores de cabeza.

—Sí, hijo. Sí.

Jonah centró su atención en el brazo vendado.

—¿Tú también estabas allí? —preguntó—. Quiero decir, mientras me cortaban el brazo, ¿estabas conmigo?

—¿Qué? No.

—Me preguntaba si utilizaron una sierra, como Eli Kemp cuando despedaza a los animales.

«Dios Todopoderoso».

—Yo estaba en una sala de espera, pensando en ti todo el rato. Cuando terminó la operación te trajeron a esta habitación, que se llama unidad de cuidados intensivos de cirugía. La gente del hospital te ha estado vigilando toda la noche. Sé que los doctores se pondrán muy contentos al saber que estás despierto y hablando.

Caleb permitió que Jonah se sumiera en el silencio. En ocasiones hacía falta silencio, dejar de hablar. Lo había aprendido cuando, en un único y terrible instante, se había convertido en el tutor de Jonah y Hannah.

El día anterior, sin embargo, cuando llevaron al chico corriendo a cirugía, había agradecido poder hablar. Recordaba haber estado paseando por la sala de espera de urgencias, preguntándose qué iba a suceder y no sabiendo a quién preguntar. Y entonces se había acercado Reese Powell. Caleb no recordaba en qué había estado pensando cuando ella apareció. Pero sí recordaba haberse vuelto hacia ella, haber sentido una pequeña sensación de alivio cuando la joven le había ofrecido ropa limpia y cuando lo había ayudado a encontrar el camino por los laberínticos pasillos del hospital.

No sabía por qué se había tomado esa joven tanto interés en él. Todos los demás en urgencias parecían ir a toda prisa de una crisis a otra, como una flecha, esquivando a colegas, pacientes y familiares aterrorizados.

Reese le había parecido muy joven, aunque proyectaba un aire de confianza. Era diferente de cualquiera que hubiera conocido jamás, hombre o mujer, de una manera que lo tentaba a mirarla fijamente, como había mirado fijamente las cataratas de Niágara, o una estrella fugaz. Sus cabellos cortos eran negros y brillantes como las alas de un cuervo, enmarcando un rostro al que podría mirar toda la vida. Por supuesto, no tenía ningún derecho a fijarse en la belleza de una mujer, sobre todo en un momento como ese, pero fijarse en ella no cambiaría lo sucedido, sin importar quién se estuviera desangrando sobre la mesa de operaciones.

Cuando esa joven había comenzado a hablarle, Caleb se había dado cuenta de que el origen de esa belleza era algo sencillo, y a la vez poderoso: compasión mezclado con una feroz y sincera inteligencia. Tenía un modo de mirarlo, como si supiera lo asustado que estaba por Jonah, y lo mucho que necesitaba comprender lo que le estaba sucediéndole a su sobrino. Mientras le estaba explicando la terrible lesión, Caleb había sentido un diminuto destello de esperanza. Sabía que un estudiante de medicina estaba al inicio de la práctica médica, como un aprendiz de carpintero aprendiendo de un maestro. Sin embargo, había cosas que esa mujer sabía, cosas que él ni siquiera se alcanzaba a imaginar. Cosas sobre el cuerpo humano y la manera en que funcionaba o dejaba de funcionar. A lo largo de las interminables horas del día anterior, Reese Powell se había mostrado totalmente determinada a permanecer a su lado, no solo contestando las preguntas que le había hecho, sino también las que ni siquiera sabía cómo formular.

Todo eso parecía mucha información registrada para tratarse de una mujer a la que acababa de conocer. Pero, en ocasiones, Caleb era así. Conocía a alguien y veía exactamente cómo era esa persona, con tan solo unos minutos de conversación.

Eso apenas importaba ya. Seguramente no volvería a verla. Era uno de los muchos extraños que pasaban por ahí. Pero, por algún extraño motivo, sus pensamientos regresaban una y otra vez a Reese Powell. Aparte de su feroz e intimidante inteligencia, Caleb también había percibido algo estéril y solitario en ella. Cuando habían ido a la cafetería, ella no había cruzado palabra con nadie. Seguramente no era propio de ella tomarse tanto tiempo para ayudar a alguien en su primera noche en la ciudad.

Jonah lo miraba en silencio, y Caleb se sintió culpable por recordar su encuentro con una mujer. El rostro de su sobrino adquirió un aspecto más dulce y somnoliento, sus ojos comenzaron a cerrarse.

—¿Dónde está Hannah? —preguntó en un susurro.

Caleb recordó a la hermana de Jonah, acurrucada trágicamente en el suelo mientras el helicóptero se llevaba a su hermano.

—En casa, en Middle Grove. Le dejé a Alma el recado, por teléfono, de que ibas a ponerte bien. Y así será, grandullón, te lo juro.

—¿Cómo puedo estar bien si no tengo brazo? —la voz de Jonah era apenas un susurro.

—Porque eres Jonah. Mi chico. El mejor. Y te juro por todo lo que soy que vamos a salir de esta.

La mentira le fabricó un grueso nudo en la garganta. No había manera de salir de una pérdida como esa.

—¿Sabe Hannah lo de mi brazo? ¿Le dijiste a Alma que se lo contara?

—Le dije a Alma que ibas a ponerte bien —contestó Caleb—. Ella se lo dirá a Hannah.

No había dicho nada sobre el brazo, solo que Jonah iba a ponerse bien. Dado lo que Hannah y su hermano ya habían perdido, le debía toda la verdad, pero no hasta que pudiera verla, tomarle la mano, tranquilizarla.

—Llevas una ropa muy rara —observó Jonah.

Caleb contempló la camisa y el pantalón prestados.

—Una señora llamada Reese me la prestó —no quiso explicarle que su ropa estaba manchada con la sangre de Jonah—. Es el uniforme de los médicos.

Jonah asintió y bostezó. Los ojos se cerraron.

—Ahora descansa —le dijo Caleb, acariciándole delicadamente la frente—.

Descansa todo lo que quieras.

Caleb también cerró los ojos, pero no durmió. Su mente volvió atrás en el tiempo, alcanzando recuerdos para siempre encerrados en su memoria.

Cuando era un niño de la edad de Jonah, Caleb solía perder el tiempo junto a la cabina de teléfono del pueblo, esperando sin esperanza oír sonar el aparato, oír la voz de su madre al otro lado, esperando que ella le explicara por qué lo había abandonado, a él y a su hermano mayor, para no regresar jamás.

Por supuesto el teléfono nunca sonaba. Caleb había intentado encontrar su nombre en el listín telefónico, un delgado directorio de papel con fotografías de las Pocono en la cubierta. Recordaba haberse sentado en el suelo del pequeño cobertizo a leer metódicamente todos y cada uno de los nombres del listín, buscando a Jenny Stoltz, o Jenny Fisher, su apellido de soltera. Por fin, John se había acercado y le había explicado que ese libro solo contenía los nombres de las personas que disponían de teléfono propio.

—Mamá podría estar a un millón de kilómetros de aquí —le había dicho John. Tenía siete años más que Caleb, y sabía cosas—. No encontrarás su nombre en ningún libro de por aquí.

Algún tiempo después, recordó Caleb, John había dado el gran salto, decidido a acabar con su vida saltando del puente colgante en Stony Gorge. Hasta ese día, nadie había sido consciente de los terribles demonios que atormentaban a John, hasta el punto de querer acabar con su vida. Caleb no había establecido la conexión entre la ausencia de su madre y la desesperación de John.

Pero ese día se había producido un milagro. A pesar de la caída de treinta metros, John no había muerto. Había salido de aquella con unos cuantos moratones y rasguños, y un brazo roto. Los testigos del incidente hablaban de ello en un tono bajo y reverente.

John también había sufrido una transformación tras la caída. Hombre renacido, lejos de aquel furioso rebelde, John había declarado que había sido la mano de Dios en las alturas la que lo había salvado. En el tiempo que le llevó saltar del puente colgante, su vida había sido rehecha y devuelta a él. Y, como muestra de su gratitud, declaró que iba a pasar el resto de sus días sirviendo a Dios. Y se sumergió en la tarea con una devoción que resultó casi fanática. Había regresado a la comunidad, aceptado el bautismo con el corazón humilde, se había casado con Naomi, y había iniciado un nuevo camino.

Con la llegada de los hijos, todos parecieron creer que los malos tiempos por

fin habían quedado atrás. Caleb seguía pensando en su madre, pero el tiempo había anestesiado el dolor de su ausencia. Admiraba el modo en que su hermano había reconstruido su vida después de ese desesperado día en Stony Gorge.

Sin embargo, Caleb se sorprendía a menudo preguntándose acerca del mundo. Solía soñar despierto con aviones volando en lo alto, o coches rugiendo en las autovías. Para desafiar las órdenes de su padre, solía sacar libros de la biblioteca del condado y leer novelas sobre mundos imaginarios y lugares lejanos, y sobre personas lidiando con asuntos que apenas alcanzaba a imaginar. Al cumplir dieciséis años, supo que necesitaba salir a ese mundo. Su padre, por supuesto, se lo había prohibido, pero Caleb se había mostrado decidido.

La gracia de ser amish era que a los chicos no solo se les permitía, sino que se les animaba a experimentar la vida más allá de los confines de la comunidad. Incluso había un nombre para eso: *rumspringa*. Corretear. La mayoría de los jóvenes regresaban para abrazar el bautismo y la vida sencilla. La gente había pensado que Caleb pasaría su *rumspringa* como los otros chicos, montando en coche, fumando tabaco y hierba, escuchando música estridente, acudiendo a centros comerciales y al cine.

Caleb sabía que él sería uno de los pocos chicos amish que se marchaban para siempre. Sabía que él jamás se uniría a la iglesia, jamás se casaría con una mujer amish, nunca criaría una familia como lo estaba haciendo su hermano. Siempre se sentía ansioso, un pie en la puerta, preparado para volar. Quería ver el mar. Quería volar en un avión. Quería aprender cálculo y estudiar ciencia y literatura y cosas así. Quería experimentar el mundo en toda su caótica y confusa gloria.

Y, sobre todo, quería alejarse de su padre.

En lugar de divertirse, Caleb había pasado todo el tiempo en la biblioteca. Aprendió a utilizar libros y ordenadores como un sofisticado sistema de información para descubrir todo lo que quería saber sobre cualquier cosa imaginable.

Y así había terminado por encontrar a su madre. Un agotador viaje en autobús lo había llevado hasta Florida, donde el aire era tan caliente y húmedo que apenas podía respirar. La ciudad no estaba cerca del mar, ni del golfo de México, sino comprimida a un lado de la autopista que atravesaba el largo y estrecho estado. Su búsqueda había concluido en una calle bordeada de modestas casas rodeadas de hierba y árboles repletos de una pequeña fruta de color naranja y sabor amargo, llamada calamondina. Todavía recordaba la expresión en el rostro de su madre al abrir la puerta de la casa. Una absoluta conmoción había vaciado sus mejillas de color, antes de colorearlas de nuevo ante el estupor.

—¿John?

—Caleb —le había corregido él. Por el amor de Dios, no era capaz de distinguir a sus hijos.

—¿Quién es, mamá? —había gritado una voz. Una niña pequeña se había acercado a la puerta. Se había detenido y quedado mirando a Caleb. Aunque él llevaba ropas inglesas, lo había mirado como si se tratara de un alienígena.

Su madre había apoyado la espalda contra la puerta y echado la cabeza hacia atrás, mirando hacia el cielo antes de cerrar los ojos.

Caleb casi no se acordaba de su cara. No tenía ninguna foto suya. Solía dibujar la imagen que tenía de ella en su mente, pero el resultado nunca era bueno. Pero en esos momentos había visto a Hannah en la curva de su mejilla y los ondulados cabellos rubios. Había visto a Jonah en los resplandecientes ojos azules y manos inquietas.

Su madre había movido los labios, pero sin producir ningún sonido. Sus piernas parecieron ceder y se había deslizado hasta el suelo, abrazándose las rodillas contra el pecho. Un sollozo subió desde un lugar profundo de su interior, y las compuertas se abrieron.

Eso sí lo recordaba de su infancia. Su madre solía llorar mucho. La chica, Caleb luego supo que se llamaba Nancy, se detuvo, los ojos abiertos en una expresión de miedo.

—Mamá —había implorado la niña—. Mami, ¿qué sucede?

—Será mejor que te calmes, madre —le había dicho Caleb en el dialecto amish.

Quizás fuera el sonido del viejo dialecto lo que había llamado su atención. Pues, tras respirar hondo, se había levantado mientras Caleb empujaba la puerta del todo.

—Pasemos dentro.

Entró a una casa extraña. El suelo era de vinilo y los muebles estaban desvencijados, y olía a algo húmedo, como a moho. La chica llamada Nancy estaba sentada sobre un taburete en una esquina y su madre había tomado asiento en un extremo del sofá. Caleb había permanecido en la entrada, esperando, y cruzado los brazos sobre el pecho.

—Nos despertamos una mañana y habías desaparecido.

Se produjo un largo silencio. Un ventilador de techo refrescaba el aire, un viento mágico que convertía un día caluroso en frío.

—Nancy, cielo, sal a jugar fuera —había dicho ella—, necesito hablar con Caleb.

Nancy dudó un instante, antes de bajarse del taburete y marcharse. El chasquido de una puerta de tela mosquitera señaló su salida.

Por fin su madre había empezado a hablar, y pareció seguir haciéndolo durante horas.

—No podía quedarme. Me ahogaba. Así me sentía, de día y de noche. No podía respirar, vivía permanentemente aterrorizada por lo que Asa pudiera hacerme. Era tan joven e ingenua, que ni siquiera sabía cómo nombrar las cosas que me hacía.

Caleb no había sabido qué decir. No había estado muy seguro de qué significaba aquello aunque, conociendo el temperamento de su padre, se hacía una idea.

—Me escapé en medio de la noche sin nada —había continuado su madre—. Asa me había hecho mucho daño. Pensé que podría morir, pero no lo hice. Sobreviví y me marché sola por primera vez en mi vida, y fue horrible. Pero no tanto como lo habría sido quedarme. Al principio perdí las ganas de vivir. Empecé a caminar sin rumbo por una autopista abarrotada de coches sin pensar en lo que podría sucederme. Estaba perdida. Muy perdida —ella se volvió hacia la ventana y miró al exterior—. Cometí muchos errores estúpidos, pero me abrí paso poco a poco. Encontré trabajo aquí, en Florida, y empecé de nuevo.

—¿Nunca se te ocurrió ocuparte de tus propios hijos? —había preguntado Caleb—. ¿Te pareció bien dejarnos con el mismo hombre del que escapaste porque tenías miedo de él?

Ella lo había mirado con sus pálidos ojos anegados en lágrimas.

—Asa jamás me habría permitido llevaros conmigo, y quedarme era imposible. No tenía ni un céntimo a mi nombre. Solo conocía las costumbres sencillas, y nunca había puesto un pie fuera de la comunidad. Solo podía esperar que John y tú estuvierais bien —ella lo había mirado de nuevo, los ojos cargados de dolor—. ¿Él... vuestro padre...?

—¿Te refieres a si me pegó? Desde luego que sí, hasta que John fue lo bastante mayor para enfrentarse a él.

Su padre no parecía tener ni idea de cómo criar a dos chicos. Siempre había sido estricto y firme, con un carácter temible, pero Caleb no recordaba ninguna de las terribles cosas que su madre había relatado. Sin embargo, sí había sido testigo de los violentos estallidos de Asa. John se había llevado la peor parte de las palizas. Porque sí, eran palizas, no cachetes. Palizas con un cinturón, una pala, una sierra de arco, o cualquier otro objeto que su padre pudiera agarrar. Él solía esconderse, temblando, bajo las escaleras del sótano mientras su padre la

emprendía con John. Por la noche oía los sollozos de su hermano, intentando no hacer ruido, porque, si su padre lo oía, las palizas volverían a comenzar.

Un domingo, Caleb oyó a John pedirle ayuda al obispo. El obispo contestó que un hombre estaba obligado a disciplinar a su familia con el fin de conseguir el pacífico fruto de la rectitud.

Ese mismo día, Caleb atacó la reserva de manzanas y se comió todas las que fue capaz de retener en la barriga. Cuando su padre lo descubrió, Caleb le explicó que estaba probando el fruto de la rectitud. Asa montó en cólera y arrastró a Caleb hasta el patio para darle una paliza. Y ahí fue cuando John se interpuso. A sus quince años ya le sacaba una cabeza a su padre. Se plantó como un muro entre Caleb y Asa.

—No vas a tocar a mi hermano —le dijo John—. Hoy no. Jamás. Si vas a pegar a alguien hoy, será a mí.

La madre de Caleb se hundió, acurrucándose sobre sí misma.

—John siempre fue muy protector. Sabía cómo plantarle cara a su padre. Y mírate. Qué atractivo eres. Sabía que John te cuidaría y que tú estarías bien.

—Si eso es lo que quieres creer.

—Tienes un aspecto maravilloso —ella lo había mirado, devorándolo con los ojos—. Verte de nuevo, Caleb, ha sido un milagro. Jamás pensé que sucedería, pero he soñado con este día. Y mira qué alto y atractivo eres, igual que John. Seguro de ti mismo y bien plantado. ¿Qué tal está John?

—John intentó suicidarse —le había explicado a su madre.

Ella había permanecido completamente inmóvil.

—Cielo santo. ¡No! ¡No!

—Saltó del puente sobre Stony Gorge...

—No —había repetido ella en un susurro horrorizado.

—Tenía diecisiete años. Y no murió. Ni siquiera resultó malherido. Según los testigos, se levantó, se sacudió y regresó andando a Middle Grove. El doctor Shrock le colocó el brazo roto. Lo único que perdió fue el sombrero.

«Y a sí mismo», añadió Caleb en silencio. Tras el incidente, John había cambiado por completo. Parecía el mismo, aunque tras el bautizo se había dejado crecer la barba. Aun así, se había convertido en alguien extraño para él. John se había aferrado a la fe con un poderoso fervor, pero estaba, en cierto modo, cambiado. No era él mismo. Como un reloj, John recitaba mecánicamente los proverbios del libro *Rules for a Godly Life*, repleto de normas para alcanzar la divinidad.

—Mi pobre y querido John —una lágrima había resbalado por la mejilla de su

madre—. No resultó herido. Fue un milagro.

—Ahora está casado. Naomi y él tienen dos hijos, Hannah y Jonah.

—Ojalá pudiera verlos —había dicho ella—. Y esos niños...

—Eres una proscrita —le había explicado Caleb—. Ahora que está en la iglesia no querrá hablar contigo. Hace años te necesitamos, y no estuviste. Al final aprendimos a vivir sin ti.

Ella había dado un respingo y comenzado a llorar de nuevo. Caleb había mirado a su alrededor. La estancia era oscura y fría y el aire olía a moho. Sobre una estantería había fotografías de Nancy a diferentes edades, y en otra estantería una colección de libros de autoayuda del tipo: *Sobrevivir después del abuso. Cambia tu mente, Cambia tu vida.*

Incluso pasados los años, Caleb se seguía estremeciendo al recordar el rostro de su padre, transformado por la ira, y la firme negativa de John de apartarse. Si su hermano no hubiera dado la cara por él, quizás habría sido Caleb el que habría intentado saltar de ese puente, no John. Le debía devoción y lealtad a su hermano. Y era una deuda que jamás le podría pagar.

En la cama mecanizada de hospital, Jonah se movió y abrió los ojos de par en par mientras parecía intentar despezarse. Su mirada se clavó de inmediato en el vendaje, y luego en Caleb.

—Ojalá aún tuviera mi brazo —observó.

—Yo siento lo mismo —le aseguró Caleb—. Estaba pensando en tu padre, mi hermano, John. Era el hombre más valiente, fuerte y amable del mundo, y tú tienes su sangre. Va a ser muy duro, pero algún día serás como él.

—¿Y si no consigo ser valiente y fuerte?

—Lo serás. Yo te ayudaré, igual que tu padre me ayudó a mí —Caleb alargó una mano y acarició delicadamente la cabeza del muchacho—. Y por eso mismo nunca te abandonaré.

No había puerta en la habitación de cuidados intensivos en la que estaba Jonah, solo una entrada abierta al puesto de enfermería. Siempre había una enfermera delante del ordenador, monitorizando lo que aparecía en la pantalla. En cada cambio de turno, la enfermera le preguntaba a Caleb si necesitaba algo, pero él siempre contestaba amablemente que no. En cambio sí aceptó un libro sobre la práctica del snorkel en el Caribe, que leyó de principio a fin bajo la

débil y artificial luz de la habitación.

Estaba a punto de enseñarle a Jonah algunas de las fotos cuando apareció Reese Powell. Llevaba unos pantalones sueltos de color azul y una camisa a juego. Por encima vestía una bata blanca que le llegaba a las caderas. En los múltiples bolsillos llevaba innumerables objetos de goma y metal y, cuando entró en la habitación, llevó con ella algo que Caleb no había esperado: el olor a flores. «Debe de ser el jabón que utiliza», supuso él antes de sentirse culpable por haberse fijado en cómo olía.

—Buenos días —saludó ella—. He venido a ver qué tal está Jonah.

—Despertó hace unos minutos. Está esperando a que le traigan el desayuno.

El sobrino de Caleb había despertado asustado y furioso. Todo lo relacionado con el hospital le resultaba extraño y nuevo, y seguía intentando aceptar la pérdida de su brazo.

Ella fijó la mirada, dulce y amistosa, sobre Jonah.

—Hola, Jonah.

—Buenos días —murmuró el muchacho mientras la miraba con expresión desconfiada.

—Ya tenía ganas de conocerte —continuó Reese—. Me llamo Reese Powell. Estaba en el servicio de urgencias cuando llegaste. Todo el mundo se ha esforzado para conseguir el mejor resultado.

—Este no es un buen resultado —contestó Jonah.

—No lo es —ella asintió—. Y lo siento —le entregó a Caleb una bolsa de papel—. Su ropa. Hice que la lavaran.

Caleb leyó la etiqueta sobre la bolsa «City Wash & Fold», y se preguntó qué pensaría esa mujer del viejo fregadero, con escurridor a manivela, de la granja.

—Reese —Jonah la seguía mirando con indisimulada rabia—. Eso no es un nombre. Es un caramelo.

—Al menos a mí no me tragó ninguna ballena —espetó ella a cambio.

Caleb se quedó inmóvil, sorprendido. Sorprendido porque Jonah, se le ocurrió de repente, nunca antes había hablado tan groseramente a nadie. Sorprendido porque a Reese no parecía haberle molestado lo más mínimo. Y, a pesar de los horribles sucesos acaecidos, no pudo evitar que le hiciera gracia.

Jonah se acomodó de nuevo contra la almohada y Caleb vio cómo su miedo disminuía ligeramente.

—Siempre me ha gustado esa historia —murmuró—. ¿Eres médico?

—Casi. He querido venir a verte porque he pensado que quizás tuvieras algunas preguntas. Te cuida uno de los mejores equipos que hay. Yo no

pertenezco a ese equipo porque trabajo en otro departamento, pero puedo hablar contigo sobre el brazo, si quieres.

—¿Por qué ya no está? —preguntó el niño.

—Estaba gravemente herido. Intentaron salvarlo, pero había demasiados daños.

—¿Dónde está? —preguntó Jonah.

—Supongo que te refieres a tu brazo —el corazón de Reese falló un latido.

El chico asintió.

—Pues, la parte que tuvieron que cortar se la han llevado —ella basculó el peso del cuerpo de un pie al otro y hundió las manos en los bolsillos de la bata.

—¿Llevado a dónde? —insistía el pequeño.

—No lo sé exactamente, pero el hospital cuida de un modo especial de esas cosas.

—¿Y cuál es esa manera especial?

—Bueno, existen normas. Tiene que ser incinerado antes de ser eliminado. Seguramente suene horrible.

—En casa incineramos la basura.

—Tu brazo no era basura, Jonah.

—Ojalá tuviera mi mano.

—Todos deseáramos que fuera así. Pero ahora tendrás que apañártelas con lo que tienes. Te pondrán un brazo y una mano protésica. Quizás más de una, dependiendo de tus necesidades. Llevará un tiempo, porque hay muchos pasos a seguir. Tienes que curarte y hacer fisioterapia. Te prometo que vas a recibir montones de ayuda de tu equipo sanitario.

—¿Qué es mi equipo sanitario?

—Los médicos, enfermeras, terapeutas y todas las personas que van a ayudarte. Tu vida va a ser diferente de como era hasta ayer, desde luego. Con el tiempo serás más fuerte que nunca. Sé que ahora te parecerá imposible, pero es verdad. Lo he visto otras veces.

—¿Y cómo lo sabes? —insistió Jonah.

—Sé cosas —Reese se cruzó de brazos y lo miró a los ojos.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó Jonah mientras entornaba los ojos con expresión de sospecha.

—Cuando te trasladen a planta, te presentaré a algunos chicos que te van a sorprender con sus superpoderes. ¿Sabes lo que es un superpoder?

—Por supuesto que lo sé. Y también sé que no son más que un montón de cosas inventadas en los libros.

—¡Ah! Ahí te equivocas. Hay un paciente que sufrió un trasplante de corazón, y viene todas las semanas para hacer globos con formas de animales para los demás niños, solo por verlos sonreír. Si ese no es un superpoder, dime tú qué es.

—El cirujano dijo que tuve suerte —observó Jonah—. ¿Crees que es una suerte que te corten un brazo?

Reese miró a un lado y a otro antes de inclinarse sobre él.

—Te diré algo sobre los cirujanos. Cuando dicen que has tenido suerte, quiere decir que no la tuviste. Lo que significa realmente es que ellos pensaban que ibas a morir, y no lo has hecho. O sea que quizás tu superpoder y el del cirujano estaban trabajando juntos.

Jonah abrió los ojos desmesuradamente y Caleb notó cómo su miedo disminuía un poco más. Quizás fuera la abierta sinceridad de Reese Powell lo que el muchacho necesitaba. Le gustaba su compasión, y el modo en que hablaba claramente a Jonah, sin intentar edulcorar los problemas a los que iba a enfrentarse.

Reese se volvió hacia él y pareció turbarse ligeramente ante la manera en que él la estaba mirando.

—¿Qué tal anoche? —preguntó ella—. ¿Vino algún trabajador social, le buscó alojamiento?

Como Caleb no respondió de inmediato, Jonah desvió la mirada hacia la silla de plástico que seguía en la esquina de la habitación. El sombrero de su tío seguía debajo.

—Apuesto a que ha pasado aquí toda la noche —afirmó el crío.

—Lo que dice es cierto, ¿verdad? —preguntó Reese a Caleb.

Él no quería meter a nadie en un lío, de manera que se limitó a encogerse de hombros.

—Quería estar aquí cuando Jonah se despertara.

Ella se mordió el labio. Tenía unos dientes muy blancos y muy rectos, enmarcados en unos labios de aspecto muy suave, en los que él no debería siquiera fijarse.

—No le hará ningún bien a Jonah si no duerme y come adecuadamente —insistió ella, la femenina autoridad traspasando cualquier barrera entre los ingleses y los amish. Había mucho que admirar en esa mujer, sus considerados gestos, que se tomara el tiempo para ayudarlo en su primera noche en la ciudad. Y su manera clara y sincera de explicarle la situación a Jonah.

Caleb se preguntó cómo sería su vida fuera del hospital. ¿Pasaba su tiempo libre con la familia y con amigos? ¿Vivía cerca? ¿Qué hacía cuando no estaba

trabajando?

Se la imaginó vestida con ropas de los ingleses, conduciendo un coche, haciéndose la manicura en un salón, un concepto tan extraño para los amish que resultaba casi inconcebible. ¿Frecuentaba los bares con amigos? ¿Navegaba en Internet? ¿Vivía pendiente del teléfono como si contuviera los secretos del universo?

De uno de los bolsillos de la bata surgió un zumbido. Reese sacó un móvil de pantalla reluciente.

—Tengo que irme —anunció.

—Ojalá pudieras quedarte —se quejó Jonah.

—Eso ha sido muy bonito por tu parte, pero trabajo en urgencias, no en cirugía. Solo he venido para ver qué tal te va.

—¡Oh! —exclamó el niño. Era evidente que no entendía la diferencia entre urgencias y cirugía.

—Te diré una cosa —ella reculó hacia la puerta mientras seguía hablando—. Cuando termine mi turno volveré a verte. Si te han trasladado a planta, te encontraré. ¿Y, sabes qué? Buscaremos un alojamiento para tu tío. Quizás podamos conseguirle un sillón más cómodo.

—Sí, eso estaría bien, Reese —Jonah sonrió tímidamente.

La mirada que ella le dirigió resultaría irresistible hasta para un niño pequeño.

—Te vas a poner bien, Jonah Stoltz —le aseguró—. Te lo prometo. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Cumplir las promesas es mi superpoder.

Capítulo 6

Para ser un lugar de sanación, el hospital era frío y ruidoso. El personal estaba tan ocupado trabajando que apenas se fijaban en los visitantes y transeúntes. Mientras se apresuraban para cumplir con sus obligaciones, la mayoría sorteaba a Caleb como si no fuera más que un mueble. A él, sin embargo, no le importaba. No era aficionado a lo que los ingleses llamaban «charlar», una manía de rellenar los silencios con conversaciones insustanciales.

Los amish no tenían nada equivalente, que Caleb recordara. Si se producía un silencio, se dejaba pasar. Nadie se sentía obligado a llenar el vacío.

En ese otro mundo, si no había nadie con quien hablar, la gente hablaba con sus teléfonos, que conectaban a auriculares, o tecleaban sobre la pantalla, enviando textos y fotos de un lado a otro. Y lo hacían incluso mientras caminaban, apenas fijándose hacia dónde iban.

Los pacientes eran nombrados por sus afecciones y no por sus nombres. A veces se referían a ellos con cifras, o «la biopsia de hígado de la habitación diez», como si sus enfermedades definieran la totalidad de su persona. Los trabajadores del hospital parecían negarse a reconocer que «ese aneurisma», era la abuela de alguien, o que «el bypass», había trabajado en la biblioteca pública durante veintisiete años.

Jonah se deslizó durante horas del sueño a la vigilia. Cuando estaba despierto parecía un niño al que Caleb no hubiera conocido jamás. Se le veía vacío, sin alegría, con la mirada de alguien castigado por un crimen que no había cometido.

Mientras dormía, Caleb se acercó al lavabo de caballeros para lavarse, haciendo uso del kit que le había entregado la enfermera y que contenía jabón, un cepillo de dientes y pasta, y también una maquinilla de afeitar de plástico. También se puso su ropa limpia, lavada, planchada y pulcramente doblada. La sencilla camisa nunca había estado tan tiesa, mejor que nueva. Vestido con su

propia ropa, Caleb volvió a sentirse ligeramente como él mismo, y se sintió agradecido a la mandona y considerada Reese Powell.

Algo refrescado, aspiró el aire artificial que salía de los conductos de aire del pasillo. Al final del pasillo había una ventana que enmarcaba el cielo azul y los altos y modernos edificios. Le indicó a la enfermera de Jonah dónde podría localizarle, y bajó las escaleras, dirigiéndose hacia la salida. Había descubierto un jardín dentro de los terrenos del hospital y, durante las siestas de Jonah, solía salir afuera, intentando hallar un equilibrio en medio del caos. Se sentó en uno de los bancos de hierro forjado y contempló la hierba y los árboles, refugiándose allí de las brillantes luces y aire artificial de las salas del hospital con sus ruidosas máquinas. Jonah tenía que aguantar eso cada segundo del día, para él no había escapatoria. Caleb se sintió vagamente culpable por escapar de ese extraño y poco acogedor ambiente, siquiera unos minutos.

El Servicio de Protección del Menor le había formulado más preguntas. Varias personas le habían hecho la misma pregunta, pero de una docena de maneras distintas, para determinar si el accidente había sido causado por una negligencia, ya fuera de Caleb o de los Hauber. Habló con una media docena de personas con carpetas y portátiles y placas con sus nombres, y después de todos los interrogatorios, o «entrevistas», como alguien lo llamó, se decidió que el incidente había sido tal y como lo había calificado Reese Powell: un accidente. Nadie era culpable.

Y solo estaba Jonah para sufrir las consecuencias.

A medida que transcurría el día, y Caleb se reunía con médicos y más personal sanitario, una cosa se hizo evidente. Reese también había acertado en otra cosa, la recuperación de Jonah iba a llevar mucho tiempo.

Y también iba a costar mucho dinero. Varios trabajadores del hospital le habían preguntado por su «situación», que Caleb pronto descubrió era su manera de averiguar si podía permitirse el tratamiento de Jonah. Seguramente la gente del hospital sabía que los amish casi nunca tenían seguro médico, y contratar un seguro médico iba en contra de las normas. La idea subyacente era que la gente de la comunidad cuidaba de los suyos, fuertemente opuestos a recibir ayuda del exterior. Middle Grove poseía un fondo de ayuda supervisado por un comité, y cuando se producía un gasto médico elevado, la comunidad se unía para conseguir el dinero mediante recaudaciones de fondos y subastas benéficas.

Pero Caleb era realista. Teniendo en cuenta lo sucedido con los padres de Jonah, había insistido en tener cobertura. A pesar de las firmes objeciones de su padre, había contratado una póliza para él y los niños. En el hospital había

mostrado la tarjeta que siempre llevaba en la billetera. Había rellenado formularios, ofrecido toda la información precisa, y al final todos parecían haberse relajado.

Era una de las pocas cosas que habían resultado sencillas en todo ese calvario.

A medida que pasaba el tiempo, las sombras de las hayas y las personas que paseaban por allí se iban alargando, y el ruido del tráfico proveniente de las abarrotadas calles aumentó mientras la gente atendía a sus asuntos.

Los que pasaban delante de Caleb lo miraban con disimulada curiosidad. Los amish estaban acostumbrados a que los mirasen. Hasta donde él sabía, eran el único grupo de los Estados Unidos de América que constituía una atracción turística por el mero hecho de ser ellos mismos. La gente acudía en autobuses turísticos, o en sus coches, para visitar los pueblos amish. Los visitantes parecían sentirse atraídos ante la visión de granjeros y artesanos realizando las tareas cotidianas. La mayoría se mostraban bastante respetuosos con ellos, tratando a los amish como aves raras y evasivas, alguien a quien espiar desde la distancia y fotografiar sin que se dieran cuenta.

Pero algunos eran descarados hasta llegar a la grosería, husmeando y curioseando como un gato que mete el hocico en la guarida de un ratón. Y en más de una ocasión, las chicas inglesas, vestidas con pantalones cortos y tops de tirantes, se habían plantado a su lado para hacerse una foto, o un selfie con el móvil, sin siquiera pedirle permiso.

A Jonah le resultaba divertido posar para la lente de una cámara, aunque le causara problemas si los mayores lo pillaban. Caleb se preguntó si ese chico alegre y juguetón alguna vez regresaría a él.

Una sombra larga y delgada se detuvo frente a sus pies. Caleb levantó la mirada y vio a Reese Powell, los cabellos iluminados por el sol y una indecisa sonrisa en su rostro.

—¿Caleb?

—¿Le pasa algo a Jonah? —él se puso de pie, en un gesto automático de cortesía.

—No —respondió ella enseguida—. Está durmiendo. La enfermera me dijo que podría encontrarte en el jardín. Me gustaría presentarte a alguien —tras animarse a tutearlo por primera vez, ella señaló al hombre que había a su lado.

Iba vestido como un trabajador del hospital, pero su bata era verdosa, no azul como la que le habían prestado a él.

—Soy Leroy Hershberger —el hombre alargó una mano. Bajo el cuidado bigote, sus labios se curvaron en una sonrisa—. Soy fisioterapeuta aquí en el

Mercy Heights. Reese me ha contado lo que le pasó a tu sobrino. Lo siento de veras.

—Ya, pues... gracias —en realidad, Caleb no tenía ni idea de por qué le daba las gracias a ese tipo. Supuso que por su preocupación.

Al mirar a Leroy, y oír la cadencia en su voz, sintió una punzada de familiaridad. Leroy Hershberger tenía lo que Caleb consideraba un rostro fácil. Todo estaba en el exterior, para que el mundo pudiera verlo. Era un rostro que no guardaba secretos. Un rostro sincero.

—Leroy es mi vecino —le explicó Reese—. Vivimos en el mismo edificio, a seis manzanas y media de aquí.

—Vas a necesitar un lugar en el que alojarte mientras tu sobrino esté ingresado —continuó Leroy—. Reese me ha contado que eres amish, y he pensado que una casa te iría mejor que un hotel. Tengo sitio de sobra en la mía.

—No quiero ser una molestia —le aseguró Caleb, aunque la amabilidad del hombre le conmovió.

—No lo serás —contestó Leroy.

—Pero si Jonah me necesita...

—Te conseguiremos un móvil para que puedas estar siempre localizable.

La oferta era de lo más tentadora, pero Caleb sacudió la cabeza.

—Tengo que permanecer cerca de Jonah.

—Tienes que alojarte en algún sitio —insistió Reese—, y, como ya te he dicho, no le harás ningún bien a tu sobrino si no te cuidas. Claro que la decisión es tuya. Pero supongo que serás consciente de que el hospital no te permitirá vivir aquí.

Caleb comprendía perfectamente que no podía seguir durmiendo con su ropa, lavándose en el aseo de caballeros con jabón de dispensador y toallas de papel.

—Muy agradecido —asintió al fin.

—Me alegra poder ayudar —Leroy parecía decirlo en serio.

—Tengo la sensación de que no todo el mundo recibe tantas atenciones — Caleb miró de un lado a otro.

—Tienes razón —contestó Leroy—. Hay hoteles por aquí cerca para los parientes de los enfermos. Pero Reese... dijo que eras especial.

Caleb la miró y se sorprendió al ver sus mejillas ponerse rojas.

—Y por especial —continuó Leroy en deitsch, el dialecto alemán—, me refiero a que puede que le gustes, pero ni se te ocurra decirle que te lo he contado.

Caleb estalló en una carcajada.

—Sabía que había algo familiar en ti, Leroy Hershberger.

—Dais la sensación de pertenecer a algún club secreto —observó Reese mientras miraba del uno al otro.

—¿Te refieres a una especie de culto?

Caleb volvió a reír. Sentaba bien reír, siquiera brevemente en medio de todo el caos. Y resultaba completamente extraño oír a Leroy decir que le gustaba a la hermosa y exótica Reese Powell. Era como una broma. Una broma de lo más estúpida.

—Nos iremos a casa dentro de una hora —le explicó ella—. ¿Por qué no le echas un vistazo a Jonah y le cuentas el plan?

Cuando Caleb regresó a la habitación de su sobrino, lo encontró despierto y leyendo un libro en la cama elevada.

—Hay un hombre que me ha invitado a alojarme en su casa mientras estés ingresado —le explicó Caleb—. Un antiguo amish.

—De acuerdo —contestó Jonah, apenas despegando la mirada del libro.

—Vive muy cerca del hospital de modo que, si me necesitas, estaré aquí en un par de minutos.

—Eso está bien.

—Aunque también puedo quedarme aquí si lo prefieres —continuó él.

Por fin Jonah levantó la vista del libro y, en la mirada del chico, Caleb vio a su hermano.

—No puedes dormir todas la noches en una silla.

Se sostuvieron la mirada durante unos segundos, antes de que Caleb le diera a su sobrino la tarjeta con el número de teléfono.

—Si necesitas algo, cualquier cosa, aunque solo sea porque quieras contarme algo, pídele a la enfermera que te ayude a llamarme.

—De acuerdo —Jonah asintió—. Te veré cuando vuelvas.

Mientras se alejaba caminando del Mercy Heights, con Reese y Leroy, Caleb se sintió desbordado por la acción del hombre a su alrededor. Cuatro carriles de tráfico se agrupaban en una carretera dividida por el río. Enormes camiones de reparto desprendían humos de sus motores diésel, numerosos coches hacían sonar el claxon. Los chirriantes frenos de los autobuses y el ocasional gemido de una sirena se sumaban al ruido general. Los críos caminaban desgarbados por las aceras y empujarse los unos a los otros parecía ser normal entre la gente que intentaba llegar a alguna parte a toda prisa. Por el río Schuylkill subían y bajaban

barcazas, y sobre sus cabezas los aviones lanzaban destellos y dejaban un rastro en el cada vez más oscuro cielo del atardecer.

Reese se volvió hacia Caleb, que seguía mirando a su alrededor sin saber muy bien en qué fijarse. En Middle Grove, los atascos solían producirlos algún montón de chicas montando sobre patines, o un par de calesas detenidas en medio de la calle mientras los conductores hablaban.

—Esto debe de resultarte bastante caótico —observó ella, como si le hubiera leído la mente.

—Nosotros estamos tan habituados al ruido que ni siquiera nos damos cuenta —intervino Leroy.

—Hay mucho que asimilar —admitió Caleb—. Me siento como Mike Smith.

—¿Perdón? —ella frunció el ceño.

—¿Quién es Mike Smith? —preguntó Leroy.

—Valentine Michael Smith.

Reese frunció el ceño un poco más, pero la expresión le hacía parecer concentrada más que enfadada.

—Espera. No me lo digas —ella chasqueó los dedos—. *Forastero en tierra extraña*.

—Eso es.

—Me parece genial que lo hayas leído.

—Yo no lo he leído —observó Leroy.

—Es un clásico —le explicó ella—. ¿Lees mucho, Caleb?

—Desde luego —contestó él—. ¿Y tú?

—No tanto como me gustaría —admitió Reese—. Entonces... ¿las lecturas no están restringidas?

—Bueno, hay normas. Algunas personas opinan que lo único que merece la pena leer son las Escrituras.

—Pero tú no.

Él no contestó.

Reese miró de Caleb a Leroy.

—Me pregunto cómo son esas «algunas personas», y si sus opiniones acerca de lo que los demás eligen leer importa.

—Podríamos contarle cosas hasta aburrirla, ¿verdad? —dijo Leroy en alemán—. En una ocasión recibí una tunda de vara por esconder un cómic bajo mi colchón.

—Mi padre habría hecho lo mismo —Caleb asintió—, aunque no con una vara. Asa era más aficionado a los cables de metal o el cinturón.

—Eh —intervino Reese—, me siento un poco dejada de lado. Cuéntame algo más sobre Middle Grove. Yo no suelo salir mucho de la ciudad.

—Se trata de una comunidad de granjeros —contestó Caleb en inglés—. Hay muchas familias amish y menonitas.

—Y tú vives en una granja. ¿Cómo es?

Caleb intercambió una mirada con Leroy, que extendió las manos con las palmas hacia arriba.

—Es un florecilla de invernadero, amigo.

Reese le propinó un codazo, fingiendo enojo.

—Nuestras tierras ocupan unas dieciséis hectáreas —le explicó Caleb—. La mayoría de las granjas son de más de treinta. Muchas de las familias de Middle Grove son muy extensas, pero nosotros solo somos Jonah, Hannah, mi padre y yo. Durante la temporada de más trabajo dependo de la ayuda de los vecinos y de trabajadores contratados.

—¿Supondrá algún problema que no estés allí? —preguntó Leroy.

—Sí, pero no tengo elección. Tengo que quedarme aquí por Jonah. Admito que voy a tener que contratar a una cuadrilla para que ayude con la cosecha.

—Las cuadrillas son caras —observó Leroy.

—Sí. De vez en cuando hago algún trabajo de ingleses —reconoció Caleb—, para llegar a fin de mes.

—¿Por «inglés», te refieres a que no es un trabajo amish? —preguntó Reese.

—Así lo decimos nosotros.

—¿Y cuál es ese trabajo?

—Tengo un par de caballos de tiro para transportar a los ingleses, y trabajo a media jornada en la granja Grantham, en New Hope. Todas las primaveras les hago la declaración de la renta.

—Qué curioso. ¿No va en contra de vuestra religión rellenar formularios del gobierno estatal?

Reese percibió una levísima sonrisa asomar a los labios de Caleb, aunque solo durante un segundo.

—Tienes unas ideas muy curiosas sobre los amish.

—Lo siento —ella se sonrojó—. Soy una completa ignorante. La declaración de impuestos me resulta demasiado moderna. ¿Utilizas ordenador o, por lo menos calculadora?

—Lo hago todo a mano —Caleb casi sonrió de nuevo ante su expresión de incredulidad.

Leroy miró a Reese y luego a Caleb.

—Vosotros dos os vais a llevar muy bien.

Reese se sintió extrañamente nerviosa al invitar a Caleb Stoltz a su casa. Todavía no se había instalado en el apartamento de Leroy, al otro lado del pasillo, pero, dado que Leroy había tenido que regresar al hospital para un turno, ella sería la anfitriona de Caleb esa tarde.

Siguiendo un repentino impulso, que de inmediato había empezado a lamentar, le había ofrecido a Caleb prepararle la cena. ¿Cuándo preparaba ella cenas para nadie, a excepción de las latas de Red Bull acompañadas de gusanitos de queso que servía cuando le tocaba a ella recibir al grupo de estudio en su casa?

Consultó la hora y se lanzó a una frenética actividad corriendo por el apartamento en un intento de asearlo todo. Su madre seguía ofreciéndole, o más bien amenazándole con, enviar a Viola para una limpieza semanal, pero Reese siempre rechazaba su ayuda. Su infancia había estado llena de muchos más privilegios de los que habían disfrutado sus compañeros, y tener una doncella no le parecía bien, al menos antes de ganar el dinero suficiente para pagarse una.

Encendió la radio para ponerse al día con las noticias, arrojó la bata al cesto de la ropa sucia y se metió en la ducha. Cuando terminó de ducharse las noticias ya habían acabado y de los altavoces surgía una música suave y alternativa. ¿Qué clase de música escuchaban los amish? Seguramente nada que ver con Yo La Tengo. Mientras se secaba con la toalla, se preguntó qué había que ponerse para cenar con un tipo amish. Al final se decidió por un sencillo y veraniego vestido color lavanda y sandalias de tiras. Su pelo era lo bastante corto como para secarlo con la toalla, el motivo principal para llevarlo corto. El maquillaje consistió en una rápida pasada de carmín de labios. De todos modos, estaba segura de que los amish no usaban maquillaje. Tampoco intentaba comportarse como una amish, por el amor de Dios. Lo único que intentaba era no hacerle sentirse más incómodo de lo que ya debía sentirse.

Una llamada a la puerta la lanzó a la carrera para abrir, otra señal de nerviosismo. ¿Por qué estaba nerviosa? Quería que todo saliera bien, pero había tantas cosas que podían salir mal.

Abrió la puerta y allí estaba Caleb, recién duchado, vistiendo unos vaqueros desgastados y una camiseta negra con cuello en V, lo bastante ajustada para marcar sus definidos pectorales y músculos de los hombros en una ridícula fantasía femenina. Mientras lo miraba, Reese sentía sus propias neuronas

morirse una tras otra.

—Ah, hola —saludó a falta de otra cosa que decir para que el momento resultara menos incómodo.

Verlo vestido con ropa normal le hizo comprender que la atracción física se basaba en algo más que en el hecho de que fuera completamente diferente a cualquier otra persona que hubiera conocido jamás.

—Le he conseguido algunas ropas inglesas —Leroy lo acompañó al interior del apartamento.

—No está mal, ¿verdad? —preguntó Caleb.

Dado que el último tipo con el que había salido llevaba un chaleco de plumas y guardaba el móvil en una funda cinturón, el conocimiento de la moda masculina que tenía ella era bastante bajo.

—Estás completamente distinto. ¿Dónde encontraste esa ropa? —le preguntó a Leroy.

—En El Laboratorio.

—¿Cómo?

—Ya sabes, la tienda de artículos de segunda mano que hay en el sótano del hospital.

—¿Hay una tienda de segunda mano en el sótano del hospital?

—No todo el mundo se puede comprar la ropa en Saks —Leroy puso los ojos en blanco—. Es una tienda gestionada por voluntarios. Los beneficios van a parar al hospital.

La referencia a su privilegiado origen hizo que Reese se sonrojara.

—Nos vemos, princesa —añadió su vecino antes de volverse hacia Caleb—. Te he dado el código para entrar en casa, ¿verdad? Haz como si fuera tu casa.

—Así lo haré. Y gracias de nuevo, Leroy —se estrecharon la mano y Leroy se marchó.

—Tú también —observó Caleb mientras se volvía hacia ella—. Quiero decir que también tienes un aspecto diferente.

—Sí, bajo la bata y el uniforme del hospital hay una persona real. En ocasiones, después de un turno largo, me olvido de eso —Reese se apartó y sostuvo la puerta abierta—. Por favor, pasa —se mordió el labio para no disculparse.

«Siento que mi casa esté hecha un desastre, siento que las plantas sean artificiales y no de verdad, siento que el acuario no tenga más que agua porque el pez murió el año pasado y aún no me he molestado en reemplazarlo...». No tenía ningún motivo para intentar impresionar a ese hombre.

—¿Te apetece beber algo? —le ofreció. Lo menos que podía hacer era mostrarse educada.

—Agua será suficiente —él ladeó la cabeza y su expresión se suavizó un poco—. Es bonita.

Se refería a la música.

—Es el grupo Yo La Tengo, creo. A mí también me gusta —Reese enjuagó un vaso de cristal y lo llenó con hielo del dispensador de la puerta de la nevera.

Caleb estudiaba cada uno de sus movimientos y ella comprendió que casi todo lo que estaba viendo debía resultarle completamente ajeno.

—He buscado en Internet las costumbres amish —le comunicó ella—. No de manera acosadora, simplemente por curiosidad —por Dios qué manera de parlotear sin sentido. «Deja de hablar, Reese»—. He leído que las casas amish no disponen de electricidad, refrigeración, agua corriente o ropa que se ajuste con cremalleras.

—Eso es así en algunas comunidades —contestó Caleb—. Hay un abanico. Los más conservadores, como Middle Grove, desde luego son así.

Ella le pasó el vaso con agua helada y se sirvió a sí misma una copa de vino.

—Pues esa ha sido mi gran confesión —le dijo—. He buscado información online —señaló hacia su portátil. El salvapantallas mostraba una playa tropical con arenas blancas y aguas color turquesa—. Espero que no te haya importado.

—No —contestó él—. Claro que podrías haberme preguntado.

—Y puede que lo haga. Algunos días paso más tiempo delante de una pantalla que con seres humanos. Y eso no está bien, ¿verdad?

Caleb bebió un gran trago de agua mientras ella contemplaba fascinada el movimiento de su bronceada garganta y, por un momento, se olvidaba del mundo. «Basta ya», se reprendió.

—Supongo que eso dependerá de la persona —contestó él al fin.

—Quiero convertirme en la doctora amable que trabaja con personas, no con datos —le explicó Reese—. El artículo que he leído mencionaba un rito de adolescentes, de paso, llamado «romspringa», ¿lo he dicho bien?

—*Rumspringa*, sí —el le corrigió la pronunciación—. Bastante bien.

—*Rumspringa* —repitió Reese.

—Algunos lo llaman «Jerry Springa», como el presentador —le contó Caleb. Reese rio.

—¿Entonces lo que se dice es cierto? Que los chicos se vuelven unos salvajes explorando el mundo no amish.

—Algunos sí. Los chicos son chicos. Tienen que ser rebeldes. En sentido

estricto, se supone que deben emplear ese tiempo para cortejar. El objetivo es encontrar pareja. Pero muchos de esos chicos se visten con ropas inglesas y conducen coches, prueban las drogas, y se divierten con los ingleses.

—¿Tú te volviste salvaje? —preguntó ella antes de darse cuenta de la intensidad con la que lo miraba Caleb. Quizás se había pasado de la raya con esas preguntas—. ¿Qué pasa?

—Solo me estaba fijando en eso que hacen tus ojos cuando algo te interesa.

—¿Qué hacen mis ojos?

—Muestran lo que estás pensando. Más o menos.

Reese no estaba segura de cómo tomárselo, de manera que repitió la pregunta.

—¿Te convertiste en un salvaje?

—Eso depende de lo que entiendas por salvaje —contestó él—. Y no te conozco lo bastante bien como para darte más detalles.

—Es evidente que veías televisión. Jerry Springer.

—No era lo que más me gustaba.

—A nadie le gusta. Bueno. Ya dejo de curiosear. Me muero de hambre. Si quieres, puedo hacer lo que más me gusta para cenar.

—¿Y qué es?

—Una reserva. Ya sabes, en un restaurante —mientras repasaba las opciones en su teléfono, Reese lo veía moviéndose inquieto y mirando por la ventana como un león enjaulado.

Quizás le resultara dolorosamente incómodo ir a un restaurante donde la comida surgía de una cocina oculta a la vista y era servida por extraños.

—Tengo una idea mejor. Hay un sitio estupendo junto al río con muchos foodtrucks. Yo voy mucho por ahí. Podemos comprar algunas cosas y celebrar un pícnic.

—Suena bien. Aunque no estoy seguro de qué es un foodtruck.

—Una de las grandes innovaciones de la era moderna —resultaba extrañamente emocionante introducir a ese hombre a un mundo que le resultaba tan ajeno.

Lo guio escaleras abajo hasta el paso de cebras de la esquina. El bulevar de seis carriles estaba atestado de tráfico en ambas direcciones, de entrada y salida de la ciudad. Las aceras estaban abarrotadas de apresurados viandantes. Un músico callejero recogía monedas entre actuación y actuación con su armónica y guitarra acústica. Luigi, el verdulero al que ella compraba la mayor parte de su comida, estaba en la acera, vestido con su delantal, basculando su cuerpo de detrás a adelante y observando pasar el mundo. Reese lo saludó a su paso y se

dio cuenta de que Caleb estaba echando un vistazo a los productos desplegados en cestas: frutas y bayas de producción local, provenientes de granjas cercanas a la ciudad, y también algunos productos más exóticos provenientes del mercado asiático. Lo vio mirando con curiosidad la carambola y la pitaya.

Un aspecto muy raro —observó ella.

—En efecto. ¿A qué sabe?

—Solo hay un modo de averiguarlo —compró un par de piezas y se lo ofreció metidos en una bolsa—. Para después. Hazme saber qué opinas.

Al llegar a la esquina, Reese señaló hacia el río. La zona de paseo estaba más tranquila que la acera. Una amplia extensión de césped bordeaba el río y los paseos estaban ocupados por corredores, paseantes, gente con monopatín y patines. Y turistas.

—El paseo junto al río nos llevará casi hasta el hospital. Compraremos algo para comer y luego iremos a ver a Jonah, para asegurarnos de que está preparado para dormir.

Caleb se bajó de la acera casi al mismo tiempo en que pasaba un tranvía.

—¡Eh, para! —Reese lo agarró del brazo y tiró de él hacia atrás—. Por Dios, ten cuidado. Casi te atropellan —no le soltó el brazo. Los músculos parecían de piedra.

—Lo siento. Supongo que tendré que acostumbrarme a estar en la ciudad.

—Me has dado un susto —observó ella con el corazón aún acelerado—. No olvides fijarte en los semáforos. Cuando el hombrecito rojo parado cambia a un hombrecito verde que se mueve, entonces podemos cruzar.

—Entendido.

Reese lo soltó lentamente. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que Caleb estaba llamando la atención. No porque fuera amish, gracias a las ropas prestadas no se notaba. No, llamaba la atención por lo grande e imponente que resultaba. Si el *David* de Miguel Ángel cobrara vida, podría parecerse a Caleb: enorme, míticamente atractivo, perfectamente proporcionado y, en cierto modo, retirado del mundo. No parecía tener la menor idea del efecto que ejercía sobre los demás.

—Este es el parque Millennium —le informó ella—. Hay paseos para bicicletas y sendas que te llevarán hasta la Ciudad Antigua si vas en una dirección y hasta Penn's Landing siguiendo la otra. ¿Alguna vez has visitado la zona histórica?

—La cuna de la libertad, ¿no es así? —Caleb sacudió la cabeza.

—Eso dicen.

—Me gustaría verlo.

—Pues deberías hacerlo. Quiero decir, mientras estés aquí.

Se detuvieron en el sombreado parque de la calle Race, a la sombra del puente Benjamin Franklin. Cerca de allí había un conjunto de camionetas restaurante dispuestas en círculo.

—Esto es como las Naciones Unidas de la comida —le explicó ella mientras señalaba la escena—. Cada camioneta enarbola la bandera del país de origen de la comida que vende: México, Francia, Alemania, Australia, India... puedes elegir lo que quieras. ¿Adónde te apetece viajar esta noche?

—A Bali —contestó él mientras señalaba una de las camionetas.

Aparte de una bandera de color melocotón con un símbolo en el centro, no había nada que identificara la camioneta.

—¿Cómo sabes que venden comida balinesa?

—Porque la bandera que enarbolan es la de Bali —Caleb sonrió tímidamente ante la expresión de sorpresa de Reese—. Sé cosas —le aclaró.

Unos minutos después encontraron un lugar libre en un banco donde pudieron saborear sus *pepes ikan*, un delicado pescado blanco cocinado al vapor sobre hojas de banana.

—Escucha —dijo ella—. No pretendía sugerir...

—No pasa nada. Mucha gente piensa que ser amish es sinónimo de ser ignorante.

—Eso no...

—No pasa nada —repitió él—. Algunos amish sí son ignorantes, y algunos ingleses también.

Ella miró hacia un tipo que llevaba una camiseta de tirantes con una bandera rebelde estampada, y asintió.

—Buena observación. ¿Viajas mucho?

—Solo desde mi sillón. De niño nuestros padres solían llevarnos a las cataratas de Niágara. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—¿Tienes hermanos y hermanas?

—Tuve un hermano, John. La mía es una familia pequeña de acuerdo con las costumbres amish —Caleb contempló un barco de turistas navegar por el río.

—Entonces tu hermano era el padre de Jonah.

—Sí.

Reese tenía un montón de preguntas acechándola. Y se preguntó a sí misma hasta dónde podría llegar sin parecer cotilla. Tenía la sensación de que ese hombre se revelaría, o no, a su debido tiempo. Como médico, iba a tener que

acostumbrarse a mantener conversaciones difíciles.

—Tu hermano, John, y su esposa, fallecieron —se aventuró—. Lo siento mucho. ¿Fue en un accidente?

Caleb terminó de comer y dirigió de nuevo la mirada hacia el río.

—Fueron asesinados hace unos años.

—¡Por Dios! ¿Qué...? Quiero decir, te he entendido, pero... Oh, Dios mío. Esos pobres niños. ¿Qué pasó?

—John y su mujer, Naomi, salían una noche de una subasta. Los amish somos objetivos fáciles porque solo pagamos en efectivo y se supone que no nos defendemos. Y no denunciamos. En cualquier caso, aquella noche John había vendido un tiro de percherones en una subasta y llevaba un buen fajo de billetes encima mientras él y Naomi regresaban a casa en su calesa. Un par de delincuentes les robaron. Y, supongo, que quizás John se defendió porque uno de ellos recibió una paliza de muerte. El otro disparó a mi hermano y a su mujer para que no pudieran identificarlos. Pero John sobrevivió lo bastante para informar a la policía... —Caleb hizo una pausa y tragó con dificultad—. En aquella época yo vivía alejado de Middle Grove, pero regresé de inmediato. Doné mi sangre, pero fue demasiado tarde. Le prometí a John que cuidaría de sus hijos. Le prometí que los educaría en la fe. Los asesinos siguen en prisión a día de hoy.

—Qué horrible pesadilla —observó Reese con el estómago encogido. Por eso conocía tan bien su grupo sanguíneo—. Siento muchísimo lo sucedido a tu familia. ¿Y así fue cómo te convertiste en el tutor de Jonah?

—Sí.

—Madre mía, tuviste que hacerte cargo de dos niños. ¿No había nadie más que pudiera cuidar de ellos?

Caleb sacudió la cabeza.

—La familia de Naomi ya tenía bastantes problemas.

—Pero, ¿tus padres? ¿No podrían haber ayudado ellos?

—Mi madre abandonó la familia siendo yo pequeño. Ella también tenía problemas —su voz se apagó—. Haces muchas preguntas.

—Podría decirte que es deformación profesional —contestó Reese—. Y puede que lo sea, al menos en parte. Pero también es porque me interesas. Y Jonah también me interesa —se estaba sonrojando. Balbuceando y sonrojando—. De modo que, ¿después de que tu madre se marchara...?

—John hizo todo lo que pudo por cuidar de mí, y yo era demasiado joven para entender lo duro que debió de ser para él. Solo lo comprendí cuando intentó

suicidarse. Se subió a un puente colgante sobre un barranco, y saltó.

—Qué mierda —exclamó ella—. Cielo santo, eso debió ser... menuda pesadilla. Pero sobrevivió a la caída.

—Algunos afirman que fue un milagro —él asintió—, porque salió de allí caminando sin más, cuando la caída debería haberlo matado. Regresó caminando hasta Middle Grove. Se fue directamente a casa del obispo y, arrodillándose, rezó para ser perdonado. Y allí mismo se bautizó. Después de aquello, abrazó la fe con cada fibra de su ser. Le regaló un reloj a Naomi, es lo que hace un hombre cuando se promete en matrimonio. Se casaron y tuvieron a sus hijos. John era famoso por su profunda fe. Siempre decía que el Señor le había dado una segunda oportunidad en la vida y que tenía la intención de dedicar el resto de sus días a honrar las viejas costumbres. Y así lo hizo, hasta el instante en que murió.

—Menuda historia. Es increíble. Cuando tu madre se marchó... ¿por eso tu hermano intentó suicidarse?

—Supongo. Durante toda su vida estuvo inmerso en una gran tristeza. Él era así. Después de que nuestra madre se marchara, esa tristeza se hizo más profunda. Me imagino que fue el detonante que lo llevó a hacerlo.

«Seguramente sufría alguna clase de depresión sin diagnosticar», pensó Reese.

—Y ella se marchó así, sin más.

—Ella también sufría una gran tristeza. Mi padre... supongo que podría decirse que no es un hombre fácil. Mi madre era mucho más joven que él, y ella... recuerdo que lloraba mucho. Un día hizo las maletas y se fue caminando a la estación de autobuses. Mi padre le advirtió que sería rechazada por todo el mundo, y por eso regresó. Pero no dejó de intentar marcharse, y por fin una noche lo hizo.

El corazón de Reese sufría por la familia de Caleb. La madre los había abandonado, el hermano había intentado suicidarse, un doble asesinato. ¿Cuánto más podrían aguantar?

—Has sufrido mucho.

—Supongo que sí. Pero había trabajo que hacer y, después de lo del puente, tuve que cuidar de John, ya sabes, para asegurarme de que no fuera a intentar otra locura como esa.

—Esa es una carga muy pesada —Reese pensó en ella misma a esa edad. Colegio, deportes, amigos. Unos padres que la animaban a sacar las máximas calificaciones, a conseguir la nota máxima en el acceso a la universidad, a entrar en la Ivy League, al igual que habían hecho ellos. Había sufrido mucha presión,

desde luego. Pero nada que ver con tener que hacerse cargo de un hermano suicida y una madre que los había abandonado.

—Nunca lo vi como una carga.

—Después de que murieran tu hermano y su mujer, ¿tu padre no dio un paso al frente para ayudar con los niños? —ella continuó preguntando.

—Yo no podía permitirlo.

Y con esas cuatro palabras, aparentemente inocentes, Reese obtuvo toda la información. Cada detalle. «No es un hombre fácil».

—¿Dónde está tu madre ahora?

—Vive en Florida. Tiene otra familia.

—¿Mantienes contacto con ella?

—No mucho, aunque no estoy obligado a repudiarla. Aún no me he bautizado, de modo que no estoy sometido a las reglas acerca del repudio.

Caleb no ofreció más detalles, aunque en la mente de Reese sobrevolaban miles de preguntas. ¿Pensó su madre en lo que dejaba atrás? ¿Cómo pudo vivir consigo misma?

Respiró hondo.

—Tu familia tiene suerte de tenerte, Caleb. Todo lo que has contado debió de ser tremendamente duro.

—Jonah y su hermana, Hannah, me producen una inmensa felicidad —contestó él—. Aunque Hannah ya tiene dieciséis años, y es un gran misterio para mí.

—Dieciséis años y chica —señaló Reese—. Esa es su obligación.

—Espero que se las esté apañando bien estando yo aquí.

—¿Has hablado con ella?

Caleb sacudió la cabeza.

—El teléfono es solo para utilizarlo en caso de emergencia. Le he enviado una postal para hacerle saber que nos quedaremos un tiempo aquí, en la ciudad.

—Ni siquiera me imagino lo que debe ser eso —admitió Reese—. Debe de estar histérica.

—No, la histeria se produce cuando recibes una llamada telefónica. Si el teléfono no suena, no hay emergencia —él dobló los envases vacíos y se levantó—. Vamos a ver a Jonah.

Una de las cosas que Reese estaba aprendiendo como médico era cómo lidiar con el dolor de otras personas. A menudo conocía a los pacientes en el peor día de sus vidas y tenía que absorber su miedo y agonía... y el terror y la incertidumbre de la familia.

Mientras caminaban juntos por el paseo pavimentado, pasaron frente a un caballo y una calesa que ofrecía paseos para los turistas. Otra calesa aguardaba en la acera. Una pareja con un niño pequeño estaba sentada en el ornamentado carruaje. El conductor, con sombrero de copa, camisa blanca y pantalones negros con tirantes, sacudía las riendas y urgía al caballo negro para que avanzara. El animal se esforzó, pero daba la impresión de que se resistía y sujetaba uno de los cascos delanteros en un ángulo. El conductor volvió a sacudir las riendas.

—Bumbles —ordenó—. Adelante.

El caballo se movió, pero no avanzó. El conductor alargó la mano hacia un látigo de cuero.

—Disculpe —Caleb se acercó al coche—. Su caballo podría tener una herida.

—¿Quién eres tú? —el cochero frunció el ceño—. ¿Y qué le importa?

Caleb no contestó y se acercó al caballo mientras emitía con la boca unos sonidos suaves y calmantes. Deslizó las manos por el hombro del animal y por su pata. Palpó la parte inferior y el caballo dio un respingo.

—Casi seguro que Bumbles tiene un tendón inflamado —concluyó.

—¡Qué demonios...! —el conductor se volvió hacia sus pasajeros—. Será solo un momento, chicos —saltó a tierra—. Bumbles está bien. Llevamos mucho tiempo haciendo esto.

—Aquí es —Caleb le indicó que se acercara y posó la mano del tipo sobre la pata—. El dolor le produce cojera. ¿Nota el calor y la hinchazón?

—Yo... bueno, puede que sí. Pero es que hoy ha hecho mucho calor.

—No, está inflamado. Podría ser por el calor y el cansancio. Y tampoco le iría mal que le limaran los cascos y una nueva herradura. Sería una pena obligarle a trotar así.

—¿Quién demonios eres, un veterinario?

—Sé de caballos —contestó Caleb.

—Escucha, amigo, yo también. Así me gano la vida. Cuido bien de Bumbles.

—Si no descansa, se pondrá malo —insistió Caleb—. Necesita descanso, compresas de frío, un vendaje de compresión, y hierbas para bajar la inflamación. ¿Tiene algún ungüento de yuca o bastón del diablo? Y añádale suplementos de azufre a la comida.

—Claro, ahora mismo —el cochero asintió con expresión de amargura.

Reese vio que el pasajero se inclinaba y le decía algo a su esposa. Se bajaron del coche y se acercaron al cochero.

—Vamos a dejar lo del paseo —le anunció el hombre—. No queremos hacer trabajar al caballo si está herido.

—Bumbles está bien —insistió el cochero—. Les llevaremos a dar un bonito paseo.

—No, no nos sentiríamos cómodos —el hombre le entregó un billete de veinte dólares—. Por las molestias.

—Eh, pues... —el cochero titubeó antes de mirar el billete—. Gracias —añadió antes de fulminar a Caleb con la mirada.

El niño lloriqueó y su madre lo acercó a Bumbles.

—Acaricia al caballo, Sídney —le animó—. Tiene una pata mala y por eso hoy no puede llevarnos de paseo.

El niño dejó de lloriquear y acarició la cara del caballo.

—Adiós, Bumbles. Que te mejores.

—Espero que estés contento, amigo —el cochero se volvió hacia Caleb.

—Cuide de su caballo —Reese le entregó otro billete de veinte dólares—. Por favor. No intentamos causar molestias.

—Ya, pues acaban de hacerlo, señora.

—Un tendón inflamado necesita seis meses para curar —le explicó Caleb, al parecer insensible a la irritación del otro hombre—. Si no lo cuida, podría quedarse cojo para siempre.

—Genial —contestó el cochero—. Jodidamente genial —se quitó el sombrero y deslizó una mano por sus cabellos. A continuación miró al caballo y el casco torcido—. Claro. Lo que sea. Tengo un buen veterinario. Haré que le eche un vistazo.

—Eso espero. Es un buen caballo.

—Que tenga una buena tarde —le deseó ella mientras rozaba el brazo de Caleb. ¡Dios, qué músculos!—. Deberíamos irnos.

Él asintió a modo de despedida y se encaminaron hacia el hospital.

—Bueno —observó Reese—, parece que entiendes de caballos.

—Tengo un tiro en casa, y trabajo en los establos de la granja Grantham, yendo hacia las montañas, las Pocono.

En la ciudad todo el mundo conocía la granja Grantham. En parte era un parque temático, en parte ganadería, y el lugar en el que los famosos budweiser clydesdale eran criados y entrenados.

—He oído hablar de ese lugar —Reese asintió—, pero nunca he estado allí. ¿A qué te dedicas allí?

—Sobre todo a trabajar con los caballos. Los entreno y los crío. Desde muy pequeño se me han dado bien los animales. Los caballos grandes, como los belgas y los clydesdale, suelen intimidar a los ingleses. Muchos amish están

acostumbrados a ellos porque usamos a esos animales para arar y cargar en la granja.

Parecía encajar a la perfección, pensó Reese, que Caleb Stoltz tuviera un don especial para trabajar con los enormes clydesdale. No lo había dicho, pero ella tenía la sensación de que era un experto manejando a esos animales. Cómo no iba a serlo, tan grande y grácil de un modo que ella nunca había visto antes. Ese hombre poseía magia, reflexionó, consciente de que era una idea fantasiosa, pero incapaz de ignorarla.

—Eso es... impresionante —reconoció ella. En realidad, todo en ese hombre era impresionante.

Conocerlo era como poder estudiar las distintas facetas de una joya. Algunas cosas en él eran perfectamente sencillas y claras, pero tenía la sensación de que había una profundidad en su carácter que desearía explorar. Sin embargo, era muy reservado. Y no lo culpaba por ello. Por lo que le había contado de su familia, comprendía esa especie de tristeza que siempre lo embargaba. ¿Cómo sería criarse en medio de tanta tragedia? ¿Cómo se las arreglaba para seguir adelante? ¿Cómo se recomponía un corazón después de un golpe como ese? Su propio pasado parecía un cuento de hadas en comparación.

Era muy diferente, en todos los aspectos, de la gente con la que ella trabajaba, todos decididos, competitivos, siempre con prisas. Tremendamente atractivo, con un cuerpo esculpido por el trabajo duro y honrado, le resultaba mucho más interesante que los delgados residentes y competitivos internos con los que había salido en el pasado. Sin embargo, ese paseo no era una cita. Estaba tan alejado de una cita que se sentía como una estúpida al permitir que esos pensamientos surgieran en su mente. No tenía nada en común con ese granjero amish, aunque le parecía tan enigmático y desconcertante como, al parecer, le parecía ella a él.

Reese no podía negar que, en su compañía, se sentía diferente. Más presente. Más centrada. Iluminada. Pero enseguida lo achacó al cansancio del hospital. El hastío del final del turno. El atractivo de la fruta prohibida. Ese hombre representaba algo natural e intacto, algo que estaba fuera de su alcance.

Caleb seguramente había compartido demasiada información con Reese Powell durante la cena y el paseo hasta el hospital. Por algún motivo le resultaba fácil hablar con ella, a pesar de que nunca se había considerado gran cosa como conversador. Las palabras habían salido de su interior con sorprendente facilidad mientras le contaba los hechos acontecidos a su familia.

Aun así, había cosas que no le había explicado del todo, como el motivo por el que se sentía absolutamente obligado a criar a los hijos de su hermano tal y como lo habría querido John. No le había hablado de los planes que había dejado a un lado para poder ayudar a Jonah y a Hannah. Él no era de los que se lamentaba.

Antes de que sucediera todo, Caleb había imaginado vivir otra vida, una vida muy distinta. Pero el mundo había trazado otro camino para él. El asesinato de John y Naomi le había obligado a regresar a la granja. Por el bien de la familia, Caleb había abandonado los sueños que había cultivado en silencio durante años. En el tiempo que le llevaba a un hombre apretar un gatillo, su vida había cambiado por completo, radical y permanentemente.

Al llegar al hospital, Reese se dirigió hacia el ascensor.

—Jonah ha sido trasladado al ala ped —le informó—. Eso es una buena noticia. Significa que va por buen camino.

—Ala ped —repitió él—. ¿Qué es eso?

—Ala de pediatría. Ya no necesita tanta monitorización. Es el comienzo de su recuperación.

Eso, al menos, sonaba positivo. Mientras avanzaban por el ancho e iluminado pasillo, Caleb ralentizó el paso, contemplando el nuevo y extraño lugar. Los pasillos estaban bordeados por equipos informáticos con ruedas. Algunas de las puertas de las habitaciones de los pacientes estaban decoradas con dibujos y tarjetas coloridas deseando una pronta recuperación. Algunas puertas, abiertas de par en par, permitían ver a los pacientes. Algunos permanecían inmóviles, la mirada vacía, fija en la pantalla del televisor. Otros se mostraban animados y charlatanes, rodeados de globos brillantes y visitantes con regalos. Y algunos otros se veían dolorosamente enfermos, rotos, un chico tenía la cabeza vendada otro estaba enganchado a un aparato de respiración artificial. En una habitación, Caleb vio a un niño pálido y sin pelo, que levantó la mano para saludarlo, la mirada, herida y sincera, llena de una esperanza imposible.

—Jonah permanecerá aquí durante los próximos días —le informó Reese tras detenerse.

—Es... agradable, supongo —Caleb la miró fijamente durante unos segundos.

Esa mujer no se parecía a nadie que hubiera conocido jamás. Entrometida y lista, servicial y sincera, descaradamente mandona, innegablemente bonita. Caleb no podía evitar sentir una intensa curiosidad hacia ella, la urgencia de, no solo conocerla, sino de invitarla a conocerlo a él de un modo que no debería desear. Todo ello era causa de una profunda vergüenza porque debería saber que

no podía sentir nada por una inglesa, sobre todo cuando Jonah estaba luchando por su vida.

Un médico, vestido con una bata blanca y larga, se acercó a ellos. Tenía un rostro redondeado y brillante y una sonrisa amable. De uno de los bolsillos de la bata asomaba un osito de peluche y sus zapatillas deportivas se iluminaban cuando caminaba.

—Reese Powell, no me lo puedo creer —exclamó—. He tenido que mirar dos veces para asegurarme. Eres la viva imagen de tu madre.

—¿Significa eso que estudiar acelera el envejecimiento? —preguntó ella.

—Uy, me temo que he metido la pata, ¿a que sí? —el doctor se dirigió a Caleb y le estrechó la mano—. Oliver Edwards.

—Caleb Stoltz.

—Su sobrino es paciente aquí, Jonah Stoltz. Íbamos a verlo ahora mismo.

—Me ha alegrado verte, Reese —el médico asintió—. Saluda a tus padres de mi parte —se despidió antes de dirigirse a la habitación en la que estaba el niño calvo—. ¡Suzannah Banana! —gritó—. ¿Cómo está mi chica?

—Yo creía que era un niño, probrecilla —Caleb apartó la mirada.

Reese echó de nuevo a andar.

—Edwards es un maravilloso oncólogo pediátrico —le explicó—. La niña está en buenas manos.

—¿Conoce a tu madre?

—Son colegas. Mis padres son médicos los dos —Reese enseñó su placa de identificación a un auxiliar—. Aquí son muy estrictos con el tema de la seguridad —aclaró—. La mayoría de las personas de esta planta me conocen. Mis padres son muy conocidos en este servicio.

—¿Por su trabajo?

—Los doctores Joanna y Hector Powell. Una especialista en fertilidad y un neonatólogo. Ayudan a parejas con problemas para concebir, y también ayudan a los recién nacidos. Cuando yo era pequeña me imaginaba a los bebés como diminutas brasas que requerían de un aliento mágico para que cobraran vida. Mis padres han sido capaces de salvar bebés a los que prácticamente no les daban ninguna posibilidad de sobrevivir, recién nacidos muy prematuros, o nacidos con algún problema —se interrumpió y titubeó antes de continuar—. Yo fui uno de esos bebés, tan diminuta al nacer que cabía en la palma de la mano de mi padre.

Cada vez que hablaba de sus padres, los ojos de Reese, de un intenso color marrón emitían un brillo especial.

—Pues viéndote, no se diría —observó él.

—Eso se lo tengo que agradecer a mis padres —ella sonrió, pero la sonrisa se desvaneció casi de inmediato, como si se hubiera descubierto a sí misma haciendo algo indebido—. Se podría decir que les debo la vida, literalmente. De niña los admiraba muchísimo. Nunca cuestioné los planes que tenían para mí, ser médico, elegir su especialidad. Pero de vez en cuando me siento culpable al preguntarme si este es el buen camino para mí. Por supuesto que tiene que ser el buen camino, ¿no?

Reese se sorprendería si supiera la de veces que Caleb se había hecho la misma pregunta sobre su propia vida.

—Supongo que esa pregunta tendrás que responderla tú misma.

—Algún día, estos serán mis pacientes —Reese señaló a su alrededor—, suponiendo que siga el plan trazado por mis padres.

—Entonces ellos quieren que seas pediatra.

—Cirujana pediatra, para ser más precisos. El plan es ampliar su práctica para incluir un especialista en cirugía pediátrica, concretamente, yo. Solo necesitaría cinco años más de residencia en cirugía general, seguidos de dos más de formación como residente en cirugía pediátrica, pasar el comité examinador y... estaré por fin preparada.

—Eso es mucha preparación.

—Preparada para qué, me pregunto a veces —ella suspiró—. ¿Preparada para mi vida o para la de ellos?

—¿Son dos cosas diferentes?

—Buena pregunta. A veces me rebelo contra las expectativas de mis padres para mí. Pero lo cierto es que adoro pediatría, aunque es duro. Formar parte de estos programas competitivos es un poco como saltar con una herida abierta a un tanque de tiburones.

De repente se detuvo bruscamente.

—Creo que he encontrado a nuestro chico.

No había globos ni tarjetas en la puerta de la habitación de Jonah, solo un soporte con gráficos con su nombre escrito. Había dos camas separadas por una cortina plisada azul. La primera cama estaba vacía, pulcramente hecha, las estiradas sábanas y mantas aguardando al siguiente paciente. Reese echó a un lado la cortina para revelar la segunda cama. También vacía.

—¿Dónde está Jonah? —preguntó Caleb con una punzada de pánico.

Reese contempló las sábanas amontonadas y consultó las notas escritas en la pizarra blanca.

—Por lo que pone aquí está en terapia recreativa.

Salió de la habitación y señaló un cartel que indicaba la dirección hacia el salón de los pacientes.

—Quizás... vamos a comprobarlo —indicó mientras echaba a andar.

Se cruzaron con un fisioterapeuta que acompañaba a un niño que llevaba un grueso cinturón blanco y un andador metálico. El niño llevaba la cabeza afeitada y una gruesa cicatriz describía una curva por encima de su oreja. Una pareja con aspecto de agotamiento esperaba delante de una de las habitaciones, la mujer hundida contra el pecho del hombre. El salón estaba a la vuelta de la esquina, un espacio abierto y despejado con altos ventanales, mobiliario de tamaño infantil y estanterías llenas de libros, juguetes y juegos. El suelo estaba marcado con un diagrama de rayuela y un dibujo de hormigas caminando en fila. Varios pequeños estaban acurrucados en el regazo de voluntarios o familiares. Los más mayores estaban sentados ante una mesa redonda, jugando a las cartas.

—Ahí está —dijo Caleb mientras señalaba hacia la esquina más lejana. El pelo pajizo de Jonah estaba de punta. Llevaba una especie de delantal y calcetines gruesos de un color verde brillante. Caleb tocó el hombro de Reese—. ¿Qué está haciendo?

—Parece que están jugando a un videojuego —contestó ella.

Jonah y la auxiliar parecían absortos en la pantalla plana sobre la mesa que había frente a ellos. En la pantalla aparecía un superhéroe atravesando una especie de laberinto.

Caleb corrió a su lado, el corazón ligero al ver a su sobrino.

—Jonah, te has levantado de la cama.

La imagen de la pantalla se congeló.

—Hola, tío Caleb. Dicen que, siempre que haya alguien conmigo, puedo levantarme.

—Soy Tammy —la auxiliar se levantó—. Jonah y yo estábamos jugando al Dr. Boom.

—Gracias por cuidar de él —dijo Caleb tras presentarse.

—Esto es muy divertido —aseguró Jonah, sus ojos azules más brillantes de lo que Caleb recordaba haberlos visto la última vez. Las rajadas de la cara, laceraciones las llamaba Reese, ya parecían estar curando. El muñón fuertemente vendado descansaba en un cabestrillo—. Estamos peleando contra enfermedades y ganando puntos.

—Eso suena muy divertido —observó Reese—. Hola, Jonah, ¿te acuerdas de mí?

El niño se levantó y casi perdió el equilibrio. Tammy lo sujetó con delicadeza.

Caleb se recordó a sí mismo que tratar con la pérdida del brazo iba a llevar su tiempo.

—Estuviste en urgencias —contestó el niño educadamente—. Con el médico negro que llevaba un pendiente de oro.

—Ese es Jack —ella sonrió—. Estoy impresionada de ver que te has acordado.

—Y luego viniste a verme en el otro sitio.

—En efecto. Apuesto a que aquí estás conociendo a un montón de gente nueva.

—Gracias por jugar al Dr. Boom conmigo, Jonah —dijo Tammy—. Luego te veo, ¿de acuerdo? Vendré a buscarte cuando sea la hora de regresar a tu habitación.

—Gracias, Tammy —el niño asintió.

Después de que se hubiera marchado, Reese señaló hacia una mesa vacía que tenía unas hojas en blanco y lápices de colores, y se sentaron los tres. Caleb tuvo que doblar las rodillas hasta que casi le llegaron a los hombros.

—Justo de mi tamaño, ¿a que sí? —preguntó, arrancándole una fugaz sonrisa a Jonah.

—Más bien es justo de mi tamaño —contestó el niño—. Aquí todo está hecho para niños.

—¿Qué has hecho hoy, Jonah? —preguntó Reese.

—Me trajeron comida en una bandeja. Me la dejaron en la cama, y un hombre llamado Teo se sentó conmigo para asegurarse de que pudiera comer con mi mano buena.

—¿Teo? —Caleb frunció el ceño.

—Sí, lo llevaba escrito en la chaqueta: «T-O».

—Creo que significa «Terapeuta Ocupacional» —explicó Reese—. Me alegra que estés recibiendo tanta ayuda. ¿Te gustó la comida?

—Había un sándwich —el chico asintió—, y unas fresas y una cosa verde brillante llamada gelatina.

—Y seguramente pensaste al verlo que era alguna especie de alienígena.

—¿Como un alienígena del espacio exterior?

—Es muy misterioso.

Caleb se alegró de ver el brillo en los ojos de su sobrino. El chico tenía un duro camino por delante, pero, de momento, su estado de ánimo era bueno.

—He visto la tele, tío Caleb —susurró Jonah con mucho secretismo.

—¿Y te gustó? —Caleb enarcó una ceja.

—Sí. Y, si no me gustaba lo que veía, pulsaba un botón y aparecía otro programa. He visto una historia sobre Robin Hood. Pero al cabo de un rato me cansé. Una señora vino y me dio algunos libros para leer. Por aquí hay muchos libros, muchos más que programas en la televisión.

—¿Te gusta leer? —preguntó Reese.

Jonah asintió.

—Me trajeron un atril para que pueda apoyar el libro y no tenga que sujetarlo con las dos manos —el niño se interrumpió y apartó la mirada, como si se sintiera algo avergonzado.

—¿Y cómo te encuentras? —preguntó Reese—. ¿Te duele el brazo? ¿Te duele algo?

Jonah se mantuvo muy quieto y con la mirada baja.

—No sé muy bien —contestó al fin—. ¿Cómo puede dolerme el brazo si ya no está?

—Bueno, tu cerebro tiene que acostumbrarse a la idea de que ha habido un gran cambio. Mientras estés aquí vendrá mucha gente a verte para ayudarte en el proceso de sanación, y eso incluye ayudarte a comprender tus sentimientos al respecto. ¿Te parece bien?

Jonah frunció el ceño.

—No me apetece mucho hablar de sentimientos.

—Entonces no tendrás que hacerlo. O puedes intentarlo y ver si te ayuda. Cuando alguien pierde una extremidad, al principio se sufre una gran conmoción, y luego mucha tristeza. Y todo eso es normal. Pero te aseguro que luego todo irá mejor. No enseguida. No tan deprisa como te gustaría.

A Caleb le gustó cómo hablaba Reese con el chico. Era amable, sin que tuviera que forzarse a serlo. Era sincera.

—¿Cuándo podré irme a casa? —preguntó Jonah, mirando al fin a Caleb.

—Serán los médicos los que lo digan. Lo estás haciendo muy bien por lo que quizás sea pronto —contestó su tío.

—¿Y qué pasa con la granja? —Jonah frunció el ceño—. ¿Quién está cuidando de Jubilee?

—Supongo que Hannah podrá hacerse cargo de tu perra durante un tiempo —Caleb se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas—. Los vecinos ayudarán con el ganado. Esto es solo temporal, muchacho.

—Ojalá pudiera ver a Jubilee. Y a Hannah —tras un momento de titubeo, Jonah continuó—, y al abuelo también.

—¿Qué te parece escribirle una carta a tu hermana? Apuesto que se alegrará

de tener noticias tuyas.

—Esa es una buena idea —la mirada de Jonah se iluminó.

—Te conseguiré papel y lápiz —anunció Reese—. Puedes escribir en esta mesa —se acercó a un cubo lleno de artículos para manualidades y regresó con unas cuantas cosas—. Toma, dependiendo de cómo te guste escribir, puede que necesites hacer algunos ajustes. Caleb dijo que eres diestro, pero a lo mejor estás acostumbrado a sujetar el papel con la mano izquierda mientras escribes. Aquí tienes un poco de cinta adhesiva para sujetar la hoja.

—¿Por qué lleva cuadros escoceses en la etiqueta? —Jonah estudió el rollo de cinta adhesiva—. ¿Viene de Escocia?

—Pues no. Esa es una buena pregunta. La verdad es que no sé por qué, pero lo averiguaré.

—Lo que sí sé yo es qué significa 3M, la marca: Minnesota Mining and Manufacturing —explicó Caleb.

—El tío Caleb sabe cosas —Jonah sonrió.

—Desde luego que sí —ella dejó una hoja de papel en blanco delante de Jonah y pegó la esquina inferior con un poco de cinta adhesiva—. ¿Qué te parece?

—Me servirá —Jonah tomó el lápiz—. Gracias, Reese —se inclinó sobre la hoja y empezó a escribir con cuidados trazos.

Reese y Caleb se acercaron a la ventana y contemplaron los tejados con compresores y terrazas cubiertas de gravilla. Detrás se veía el río y, al este, el centro de la ciudad con las calles dispuestas en una cuadrícula. Ella señaló varios puntos, el paseo del río y el distrito de la universidad, la ciudad vieja con Independence Hall en medio de una larga franja de verdor en el parque urbano.

—Te agradezco que hables con Jonah —le dijo Caleb con calma—. Su hermana y él están muy unidos y esta carta le ayudará. Hoy parece un poco más él mismo.

—Supongo que va a sufrir unos cuantos altibajos. Pero es un chico estupendo, y lo superará.

A pesar de haber mencionado sus dudas acerca de los planes trazados por sus padres para que se convirtiera en cirujana pediátrica, se le daba muy bien tratar con Jonah. Quizás al final no fuera un mal plan.

—¿Cómo se escribe «artificial»? —preguntó Jonah volviéndose hacia ellos.

Caleb le deletreó la palabra en voz alta y el chico le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba.

—¿Y cómo se escribe prótesis? —preguntó momentos después.

Caleb y Reese intercambiaron una mirada.

—Déjame intentarlo a mí —dijo ella antes de deletrearla—. Campeona de ortografía de la competición Boynton County Spelling Bee, dos años seguidos —añadió con aire de suficiencia—. La tienes delante de ti.

—Hannah solía ganar a todos en el colegio —le contó Jonah—. Incluso, a veces, a la profesora. En su graduación le dieron un premio por ser la mejor en ortografía.

—¿Tiene dieciséis años y ya se ha graduado? —preguntó Reese—. Apuesto a que es muy lista.

—La escolarización termina después de octavo curso —explicó Caleb.

—¡Oh! —Reese abrió los ojos, sorprendida—. Eso es... no sé qué decir.

—¿Una lástima? —sugirió él.

—Supongo que eso depende de lo que quiera la persona en la vida —contestó ella.

—En nuestra comunidad, la gente no cree que los jóvenes necesiten ir mucho al colegio —continuó Caleb.

—¿Y si quieren proseguir con los estudios? Quiero decir, no es que esté juzgando, pero... cielo santo. ¿Octavo curso?

Sí que estaba juzgando, al menos así lo sentía Caleb.

—No está prohibido que prosigan con la escolarización. Pero tampoco se fomenta —dijo mientras observaba a su sobrino darle la vuelta a la hoja y volver a pegarla a la mesa, su única mano moviéndose con destreza—. Supongo que podría haber sido peor. Podría haber sido la mano derecha.

Minutos después, Jonah sujetó la hoja en alto.

—Terminado —anunció—. He hecho un dibujo por el otro lado.

Era una representación de un brazo mecánico, como los que había visto en los folletos que le habían dejado para que los estudiara. Junto al brazo había una persona de cabellos cortos y oscuros, vestida con una bata blanca y corta, y llevando un estetoscopio. Tenía los ojos grandes, las pestañas largas y los labios describiendo una línea recta.

—¿Esa soy yo? —preguntó Reese.

—Sí. No se me da muy bien dibujar personas.

—Pues yo no opino lo mismo —ella tocó brevemente el papel—. Esto me ha producido una punzada en el corazón. ¿Se me olvida sonreír?

—No, es que tampoco se me da bien dibujar bocas.

—Bueno, pues por ti voy a esforzarme en sonreír más.

—Si quieres, puedes leer lo que he escrito —Jonah le dio la vuelta a la hoja.

—Claro —Reese se inclinó por encima del hombro del chico—. Tienes una letra muy bonita.

—Gracias. Me gusta practicar caligrafía.

—¿Qué te parece si nos la lees tú mismo? —sugirió Caleb.

—De acuerdo.

Jonah se irguió en la silla y leyó:

—«Querida Hannah, me han cortado el brazo en el hospital. Quedó tan malherido en la trituradora que tuvieron que quitarlo, del todo, y ahora hay un gran vendaje alrededor del muñón. Me van a poner un brazo nuevo, se llama «brazo artificial o prótesis». Dicen que es como el brazo de un robot y que me acostumbraré a él. ¿Qué tal está Jubilee? Echo muchísimo de menos a esa perra y espero poder verla pronto. También te echo de menos a ti y desearía poder verte. También al abuelo. Atentamente, tu hermano, Jonah».

Tras concluir la lectura, levantó la vista.

—¿Está bien?

Caleb sintió un profundo, casi doloroso, afecto por el chico.

—Desde luego que lo está, muchacho. Hannah se alegrará de recibir noticias tuyas.

—Si quieres puedo echarla al correo —se ofreció Reese—. La oficina de correos está cerrada, pero mañana es mi día libre.

—Eso estaría bien, Reese —Jonah asintió—. Estoy en deuda contigo.

—¿Qué sueles hacer en tu día libre? —preguntó Caleb—. Aparte de ir a la oficina de correos.

Ella miró a su alrededor.

—Ojalá pudiera decirte que voy a clases de kitesurf, o a un curso de cocina gourmet, pero la triste verdad es que, cuando no trabajo, soy una persona muy aburrida. Estudio para los exámenes, relleno formularios para residentes y hago recados, incluyendo ir a la oficina de correos. Resulta bastante patético.

—¿Qué es kitesurf? —preguntó Jonah—. Suena divertido.

—Parece divertido, pero nunca lo he probado. Te colocas sobre una tabla de surf y te dejas arrastrar por una cometa gigante, y el viento te lleva a dar un paseo.

—Me gustaría hacer eso —aseguró Jonah antes de contemplar el grueso vendaje—. ¿Podré hacerlo con un solo brazo?

El corazón de Caleb sufrió una dolorosa punzada. A partir de ese momento, esa sería la pregunta más frecuente de su sobrino. «¿Podré hacerlo con un solo brazo?».

Tammy regresó al salón.

—Hola, Jonah. Ya es hora de regresar a tu habitación. La cena te está esperando. Luego pasarán las rondas de la noche y se apagarán las luces.

Jonah se fijó en la mirada de Caleb mientras se ponía de pie, apoyando su mano sobre la mesa para equilibrarse.

—En realidad no apagan las luces —susurró—. Jamás.

—Las bajarán un poco más de lo que hacían en cuidados intensivos —le explicó Tammy.

—En la ciudad nunca es oscuro del todo. No como en casa —Caleb pensó en la sensación tan expansiva que experimentaba en la profunda oscuridad de Middle Grove mientras contemplaba las estrellas.

Camino de su habitación, Jonah se mostraba parlanchín. Además de los videojuegos, había descubierto las máquinas expendedoras de comida, la música ambiente, los libros de Harry Potter y los partidos de béisbol televisados. Casi todo en ese lugar era nuevo para él.

—¿Has oído hablar de la Carta Magna? —preguntó a su tío.

—Pues sí —contestó Caleb—. ¿Qué sabes de eso?

—Un montón —le aseguró Jonah—. Lo he leído en un libro del carrito de préstamos. Se llama Magna Carta Libertatum, y significa «la gran carta». Es famosa porque en ella están escritas las leyes y los derechos del hombre.

—Estás leyendo mucho, renacuajo —observó Caleb—. Eso es bueno.

—No me habías dicho que tu sobrino fuera un genio —comentó Reese—. Cada vez que hablo contigo te has vuelto más listo.

Las orejas de Jonah se tiñeron de un intenso color rojo. No estaba acostumbrado a los elogios, sobre todo provenientes de una chica guapa.

Reese y Caleb se quedaron hasta que terminaron las rondas nocturnas.

—¿Ves a ese médico? —le susurró ella al oído, rozándole ligeramente el brazo y señalando a un grupo de personas que se acercaban por el pasillo—. Es el jefe de residentes. Un tipo cubano llamado Jiménez. Se sabe que es el jefe porque lleva una bata larga. Los demás son residentes de tercer año. Jiménez es bueno. ¿Te explicaron que este hospital es universitario?

Caleb asintió ligeramente. La mano de Reese seguía posada, como un pajarillo, sobre su brazo. Se preguntó si estaría notando la tensión en sus músculos. Profundamente enterrado en su interior, junto con su preocupación por Jonah, había algo más, una atracción no invocada y que no debía sentir, pero que tampoco podía negar.

Ella debió notar que seguía tocándole el brazo y apartó la mano.

El doctor Jiménez entró en la habitación caminando a grandes zancadas, rodeado por el grupo de los de tercer año, con sus batas cortas. Caleb se adelantó y se presentó.

—Soy el tío de Jonah —saludó—. Si no le importa, me gustaría quedarme.

El doctor Jiménez asintió.

—Gracias por estar aquí. Estamos cuidando muy bien de... —consultó la pizarra blanca sobre la pared—. De Jonah.

Los alumnos de tercer año parecían sentir curiosidad por Caleb, sobre todo las mujeres. Caleb no había podido ignorarlo desde su llegada. Las mujeres solían mirarlo fijamente, no como los turistas que iban a la tienda de ultramarinos de su pueblo, sino de un modo que cualquier hombre con sangre en las venas sabría interpretar.

Reese también pareció haberse dado cuenta, pues le propinó un pequeño codazo.

—Pareces producir un curioso efecto en ellas —le susurró al oído.

Caleb sintió que las orejas se le ponían tan rojas como las de Jonah.

—No digas tonterías —murmuró.

No era algo que le desagradara, pero, estando como estaba Jonah, toda esa atención femenina no le parecía correcta. Al menos suponía una distracción.

Reese también suponía una distracción, pero de otro modo. De un modo que le obligaba a pensar continuamente en ella, incluso cuando su mente debería estar centrada en ayudar a Jonah. En la pequeña habitación, ella permanecía de espaldas a él, muy cerca, para dejar hueco a los médicos. Sus cabellos olían a flores y tenía un mechón rizado rebelde en la nuca, apoyado sobre la pálida y delicada piel.

Caleb tuvo que recordarse de nuevo el motivo por el que estaba allí, para escuchar y observar, para intentar decidir qué era lo mejor para Jonah, no para hacer amigos. No para tener pensamientos sobre Reese Powell.

El jefe de los residentes llamó a uno de los estudiantes para que presentara el caso. Agarrando la tableta digital, como si fuera Moisés sobre la montaña, el joven se sujetó las gafas y miró a su alrededor.

Reese se volvió para susurrarle de nuevo al oído.

—Nervios. Me recuerda a mí misma el año pasado. Cuando era nueva.

—Si es tan listo como tú, lo superará —susurró Caleb, inclinándose para acercarse a su oreja.

Estar tan cerca de esa mujer era, sin duda, todo un ejercicio de autocontrol.

Ella se volvió de nuevo y lo miró, su voz como un suave aliento contra su

pecho.

—Lanzarte al mundo de la medicina es como bucear en aguas heladas, te corta el aliento, casi imposible sobrevivir. Te produce una sensación de pánico. Hay mucho en juego.

—No me gusta que alguien sienta pánico ante Jonah —murmuró él.

—El doctor Jiménez jamás lo permitiría. Pero la presentación oral de un caso es complicada. Hay mucha presión para hacerlo bien, porque así comparten los médicos las historias de sus pacientes con otros médicos. Hace falta práctica. Hay que explicar los problemas del paciente. La meta es encontrar la mejor manera de tratarlo.

El joven que presentaba el caso de Jonah hablaba en un tono monótono y nervioso, y no paraba de consultar las notas de su tableta.

—Este es Jonah Stoltz, un chico de once años, tercer día en el hospital, ingresado tras sufrir una irreparable pérdida del suministro de sangre y funcionalidad del brazo tras un trauma agudo producido por las cuchillas de una trituradora agrícola. Veintiocho horas después de la operación, el paciente ha sido trasladado de la unidad de cuidados intensivos a la unidad pediátrica. El paciente tiene buen aspecto y asegura encontrarse mejor de las lesiones.

Caleb encajó la mandíbula, su mente puesta en el brazo de Jonah. Irreparable pérdida del suministro de sangre. Esas imágenes no lo iban a abandonar en mucho tiempo.

—No debería mirar hacia abajo —susurró Reese—. Al doctor Jiménez no le gusta nada. Está permitiendo que los nervios lo superen. Me siento mal por ese tipo.

—¿Supone algún problema para Jonah? —Caleb se mostraba interesado por el protocolo, pero su principal preocupación era su sobrino.

—Ningún problema. Parece haber comprendido la información clínica, pero se está esforzando por ser breve.

—...vitales son normales, el pulso oscila entre sesenta y ochenta pulsaciones por minuto. Presión sanguínea diez seis, saturación de oxígeno de noventa y nueve...

—Oigamos qué tiene que decir la doctora Grandjean —interrumpió el jefe, rescatando al médico anterior de su dolorosa recitación.

Una mujer, que llevaba una bonita diadema y el uniforme blanco pulcramente planchado, dio un paso al frente como una buena scout conocedora de todas las reglas.

—La historia clínica de Jonah destaca por el hecho de no destacar. No ha

tenido ninguna de las principales enfermedades infantiles y su calendario de vacunaciones está al día.

Reese miró a Caleb con expresión inquisitiva.

—Las vacunas no van en contra del Ordnung —susurró él.

—Vive en Middle Grove —continuó la mujer—, una comunidad amish del condado de Carbon, al norte de aquí y hacia las Pocono. Su familia observa las tradiciones amish. Tiene una hermana, llamada Hannah, de dieciséis años, y viven con su tío y tutor legal, Caleb Stoltz —hizo una pausa para volverse hacia Caleb y asentir en su dirección.

Él le devolvió el mismo gesto. Por supuesto que era el tutor de Jonah, pero el término «legal», era un poco excesivo.

—Ambos padres de Jonah han fallecido —continuó la estudiante.

Todos debían estarse imaginando a los Stoltz desintegrándose como los granos de las mazorcas de maíz. Caleb se preguntó hasta qué punto lo estaba asimilando todo Jonah. A juzgar por la expresión sombría del muchacho, bastante, si no todo.

El jefe de residentes miró a Jonah a los ojos.

—Aunque la historia clínica de este joven no es nada extraordinaria, su recuperación sí lo está siendo —Jiménez enumeró los aspectos técnicos del caso, si bien en todo momento se dirigió a Jonah con una cálida sonrisa—. Todas estas tonterías que hemos estado enumerando, amigo, significa que estás muy por encima de la media. Y eso es motivo para sentirse orgulloso.

Jonah estiró el cuello y buscó a su tío con la mirada, quien le correspondió con una sonrisa tranquilizadora.

—Ese orgullo es de los permitidos —le explicó antes de repetirlo en alemán.

El doctor Jiménez se marchó con sus estudiantes, cada uno de los cuales ofreció una sonrisa a Jonah antes de salir de la habitación.

Caleb se acercó a la cama.

—Si necesitas cualquier cosa, aprieta este botón, ¿de acuerdo? Aunque solo sea porque te apetezca decir hola. La gente de aquí sabe cómo ponerse en contacto conmigo, y yo vendré enseguida.

—*Ja, Ich verstehe* —el niño bostezó y se acurrucó bajo la sábana de algodón azul.

Caleb le leyó un fragmento del libro de Harry Potter, pero después de unos minutos, Jonah ya no pudo mantener los ojos abiertos.

—Buenas noches, hombrecillo —murmuró Caleb, antes de cambiar al dialecto amish—. Que duermas bien —posó una mano sobre la cabeza de Jonah,

acariciándole la frente con el pulgar—. Dulces sueños.

—Buenas noches, tío Caleb —la sonrisa de Caleb era valiente y desgarradora.

Reese abandonó en silencio el hospital. A Caleb le sorprendió ver sus ojos empañados en lágrimas.

—Lo siento —se excusó ella al darse cuenta—. Es... esto es muy duro. Sé que un día de estos tendré que acostumbrarme a ver el dolor de los pacientes y el temor de su familia. Pero hoy no será ese día.

En su comunidad no se solían exteriorizar las emociones, mucho menos hablar de ellas. Caleb se preguntó si pasaría lo mismo con los profesionales de hospital. A diferencia de muchos amish, a él no le importaba mostrar emociones, ni pizca. Le parecía de lo más sincero y humano.

—Se me hizo extraño oírles hablar así de Jonah. Poseen mucha información sobre Jonah, pero eso no es Jonah.

—Cuéntame algo sobre tu sobrino —ella se secó las lágrimas de los ojos.

Caleb se sintió inundado de una cálida dulzura, la familiar oleada de sentimiento que lo asaltaba cuando pensaba en Jonah.

—Hay mucho que decir. Es un chico que adora a su perra y es capaz de silbar más fuerte que un tren. Sabe encender un fuego con un trozo de pedernal y acero. Su risa suena como la música, y es capaz de imitar el trino de varias aves. Su especialidad es el chotacabras —Caleb hizo una pausa y tragó con dificultad, un molesto cosquilleo en la garganta—. Un chico con todo un futuro por delante, pero que cambió en un segundo.

Normalmente no solía hablar de un modo tan directo, con sentimientos sinceros, sin filtros, pero algo en esa mujer lo invitaba a mostrar su corazón. En eso, Reese suponía un peligro para él, sin duda alguna.

Capítulo 7

Reese despertó sobresaltada, sentándose en la cama y apretando los dos puños contra el pecho. En ocasiones comenzaba así las mañanas. Muchas veces. Emergía del sueño con un estallido, con una sensación de pánico tan aguda que casi parecía un infarto. Ya se empezaba a acostumbrar a la desagradable sensación. Los ataques de pánico habían comenzado mientras estudiaba en la universidad y habían continuado durante su paso por la escuela de medicina, intensos, aunque difusos, imposible escapar de ellos.

El corazón acelerado, boqueando para tomar aire, el sudor frío, todos eran demonios con los que se sentía familiarizada, surgiendo desde la sensación de haber olvidado algo, o de haberse perdido algo, o haber fallado en algo crucial. Con el tiempo había adoptado una rutina relajante consistente en hablar consigo misma, yoga, meditación, infusiones de hierbas de horrible sabor, negación absoluta, pero las técnicas no siempre funcionaban.

Lo que desde luego no se le daba nada bien era contárselo a alguien. Sabía que su problema era habitual y que existían tratamientos eficaces, pero buscar ayuda sería una especie de fracaso, por no mencionar una fuente de preocupación para sus padres, tan ambiciosos y triunfadores. Le habían dado la luna y mucho más. Lo último que ella quería era defraudarles.

Saltó de la cama y se colocó en su postura de yoga favorita, el perro boca abajo. De inmediato sintió la sangre acumularse en la cabeza. Cerró los ojos y respiró hondo, llenando los pulmones y reteniendo el aire durante cinco latidos del corazón. Después lo soltó lentamente a lo largo de otros cinco latidos. Repitió la secuencia diez veces más, hasta recuperar el equilibrio.

Sacudiéndose de encima una irritante exasperación, se duchó rápidamente y se obligó a tomarse un café de cápsula, sin leche ni azúcar. Después garabateó una cosa más en su lista de tareas: Comprar leche.

«¿Qué haces en tu día libre?».

La sencilla pregunta de Caleb se había alojado en su interior. Tenía una cita en New Hope para hablar sobre un programa de residentes, pero todavía faltaba mucho tiempo. Ese día estaba decidida a no aburrirse. Se suponía que la vida debía ser interesante, emocionante, impredecible. Algunos de los mejores médicos que conocía tocaban el piano o escribían novelas o hacían esculturas de barro. Ella debería apuntarse a clases de soplado de vidrio, o aprender a escalar en las Pocono, o asistir a algún espectáculo rompedor en Jazz Works. Pero lo que nunca admitiría ante los demás era que lo que de verdad le apetecía hacer era estar con Caleb Stoltz. Era la cosa más interesante que le había pasado en mucho tiempo.

El teléfono sonó y Reese saltó de inmediato. Era la doctora Joanna Powell.

—Hola, mamá.

—¿Qué planes tienes para tu día libre?

—Qué curioso que lo preguntes. Estaba pensando en hacer un poco de escalada, y luego algo de yoga, y por último quedar un rato con un amish, experto en caballos.

—De acuerdo —su madre soltó una carcajada—. Me han anulado una comida. Nos vemos en el Flying Dutchman al mediodía. Podemos repasar tu estrategia para el Programa Nacional de Asignación de Residencias.

Ya estaba otra vez. El Programa Nacional de Asignación de Residencias, también llamado el Match, había monopolizado sus conversaciones durante el último año, o más.

—¿Cuándo dejaste de oírme, mamá?

—Siempre te oigo.

—Pero no me escuchas.

—De acuerdo. Soy todo oídos. ¿Qué quieres que oiga?

—Que me estoy pensando lo del Match.

—¡Eh! demasiado tarde para eso. Ya casi lo has conseguido. Lo único que necesitas es conseguir la mejor nota para el programa de residencia.

—Eso ya lo sé, pero...

—Ahora sí que tenemos que vernos para hablarlo. Si no puede ser para comer, ¿nos tomamos algo después? Ya tenemos planes para cenar con los Josephson. Supongo que te acordarás de ellos. Él es profesor emérito en Drexel. Y ella una compañera de Guggenheim...

Mientras su madre seguía parloteando, Reese se acercó a la ventana. Observó a los peatones subir y bajar por la avenida, apresurándose hacia el trabajo. Un hombre alto vestido de blanco y negro llamó su atención de inmediato. Caleb se

dirigía hacia el hospital. No solo destacaba por su estatura, también por las largas zancadas y la energía con la que se movía. Oía la voz de su madre, pero las palabras se le mezclaban, un constante discurrir de verborrea, la misma que había oído toda su vida.

Aprovechando una pausa en el monólogo de su madre, Reese decidió intervenir.

—Lo de la comida es imposible. Quizás otro día, ¿de acuerdo? Dale un beso a papá.

Tras colgar la llamada, Reese recogió sus cosas y salió a toda prisa por la puerta. «Haz algo interesante». Muy bien. Todo eso ya lo tenía superado. La primera parada sería un bar de kombucha en el que se tocaba música de sitar en directo y donde había cánticos meditativos.

Aguantó unos cuarenta minutos, el cerebro negándose a cooperar con los cánticos, que le urgían a liberar su mente y vaciar sus pensamientos. Pero lo único en lo que lograba pensar era en el trabajo, y Caleb Stoltz, y el Match, y Caleb Stoltz, y su madre, y Caleb... Tras fracasar en la búsqueda de su centro espiritual, salió del local y sacó el móvil del bolsillo para llamar a alguna amiga. Desde luego, debía llamar a una amiga y sugerirle un... ¿qué? ¿Verse para tomar un café? ¿Dar un paseo por el campo?

Sí, era un buen plan. Deslizándolo por la pantalla, recorrió la lista de contactos. Solo había un problema. Para su vergüenza, la lista era cortísima. Tenía compañeros de trabajo. Tenía colegas. Compañeros de clase de su mismo programa. De vez en cuando salía con alguien que, en el mejor de los casos, le permitía sentirse luminosa unos días y que, en el peor de los casos no hacía más que acentuar su soledad intrínseca. Sencillamente no había nadie a quien pudiera llamar «amiga».

Ahí estaba. Lorraine Kavorkian, cuyo desafortunado apellido había generado toda clase de comentarios. Había sido su mentora en el primer año de la escuela de medicina, y desde entonces eran amigas, la clase de amigas que suelen estar demasiado ocupadas para verse. Reese la llamó, pero, como solía suceder, saltó de inmediato el buzón de voz.

—Aquí la doctora Lorraine Kavorkian, nada que ver, se escribe de otra manera. Si se trata de una emergencia, llame al 911. En caso contrario, deje un mensaje.

—Soy Reese Powell, no se trata de ninguna emergencia, solo me estaba preguntando si te apetecería quedar hoy. Sé que te aviso con muy poco tiempo...
—dejó su número y colgó sin demasiadas esperanzas de que Lorraine le

devolviera la llamada.

Pensó en otra posibilidad, Didi Cobb, su mejor amiga de la escuela secundaria, la que había vuelto a ponerse en contacto con ella recientemente a través de las redes sociales.

—Hola —le respondió el buzón de voz—. Nunca contesto el teléfono y tampoco consulto el buzón de voz.

—Bienvenida al club —murmuró Reese—. Yo tampoco.

—¿Qué tal si me mandas un mensaje de texto? —concluía la voz de Didi.

Reese continuó repasando la agenda. La última posibilidad era Trini Sizemore, una bibliotecaria que la había invitado a unirse a su club de lectura mensual, un círculo social de mujeres lectoras, apasionadas por la literatura y el vino. Reese se leía todos los libros, pero casi nunca conseguía asistir a las reuniones. Y bien que lo sentía, porque los miembros del club siempre aportaban unos aperitivos y unos postres impresionantes. Llegado su turno para recibirlas en su casa, se había sentido tan espantada ante el estado de su apartamento y la cocina que había reservado un salón privado en el Hotel Geneva, incluyendo el catering. Al final resultó ser el mejor modo de humillar a un grupo de mujeres que a menudo sufrían para llegar a fin de mes.

Pero Trini había sido superagradable, y tenía un gusto impresionante para los libros.

Para su sorpresa, Trini contestó tras la segunda llamada.

—¿Reese? Hola, forastera. Cuánto tiempo sin saber nada de ti.

—Hola. Escucha, sé que es muy precipitado, pero me preguntaba si te apetecería quedar para tomar algo.

—¡Vaya! Eso suena fabuloso —contestó Trini—. Me encantaría ponerme al día contigo. ¡Vaya! Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? Por lo menos un año, pero...

Ahí estaba, el inevitable «pero».

—Seguramente estarás ocupada —intervino Reese.

—Lo estoy, no te puedes imaginar hasta qué punto. ¿Te acuerdas de Bill, mi inadecuado novio?

—Lo mencionaste un par de veces. ¿Consiguió ascender a adecuado?

—No. Ascendió a completo gilipollas y corté con él. Pero resulta que tenía un amigo, Jory, que es impresionante. Nos enamoramos y nos casamos y tuvimos un bebé, todo en el transcurso del año pasado.

—Trini, eso es estupendo —Reese contuvo una expresión de sorpresa—. Y un bebé. Vaya, no perdisteis el tiempo.

—Cuando sabes que es el adecuado, no sientes dudas. Timothy nació en St. Rocco, y está estupendamente. Ayer cumplió cinco semanas. Estoy totalmente desbordada, en el mejor modo posible. Pero toda esta dicha doméstica me está enfriando la espontaneidad.

—Bueno, me alegro mucho por ti —le aseguró Reese.

—Gracias. Todo sucedió muy deprisa. Celebramos una boda relámpago, solo nosotros dos y nuestros padres, en las Bermudas, y luego me quedé embarazada enseguida, ¿quién lo hubiera pensado, a mi edad? ¡Y aquí estoy! Y por si todo eso fuera poco, acabamos de comprarnos una casa en Wayne, necesita reparaciones. Me siento culpable por no hacérselo saber a mis amigos.

—Ni se te ocurra sentirte culpable. En serio, me quito el sombrero ante ti. Parece que las piezas encajaron y te lanzaste a por ello. Lo tendré en mente por si las piezas empiezan a encajarme a mí. Eres un recordatorio estupendo de que hay más vida aparte de estudiar y trabajar.

—Ya verás cómo las piezas encajarán —le aseguró Trini—. Pero nunca sabes cuándo o cómo, o con quién, de modo que mantén los ojos abiertos. Todo se vuelve interesante. Escucha, ¿has oído eso? —hizo una pausa para permitir que un estridente grito atravesara la línea.

—Sí —Reese suspiró—, ese debe de ser Timothy. Espero poder verte un día de estos.

—Hay que conseguirlo. Lo siento, tengo que dejarte...

—Por supuesto. Llámame cuando todo esté más calmado. Espero charlar pronto contigo —Reese colgó. «Pronto», seguramente significaba «nunca».

Se concentró en el kombucha que acababa de comprar. Sabía fatal, pero había pagado nueve pavos por él, de modo que se lo tragó mientras regresaba, derrotada, a su casa.

Leroy estaba en el portal, sacando el correo del buzón.

—¿Qué hay? —preguntó—. Parece que hubieras perdido a tu mejor amiga.

—Peor que eso —contestó Reese—. Acabo de darme cuenta de que no tengo ninguna mejor amiga. En realidad, no tengo amigos.

—¿Y yo que soy? ¿Un cero a la izquierda?

—Eres mi vecino, y eres un tío. Se supone que debería tener amigas, y se supone que deberíamos salir a tomar algo y charlar sobre hombres y compartir nuestros secretos, como hacen en las series médicas de televisión.

—¿Por eso te hiciste médico, porque pensabas que sería así realmente? —Leroy soltó una carcajada—. Pues te salió el tiro por la culata —él sujetó el correo bajo un brazo y la abrazó brevemente con el otro—. Vamos. Solo es un

ataque de autocompasión. Y sí soy tu amigo.

—Eres mi amigo del trabajo —señaló ella, hundiéndose un poco más en el pozo de la autocompasión—. Un mejor amigo es alguien a quien conoces de toda la vida, alguien con quien has compartido todos tus secretos. Ni siquiera sabía que habías sido criado como amish.

—Escucha, acabo de terminar mi turno, y tengo el resto del día libre. Vamos a salir por ahí.

¿En serio? ¿Salir con Leroy? Ellos no salían. Eran vecinos.

—Necesitas dormir.

—Tú eres más divertida que dormir.

—Estoy quejica —Reese sonrió.

—Soy fisioterapeuta. Estoy acostumbrado a quejicas.

Ella lo consideró un momento. Contempló el hermoso día.

—Tengo una idea genial. ¿Nos reunimos aquí en diez minutos?

—Ahora sí que estoy seguro de querer ser tu mejor amigo —exclamó Leroy cuando entraron en el alejado garaje, situado a seis manzanas de su edificio—. Tienes un coche. ¿Cómo es que nunca me habías dicho que tienes un coche?

—Normalmente no hablo de eso. No suelo conducir muy a menudo y aparcar es un horror.

—Pobre niña rica.

—Déjalo ya —ella se encaminó hacia la plaza que tenía asignada y pulsó el control remoto para abrir el coche.

—Y es un jodido descapotable —exclamó Leroy—. Un Mini Cooper. Mierda, Reese. Si llevaras a la gente de paseo en esta carroza, tendrías muchos más amigos.

—Qué diplomático eres. Esperemos que la batería no esté muerta. Hace tanto que no lo he conducido... En la ciudad un coche es bastante inútil, como sin duda ya sabrás.

—Cierto. Pero este coche... —Leroy se instaló en el asiento del copiloto e hizo un gesto de victoria cuando el motor arrancó a la primera. Con solo tocar un botón, el techo del descapotable se abrió y se plegó solo.

—Era de mi padre —le explicó Reese mientras se ajustaba el cinturón—. Una de las ventajas de ser hija única.

—¿Adónde vamos?

—A un sitio interesante.

—Eso reduce las posibilidades.

Ella se abrió paso entre el denso tráfico alrededor de la ciudad vieja y enfiló hacia el camino del parque que bordeaba el río. Filadelfia era un mosaico urbano de elegancia y deterioro urbano. La grandeza del barrio histórico había cedido su protagonismo a la zona de Strawberry Mansion y Fairmount Park, una zona de transición con aspiraciones burguesas. El ladrillo propio de la era colonial y federal había dado rápidamente paso a bloque tras bloque de arenisca molida y, por fin, a la expansión suburbana. La zona al norte de la ciudad se caracterizaba por su uniformidad carente de encanto, como si un comité hubiera determinado cómo debía representarse el éxito y diseñado los barrios según ese baremo: farolas de hierro, cocheras, puertas de hierro forjado y calles bordeadas de árboles.

Pasaron delante de un sobrio enclave de hogares neoclásicos muy cuidados. Cada bastión de ladrillo y piedra estaba rodeado de suntuosos jardines y césped con plácidos estanques y soberbias esculturas.

—Yo crecí aquí —anunció Reese mientras señalaba hacia la zona.

—¿En Gladwyne? ¡Vaya! Eso sí que es de postín.

A la mente de Reese afloraron recuerdos de soleados paseos otoñales con Juanita, recitales de piano en los salones e iglesias comunitarias increíblemente silenciosas, pícnicos en el jardín trasero, servidos por un catering, que sus padres celebraban en honor de sus colegas alrededor de la perfectamente simétrica e inmaculada piscina.

—No sé si será de postín, pero de aquí es de donde vengo —impulsivamente ella giró en un sombreado bulevar y pasó lentamente frente a las bien conservadas casas—. Esa es nuestra casa —señaló hacia una amplia edificación de estilo griego al fondo de una zona de césped perfectamente cuidado.

—Esto es precioso, Reese —observó Leroy—. Tus padres deben de ser multimillonarios. ¿Siguen viviendo aquí? —alargó el cuello para seguir contemplando la mansión rodeada de césped mientras la dejaban atrás.

—No, ahora viven en la ciudad, en un rascacielos. Querían estar más cerca del hospital y su trabajo.

—Debe de haber sido divertido criarse en un lugar así.

—Lo fue. Recuerdo corretear por ahí con mis amigos, montar en bicicleta...

—¿Lo ves? Tienes amigos —señaló él.

—Tenía. Cada uno hemos tomado un camino diferente. Todo parece muy lejano. Mis padres me enviaron a un internado al empezar el instituto.

—¡Oh! —exclamó Leroy—. ¿Y cómo era?

Reese no sabía muy bien cómo describirle la escuela.

—El Lawrenceville School. Supongo que se puede considerar la elección de un estilo de vida, tanto como de una educación. ¿Crees que es malo que me gustara mucho más vivir allí que en casa?

—Cuéntamelo a mí.

—Solía sentirme culpable por ello, pero ya no. Es la clase de lugar al que la gente envía a sus hijos para que luego consigan entrar en una de las ocho facultades más prestigiosas del norte, las que forman la Ivy League.

—¿Y sirvió? —preguntó él.

Se había licenciado en Princeton y estaba a punto de conseguir su título de médico en Penn.

—Desde luego —contestó ella—. Sirvió. ¿Y tú qué, Leroy? ¿Dónde estudiaste?

—La educación superior no era una prioridad para mi familia —él rio—. Soy amish, no lo olvides.

—Sí, Caleb me contó que los amish suelen terminar la escolarización después del octavo curso.

—Eso es. Mi familia es muy grande, de modo que cuanto antes nos pusiéramos a trabajar, mejor para todos.

—Yo solía fantasear con pertenecer a un gran clan, como la familia Robinson o algo así.

—Confía en mí —le dijo Leroy—. No es tan estupendo como se supone. Al menos no en mi familia.

—¿Entonces cómo era?

Leroy guardó silencio unos minutos antes de contestar.

—La vida se centra en la granja, la familia y la fe. Hay muy poca tolerancia hacia la disensión. Yo era un inadaptado. Quería salir al mundo, y sabía que no podía hacer las dos cosas. Tuve que elegir entre la vida que quería y la familia que amaba. Desde entonces guardan las distancias conmigo.

—Leroy, cuánto lo siento. Debes de echarlos de menos.

—A veces. Actualmente estoy bien. Por cierto, ¿adónde vamos?

—A New Hope. Está a una hora en coche de aquí.

—Ah, ¿y por qué? ¿Qué hay en New Hope?

—Era o allí o Jim Thorpe. Pensé que New Hope sonaba mejor.

—Ah —repitió Leroy—. ¿Mejor para qué? Aparte de recordarme una película de *La guerra de las galaxias*.

—Mejor para hacer algo interesante en mi día libre —explicó ella.

—¿Y por qué esa repentina preocupación por resultar interesante?

—He tenido una revelación. Llevo años con el piloto automático, estudios y trabajo, y de ahí al siguiente peldaño —Reese se sentía ridícula diciendo esas cosas en voz alta, pero no podía negar la sensación de descontento que la invadía desde hacía tiempo. Empezaba a sentirse desencantada con la atención médica urbanizada, mecanizada y de elevada presión, justo lo que tenía en su vida profesional. Su vida personal también estaba vacía. Citas y sexo se habían vuelto tan mecanizadas y rutinarias como las rondas diarias en el hospital.

—Quiero recuperar la magia —le aseguró a Leroy—. ¿Es muy malo que empiece a sentirme harta tan al comienzo del proceso?

—Es la fatiga de la batalla, propia de la escuela de medicina —contestó Leroy, siempre la voz de la razón—. En cuanto termines todas las rotaciones y encuentres el programa de residencia que mejor te vaya, tu actitud mejorará y hallarás una calma Zen. Confía en mí, llevo entre médicos el tiempo suficiente para saberlo.

—Ojalá tengas razón —contestó Reese—. Toda mi carrera se centra en curar a las personas para que puedan vivir sus vidas. Y, mientras tanto, me preocupa haber olvidado cómo es la calma Zen.

—Pues veamos si New Hope te lo recuerda —Leroy echó la cabeza atrás y sonrió hacia el sol de verano—. Esto sí que es viajar, Reese. Tu vida no es un asco.

—Me alegra que opines así —ella titubeó, no muy segura de si debería contarle sus planes. Sí, pensó al fin. Si de verdad era su amigo, lo entendería—. Tengo otro motivo más para ir a New Hope.

—Sospecho que no me va a gustar. ¿Me equivoco?

—Hay un programa de residencia rural en el hospital regional. He concertado una cita con los dos tutores que lo llevan.

—O sea que esto va de trabajo. En tu día libre.

—Pero podría ser un trabajo realmente estupendo.

Reese le contó lo que había averiguado sobre el programa de residentes. Lo había fundado un antiguo especialista en medicina familiar, el doctor Mose Shrock, un tutor con profundas raíces menonitas. La misión del programa consistía en elevar el nivel de los cuidados médicos en las zonas rurales. Como residente en ese pequeño hospital de nivel uno, ella podría vivir y formarse en una remota comunidad rural, aprender los viejos métodos de un médico de pueblo en una práctica infinitamente variada.

—¿Medicina rural? ¿En serio? Tus padres te van a desheredar.

—Seguramente tengas razón —el estómago de Reese se encogió—. Puede que no sea lo mejor para mí, pero no lo sabré si no lo pruebo.

La radio tocaba grandes éxitos de los noventa mientras ellos entraban en una pequeña ciudad llena de encanto. La calle principal estaba repleta de cafeterías y tiendas de antigüedades, había un viejo canal bordeado de carriles para bicicletas y peatones, y todo rodeado de una brillante vegetación de verano. Aparcaron y bajaron del coche, echando un vistazo al entorno.

Familias y parejas paseaban, disfrutando del sol.

—Desde luego necesito salir más a menudo —observó ella.

—¿Qué hacen tus padres para divertirse?

—Asisten a seminarios. Salvan vidas. Ganan premios. Becas. Esa clase de cosas. Cuando yo era niña, solíamos irnos de vacaciones dos veces al año. Una a algún lugar decadente como Capetown o París, y la otra a algún lugar del mundo donde hiciera falta ayuda, como un hospital el Lesoto o Bután.

—A mí me parece impresionante.

—Y lo es. Mis padres son buenas personas y buenos médicos. Me concedieron todas las ventajas y yo sé lo increíble que es. En ocasiones, sin embargo... —ella se interrumpió.

—En ocasiones, ¿qué?

—No lo sé. En ocasiones me siento como si tuviera que vivir su sueño. No el mío. Ejercen una tremenda influencia sobre mí, y yo estoy tan atrapada en su mundo que ni siquiera estoy segura de cuál es mi sueño. Lo que sí sé es cuál no es. No sueño con una mansión de ladrillo y unos niños educados cuya vida está programada hasta el último minuto del día.

—Ahí está. Lo acabo de oír. Quieres tener niños.

Ella reflexionó durante unos segundos mientras observaba a un niño pequeño corretear y reír con un palo en la mano.

—Así es. Seguramente debería empezar por salir con alguien. Pero ¿cuándo? Tengo exámenes y trabajo y entrevistas para solicitar puestos de residencia y un millón de cosas más que hacer. No tengo ni idea de cuándo será posible realizar esa parte de mi vida.

—A lo mejor cuando llegue el momento no te haga falta elegir. Podría ser que te estuviera sucediendo ahora mismo y que estés demasiado ocupada para darte cuenta.

—Eso resulta muy deprimente

Reese se detuvo para observar a un pintor callejero trabajar sobre un atril. Vestido con un sombrero de paja y un guardapolvo, el artista se sentaba frente a

un puente de piedra que se arqueaba sobre el canal. Parecía estar en un mundo de sueños, totalmente absorto en su arte, creando una imagen con pinceladas deliberadas y pausadas.

—¿Lo ves? Él seguramente sabe lo que quiere —señaló ella—. No es que yo haya querido nunca ser pintora. El arte se me da fatal. Pero sería estupendo tener una pasión además del trabajo y la medicina. Me encantaría perderme en pos de algo que no tuviera que ver con mis metas, o mis padres o... lo que fuera.

—Pues entonces piérdete en ello —la animó Leroy—. No es tan difícil. Yo me pierdo cuando corro. En mi mente, quiero decir.

—Exactamente. A eso me refiero. Yo, sin embargo, no corro. Solo me pierdo después de tomar demasiados chupitos de tequila.

—Eres un desastre, ¿lo sabías? —él sonrió.

—Tienes razón, soy un desastre. Y no soy nada divertida. No me extraña que no tenga amigos. Te he arrastrado hasta aquí para despotricar sobre mi estúpida vida.

—¿Por qué te ha dado de repente por esta búsqueda de ti misma? —preguntó Leroy.

—No lo sé.

—Y supongo que no tendrá nada que ver con cierta persona que tiene el cuerpo de un leñador, anchos hombros y ojos azules, ¿verdad?

—Pues claro que no —ella se sonrojó.

—No hace falta que lo expliques. Ya sé lo que pasa en esa cabecita.

—¿En serio? ¿Lo sabes?

—Caleb Stoltz, eso es lo que te pasa. ¿Y qué tiene él que no tenga yo? Ah, es verdad, no está disponible. Parece que es lo que te gusta de él.

—Déjame en paz —Reese lo miró de reojo. En parte tenía razón. Si quería que fueran buenos amigos, debería sincerarse con él—. Bueno, de acuerdo. Sí parece que me siento algo encandilada con él. Fue él quien me preguntó qué hacía en mi día libre, y no se me ocurrió ninguna respuesta que no sonara totalmente aburrida. Y me puse a pensar en una vida más equilibrada.

—¿Y qué te atrae de él? ¿Son esos enormes hombros o su enorme intelecto?

—No seas malo —ella suspiró—. Es que nunca antes había conocido a alguien como él. ¿Nunca has conocido a una persona que te haya hecho cambiar por completo la manera de contemplar ciertas cosas?

—Tengo algo mejor para ti. En una ocasión conocí a alguien que me hizo desearlo todo en el mundo. Ella fue la razón por la que abandoné la comunidad amish. La razón por la que fui repudiado.

—¡Vaya! —Reese sintió una punzada de alarma—, pues espero que merezca la pena. ¿Quién es? ¿Sigues viéndola?

—Se llama Gabrielle. Gabby. La amaba más que a mi propia vida. Ya no estamos juntos, evidentemente.

—Vaya, Leroy, lo siento.

—Gracias. La echo de menos, pero no puedo lamentar que nos conociésemos. Perdí a la chica, pero acabé viviendo una vida mejor. Una vida que jamás habría tenido de no haber estado con Gabby, de no haberme enamorado perdidamente de ella. El amor es curioso. Es difícil saber si está destinado a durar. Cuando rompimos, pensé que el mundo se había acabado. Luego me recompuse y pasé a tener una vida mejor.

—Me alegra oírte decir eso —contestó ella—. Me alegra que esta sea una vida mejor para ti.

—Nunca habría podido hacer esta carrera si Gabby no me hubiera apartado de la comunidad amish. En el mundo inglés, hay maneras de curar a la gente, o de mejorar su estado. Muchas de las técnicas e intervenciones que utilizo están prohibidas entre los amish. De modo que cuando me pregunto, ¿quiero formar parte de una sociedad que permite el sufrimiento de las personas cuando una sencilla intervención podría ayudarles? La respuesta es no.

—Esa es una buena observación —Reese asintió—. En mis rotaciones he visto momentos en los que la fe y la razón parecen seguir caminos distintos.

—Había una chica en mi comunidad que tenía una grave lesión de rodilla. No recibió ningún diagnóstico, pero estoy seguro de que se trataba de dolor patelofemoral.

—Le habría ido bien una fisioterapia intensiva.

—Suponiendo que aceptes el uso de la electricidad —señaló él—. Cuando estaba haciendo las prácticas, vi un caso similar. Casi idéntico. En la clínica utilizamos estimulación eléctrica, y el paciente se transformó por completo. Ahí fue cuando supe que me quedaría con los ingleses, con o sin Gabby. Te diré una cosa, es extraño abandonar la comunidad. He leído que la tasa de retención es de un noventa por ciento. Eso significa que el noventa por ciento de la gente elige ser bautizada y unirse a la iglesia.

—Impresionante —observó ella—. ¿Dónde está el atractivo?

—En la seguridad. Y resulta bastante sencillo. Pasas tu vida rodeado de personas conocidas y en entornos conocidos. La mayoría de las personas hacen lo que sus padres quieren que hagan. Nos aferramos a las cosas por miedo o por inercia, supongo.

—Yo llevo haciendo lo que mis padres quieren que haga desde... desde siempre. Cuando era niña, seis años quizás, quise tener un póster de todas las princesas Disney colgado de la pared. Sin embargo, mis padres colgaron fotos de grandes científicas. Ann Preston, Mary Edwards Walker, Mary Putnam Jacobi...

—Las primeras dos las conozco, pero a Jacobi no. ¿Qué hizo ella?

—Es mi favorita. En el siglo ^{xix}, los médicos pensaban que las mujeres no podían menstruar y pensar al mismo tiempo. De modo que ella desarrolló un extenso proyecto de investigación para demostrar lo contrario. En el póster que mis padres colgaron en mi habitación había una cita suya, «No existe nada en la naturaleza de la menstruación que implique la necesidad, o incluso la conveniencia, del reposo».

—Tus padres querían que supieras eso —señaló él.

—Tenía seis años. Yo quería mirar a Jasmine y a Mulan, no una cita sobre la menstruación.

—Princesas Disney... luego eres una romántica.

—¿Eso crees? Yo creía que era superficial.

—O eso, o tenías seis años, como bien has dicho. ¿Y tú qué? —preguntó Leroy—. ¿Alguna vez has estado enamorada?

—Tendré que darte una respuesta a eso —ella dudó.

Terminaron el paseo junto al canal en un coqueto café con mesas en la calle, donde tomaron limonada y una ensalada caprese con gruesas rodajas de tomates heirloom, un cremoso queso burrata casero y finas tiras de albahaca fresca.

Leroy no se distrajo a pesar de la comida. Era como un perro con un hueso.

—Ha sido una pregunta sencilla.

—No puedo darte una respuesta sencilla. De acuerdo, esto es lo que creo. Quizás haya estado enamorada, pero no me cambió la vida. No como te la cambió a ti. Hubo un tipo en la facultad... y otro durante mi tercer año en la escuela de medicina. En ambas ocasiones creí estar enamorada. Desde luego los amé, al menos así lo sentía yo. Pero los sentimientos no perduraron y no me resultó muy difícil pasar página. ¿Significa eso que no fue amor verdadero?

—No soy ningún experto —contestó Leroy antes de mojar un poco de pan en la ensalada.

—Me hace plantearme preguntas sobre mí misma. Quizás no esté hecha para un amor romántico.

—Eres demasiado joven para llegar a esa conclusión. Y yo también. No seamos patéticos. Yo encontraré a alguien y tú también. Sigo pensando que lo sabré cuando la vea, pero ya me he equivocado más de una vez.

—Bueno —entrechocaron sus vasos—. Por la esperanza.

—En New Hope. Yo invito —Leroy hizo una señal para que les llevaran la factura.

Curiosearon en un par de tiendas de antigüedades. Ella compró un pequeño tiesto verde esmaltado con hierbas aromáticas.

—Es por si alguna vez decido cocinar algo —explicó ante la mirada escéptica de Leroy—. Podría llegar a suceder.

—Y que Dios no permita que te gastes sesenta centavos en perejil en el supermercado —añadió él mientras observaba una señal redonda con un símbolo contra el mal de ojo con una rosa de los vientos y pájaros de colores dibujados—. En la etiqueta pone que es un símbolo amish, pero no es verdad.

—¿Y cómo lo sabes?

—Los amish no usan esas cosas. Esto es arte popular holandés de Pensilvania, aunque algunas personas creen que es lo mismo —a continuación tomó una muestra bordada, también etiquetada como amish—. Esto seguramente sí lo sea. Es una canción que aprendíamos en el colegio, cantada con la música de *Campanita del lugar. In der stillen Einsamkeit, Findest du mein Lob bereit...* Hay más, pero no te torturaré con mi canto.

—¿Qué significa?

—Veamos... «En la quietud de la soledad hallarás mis alabanzas. Gran Dios respóndeme, pues mi corazón te está buscando».

Reese estudió el bordado con detalle. Después miró a Leroy. Estaba contemplando la muestra bordada con la mirada llena de nostalgia, la boca retorcida ligeramente en una sonrisa triste y dulce.

—Debe de haber cosas que echas de menos —insinuó ella.

—Algunas, sí. No las suficientes como para regresar. Pero esos sonidos de la granja al amanecer. Los huevos frescos del gallinero, leche y crema directamente de la vaca. Por supuesto entonces recuerdo que mi trabajo consistía en lavar el cobertizo de ordeño cada día, incluso cuando helaba. En invierno tenía que llevar un cubo de carbón encendido para que funcionara el pozo. ¿Tienes idea del lujo que es que salga el agua caliente directamente del grifo?

—Estoy segura de que no es más que una de las mil cosas que damos por sentadas a diario.

—Los amish no dan nada por sentado. Saben cómo agradecer sus bendiciones. En eso son mejores que los ingleses —Leroy consultó la hora—. Tienes que irte a tu entrevista. Yo compraré algunas cosas del mercado de los granjeros para preparar luego la cena.

Al entrar en el hospital Humboldt Division Regional Care Center, Reese había esperado sentirse de inmediato como un pez fuera del agua. Sin embargo, en cuanto pisó el recibidor del viejo edificio, se sintió embargada por una sensación de emoción. Había elementos comunes a cualquier hospital, pero el reducido tamaño del lugar lo hacía parecer más personal y accesible. Tras haberse pasado los dos últimos años perdiéndose en el enorme hospital de la ciudad, aún lo hacía en ocasiones, el ligeramente anticuado edificio suponía todo un aldabonazo a su confianza.

Los doctores Penelope Lake y Mose Shrock se reunieron con ella en un soleado despacho que podría haber salido de un cuadro de Norman Rockwell. Sobre una pared colgaba un tapiz hecho a mano y en un rincón había un anticuado lavamanos y una silla de madera pintada de rojo. Reese se sentó en la silla y soltó el bolso para mirar a sus interlocutores, sentados tras un antiguo escritorio. Al darse cuenta de que se aferraba al móvil, lo guardó de inmediato.

La doctora Lake era delgada y de mirada intensa, y fue directa al grano.

—Solo formamos a cuatro residentes a la vez —explicó—. ¿Por qué quiere ser uno de ellos?

Reese se había preparado para la pregunta, porque sabía que se lo iban a preguntar.

—En mi tercer año hice una rotación en el Upper Appalachia Medical Center. Los variados procedimientos: cesáreas, colposcopias, endoscopias, colocación de fracturas, urgencias... ha sido la mejor rotación que he hecho hasta ahora.

La doctora Lake al parecer había memorizado la historia de Reese y le preguntó sobre su formación médica, sus objetivos, sus modelos a seguir. El doctor Shrock era mayor, con barba y gafas, y una extraña manera de hablar.

—Esa silla sobre la que está sentada. Hábleme de ella.

¿Una pregunta trampa? Reese tocó la superficie de madera.

—Parece hecha a mano. Y es unos centímetros más baja de lo habitual.

—Lo es —él asintió—. Solía emplearse para el powwow. ¿Está familiarizada con la práctica?

«Mierda».

—Lo siento, ¿powwow? No, no lo estoy. Pero suena a algunas manipulaciones de abuelas que descubrí durante la rotación en Appalachia.

—Es algo con lo que tendrá que familiarizarse si trabaja en esta comunidad — un brillo de aprobación asomó a los ojos del doctor—. La silla está impregnada

de simbología, el color rojo por la sangre de Cristo, la doble barra por las dos tablas de Moisés, los listones verticales por los pilares de la iglesia, los ejes por la Santísima Trinidad... —miró a la doctora Lake—. ¿Me falta algo?

—Judas el traidor está por ahí en alguna parte —contestó ella.

—Y el asiento bajo es para que el paciente muestre humildad.

—Créame —afirmó Reese—. Ahora mismo me siento de lo más humilde. De manera que, ¿el powwow es una técnica sanadora? ¿Sanación popular?

—*Braucherei* es una vieja práctica. Todavía se ve de vez en cuando. De niño, yo solía eliminar verrugas con una patata y un penique, pero solo cuando había luna menguante. La cuestión es que encontrará estas prácticas entre nuestros pacientes. Yo fui educado en la fe menonita —continuó él—. En mis días jóvenes y locos, perdí la fe y me di a la bebida. Casi perdí la licencia. Al final encontré la redención y me realicé gracias a las artes médicas.

Reese no sabía muy bien cómo responder a eso.

—Yo no diría que busque redención. Realizarme sí. Cuando comencé a estudiar en la escuela de medicina, tenía la intención de ser cirujana —sus padres aún pensaban que lo sería. Lo esperaban—. Adoro la práctica de la medicina —les explicó—. Adoro tratar con los pacientes. Realizar procedimientos. No había pensado en un programa rural hasta que me di cuenta de que lo que mejor se me da es la atención primaria. La amo.

—Esa es la palabra mágica —el doctor Shrock sonrió—. Amor.

Mientras Leroy y Reese regresaban a la ciudad, ella repasó la entrevista una y otra vez.

—Es la única opción que no he discutido con mis padres —le contó a Leroy.

—Madre mía. Si yo discutiera cada una de mis decisiones con mis padres, ahora mismo estaría enganchado a un arado, arrastrándome por el campo.

—Tengo la sensación de estar traicionándoles al no contárselo. Es una estupidez, lo sé. Pero ellos han financiado cada aspecto de mi educación, de mi vida. Tienen derecho a saberlo.

—Y tú no se lo has contado porque no quieres que te convenzan de no hacerlo.

—Eres bastante espabilado para ser un tío.

—Te conozco mejor de lo que tú crees.

Reese sintió cómo le ardían las mejillas. Leroy sin duda estaba pensando en Caleb Stoltz otra vez.

—Me pregunto qué sucederá con Jonah cuando regrese a la comunidad con un brazo artificial.

—Caleb y yo lo hemos hablado. Él está a favor de la prótesis, y adora locamente a ese crío. Pero Jonah va a tener que vivir en la comunidad, de modo que podría ser complicado. Lo que más ayudaría sería que el chico regresara a su casa lo antes posible para poderse adaptar a su nueva situación en un entorno familiar.

—¿Y allí recibirá la terapia y el entrenamiento que necesita?

—Estoy mirándolo, y haciendo unas cuantas llamadas. Un trayecto de tres horas en autobús hasta la ciudad no me parece la mejor opción.

—Es muy amable por tu parte tomarte interés en Jonah.

—Cuando lleguemos a la ciudad, podríamos parar en el hospital —sugirió él.

—En eso mismo estaba pensando yo.

En el vestíbulo del Mercy Heights había un gran barullo de trabajadores y visitas que corrían de un lado a otro. En medio de la multitud permanecía quieta una persona, sola, una mujer joven vestida con ropa amish. En su mano sujetaba un billete de autobús que hacía girar nerviosamente.

—Apuesto a que se trata de la hermana de Jonah —Reese le propinó un codazo a Leroy—. Parece perdida. Vamos a hablar con ella.

Leroy conversó brevemente con ella en una mezcla de alemán e inglés. Ella lo miró con los ojos muy abiertos, la expresión temerosa, mientras murmuraba una respuesta.

—Reese, tenías razón. Esta es Hannah Stoltz —anunció Leroy—. La hermana de Jonah.

Al acercarse más a la chica, Reese percibió una sutil semejanza con Jonah, rasgos similares, ojos azules, el rostro salpicado de pecas. Pero allí donde Jonah era delgado y fibroso, la chica parecía robusta, aunque podría deberse a las ropas sin forma que llevaba en varias capas de aspecto nada cómodo. Su aspecto era muy sencillo, seguramente a propósito. Vestida con otra ropa, y llevando otro peinado, podría pasar por una adolescente más. Era muy guapa, de ojos azules y piel clara. Una dulce constelación de pecas le cruzaba la nariz, igual que a Jonah. Llevaba los rubios cabellos recogidos en una trenza y una pequeña cofia negra fijada a la parte de atrás de la cabeza, las cintas desatadas cayendo sobre los hombros. Iba totalmente cubierta por un vestido azul marino de manga larga, sin ninguna forma. El dobladillo rozaba la parte superior de sus gastadas botas

marrones.

—Reese formaba parte del equipo que cuidó de tu hermano cuando lo trajeron —le explicó Leroy.

—¿Puedo verlo? —preguntó Hannah con voz dulce y tímida, y con el cadencioso acento que Reese ya reconocía.

—Por supuesto —ella asintió. Tenía la mente abarrotada de preguntas—. ¿Te telefoneó alguien? Te he enviado una carta de parte de Jonah, pero lo hice esta misma mañana —la había enviado por correo urgente, incapaz de imaginarse siquiera lo que debían estar sintiendo sus seres queridos, pero no podía haberle llegado en el mismo día.

—Estaba tan preocupada por mi hermano —le explicó la joven—, que vine en cuanto descubrí el modo de llegar por mis propios medios.

Leroy dijo algo más en alemán, y Hannah asintió. De nuevo le habló, y en esa ocasión ella bajó la mirada al suelo y sacudió la cabeza.

—Por aquí —indicó Reese antes de conducirles hasta el ascensor.

Hannah pareció encogerse ante las deslumbrantes luces del ascensor. Cuando la cabina empezó a ascender, la chica dio un respingo. Sus ojos brillaban, no de temor sino maravillados.

En cuanto llegaron a la habitación de Jonah, de los labios de Hannah surgió un sonoro suspiro y una retahíla de palabras en alemán. Sentado en la cama, Jonah sonrió a su hermana con una dulzura que conmovió a Reese. Era un niño adorable, hermoso en su sentido más natural. Nada en él parecía artificial ni forzado.

—Mírate —Hannah se acercó a la cama y se quedó parada, los hombros temblándole—. Mírate. Mírate —repitió y, tomando el rostro de Jonah entre sus manos lo besó con tal ternura que Reese tuvo que apartar la mirada.

Esos pobres niños huérfanos habían sido arrojados a un entorno extraño para ellos. Qué miedo debían de estar sintiendo.

—¿Dónde está Caleb? —preguntó Hannah.

—Ha ido a buscarme otro libro, porque ya me he terminado el último —le explicó Jonah—. Estoy leyendo Harry Potter. Oye, podríamos leerlo juntos.

—Hannah —llamó Caleb desde la puerta—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Caleb abrió los brazos y la chica se lanzó a ellos.

Reese comprobó que Caleb poseía el mismo rasgo que Jonah: su rostro no escondía nada. Su expresión irradiaba amor mientras el generoso abrazo prácticamente engullía a su sobrina. La ropa que llevaba le daba un aspecto medio amish con sus pantalones sencillos y camisa blanca, el cuello abierto y las

mangas enrolladas. Hannah se relajó visiblemente contra él, y él murmuró algo en su dialecto, las enormes manos sujetando los delgados hombros. Tras un emotivo momento, él dio un paso atrás, manteniéndola a distancia.

—¿Has venido en autobús?

—Tenía que hacerlo, Caleb. No podía quedarme allí. No te enfades conmigo.

—No estoy enfadado.

Leroy les proporcionó un par de taburetes con ruedas. Juntos le explicaron a Hannah lo que le había sucedido a Jonah y lo que iba a suceder. Ella escuchó atentamente y en silencio y, al final, hizo la pregunta más esperada:

—¿Cuándo podrá Jonah regresar a casa?

—Estamos valorándolo —contestó Reese—. Ahora mismo está siendo atendido por un equipo sanitario. Primero su brazo tiene que curarse y luego tendrá que aprender a utilizar una prótesis. Tu hermano es muy fuerte y listo. Lo hará muy bien —sintió la mirada de Caleb y percibió un destello de calidez en sus ojos. Jonah bostezó prolongadamente—. Y una de las cosas más importantes es descansar.

—Tiene razón —Caleb se puso en pie y acarició la cabeza del chico—. Tienes que descansar mucho, hombretón.

Reese y Leroy aguardaron fuera de la habitación mientras Hannah y Caleb daban las buenas noches a Jonah y lo dejaban bien arropado, y con su nuevo libro. Leroy fruncía el ceño pensativamente.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Hay algo... Caleb es distinto.

—¿En qué sentido?

—Tan solo era una observación. Los amish no suelen demostrar sus sentimientos. No verás a los padres abrazar a sus hijos como hace él con sus sobrinos.

—¿Y eso qué significa?

—Seguramente nada. Es solo... curioso.

Una vez que Jonah estuvo preparado para pasar la noche, la comitiva se alejó por los pasillos.

Siguiendo un impulso, Reese los llevó por el puente interior hasta la maternidad. Algunos familiares permanecían fuera de la sala nido, concentrados en los recién nacidos.

—Hoy en día la mayoría de los bebés permanecen en la habitación con sus madres —les explicó Reese—, pero el nido se sigue utilizando para distintos procedimientos. ¿Te gustan los bebés, Hannah?

—Desde luego —la chica se detuvo frente al ventanal y contempló las cunas con sus diminutos y preciosos bebés—. Nueve bebés —susurró—. Están todos sanos y salvos, ¿verdad?

—Claro —contestó Reese.

Parecía una extraña observación para una adolescente. Hannah se acercó un poco más al cristal y se quedó muy quieta. Parecía muy ingenua mientras observaba con los ojos muy abiertos a los bebés.

Una pareja, ella sentada en una silla de ruedas, miraba con expresión amorosa a través del cristal hacia un bebé envuelto en mantas.

—¿El primero? —preguntó Reese.

—Tengo cuatro hijos —la mujer sacudió la cabeza.

«¿A propósito?», se preguntó Reese, aunque se abstuvo de preguntarlo en voz alta. Tenía que esforzarse por no juzgar continuamente a los pacientes.

—Felicidades. Tienes un bebé muy mono.

A sus espaldas, Caleb y Leroy murmuraban en alemán. Ella se volvió.

—¿Va todo bien?

—Esta noche no hay autobús de regreso a Middle Grove —le explicó Caleb.

Hannah también se volvió, mirando a su tío de frente.

—De todos modos no quiero volver —bajó la mirada al suelo—, pero apenas he traído dinero.

—Puedes quedarte conmigo —se apresuró Reese. No sabía qué más podía hacer. No podía imponerle la chica a Leroy. Y de ninguna manera iba Hannah a alojarse en un hotel. Sin decir nada más, los condujo hacia los ascensores.

—Es demasiada molestia —protestó Caleb.

—En absoluto —contestó ella—. De acuerdo, quizás sea una pequeña molestia, pero considero que es un privilegio poder ayudar.

Caleb le ofreció una vez más esa sonrisa, la que hacía que Reese se derritiera en los lugares estratégicos.

—Bueno, entonces... Gracias, Reese.

—Hoy he traído mi coche —anunció—. Supongo que no os importará volver a casa en un coche.

Caleb y Hannah intercambiaron una mirada y ambos sonrieron felices.

—Será perfecto, Reese —contestó él.

Conducir de regreso al aparcamiento con sus pasajeros resultó ser una experiencia singular para Reese. La hora punta había concluido y el sol empezaba a descender, aunque el calor del día aún permanecía en el aire. Con el coche descapotado, ella tomó la carretera junto al río. Caleb y Hannah se

sentaban en el asiento de atrás. Hannah, con su falda larga y sombrerito negro parecía como si acabara de salir de un decorado de cine. Con el cinturón ajustado, y Caleb a su lado, miraba a su alrededor con los ojos brillantes.

—Un coche sin techo —observó—. Es maravilloso.

—Se llama descapotable —le explicó Caleb antes de añadir algo en alemán.

Reese condujo lentamente, no queriendo asustarles. Y por eso se sorprendió cuando Hannah se inclinó hacia delante.

—No nos importaría ir deprisa —le aseguró.

Reese miró a Leroy, quien se encogió de hombros.

—Como queráis —contestó.

Pisando fuerte el acelerador, el coche se lanzó hacia delante. Hannah soltó una carcajada y, mirando por el retrovisor, Reese vio a la chica levantar los brazos en el aire y echar la cabeza hacia atrás, como si estuviera montando en una montaña rusa. El sombrero salió volando como un pajarillo negro.

—¡Mier...! Cielo santo, quería decir. Tu cofia —exclamó Reese mientras aflojaba la marcha.

—Mi *kapp* —Hannah se llevó una mano a la cabeza.

—¿Deberíamos regresar a buscarla? —preguntó Reese mientras veía el pedazo de tela negra sobrevolar el tráfico rodado.

—Es mejor así —sentenció Leroy, girándose en el asiento—. No tiene ningún sentido darle tanta importancia a un *kapp*.

—Si estás seguro de eso...

—Déjalo —dijo Caleb—. Llevarlo es una costumbre, no una imposición grabada en piedra.

Reese volvió a mirar Hannah. La chica parecía todo lo contrario a disgustada mientras sus largos cabellos se soltaban y volaban al viento, mientras observaba la escena que se desarrollaba a su alrededor, peatones y autobuses, edificios modernos, estatuas y fuentes.

—Ha estado bien que vinieras para ver a Jonah —le aseguró Caleb a su sobrina—. Pero mañana tendrás que volver a Middle Grove.

—Ojalá pudiera quedarme —ella desvió la mirada.

—No puedes. Eres necesaria en la tienda de Alma, y este no es lugar para ti.

—Pero... —Hannah dio un respingo.

—Hannah —Caleb pasó al alemán.

La joven suspiró ruidosamente y permaneció en silencio durante el resto del trayecto.

Reese aparcó el coche y abrió el maletero, que estaba lleno de las compras que

habían hecho. Los cabellos de Hannah se salían en todas direcciones de la trenza que le llegaba a la cintura. Sus mejillas estaban rosadas. Sus ojos, del mismo color azul aciano que los de su tío, resplandecían de placer.

—Gracias, Reese. Era la primera vez que montaba en un coche.

Reese apenas podía creérselo. Una chica de dieciséis años que nunca se había subido a un coche.

—¿Bromeas? ¡Vaya! Parece que te ha gustado.

—Desde luego que sí —la joven sonrió entusiasmada.

—¿Y tú qué, Caleb? ¿Alguna vez habías montado en coche?

—Hacía mucho tiempo que no —fue la escueta contestación.

—Mi abuelo nos contó que Caleb se metió en un lío de joven mientras conducía un coche. ¿Es verdad, tío?

—Eso fue hace mucho tiempo. Yo era un niño estúpido.

—Eso también lo dice el abuelo.

Reese sonrió ante la conversación entre tío y sobrina.

—Vas a tener que contarme muchas más cosas sobre tu estúpido tío —le dijo a Hannah.

—Tenemos buenas noticias —anunció Leroy mientras sacaba del maletero las bolsas de la compra—. Mientras estábamos en New Hope hoy, compramos todo lo necesario para la cena. Nadie va a tener que trabajar.

Se encaminaron juntos hasta el edificio. Hannah lo miraba todo con los ojos muy abiertos. Protegida en una pequeña comunidad, habiendo estudiado únicamente hasta octavo curso, sin televisión ni prensa, viviendo en una granja rústica, la chica se sorprendía por todo, el coche, el bullicioso barrio, el telefonillo del portal, incluso el propio apartamento, a pesar del desorden.

—¡Qué lugar tan hermoso para vivir! —exclamó.

—Gracias —Reese sonrió—. A veces me gustaría que fuera más acogedor, pero nunca encuentro el tiempo para remediarlo—. Vio a Hannah estudiar la colcha colgada del respaldo de la silla de madera—. Eso fue un regalo de un antiguo paciente, uno de mis objetos preferidos.

—Es muy bonita —observó Hannah.

—Hacer colchas es el superpoder de Hannah —le explicó Caleb.

—¿En serio? —preguntó Reese—. Me encantaría que algún día me enseñases lo que haces.

—Hay un tendero en la ciudad que vende mis colchas —Hannah se sonrojó mientras su rostro resplandecía al mismo tiempo—. Y en el mercadillo del barro en primavera.

Leroy captó la expresión de incompreensión de Reese.

—El mercadillo del barro es un mercado que tiene lugar antes de la siembra de primavera, cuando las calles suelen estar hechas un barrizal.

Resultaba difícil creer que un mundo tan diferente pudiera existir a tan solo dos horas de viaje en coche de allí.

—Mercadillo del barro —repitió Reese—. Voy a tener que echar un vistazo a eso.

—¿Me echas una mano? —Leroy le hizo un gesto a Hannah desde el otro lado de la mesa.

—Claro.

Él le entregó los platos y los cubiertos. Mientras ella ponía la mesa Leroy le preguntó:

—¿Te gusta cocinar, Hannah?

Las mejillas de la joven se pusieron rojas mientras miraba a su tío, que la contemplaba con una sonrisa burlona.

—Pues la verdad es que no mucho.

—Hay cosas peores que no ser buena en la cocina —señaló Reese.

—Es trabajo para una mujer —intervino Caleb—, y ella es la única chica en casa.

—¿En tu casa sigue habiendo roles femeninos? —preguntó Reese, visiblemente irritada.

—No —contestó él con calma—. Lo he dicho para chincharte.

—Pues enhorabuena. Lo has logrado.

—El trabajo es el trabajo —continuó él—. A la cena le da igual quién la ha quemado.

Hannah volvió a sonrojarse.

—La mayoría de las chicas aprenden a limpiar y cocinar de sus madres.

Reese abrió los paquetes de comida y lavó el fregadero.

—Caleb me contó lo que le sucedió a tus padres. Lo siento mucho.

—Gracias —Hannah mantuvo la vista baja—. Es lo único que puedo decir.

—Debe de ser muy difícil. Mi madre y yo estamos unidas —le contó ella—. Soy hija única. No sabría qué hacer sin ella.

—Algo me dice que te las apañarías —observó Leroy.

—¿Ella sabe cocinar? —preguntó Hannah.

La pregunta le arrancó una carcajada a Reese.

—Todas mis habilidades culinarias me fueron enseñadas por la criada. Mamá nunca tenía tiempo para cocinar, mucho menos para enseñarme a hacerlo. Mi

padre y ella son médicos los dos. Algún día, me uniré a su consulta. Al menos ese es el plan.

—Entonces no es tan distinto de la costumbre amish —observó la joven—. Se supone que debemos seguir los pasos de nuestros mayores —a medida que ponían la mesa se volvía más charlatana—. No es ninguna ley ni nada de eso. Más bien una tradición —miró a Leroy—. Pero algunos eligen su propio camino.

—En efecto —el aludido asintió—. Pero siempre existe la posibilidad de cambiar de idea.

Reese despejó la mesa, básicamente de papeles relacionados con los exámenes y el Match, y todos se sentaron. La comida, comprada en el mercado de los granjeros, resultó todo un festín de la generosidad del verano: ensalada de maíz y pimientos, panecillos recién hechos y queso en conserva, un cuenco de verduras y gruesas lonchas de tomates. Y de postre, pudín indio, horneado a fuego lento en sirope de arce.

Reese estaba a punto de atacar la comida cuando se dio cuenta de que Hannah permanecía con la cabeza inclinada. Caleb y Leroy la imitaron de inmediato. Reese no recordaba la última vez que había bendecido la mesa. Un momento de paz con los ojos entornados antes de comer era, seguramente, una cosa muy buena, sin importar los pensamientos que pudieran cruzar por su mente, gratitud, arrepentimiento, consideración, o nada en absoluto.

Su jefe de residentes en la rotación de cirugía general había sido un budista practicante. Sus consejos, antes de hundir el bisturí en la carne humana, eran casi idénticos a una oración silenciosa. «Permanece inmóvil. En silencio. Encuentra tu centro». Había sido uno de sus mentores preferidos. Bajo su supervisión, Reese había participado en su primer trasplante de riñón.

—¿Limonada? —preguntó Caleb, devolviéndola al presente.

Ella se sonrojó, consciente de lo inapropiado que resultaba comparar una práctica quirúrgica con una cena.

—Claro. Gracias. Buen provecho para todos. Es mi manera elegante de decir «a comer».

—*Mahlzeit* —contestó Hannah—. Así lo decimos en casa.

Reese sonrió y repitió la palabra.

—¿Qué tal lo he hecho?

—Bastante bien para ser una *Englischer* —contestó Caleb.

Después de cenar, Caleb y Leroy recogieron la mesa y llenaron el lavavajillas.

—Gracias por hacer un trabajo de mujeres —bromeó Hannah.

—Aquí nadie está haciendo un trabajo —Caleb sonrió—. Lo hace todo una

máquina.

Leroy y Caleb terminaron enseguida.

Reese se dio cuenta de que Hannah estaba intentando reprimir un bostezo.

—¿A qué hora te has levantado esta mañana? —le preguntó.

—Bastante pronto. Fui en bicicleta hasta la estación de autobuses mientras amanecía.

—Debes de estar agotada. Ven conmigo —la invitó—. Vamos a prepararte el sofá.

Junto a la puerta, ella miró a Caleb.

—No te preocupes —lo tranquilizó—. Cuidaré bien de ella.

—Sé que lo harás.

Reese cerró la puerta detrás de los hombres y se quedó un momento parada, haciendo frente a una familiar sensación de pérdida que chocaba con otra sensación, aún más fuerte, de absoluta imposibilidad. Estaba firmemente arraigada en la cultura del hospital y su mundo, pero la llegada de Caleb la había descolocado. Se sorprendía a sí misma reaccionando de manera diferente a las situaciones. En los momentos de mayor descuido, miraba bajo la superficie de su vida y lo que sentía era una desesperada infelicidad.

Sin embargo, las cosas que la anclaban a su vida ejercían una enorme presión sobre ella, y no solo eran las expectativas de sus padres, sino las suyas propias. Pacientes a los que deseaba ayudar, un futuro que perseguía con inquebrantable determinación.

—¿Reese? —la suave voz de Hannah la arrancó de sus pensamientos.

Azorada, Reese se volvió hacia su invitada.

—Lo siento, estaba pensando en... cómo organizar mi día mañana.

—Pero todavía es hoy —la joven ladeó la cabeza.

Las sencillas palabras paralizaron a Reese. Ciertamente estaba muy arraigada en la cultura del hospital, pero había algo en Hannah, y en su tío y su hermano, que la desbarataba. Cuando estaba con ellos, se comportaba de manera diferente en las situaciones habituales, viendo las cosas desde otra perspectiva. Viendo, en ocasiones, que bajo la capa de su trabajo se sentía desesperadamente infeliz.

—Tienes razón —ella asintió—. Todavía es hoy.

Capítulo 8

A pesar de la llamada de atención de Hannah, Reese empezó a repasar todas las cosas que tenía que hacer para prepararse para el día siguiente. La lista ya ocupaba un kilómetro, y no hizo más que crecer después de escuchar los diversos mensajes enviados por sus padres y colegas.

Empezaba a odiar esa lista. Con un resoplido de desafío, apagó el móvil. Esa noche tenía compañía.

—¿Te apetece darte una ducha, Hannah? Te sentará bien después de ese largo viaje en autobús.

La chica miró a su alrededor, entrelazando los dedos de las manos, hasta que su mirada se posó en la puerta abierta del cuarto de baño.

—Sí, claro. Gracias.

—Nunca había conocido a una chica amish —se sinceró Reese—. Tendrás que explicarme cómo puedo ayudarte. ¿Tenéis agua corriente en casa?

—Algunos la tienen, pero en nuestra casa no —Hannah sacudió la cabeza—. Hay una bomba de mano en la cocina. Cuando llega el momento del baño, llevamos barreños de agua hasta un enorme caldero de cobre que se apoya sobre los cuatro quemadores de la estufa de aceite. Luego echamos el agua caliente en una bañera redonda de metal que hay en el sótano y la colocamos sobre la alfombra frente al horno de leña de la despensa.

—Eso suena... muy laborioso —observó Reese mientras intentaba imaginarse tener que hacer eso cada día.

Hacía que su lista de tareas pareciera un haiku.

—Estamos acostumbrados. En verano es más sencillo bañarse porque podemos saltar al arroyo que pasa por detrás de la casa. Hay una zona en la que el agua se arremolina y se convierte en una piscina natural. Caleb nos colgó un columpio de cuerdas encima. Jonah es capaz de columpiarse hasta el centro y... —la voz de Hannah se quebró—. Tengo mucho miedo por él. ¿Qué va a hacer

sin un brazo?

—Va a tener mucha ayuda para averiguarlo —le aseguró Reese—. Tiene un largo camino por delante. Hay muchos dispositivos adaptativos para ayudarlo. Cuando llegue el momento, dispondrá de un brazo artificial tremendamente avanzado. Quizás más de uno, incluyendo algo que funcione sin problema en el agua, aunque yo no sé nada sobre columpios de cuerda.

—Una extremidad artificial no será lo mismo —Hannah se encogió de hombros—. No es más que un niño.

—Sé que es horrible —ella le tocó el hombro—, y no te culpo por sentirte triste.

Hannah respiró agitadamente y se secó las mejillas con la manga.

—Voy a enseñarte cómo funciona la ducha —Reese la acompañó al cuarto de baño y le explicó dónde estaba el interruptor de la luz y cómo poner el agua fría y caliente. Le dio a Hannah unas toallas y un albornoz, recién llegados del servicio de lavandería. Le fascinó ver cómo la falda larga y la blusa de la chica iban sujetas solo con unos imperdibles—. ¿Necesitas algo más?

—No, gracias —Hannah sacudió la cabeza.

La ducha de la chica duró cuarenta y siete minutos. Reese la cronometró. Se imaginaba a la adolescente disfrutando con el infinito chorro de agua caliente, sin tener que preocuparse de calderos o bañeras, ni tener que ocuparse del agua después. Las tradiciones amish parecían tremendamente laboriosas. Pero, al mismo tiempo, había algo atractivo en la sencilla naturaleza de la vida en una comunidad como Middle Grove. Según los artículos que Reese había leído *online*, el sencillo ritmo de los días y las estaciones mantenían el corazón abierto a la fe. Quizás no fuera tan malo.

Para cuando Hannah volvió a aparecer, envuelta en el grueso albornoz, Reese ya había preparado el sofá con sábanas y una ligera manta de verano.

—¿Todo bien? —preguntó

Hannah asintió entusiasmada.

—Sí, gracias —echó un vistazo al sofá con una expresión casi cómica de asombro—. Estaba todo ahí dentro, doblado.

—Sí —Reese le dio una palmadita a las almohadas—. No es la cama más cómoda del mundo, pero...

—Es perfecta —aseguró Hannah apresuradamente, antes de tocarse la mata de cabellos dorados que caían en cascada por su espalda—. Me olvidé de traer cepillo.

—No hay problema. Hay un peine y un cepillo en el cajón bajo el lavabo.

Hannah regresó al cuarto de baño, dejando la puerta abierta de par en par, y hundió el cepillo en su gruesa mata de pelo, tirando con tanta fuerza que Reese dio un respingo.

—Será mejor utilizar algún producto para desenredar —sugirió—. Hay algo en el armario de ahí.

Hannah se estaba mirando en el espejo empañado. La chica alargó una mano y limpió el vaho con una mano, el rostro cubierto por una expresión de fascinación.

—Nosotros no tenemos espejos —explicó—. Mi abuelo dice que son una señal de vanidad.

—Nadie va a pensar que seas vanidosa —le aseguró Reese mientras le ofrecía la botella con pulverizador.

—¡Oh! —la chica frunció el ceño antes de comprender—. Es para desenredar.

Reese no se atrevía siquiera a imaginar cómo sería cepillar un cabello tan largo sin ayuda.

—Esto te va a encantar —le aseguró mientras recuperaba la botella—. ¿Puedo?

Hannah asintió y ella le roció los cabellos con el producto y delicadamente le pasó el peine.

—Cuando era muy pequeña —le contó la joven—, ma solía hacerme la trenza. Pero ahora que solo están el abuelo, Caleb y Jonah, no tengo mucha ayuda en ese aspecto.

—¿Ma? ¿Es tu madre?

Ella asintió.

Reese separó los mechones, desenredando meticulosamente cada sección. De nuevo su corazón estuvo con esa niña. Sin madre y la única mujer en una casa llena de hombres, que seguramente no la comprendían lo más mínimo, Hannah parecía incómoda y nada segura de sí misma.

—Espero que ese recuerdo te acompañe —le deseó—. Y espero que tengas muchos bonitos recuerdos como ese.

—Así es —Hannah sonrió tímidamente—. Ma, sin embargo, no era tan delicada. Desde luego no utilizaba nada para desenredar. Pero era toda una experta a la hora de hacer trenzas, al menos eso creí yo siempre. Todavía me acuerdo de la sensación de sus dedos moviéndose a toda velocidad sobre mi cabeza, y las trenzas cobrando la forma de dos brillantes cuerdas.

—Espero que en tu comunidad haya mujeres que puedan ayudarte —reflexionó Reese.

—Desde luego. Alma Troyer. Trabajo con ella haciendo colchas. Es maravillosa conmigo. Me alojo con ella mientras Caleb no esté.

Reese trabajó con los largos y dorados mechones.

—Tienes un pelo precioso, tan espeso y largo.

Hannah suspiró, observando los movimientos del peine en el espejo.

—Nunca me lo he cortado. A veces Alma me recorta las puntas. Nada más.

—Cuando era más joven yo solía llevar el pelo largo —le contó Reese—. Pero no estoy segura de que mi madre sepa hacer trenzas.

—A mí me pareces muy guapa —la niña sonrió tímidamente por encima del hombro—, aunque lleves el pelo corto.

—Qué bonito lo que me has dicho. Lo llevo corto para ahorrar tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para... bueno, para todo lo demás —contestó ella—. Estudiar y trabajar, sobre todo. Ya está, desenredado. Vamos al salón. Puedes sentarte mientras intento trenzártelo.

Mientras Reese trenzaba con cuidado el sedoso cabello rubio, Hannah se sentó sobre un taburete de cocina y echó un vistazo a las estanterías abarrotadas de libros de texto y guías de estudio, además de novelas clásicas y los últimos superventas.

—¡Cuántos libros! —observó—. ¿Los has leído todos?

—Casi todos —contestó Reese—. Me gusta tener mis preferidos a mano, por si me apetece volver a leerlos. ¿Te gusta leer?

—Me encanta. Dentro de cada libro hay todo un mundo. En nuestra comunidad existen normas contra leer ciertos libros, los más mundanos, pero no estoy segura de cuáles son esas reglas. El tío Caleb no nos restringe ninguna lectura, aunque no se trate de la revista *Martyr's Mirror* o *Family Life* —la chica hizo una pausa—. Ma y Pa solían regañarme por leer libros ingleses.

Reese no supo qué decir sobre eso. No quería hablar mal de los muertos, pero limitar los gustos de lectura de los niños no tenía ningún sentido.

—Me alegra que puedas leer lo que te apetezca —señaló—. ¿Alguno que sea tu preferido?

—No, es demasiado difícil elegir. Adoro *My Antonia* y *Mujercitas*. La bibliotecaria de Stephenville también me presta libros modernos, como *Los juegos del hambre*.

—Las bibliotecarias son increíbles. Muchos de los mejores momentos de mi infancia los pasé entre las páginas de una novela. Puedes tomar prestado cualquier libro que veas. Me encanta compartir libros.

—Gracias. Eso me gustaría —Hannah se levantó, eligió una novela de la estantería y estudió la cubierta. Se trataba de *Speak*, de Laurie Halse Anderson—. ¿De qué trata este?

—Trata de una chica de instituto que deja de hablar porque tiene miedo de contar algo malo que le sucedió. No te fastidiaré la lectura contándote qué era eso tan malo.

—Quizás te lo tome prestado —Hannah dejó el libro sobre la mesa.

—Claro, por supuesto —Reese sonrió—. Eres más parlanchina que tu tío.

—¿En serio? Puede que se deba al grupo de las colchas. Hablamos todo el día. El tío Caleb pasa el día con los caballos —la joven hizo una pausa y miró a su alrededor—. Estaba decidido a abandonar Middle Grove para siempre. La única razón por la que regresó fue para cuidar de Jonah y de mí.

—¿Quieres decir que pensaba marcharse, como hizo Leroy?

—Sí.

Reese se quedó perpleja. Ese hombre había tenido en mente una vida completamente distinta, pero había terminado por regresar a la comunidad que había querido abandonar. ¿Con qué finalidad? Se moría de ganas de saberlo. Intentó imaginarse cómo sería renunciar a todos tus planes por el bien de la familia. ¿Lo aceptó de buen grado? ¿Sentía rencor? ¿Alguna vez pensaba en cómo podría haber sido su futuro de estar su hermano vivo?

Parece dedicado en cuerpo y alma a tu hermano —observó.

—Sí. Es muy bueno con nosotros. Y ahora Jonah lo va a necesitar más que nunca. Y yo... bueno, ya tengo dieciséis años. Pronto me casaré y me marcharé, no estaré ahí para ayudar.

—Eh, espera un momento. ¿Pronto? Espero que te estés refiriendo a algo así como dentro de diez años.

Hannah sonrió con dulzura casi infantil.

—De donde yo vengo, se me consideraría una solterona. A esa edad las chicas ya tienen un hogar y una familia propia que cuidar.

Reese rechinó los dientes. «No juzgues».

—Cuando yo tenía dieciséis años, me enamoré locamente de un chico llamado Troy Decker. Lo único que quería en el mundo era casarme con él y tener hijos suyos.

—Qué bonito sueño, enamorarse locamente. Pero nosotros somos más prácticos. Yo quiero a un chico que sea un buen proveedor, un buen compañero. Un buen amigo.

—Eres más racional de lo que era yo a tu edad.

Hannah titubeó antes de continuar.

—Caleb, sin embargo, no tiene tanta prisa. Mi abuelo quiere que se bautice y se case con una amish.

—¿Y eso es también lo que quiere tu tío? —Reese se sentía como una entrometida preguntándolo, pero no podía evitarlo.

—No lo sé. Caleb no suele hablar de querer cosas. Hay una chica... Rebecca Zook, una vecina de nuestra comunidad. Ella quiere casarse con mi tío. Todo el mundo sabe que lo desea desde siempre —Hannah posó la mirada sobre el reloj de cuco, un capricho que Reese había rescatado de la subasta de los bienes de su abuela—. Cuando un hombre desea casarse —añadió—, le regala a la chica algo práctico, como un reloj.

—¿En serio? —Reese rio—. Tu tío mencionó algo así, pero no pensé que fuera un objeto material. Haría falta algo más que un reloj para conquistarme.

—Y si la chica lo acepta, le hace un bordado, un tejido bordado que regala al hombre para hacerle saber que lo quiere.

—Porque, como todo el mundo sabe, no hay nada como una servilleta bordada para decir «te quiero».

—Vosotros los ingleses. Qué ideas tan curiosas tenéis sobre el amor y el matrimonio, ¿verdad?

Reese tenía muchas más preguntas sobre Caleb, pero no quería poner a Hannah en un apuro.

—¿Y tú qué dices? ¿De verdad quieres casarte tan joven? ¿Tener familia?

Hannah dio un respingo y apartó la mirada.

—Hay alguien especial. Un chico. Aaron Graber... yo le gusto.

—¿Y a ti te gusta?

—Mi amiga Miriam —la joven desvió la mirada— ya tiene su reloj. Y tiene la misma edad que yo. Serán novios hasta que ella cumpla dieciocho años, y entonces se bautizará y se casarán.

—¿Estás diciendo entonces que te gustaría casarte?

—Me gustaría marcharme —Hannah se encogió de hombros.

Lo había dicho en voz tan baja que Reese no estuvo segura de haberlo oído bien.

—¿Adónde te gustaría ir? —preguntó.

—Yo, pues... a ninguna parte. Ha sido una tontería. Mi hogar está en Middle Grove, es el único que he conocido nunca, y el único que conoceré. Tengo otra amiga que tuvo a su primer bebé el mes pasado —Hannah se apretó el cinturón del albornoz—. Yo no sabría qué hacer con un bebé. Es una responsabilidad

enorme. Quizás si estuviera casada...

—Eres muy joven. No tienes por qué saber nada aún. No soy ninguna experta, pero creo que, normalmente, lo mejor es tomarse tiempo cuando se trata de las decisiones principales en la vida —incluso mientras ofrecía su consejo, Reese se preguntaba a sí misma si era lo que ella había hecho, considerar ser cirujana pediátrica. ¿Se había tomado su tiempo, o acaso la decisión había sido tomada hacía tanto tiempo que ni siquiera se acordaba de haberla tomado?

—Me lo pensaré seriamente —Hannah deslizó las manos inconscientemente sobre el albornoz. Parecía azorada por hablar de bebés y matrimonio.

—Pensarse las cosas bien es bueno. Hay días en que estoy tan ocupada que me olvido de hacerlo. En otras ocasiones, me lo pienso tanto que me entra dolor de cabeza —Reese soltó el peine—. Y ahora dime, ¿qué te gustaría hacer esta noche? Hace mucho tiempo que no se ha quedado nadie a pasar la noche en mi casa.

Hannah volvió a deslizar la mirada a su alrededor, observando todos los modernos aparatos y dispositivos electrónicos, que, seguramente, debían impresionarla.

—Pues no sé muy bien.

—¿Alguna vez te has quedado a pasar la noche en casa de una amiga?

—Apuesto a que no tiene nada que ver con lo que tú te imaginas —la chica sonrió abiertamente.

—Ponme a prueba.

—¿Has oído hablar del agrupamiento? Consiste en que los chicos duermen juntos... me refiero a chicos y chicas juntos. En la misma cama.

—¿En serio? Suena a ticket para una enfermedad de transmisión sexual o un embarazo involuntario.

Hannah desvió la mirada hacia un lado.

—Por eso nos amontonamos, dormimos de lado en la misma cama, pero en sacos de dormir y bajo mantas distintas. Permanecemos despiertos toda la noche. Así nos conocemos los unos a los otros.

—De acuerdo, eso es otra cosa. No puedo prometerte algo tan divertido, pero... podríamos hacernos la manicura y pedicura la una a la otra. ¿Sabes lo que es? ¿Alguna vez te la han hecho? —Reese mostró sus horriblemente descuidadas manos.

—¿Manicura y pedicura? Sí, sé lo que es, pero nunca me lo he hecho. No es sencillo.

—Vaya, lo siento —Reese chasqueó los dedos—. Ya lo tengo. Palomitas y una

película. ¿Qué tal te suena eso? ¿Has visto una película alguna vez?

—No. Pero me gustan las palomitas.

—Tengo la idea perfecta —anunció ella ante una repentina inspiración—. Es la mejor película que se ha hecho nunca. Empezaremos por la mejor —tomó el mando a distancia y accedió al servicio de cine—. Prepárate. Voy a hacer las palomitas.

Mientras Reese se afanaba en la cocina, Hannah contemplaba la enorme pantalla plana colgada de la pared, y no movió ni un músculo ante la sucesión de imágenes. Cuando las primeras notas musicales inundaron la habitación gracias al sonido envolvente, la chica se hundió en el sofá, embelesada.

—¿Cómo se llama esta película?

—Enseguida saldrá —Reese sonrió.

La pantalla se iluminó con el título: *La princesa prometida*.

Cuando la película terminó, Hannah se sentía a punto de derretirse de la emoción, tan intensa, que no sabía cómo definirla. Los créditos ascendían por la pantalla mientras una preciosa canción surgía de una fuente invisible. Tenía los ojos llenos de lágrimas y, al girarse hacia Reese, la vio secarse las mejillas.

—Siempre consigue hacerme llorar —le explicó ella, sonriendo y moqueando a la vez.

—Ojalá pudiéramos verla otra vez —dijo Hannah—. Es una auténtica maravilla, como ver un sueño.

—Estoy de acuerdo contigo —Reese tomó el cuenco vacío de las palomitas y lo llevó al fregadero—, pero ya es tarde, y tengo que repasar unas cosas para mañana.

—De acuerdo. Buenas noches, Reese —Hannah volvió a entrar en el cuarto de baño, por el simple hecho de que podía hacerlo. En su casa siempre intentaba limitar las visitas al baño exterior. No le gustaba tener que atravesar el patio, en verano por las arañas y en invierno por el frío. Era un tremendo pecado de orgullo sentirse literalmente enamorada de las cañerías interiores, pero así era. Le encantaban la ducha caliente y el inodoro con cisterna.

Y le había encantado profundamente la película que Reese y ella habían visto. Acomodándose en el sofá cama, con las sábanas y almohadas prestadas, contempló la pantalla en blanco. ¿De dónde salían las imágenes y el sonido? Y, ¿adónde se habían ido? ¿Había más cosas que podían suceder en la pantalla, pero que no se veían hasta que se apretaba el botón del mando?

Se preguntó si sería como en la vida real, donde la gente que no podías ver seguía con sus vidas. Pensó en Aaron Graber, intentando imaginar lo que podría estar haciendo en ese preciso momento. Últimamente su cabeza estaba llena de Aaron, Aaron, Aaron.

¿También pensaba Aaron en ella? ¿La amaba lo suficiente como para luchar por su corazón, del mismo modo que hacía Wesley por Buttercup? ¿Permanecía despierto por las noches en su cama, reviviendo los momentos que habían compartido en los cánticos y el agrupamiento? ¿Tenía dudas sobre lo unidos que empezaban a estar?

Reflexionó sobre la opinión de Reese acerca del agrupamiento. ¿Había ido demasiado lejos una o dos veces? ¿Se había acercado mucho al abrazarse? Otras chicas tenían a sus madres y hermanas para resolverles las dudas, pero Hannah no. Estaba Alma, y las señoras que hacían colchas, pero no se imaginaba sacando un tema tan personal delante de ellas. No hablaban abiertamente de las cosas, como parecía hacer Reese. Hannah solo podía confiar en que su cortejo fuera adecuado. Se preguntó si la llevaría al matrimonio. Su amiga Ruth ya estaba casada. Tenía un bebé y se la veía agobiada, trabajando todo el tiempo. Hannah no estaba segura de estar preparada para eso.

Suspiró y deseó poder mirar en el interior del corazón de los chicos, del mismo modo que parecía hacer la cámara de cine cada vez que enfocaba a algún personaje. Resignada, abrió el libro prestado y se sumergió en la historia. Según el obispo, y el abuelo, leer debería estar restringido exclusivamente a textos devotos religiosos, y a la Biblia. Pero Caleb decía que debería leer lo que le apeteciera y decidir por ella misma. A Hannah le encantaban toda clase de libros, y la bibliotecaria de la biblioteca del condado siempre estaba encantada de prestarle algo nuevo.

El libro que había tomado prestado, *Speak*, trataba sobre unos chicos de instituto, algo sobre lo que Hannah se preguntaba a menudo. Nunca había ido al instituto, ni conocía a nadie que lo hubiera hecho. Las chicas debían ayudar en la casa y la granja, aprender las artes y tareas necesarias para, algún día, convertirse en esposas y madres.

La idea revoloteó en su mente como un molesto mosquito hasta que la apartó. Algunas de sus amigas habían encontrado trabajo en el servicio doméstico en casas inglesas de las proximidades, pero esa no era una opción para ella. El abuelo le había prohibido trabajar en una casa que no fuera amish. Hannah no protestaba demasiado, consciente de que sus habilidades para la limpieza y la cocina eran francamente limitadas.

A pesar de su frustración con las tareas domésticas, sí tenía, sin embargo, un superpoder, tal y como lo habían llamado Reese y Caleb. Era la mejor de toda la ciudad haciendo colchas.

Las telas y la costura siempre le habían fascinado. A los cinco años, Ma le había dado un par de muñecas de trapo sin cara, vestidas con el típico vestido sencillo. Las muñecas carecían de rostro para remarcar la idea de que todos son iguales ante los ojos de Dios.

A esa edad, Hannah no tenía formada una opinión al respecto, pero sí empezó a obsesionarse con hacerle ropitas a las muñecas. Prácticamente sin ayuda ninguna, juntaba trozos de tela, cintas y lazos, del cesto de la costura de Ma, creando trajes únicos para sus muñecas. El abuelo refunfuñaba por la pérdida de tiempo que suponía para una niña hacer ropa para unas muñecas, pero Ma lo ignoró y animó a su hija a seguir adelante.

Y lo hizo, pensando en nuevos modelos y cosiendo cada noche después de cenar. Incluso en esos momentos, años después de que Ma se hubiera marchado, la costura lograba que Hannah se sintiera más cerca de ella. En el taller de elaboración de colchas de Alma Troyer, se sentía valorada, parte de algo más grande que ella misma. Las colchas amish cosidas a mano eran objetos populares en la tienda de la ciudad del señor Jolly, un inglés, pero que adoraba las costumbres amish y era justo en los negocios con la gente sencilla. Alma era muy amable y permitía que Hannah diseñara y cosiera sus propias creaciones originales. Tras dominar los típicos diseños con destellos, triángulos, aros y cabañas de troncos, empezó a interesarse por el color y el diseño como manera de expresión. A menudo la colcha se materializaba en su mente como un sueño. Y como un sueño, no era ordenada ni simétrica.

Las colchas de Hannah evolucionaban hacia estallidos de formas libres de luces y sombras, con misteriosas ondulaciones en las formas y los patrones. En la comunidad había quienes decían que sus diseños eran escandalosos, llenos de colores prohibidos, demasiado fantasiosos para una niña educada en la fe. Pero otras personas, incluyendo a Alma, alababan su destreza y creatividad, sobre todo cuando cosía mensajes ocultos en la pieza. El señor Jolly las definía como colchas vanguardistas y explicaba a los turistas que acudían a su tienda que eran auténticas y originales obras de arte.

Hannah no entendía de eso, ni le importaba. Lo único que sabía era que sus momentos más felices se producían mientras creaba belleza y soñaba despierta con chicos.

Recién duchado, Caleb se secó el pelo con una toalla y se afeitó en el cuarto de baño lleno de vapor del apartamento de Leroy. Desde luego podría acostumbrarse fácilmente a una ducha caliente. Permaneció un rato contemplando la mañana desde la ventana. El verano casi había terminado, pero en la ciudad no parecía importar el cambio de estación, no como lo hacía en la granja. En la ciudad la gente corría de un lado a otro, atendiendo a sus asuntos sin importarles el tiempo.

Sentía en su mente el peso de las cosas por hacer. Su ausencia estaba dejando desatendidas tareas y deberes esenciales. En su ausencia los vecinos cuidaban de su propiedad en Middle Grove, pero esa solución era solo temporal. Podía contar con los Zook para ayudar con el ordeño de las vacas y la alimentación de los caballos. Los Hauber cuidarían de las gallinas, los patos y la cosecha... durante un tiempo. Pero había otras obligaciones que solo Caleb podía llevar a cabo, como atender las facturas de los impuestos sobre la propiedad, clientes que necesitaban que les llevara las cuentas, los de la granja Grantham que esperaban a que fuera a echarles una mano con los caballos. Sabía que pronto iba a tener que volver al trabajo, pero se sentía destrozado. No se imaginaba dejando a Jonah solo en la ciudad.

Ni se imaginaba llevándose a ese niño roto a casa. Aún no.

Y, por si fuera poco, tenía también la preocupación de Hannah. Terminó de arreglarse rápidamente, se vistió con la ropa amish, recién lavada en el servicio de lavandería, y llamó a la puerta de Reese. La puerta se abrió y allí estaba ella, fresca como la mañana. Tenía los oscuros cabellos húmedos y parecía un poco agitada, como si se estuviera dando prisa, o se hubiera sobresaltado. O ambas cosas.

La primera sonrisa del día, dedicada a él, brilló como un rayo de sol. Su mirada lo recorrió de arriba abajo, los ojos abriéndose ante la ropa tradicional que llevaba puesta.

—Ah, hola. ¿Quieres café?

—Gracias —Caleb asintió y entró en el apartamento. Ella señaló hacia la cocina y él se sirvió una taza de la cafetera eléctrica—. ¿Está Hannah preparada para marcharse?

—Casi —contestó Reese mientras llenaba una mochila con papeles, dispositivos electrónicos y cables—. Lleva unos... cuarenta minutos o más disfrutando de una ducha caliente.

—Ya la estás mimando —Caleb sonrió.

Otra sonrisa de Reese. Otro sobresalto del corazón de Caleb.

—Creo que ha dormido bien —le informó ella mientras corría de un lado a otro y metía más cosas en la mochila. Esa mujer nunca se estaba quieta—. ¿Vas a acompañarla a la estación de autobuses?

—La voy a llevar de vuelta a Middle Grove.

—¿En serio? —la sonrisa de Reese palideció—. Entiendo.

Solo que no lo entendía, era más que evidente.

—Estaré de vuelta en cuanto pueda. Esta noche, si puede ser. No me parece bien dejar a Jonah en la ciudad.

—Lo entiendo. Compaginar trabajo y familia puede ser todo un desafío, supongo.

—Sí —si ella supiera. La mente de Caleb pasaba continuamente del hospital a la granja Grantham y de ahí a Middle Grove. Imposible estar en los tres sitios a la vez.

Reese dejó de correr por todos lados y se reunió con él en la cocina.

—Por lo que yo he visto, a Jonah le va bien. Lo mantienen casi todo el día ocupado con las sesiones de terapia. No hace falta que estés allí permanentemente.

En eso tenía razón. Caleb había pasado muchas horas en el hospital simplemente esperando. Jonah recibía los cuidados de una variada multitud de médicos y terapeutas, voluntarios del hospital, enfermeras y auxiliares. Cuando no estaba trabajando para ponerse bien, estaba descansando, jugando en la sala, o devorando libros.

—No quiero que se sienta solo o asustado.

—¿Está asustado? ¿Solo? —preguntó ella—. ¿Le has preguntado cómo se siente?

Una pregunta muy sencilla de una chica inglesa. «¿Le has preguntado cómo se siente?». En la comunidad amish, y sobre todo en la familia Stoltz, no se preguntaba por los sentimientos. Y nadie se mostraba dispuesto a expresarlos. En ocasiones, Caleb ni siquiera estaba seguro de que sintieran.

—No lo he hecho —admitió.

Tomó un sorbo del ardiente y suave café. En casa nunca llegaba a estar así de bueno. Ni Hannah ni él dominaban la técnica de prepararlo en la vieja cafetera de filtro esmaltada.

—Pregúntale —le aconsejó Reese.

—Lo confundiría —Caleb sacudió la cabeza—. Él solo ha conocido las costumbres amish.

—¿Y los amish no hablan sobre sus sentimientos?

—No mucho. No directamente. Ni siquiera tenemos una manera de decir «te quiero», en nuestro dialecto.

—¿En serio?

Caleb se había dado cuenta de que Reese utilizaba «en serio», como una manera de pedir más información.

—La palabra para decir amor es «*Lieve*», pero es una cosa, no algo que sucede. Un sujeto, no un verbo. Nosotros no decimos «te quiero». Si el hombre está en un rincón con una chica en una sesión de cantos, puede que admita: «tengo amor por ti».

—Ni siquiera soy capaz de comprenderlo.

—En realidad ni siquiera se dice eso. Lo más probable es que el tipo diga: «pienso mucho de ti».

—Bonito rodeo para decirle a alguien que es importante para ti —observó Reese.

—Supongo que no es lo que dices —contestó Caleb—, sino lo que haces.

—Entonces Jonah sabe que lo adoras —afirmó ella con seguridad—. Te estás mostrando increíblemente leal y atento.

Las palabras se posaron en el corazón de Caleb. Le gustó oírlas. Le gustaba ella.

—Sé que estás preocupado por tus obligaciones aquí y en casa —le aseguró Reese—. Puede que Jonah pueda apañárselas sin ti de vez en cuando. A veces los críos se preocupan demasiado por sus padres.

—En eso tienes razón. Jonah siempre está pensando en los demás.

—Pero lo que debería estar haciendo es centrarse en su recuperación, y tú no quieres que se preocupe. Te diré una cosa. Le echaré un vistazo mientras tú llevas a Hannah a casa —sugirió ella.

La opresión en el pecho de Caleb se aligeró ante el alivio.

—Te estaré en deuda, Reese. Gracias.

—Me alegra poder ayudar —la sonrisa de Reese se volvió aún más resplandeciente—. No lo olvides.

Hannah salió de la habitación, impecablemente vestida, aunque le faltaba la cofia. Sus ojos brillaban de emoción.

—Buenos días, Caleb. Anoche vi la cosa más maravillosa del mundo.

—¿De verdad? —preguntó Caleb a su sobrina, aunque se sorprendió a sí mismo mirando a Reese—. ¿Y qué fue eso tan maravilloso?

—Una película llamada *La princesa prometida*.

—Una película. Y te gustó.

Ella asintió entusiasta.

—Es sobre una chica llama Buttercup. Es una novia, y una princesa.

—Algunas chicas se llevan toda la suerte —él sonrió a Reese.

—Espero que no estuviera mal ver una película —ella se sonrojó adorablemente.

—Desde luego a Hannah le pareció bien —contestó Caleb.

—Desde luego —intervino su sobrina—. Ha sido lo mejor del mundo. Es una historia sobre el amor verdadero. Yo no tenía ni idea de cómo era el amor verdadero, hasta ver esa película.

—¿De verdad?

—Sí. Sé que es una historia inventada, pero en mi corazón la siento como verdadera. Algún día encontraré algo así para mí, un amor como el de la princesa prometida —Hannah suspiró aparatosamente—. Así debería ser el amor.

Reese y Caleb intercambiaron una mirada.

—Bueno, pues ahora vamos a descubrir cómo debería ser un viaje a casa en autobús —propuso Caleb—. Vamos a despedirnos de Jonah en el hospital, y luego iremos a la estación.

Jonah se sentó en la silla de ruedas. Alguien la había dejado en el pasillo y, después de que Caleb y Hannah se hubieran marchado, se sentía aburrido y quería hacer algo. Cualquier cosa. También estaba enfadado. «Cabreado», había oído decir a uno de los chicos del grupo. En casa un niño recibiría un castigo con la vara por decir «cabreado». Pero allí no. Allí te dejaban hacer cosas y decir cosas, seguramente porque los niños de ese servicio estaban enfermos y heridos, y asustados y todo lo demás.

Soltó los frenos de la silla y miró de un lado a otro del pasillo. Nadie parecía estar prestando atención. Giró el aro impulsador de la rueda derecha y la silla giró. Sin embargo, no consiguió hacerla avanzar hacia delante.

Porque en el lado izquierdo no tenía brazo.

No tenía brazo. Lo habían incinerado. Y lo único que podía hacer era moverse en círculos.

Y eso lo cabreaba aún más. Empujando con su brazo bueno, con su único brazo, giró en redondo en medio del pasillo, una y otra vez, más y más rápido, hasta que sintió el sudor caerle por la cara. Más y más deprisa hasta que chocó contra un carrito de suministros. El carrito cayó al suelo con un tremendo y

satisfactorio estruendo, y su contenido salió volando por todo el pasillo.

Y abajo fue la silla, con Jonah dentro. Alargó su brazo imaginario para parar la caída. La mano no estaba, y su cabeza se estrelló contra el suelo. Un terrible dolor lo recorrió y tuvo que apretar los dientes, la respiración entrando y saliendo entrecortadamente, dentro y fuera.

—¡Jonah! ¿Qué ha pasado? —la auxiliar llamada Tammy se acercó corriendo. Debía haber pulsado algún botón, porque justo detrás de ella iba un celador—. Pero, bueno, amigo —exclamó Tammy—. Vamos a levantarte y llevarte de nuevo a la cama.

—Puedo levantarme yo solo —espetó Jonah mientras se apartaba de ella.

Tammy intercambió una mirada con el celador y envió un mensaje a través de su dispositivo. Jonah se apartó de ella, su ya no brazo doliendo horriblemente. Dolor fantasma lo llamaban. Como si así fuera más fácil de soportar. Su brazo era un fantasma. Un fantasma que dolía como un demonio.

En pocos minutos apareció Reese. Respiraba entrecortadamente, como si hubiera ido corriendo todo el rato.

—Parece que te has estado divirtiendo un poquito demasiado —observó ella antes de volverse hacia Tammy—. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

—No necesito ayuda —insistió Jonah.

—Estupendo —contestó ella—. Entonces, ¿vas a quedarte ahí sentado en el suelo o quieres que te ayudemos a levantarte?

—Puedo hacerlo yo —espetó él.

—¿Me dejas mirar? Este es un hospital universitario, ¿recuerdas?

Pero no podía levantarse. Y resultaba de lo más embarazoso. Continuamente perdía el equilibrio y volvía a caerse al suelo.

Tammy y el celador recogieron las cosas que se habían caído del carrito. Y Reese se sentó en el suelo a su lado. Pero no le ofreció ayuda.

Lo intentó una y otra vez. Pero el ardiente ya no brazo no paraba de desequilibrarlo.

—¡Joder! —exclamó—. Joder con esto. Joder con todo. Joder. Joder. Joder —era la primera vez que pronunciaba la palabra en voz alta. No estaba seguro del todo de su significado, pero sabía que era malo. Tan malo que miró a Reese de reojo por si le había espantado oírlo, pero ella seguía ahí sentada. Esperando—. ¡Joder! —exclamó de nuevo.

—Esa es una de mis palabras favoritas —intervino ella al fin—. Es bastante grosera, pero la digo todo el tiempo. Y ahora, ¿recuerdas que te dije que sabía cosas?

Jonah no contestó. Intentó no escuchar, pero no podía evitar hacerlo.

—Sé que tu brazo pesaba casi tres kilos, más o menos —le explicó—. Ese es aproximadamente el peso de un paquete grande de azúcar. Y eso significa que ahora tu centro de gravedad ha cambiado. Tienes que aprender lo que llaman «técnicas adaptativas». Yo soy diestra, como tú. De modo que, si escondo mi brazo izquierdo, como si no lo tuviera —Reese colocó el brazo detrás de la cabeza—, tendré que encontrar otro modo de moverme —rodó por el suelo y Jonah tuvo que morderse el interior de las mejillas para no sonreír.

—Intentaré ponerme de rodillas —dijo ella mientras se escoraba hacia un lado.

—Así no —la corrigió él—. Coloca los pies a la derecha, no a la izquierda.

—Ah, es verdad —Reese se puso de rodillas—. ¡Oye! Así es mucho mejor. Jonah gruñó, consciente de haber picado.

—Estás fingiendo para que me sienta mejor.

—¿Y funciona?

—No.

—Vaya, pues... ¡joder! —exclamó ella

Jonah reprimió de nuevo una sonrisa, y luego se colocó de rodillas y consiguió ponerse de pie.

Ella lo apuntó con el puño de la mano derecha.

—¿Qué? —el niño frunció el ceño.

—Primer choque de puños. Se hace después de haber conseguido un logro.

Jonah chocó el puño con ella, aunque el logro hubiera sido ridículo. Después le dio la espalda y regresó a su cama. Se tumbó del lado derecho, mirando a la ventana. La oyó entrar, oyó el suspiro del aire cuando se sentó en el taburete de vinilo acolchado junto a la cama.

—¿Qué es lo que echas de menos de tu brazo? —preguntó ella.

—Hacer volteretas —contestó él.

—Vaya, yo tengo dos brazos y no puedo hacer volteretas.

—Y ahora yo tampoco —la voz del crío sonaba débil y malhumorada—. Tampoco puedo comer con cuchillo y tenedor como solía hacer.

—Al mismo tiempo no. Pero apuesto a que tu terapeuta ocupacional tiene algo para eso. Quizás una herramienta que sea a la vez tenedor y cuchillo. Un tenedillo. O un cuchidor.

—No eres tan graciosa como crees.

—Yo no creo que sea graciosa en absoluto. Creo que perder un brazo es una mierda para ti. Dime más cosas que vayas a echar de menos.

—Echo de menos a mi perra. Echo de menos jugar al béisbol. Echo de menos la tarta.

—Perros, béisbol y tarta son tres de las mejores cosas de la vida —estuvo de acuerdo Reese.

—¿Podría dormirme ahora? —preguntó Jonah.

—Desde luego —una mano fría le acarició la cabeza. Jonah no dijo nada sobre que se la había golpeado contra el suelo porque, si lo hacía, esa mujer empezaría a darle la lata de nuevo—. Tengo que irme. He ayudado a una señora en urgencias que estaba teniendo un bebé. Era una urgencia porque ella ni siquiera sabía que estaba embarazada. Quiero echarle un vistazo.

—De acuerdo —contestó él. Un bebé era una gran emergencia, desde luego. Muy lentamente se volvió hacia ella—. Te veo luego.

—Desde luego —Reese hizo un giro completo sobre el taburete—. No te rindas, Jonah.

Capítulo 9

Aunque solo había estado fuera unos días, Caleb se sintió como si llevara lejos de allí toda la vida. Hannah y él bajaron del ruidoso autobús, que apeataba a diésel, en el cruce de la autopista marcado por un cobertizo techado, donde los locales tomaban el autobús para hacer un viaje largo. La autopista nunca estaba concurrida en esa zona, en realidad no era más que una carretera de campo de dos carriles que se unía al camino mal pavimentado que conducía al centro de Middle Grove.

La bicicleta de Hannah estaba allí donde la había dejado, apoyada contra la parte trasera de la parada del autobús. La empujó caminando junto a Caleb mientras se dirigían a la granja. El familiar sonido del campo los envolvió, el trino de los pájaros, el viento susurrando entre los árboles, los perros ladrando. Después de los ruidos de la ciudad, esa suavidad era como música para los oídos de Caleb. Cuando ya se acercaban a la ciudad, oyó el sonido de unos cascos sobre el pavimento.

Ante el sonido de la calesa que se aproximaba, tío y sobrina se hicieron a un lado y aguardaron. La calesa pertenecía a Jacob Zook, el padre de Rebecca. Caleb reconoció al caballo Morgan.

—Subid —les ofreció Jacob—. Tengo sitio.

—Te lo agradezco amablemente —contestó Caleb. Colgó la bicicleta de Hannah de la parte trasera y se sentaron en el banco interior.

Jacob miró a Hannah y frunció el ceño. Ella se acarició los cabellos y se sonrojó.

—Perdí mi cofia —explicó con la mirada fija en el suelo de madera de la calesa—. En la ciudad hacía viento.

—¿Qué noticias hay de Jonah? —preguntó Jacob.

—Está en el hospital, pero se pondrá bien —Caleb supo que la noticia llegaría a toda la comunidad antes del anochecer, de manera que lo mejor sería ser franco

y sencillo en su explicación—. Tuvieron que amputarle el brazo. El izquierdo. Estaba demasiado dañado para poder salvarlo.

Jacob se frotó la barba con forma de «U», que bordeaba la mandíbula.

—*Mein Gott*. Eso es algo horrible.

—Desde luego ha sido una terrible conmoción —Caleb asintió.

A su lado, Hannah se estremeció. Había llorado sin parar durante todo el trayecto de regreso a casa, el corazón herido por su hermano. Caleb le dio una palmadita en la rodilla.

—Le va bastante bien, dadas las circunstancias. Los médicos dicen que está mejorando muy deprisa, y está bastante animado.

—Le van a dejar volver a casa pronto —intervino Hannah.

—Eso supondrá un gran alivio para todos.

Caleb esperaba que no se estuviera haciendo ilusiones. Continuaron en silencio durante un trecho, pasando junto a campos de rastrojo recién cosechados, otro recordatorio de todas las tareas que tenía pendientes.

—¿De dónde venías, Jacob?

—Tuve que traer a Rebecca de vuelta de su cita con Mose Shrock.

Siendo menonita, Mose se había ganado la confianza de la gente de la comunidad amish y menonita. Era ampliamente conocido por sus maneras compasivas y sus prácticas, y también por sus habilidades para la sanación.

—¿Está enferma otra vez?

Jacob miró al frente, entre las orejas del caballo.

—Tengo la impresión de que Mose lo ha averiguado, y que en breve lo sabremos. Rebecca va a lamentar no haber estado aquí para tu regreso.

Caleb se removió incómodo en el banco, recordando lo que había tenido en mente la mañana del accidente de Jonah. Ese día había pensado mantener una difícil, pero demasiado postergada, conversación con Rebecca. Toda la discusión estaba en su cabeza, quería explicarle que se merecía una devoción que él jamás podría ofrecerle. La clase de sentimiento sobre el que Hannah había estado parloteando durante el viaje en autobús, la clase de amor de *La princesa prometida*.

Todavía tenía pendiente hablar con Rebecca, y pronto. Pero, si estaba enferma, iba a tener que esperar.

Una modesta señal marcaba el límite del municipio de Middle Grove. Pasaron frente al pequeño cobertizo pintado de blanco que albergaba el teléfono de la comunidad, una reticente concesión a las comodidades modernas. En la tienda de Middle Grove, Alma Troyer colgaba algunas colchas nuevas para vender.

Caleb le dio un pequeño codazo a su sobrina.

—Siempre sé cuáles son las tuyas.

—Puede que la limpieza y la cocina no se me den bien —ella sonrió—, pero sé hacer colchas.

Y era cierto. Incluso Caleb, que no tenía ni idea de costura, sabía que las colchas de su sobrina eran especiales, abstracciones vívidas, en ocasiones incorporando elementos inesperados, una brillante piedra de río, plumas, palabras bordadas. Sus colchas eran tan diferentes que atraían a coleccionistas de todas partes.

—Quiero hacer algo especial para Jonah —anunció Hannah.

—Sé que le gustaría.

Hannah volvió a sonreír, pero sacudió la cabeza.

—¿Jonah? No notaría la diferencia si le diera una manta para el caballo. Sería más por mí que por él.

La calesa se detuvo frente al camino que conducía a la casa de los Stoltz.

—Gracias por el paseo, Jacob —se despidió Caleb—. Estamos en deuda contigo.

—A Rebecca le gustaría que nos hicieras una visita —el hombre asintió y guiñó un ojo sin ninguna sutileza.

—Cuídate —Caleb saltó al suelo, se dirigió a la parte trasera de la calesa y descolgó la bicicleta de Hannah.

Ella se montó y recorrió la distancia hasta la casa en la bicicleta.

Su padre los esperaba en el porche, los pulgares enganchados de los tirantes, el ceño oculto bajo el sombrero negro. Los pétreos ojos de color azul grisáceo lanzaban destellos.

—Me alegra tenerte de vuelta —saludó—. Y me alegra saber que Jonah está bien.

—Ha sobrevivido —contestó Caleb—. El brazo no. Rápidamente explicó la situación, tal y como había hecho en la calesa.

Su padre se quitó el sombrero y se mesó los cabellos mientras murmuraba al vacío.

—Esa es una condenable lástima. Desde luego que lo es. ¿Cómo va a sobrevivir el muchacho con un solo brazo? No será de utilidad en la granja.

Caleb rechinó los dientes para reprimir una mala contestación.

—Te agradecería que Jonah nunca tenga que oír esas palabras de ti.

—No tiene ningún sentido ocultar la verdad.

Caleb permaneció callado. Discutir con su padre era como hablar con una

pared.

—Ya es hora de que vuelva a casa —decretó Asa—. Aquí, junto a su familia y amigos, podemos cuidar de él.

—No está preparado —sentenció Caleb mientras subía las escaleras del porche delantero—. Discúlpame. Tengo que preparar el equipaje.

—Equipaje —su padre lo siguió al interior de la casa.

—Supongo que recordarás que me marché apresuradamente —él asintió. «Y con tu estridente oposición», añadió silenciosamente—. Necesito algunas cosas para la ciudad.

—La ciudad no es lugar para ti, ni para Jonah. Quiero que traigas al muchacho a casa.

—He dicho que no está preparado —Caleb intentó mantener el tono bajo, y su compostura también, mientras se dirigía a su habitación y recogía unas cuantas pertenencias.

—Hannah ha dicho que está despierto y parloteando sin parar —insistió Asa, mirando furioso a su hijo desde la entrada—. No hay ningún motivo para que finja estar enfermo en el hospital, rodeado de extraños. Lo hecho, hecho está. En la ciudad solo encontrará problemas. Necesita estar aquí, con personas que cuidarán de él.

Caleb llenó una vieja mochila de tela con varias mudas de ropa.

—Se quedará donde está hasta que el médico diga que se le puede trasladar.

—Yo sé más que cualquier médico inglés sobre cómo proteger a un niño —espetó Asa.

Caleb se volvió bruscamente hacia su padre.

—¿Te refieres al mismo modo en que nos protegiste a John y a mí? No lo creo.

Vio enrojecer el rostro de su padre, como el mercurio en un termómetro. Casi nunca hablaban del pasado, aunque el alma de Caleb estaba teñida de recuerdos. Hacía mucho tiempo que había dejado de esperar algún reconocimiento, mucho menos una disculpa, de su padre.

—Disculpa —añadió—. Tengo que tomar un autobús —cerró la mochila y pasó junto a su padre, camino de la calle.

Dejó la mochila en el porche y silbó a Jubilee. La perra llegó corriendo por la ladera que había detrás de la casa, estornudando y moviendo el rabo de contento. Caleb le dio una palmadita y caminó con la perra por el campo recién arado entre su granja y la de los vecinos.

Levi Hauber estaba cargando sacos de grano en una carreta. Se detuvo y saltó

al suelo al ver a Caleb.

—Tu chico —dijo sin preámbulos—. Solo pienso en él —las lágrimas llenaron sus ojos.

Caleb le informó acerca de los progresos de Jonah.

—Regreso a la ciudad para quedarme allí hasta que pueda traerlo a casa.

—Lo entiendo. Todos deseamos ayudar.

—Y lo estáis haciendo, cuidando de la granja mientras estoy fuera.

—Todo el tiempo que haga falta. Tu tiro es el mejor —añadió, en referencia a los caballos de Caleb—. Te juro que nunca he visto un equipo mejor. Incluso el viejo Baudouin parece lleno de energía.

—Estoy en deuda contigo.

—También estamos echando un ojo a Asa —le aseguró Levi—. Todos los días.

—Gracias —contestó Caleb.

Los Hauber y los Stoltz eran vecinos desde hacía décadas, y los vecinos conocían las peculiaridades de Asa

Caleb y Levi se estrecharon las manos. Y, justo cuando Caleb se volvía para marcharse, alguien salió de la casa.

—Caleb, espera.

Rebecca. Siempre le parecía débil y frágil, con sus ojos pálidos y cabellos rubios y ralos. Sin embargo, por experiencia sabía que tenía una voluntad férrea. La joven corrió hacia él.

—He venido a visitar a los Hauber.

Sí, claro. Su padre seguramente le había contado que Caleb había regresado. Deseó sinceramente poder alegrarse más de verla. Rebecca era una buena persona, amable y devota. Pero no era para él, y él no podía obligarse a sentir lo contrario.

—¿Cómo estás? —preguntó—. Tu padre dijo que habías ido al médico.

Ella agitó una mano en un gesto vago.

—No ha sido nada. Me alegra haber vuelto a tiempo para verte. Y es estupendo que Jonah esté bien. ¿Vendréis Asa y tú a cenar?

—No puedo quedarme —le explicó—. Me vuelvo a la ciudad para estar con Jonah.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—El que sea necesario. Como mínimo, unas cuantas semanas.

—Ya, entiendo. Bueno. Te echaré de menos. Rezaré por Jonah.

—Cuídate —él reculó un paso.

—Caleb. Me preguntaba... creo que deberíamos hablar.

«Madre mía». Quizás fuera más transparente de lo que pensaba.

—¿Y eso?

—Sobre nosotros —contestó ella—. Me temo que te lo estés pensando dos veces.

«Y tres», reflexionó él. «Y cuatro». Cuando su familia y el obispo habían sugerido el cortejo, él había pensado que sería una manera de proporcionarle a Jonah y a Hannah un hogar estable. Pero, a medida que pasaba el tiempo, se cuestionaba esa idea. Sin embargo, cada vez que había intentado hablar de ello con Rebecca, ella cambiaba de tema. Por fin, sin embargo, parecía dispuesta a mantener una conversación difícil.

—Agradezco que saques el tema —contestó Caleb, sosteniéndole la mirada—. Creo que eres una buena persona, Rebecca, y te mereces el amor y la seguridad de una buena familia.

—Sí —dijo ella con voz dulce y agitada—. Eso es lo que quiero.

—Y es lo que todo el mundo quiere para ti. Pero no creo que vayas a ser feliz con nosotros. No somos lo que tú necesitas.

—Pero...

—Los chicos de John dan mucho trabajo. Y darán aún más después del accidente de Jonah.

Ella dudó antes de contestar.

—Hannah estará casada y fuera de aquí en un año o dos. En cuanto a Jonah, bueno, debo cumplir con mi deber.

A Caleb le molestó que ella considerara a Jonah un deber. Era una fuente de alegría, cada día.

—No sería justo someterte a una situación tan complicada —sugirió él.

—He hecho el bordado, Caleb —continuó ella, ignorando la sugerencia.

Iba a lo práctico. Le estaba diciendo a Caleb que estaba preparada para que él siguiera el plan trazado por su familia: bautizo, matrimonio, hijos, siguiendo los pasos de sus antecesores.

—Algo te frena —continuó—. Y no es solo Hannah y Jonah.

—Dejarme barba me va a producir un sarpullido —contestó él, intentando aligerar la situación. Pero, por su expresión, comprendió que no se lo tragaba—. Lo siento. Esto requiere una conversación mucho más larga, pero tengo que tomar un autobús —alargó una mano y apretó delicadamente su hombro—. Rebecca, lo siento mucho. Comprendo que renunciaste a otras oportunidades, y nunca debería habértelo permitido.

—No me interesan otras oportunidades —insistió ella, tomándole la mano—. Me interesas tú, Caleb Stoltz.

Caleb sintió una asfixiante sensación de culpa mientras, lentamente, recuperaba su mano.

—No estaría bien. Sinceramente no lo estaría, y estuvo mal por mi parte hacerte pensar lo contrario.

Ella frunció los labios y respiró hondo.

—Márchate —le dijo—. Ve con Jonah. Todo lo demás puede esperar.

Agitando la mano en el aire se despidió de él y regresó a la casa. De repente se tambaleó hacia un lado y, Caleb saltó impulsivamente hacia ella, sujetándola del brazo.

—¡Eh! ¿Estás bien?

Durante unos segundos ella no habló. Luego se volvió hacia él con una extraña mirada, los ojos empañados por la confusión.

—Caleb. No, yo solo... últimamente estoy muy torpe.

—¿Qué te sucede? ¿Necesitas ayuda?

—No es nada. Solo un dolor de cabeza. Mose Shrock me dio unas pastillas. Me voy dentro —Rebecca subió las escaleras que conducían a la cocina de los Hauber.

Él la vio marchar y sacudió la cabeza. Ojalá fuera más sencillo librarse de esa situación. Ojalá no hubiera accedido al cortejo. Prometerle a su hermano que criaría a sus hijos en la fe era una cosa, pero obligarse a sí mismo a vivir esa fe, eso no lo había prometido. Llamó a la perra y regresaron por los campos hasta la casa. Hannah estaba allí, esperándole para despedirse.

Caleb le entregó un trozo de papel con el número de su teléfono móvil temporal.

—Si necesitas algo, cualquier cosa, pídeselo a Rachel Hauber, o a Alma Troyer. Levi cuidará de tu abuelo, no tendrás que preocuparte por él.

—No lo haré.

—Llámame si necesitas algo. Está bien utilizar el teléfono de la cabina.

—Como desees —ella sonrió—. Eso lo dicen en *La princesa prometida*.

Capítulo 10

Caleb llevaba días sin hacer ningún esfuerzo físico, pero a la mañana siguiente se sintió agotado. De nuevo en casa de Leroy, tuvo la extraña sensación de que había dado la vuelta al mundo entero. Los asuntos que le agobiaban pesaban más que las tareas agotadoras de la granja, o tener que bregar con los enormes caballos.

Sin embargo, no lamentaba la decisión. Jonah era de su familia, y un hombre no se lo pensaba antes de hacer sacrificios por su familia.

Al abrir la puerta del edificio a la soleada mañana, los papeles pinchados en el tablón de anuncios del vestíbulo del edificio de apartamentos revolotearon. La gente buscaba trabajo, compañeros de piso, muebles. Vendía cosas. Se quejaba por los ruidos. Una nota de la vigilancia vecinal alertaba sobre bandas de indeseables que asaltaban a las personas en el barrio. La ciudad era sucia y peligrosa y extraña, y Caleb se sentía fascinado por todo ello.

Reese bajó trotando las escaleras. Llevaba una taza de cartón con café en una mano y sujetaba un bollito entre los dientes.

—Hola —saludó al verlo, la voz camuflada por el bollo.

—Hola —saludó él mientras le sujetaba la puerta y la taza de café—. Parece que tienes prisa.

—Voy tarde —le explicó Reese antes de sacarse el bollito de la boca.

Incluso con los cabellos revueltos y la cara salpicada de migas, esa mujer consiguió levantarle el ánimo con tan solo un amago de sonrisa.

—Soy rápido caminando —Caleb se dirigió hacia el paseo que bordeaba el río.

—Has vuelto —observó ella mientras recuperaba su café y se apresuraba a seguirle el paso—. Quiero decir que es obvio que has vuelto, pero yo no sabía que fueras a darte tanta prisa en ir y volver.

—Podría haber regresado antes, pero perdí el autobús de vuelta —le contó él

—. Me trajo un camión de leche que se dirigía hacia aquí.

El invierno anterior, ese mismo camión se había salido de la carretera durante una tormenta de nieve, y Caleb había utilizado sus caballos de tiro para sacarlo. El conductor le había prometido devolverle el favor cuando Caleb lo necesitara. Y el día anterior le había pedido ese favor.

—He decidido quedarme hasta que llegue el momento de llevar a Jonah a casa —le anunció a Reese—. Ni me imagino no poderlo ver todos los días. Sin embargo, hay que solucionar algunas cosas. Podría acudir a la granja Grantham a diario para trabajar con algunos caballos. Está más cerca de la ciudad que de Middle Grove.

—Bienvenido al mundo moderno —dijo ella—, un mundo en el que tiran de ti en varias direcciones a la vez, y donde tienes que tomar decisiones sobre una docena de cosas a la vez también.

—Sí —Caleb asintió—. Es impresionante.

Ella arrojó la taza vacía a una papelería para reciclaje. Incluso ese pequeño gesto acentuaba las diferencias entre sus dos mundos. En Middle Grove, cualquier objeto que fuera a ser desechado se destinaba bien a reutilizarlo, a ponerlo en el compostador, o se enviaba a la pila de incineración.

Cuando llegaron al hospital, Reese se dirigió a su puesto, en alguna parte, y Caleb fue directo a la planta de pediatría. Presenció la sesión de terapia de Jonah, destinada a acondicionar y tonificar sus músculos, y a enseñarle nuevas maneras de moverse sin un brazo. Resultaba a la vez conmovedor e ilustrativo ver la concentración del muchacho y la determinación que ponía en los ejercicios.

—Lo está haciendo muy bien —aseguró la fisioterapeuta mientras chocaba los cinco con el pequeño—. Jonah, eres el que más trabaja de todos mis pacientes.

—¿He trabajado lo bastante bien como para ganarme una ronda de Birdbrain? —era su videojuego preferido del momento.

—Claro, desde luego. Te veo luego, chico.

—Vamos, tío Caleb, te enseñaré cómo se hace —Jonah correteó hasta la sala de los pacientes.

A medida que el niño introducía alegremente a su tío al juego Birdbrain, Caleb reflexionó sobre cosas mundanas y se preguntó qué futuro le aguardaría a Jonah. ¿Cómo sería la vida de ese crío después de una lesión tan devastadora? En sus momentos más oscuros, Caleb se preguntaba si Jonah tendría la misma alma torturada de su madre y de su hermano, John. ¿Y si el chico intentaba hacerse daño? ¿Cómo iba a poder protegerlo?

Quizás Jonah se aferraría con fuerza a las tradiciones del Viejo Orden, igual

que había hecho John tras el intento fallido de suicidio. O a lo mejor se iba a sentir más como Caleb, zarandeado entre dos mundos. «Ojalá no encajes en este mundo».

—¿En qué piensas? —preguntó Jonah, sacándole de sus atribulados pensamientos.

—Estaba pensando en ti, hombrecito —contestó con una sonrisa forzada.

—Qué gracia, yo también.

Reese entró en la sala, un ciclón de rizos y sonrisas, y con esa manera de mirar a Caleb, como si fuera la única persona en todo el planeta. Incluso vestida de médico era como una margarita recién cortada. En el cuello de la bata llevaba una chapa en la que podía leerse: «Trabajo en turno de siempre».

—Hola, Reese —Jonah sonrió resplandeciente y Caleb sintió que su corazón se aligeraba.

—Tengo un descanso —anunció ella—. He oído rumores sobre ti, jovencito. Me han dicho que eres el favorito de todo el mundo en esta planta.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Eso está bien —la sonrisa del muchacho desapareció—. ¿Y no será porque la gente siente lástima de mí por lo del brazo?

—Confía en mí, nadie siente lástima por un chico capaz de ganarle al doctor Parmenter al ajedrez y al parchís.

La sonrisa volvió al rostro de Jonah.

—Bueno, de acuerdo.

Minutos después llegó una auxiliar para llevárselo.

—Hora de tu terapia de grupo.

—¿Eso qué es? —preguntó Caleb.

—Nos sentamos en grupo y hablamos de nuestros sentimientos —le explicó Jonah—. Es muy divertido.

Caleb no pudo contener la risa.

—¿Y desde cuándo sabes tú hablar de sentimientos, Jonah Stoltz?

—¿Ves? —el niño sonrió—. Estoy haciendo progresos —abrazó brevemente a su tío y luego chocó los puños con Reese—. No te rindas —le dijo.

—No lo haré —contestó ella.

—¿Chocar los puños? —Caleb se volvió hacia ella cuando Jonah se hubo marchado—. ¿En serio?

—Cosa nuestra —ella se encogió de hombros.

—¿No te rindas?

—Una expresión. Jonah es muy rápido pillando las cosas.

Caleb asintió y consultó el reloj.

—Hay un autobús que sale para Half Moon Junction, la parada más próxima a la granja Grantham. Tengo que irme a trabajar.

—Yo también debería irme a trabajar —ella asintió, titubeó y lo miró—. ¿Estás ocupado esta noche?

El corazón de Caleb falló un latido.

—¿Qué tienes pensado?

—No es una cita —le explicó Reese a su madre. Joanna Powell había aparecido sin avisar, un torbellino de energía y motivación. Reese se estaba preparando para la velada con Caleb—. Es una... salida —le aclaró.

Su madre recorrió el apartamento, fijándose en los manoseados manuales de ejercicios, el correo sin abrir y los montones de papeles relacionados con el Match.

—Me sorprende que tengas tiempo para salir, mucho menos para una cita. ¿De quién se trata?

—Solo alguien que conocí en el hospital —Reese se mordió el labio, sin ganas de entrar en detalles.

Ni siquiera era capaz de explicarse a sí misma la atracción que sentía hacia Caleb, mucho menos a su madre. Ese hombre ejercía sobre ella el mismo efecto que un imán. Con frecuencia se sorprendía intentando encontrárselo, buscando esa indescriptible excitación del calor que la inundaba cada vez que lo veía. Mientras dormitaba en la sala de guardia, soñaba con él, y despertaba con visiones en las que le enseñaba la ciudad. Su reacción maravillada ante las cosas más ordinarias resultaba contagiosa, despertándola a muchas cosas que ella ya daba por sentadas. Intentaba asegurarse a sí misma que esas sensaciones desaparecerían en cuanto se acabara la novedad. Sin embargo, el deseo no hacía más que intensificarse. Quería pasar más tiempo con él. Le gustaba cómo se sentía cuando él estaba delante, relajada y centrada, un agradable descanso de su habitual estado de ansiedad.

—Entonces... ¿qué es? ¿Un residente? ¿Un jefe de residentes? —insistió su madre.

A su madre ni se le pasaba por la cabeza que Reese pudiera entablar amistad con alguien que no fuera del gremio.

—Nada de eso. Es el tío de un paciente. Tuvieron que amputar el brazo del

chico, y Caleb es su tutor. Yo estaba en urgencias cuando entró el muchacho, y Caleb estaba... bueno, mientras le amputaban el brazo, nosotros... conectamos.

—Entiendo —su madre apretó los labios—. Habrías aprendido más asistiendo a la amputación que quedándote con el tío. Me preocupa que te estés distrayendo.

Reese se negó a morder el anzuelo.

—A veces creo que necesito distraerme un poco.

—¿Vas a ponerte eso? —su madre la miró de arriba abajo.

Reese deslizó las manos por el ajustado vestido de color rojo que había elegido.

—Eso parece.

—Me temo que será él quien se distraiga.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Bueno, supongo que no te vendrá mal un poco de diversión —Joanna soltó un archivador con información—. Echa un vistazo a este programa de Georgetown. Creo que deberías añadirlo a tu lista de opciones.

—Lo haré, mamá. Gracias.

—Tengo que irme —su madre consultó el móvil—. Tu padre da una conferencia esta noche. Ya te lo conté.

—De acuerdo, genial —el nivel de estrés de Reese subió un punto. Lo cierto era que se enorgullecía enormemente de los logros de sus padres, y sabía que les encantaba que asistiera a sus eventos.

—¿Y dónde vas a ir con ese hombre misterioso?

Reese se pintó los labios y guardó el carmín en su bolso.

—A bailar salsa.

—Vaya —su madre enarcó una ceja—. Bueno, pues que te diviertas entonces.

En cuanto su madre se marchó, Reese soltó un suspiro. Se dijo a sí misma que no había motivo para sentirse culpable por no asistir a la conferencia de su padre. Era un hombre brillante y famoso. No la necesitaba a ella entre el público.

Unos cuantos minutos más tarde, Caleb apareció ante su puerta. Al verlo, todas las preocupaciones sobre sus padres desaparecieron y una clase diferente de sensación revoloteó en su pecho.

—Hola —saludó mientras admiraba los pantalones ajustados, la camisa blanca, y los cabellos húmedos de la ducha—. Estás estupendo.

—Tú tampoco estás mal —Caleb la miró fijamente y su mirada desprendió un destello cálido.

—Gracias. Espero que no pienses que estoy loca por arrastrarte a una velada

de salsa.

—Y yo espero que no pienses que estoy loco por haber aceptado. Debo advertirte que no he dado un paso de baile en mi vida.

—No te preocupes. Estarás en buena compañía. Hoy es la noche amateur en el club de salsa. Nos reuniremos allí con Leroy y su nueva cita, Cheryl, y unos cuantos más del hospital —una vida social. Menudo concepto. Caleb la motivaba para salir y hacer algo más que estudiar, trabajar y preparar el Match.

Caminaron varias manzanas hacia una zona llena de cafés al aire libre, bulliciosos restaurantes y clubes. Era la típica noche de finales de verano, y la gente se agrupaba en la calle peatonal para disfrutar de los últimos días de calor. Reese y Caleb se encontraron con Leroy y los demás, alrededor de una mesa fuera del club.

Reese presentó a Caleb a todos, fijándose en las reacciones de Cheryl, Misty, una técnica de laboratorio, y la cita de Misty, un tipo australiano llamado Stuart. Como era de esperar, Misty y Cheryl contemplaron a Caleb con evidente apreciación.

—Bienvenido a la noche del viernes —dijo Misty—. Trabajamos duro. Es hora de jugar duro. Tomaos una cerveza —sugirió mientras les llenaba un vaso a cada uno.

Las conversaciones pronto derivaron a los chismorreos del hospital y a algunos casos. Reese miraba a Caleb, que escuchaba educadamente en silencio. Si ya desentonaba en el grupo, una conversación sobre el trabajo no hacía más que agudizar el contraste.

—No hablemos de trabajo —sugirió ella—. Ya pasamos demasiado tiempo trabajando.

—Buena idea. Conozco un juego al que podríamos jugar —anunció Cheryl mientras recogía una baraja de cartas de la mesa—. Se llama «jamás en mi vida he...».

Reese bebió un buen trago de cerveza.

—No es mi preferido. Siempre me pongo en vergüenza.

—Razón de más para jugar —intervino Caleb, mirándola fijamente.

—¿No hay ningún Trivial o algún otro juego?

Caleb la ignoró y se volvió hacia Cheryl.

—¿Cómo se juega?

—Es sencillo —le explicó ella—. Levantas la mano en alto con los cinco dedos extendidos y, si la afirmación no se te puede aplicar, bajas un dedo. Pierdes si te quedas sin dedos levantados.

—¿No suele haber un componente alcohólico en este juego? —preguntó Stuart.

—Podría ser —observó Reese—. Pero no es obligatorio.

Leroy sacó la primera carta.

—Jamás en mi vida he... teñido mi pelo de un color que no se encuentre en la naturaleza.

Todas las mujeres bajaron un dedo. En alguna ocasión, Reese se había dado mechadas de color rosa neón, más de una vez, básicamente para irritar a sus padres. Ninguno de los chicos lo habían hecho. Caleb miraba anonadado.

—Siguiente carta —anunció Leroy—. Jamás en mi vida he... mentido para evitar problemas.

Todos, salvo Caleb, tuvieron que bajar un dedo.

—Todos culpables —anunció Reese antes de volverse hacia Caleb—. No me creo que nunca hayas mentido para evitar problemas.

—Ni siquiera sabía que mentir era una opción —él sonrió.

Lo cierto era que a ella no le sorprendía. Caleb no era mentiroso. Una de las primeras cosas que había advertido en él era su sinceridad.

—Siguiente —continuó Leroy—. Jamás en mi vida he montado a caballo.

En esa ocasión, Caleb sí bajó un dedo. Por supuesto que había montado a caballo. De hecho, todos los demás, excepto Reese, también.

—Tuve una infancia con muchas carencias —se excusó.

—Sí claro —bromeó Leroy—. Cuántas carencias debiste sufrir.

—Jamás en mi vida he utilizado maquillaje para ocultar un chupetón —fue el siguiente desafío.

Reese se sonrojó, pero bajó deportivamente un dedo, la única en hacerlo.

—¿En serio? —se extrañó, mirando a su alrededor—. Venga ya.

—¿Qué es un chupetón? —preguntó Caleb.

—Deberías mostrárselo —sugirió Misty.

—Siguiente —anunció Reese mientras tomaba otra carta—. Jamás en mi vida he... pensado en otra cosa mientras practicaba el sexo.

—Pues vaya una estupidez —observó Cheryl—. Vamos a saltarnos esta. Si piensas en otra cosa mientras practicas sexo, es que estás haciendo algo mal.

—No, es que él está haciendo algo mal —intervino Reese—. Pasemos a otra. Jamás en mi vida he... practicado sexo en un vehículo en movimiento —genial otro dedo que iba a tener que bajar. En su primer año, en un viaje en microbús por la Costa Brava española. Apenas recordaba al tipo, pero el vino y el sexo...

—¿Cuenta un barco? —preguntó Stuart.

Todos, excepto Caleb, tuvieron que bajar un dedo. Reese se moría de ganas de conocer su pasado romántico y sexual. Quizás algún día pudiera intimar con él lo bastante como para preguntar.

—Jamás en mi vida he... despertado con alguien a quien no conociera —leyó Leroy en la siguiente tarjeta.

«¡Madre mía!». Avergonzada, Reese bajó otro dedo, perdiendo el juego.

—Solo fue una vez, ¿de acuerdo? En Nochevieja cuando iba a la universidad —apenas era capaz de mirar a Caleb—. Voy a empezar a llamar a esto el juego de no me juzgues.

Los demás fueron perdiendo uno tras otro, con preguntas mucho menos provocativas sobre comer donuts de bacon o fingir ser un extranjero. Al final, Caleb fue el único que quedó, tras haber admitido únicamente haber montado a caballo, construir algo de madera, y disparar un arma.

—Ya ha empezado el baile —anunció Cheryl—. Vamos dentro.

Reese suspiró aliviada. Se preguntó qué pensaría Caleb de ella después de haberla visto admitir algunos de los momentos culminantes de sus años de universidad.

El club de salsa estaba oscuro y abarrotado, y se respiraba un ambiente de excitación y música. Reese miró a Caleb. Él observaba las luces y la pista de baile con expresión perpleja.

—Vamos a sentarnos a una mesa y nos quedamos un rato observando —sugirió ella—. Después lo intentamos.

—Suena bien, Reese.

Encontraron un lugar cerca de la abarrotada pista de baile y pidieron el especial de la casa: sangría con trocitos de fruta fresca. Caleb probó la suya.

—Me gusta —observó antes de vaciar su vaso de unos pocos tragos.

—Eh, tranquilo, vaquero —le advirtió ella—. Esto pega fuerte.

—Voy a necesitar que me peguen bien fuerte para conseguir salir a esa pista de baile.

—Buena observación —ella rio—. Yo no soy muy buena, pero los pasos básicos son bastante sencillos.

Mientras observaban, la rodilla de Caleb subía y bajaba al ritmo de la música. Había una pareja sobre una plataforma elevada, que enseñaba cómo se hacía. Misty y Stuart se animaron, seguidos de Leroy y Cheryl, con resultados diversos, pero muchas risas. Después del segundo vaso de sangría, Caleb alargó una mano con la palma hacia arriba.

—¿Bailamos?

—Creía que no me lo ibas a pedir nunca —ella le tomó la mano.

La mano de Caleb agarraba con fuerza y energía, tal y como ella había esperado. Lo que no se había esperado era la sensación de excitación que la invadió cuando posó la otra mano en la parte baja de su espalda y la condujo hasta la pista de baile.

—Solo hay tres sencillos pasos y ocho tiempos —le explicó Reese—. Observa a la pareja de la plataforma. El resto no es más que puro teatro.

—¿Te conoces los tres pasos?

Ella se lo demostró, uno, dos, tres, pausa. Cinco, seis, siete, pausa. Él observaba sus piernas y pies con una intensidad que era casi como una caricia, haciendo que se le colorearan las mejillas.

—Ya está —concluyó ella, fingiendo no darse cuenta de cómo la miraba—. Mírame otra vez, y luego lo intentamos.

Caleb se quedó frente a Reese, y ella sintió un cosquilleo cuando deslizó la mano hacia la parte alta de su espalda, imitando a la pareja que guiaba.

—¿Qué tal?

—Eh, sí —el cosquilleo se había extendido por todo su cuerpo—. Así está bien. Vamos a practicar los pasos.

Tras unas cuantas salidas en falso, él pilló la sencilla coreografía.

—¿Dónde aprendiste este baile? —le preguntó.

—Asistí a clases de bailes de salón para principiantes para un crédito de EF durante un año.

—Crédito de EF.

—Educación física. Un crédito de la universidad.

—Educación física —él sonrió a medias—. Ese concepto no lo tenemos en nuestra comunidad —aun así continuó practicando los pasos, adecuándolos al ritmo con sorprendente garbo.

—Oye, para ser primerizo eres bueno. Has pillado los pasos en nada de tiempo.

—He ido a muchas exhibiciones de caballos.

—O es una incongruencia o me acabas de insultar.

—En absoluto. Mis caballos ganan premios.

—Ahora estoy segura de que me has... —Reese se quedó sin aire cuando él pilló el ritmo de la música y comenzó a moverse con una elegancia que no había esperado. A mitad del baile, se dio cuenta de que varios parroquianos los observaban. Vestido con su sencilla camisa blanca y pantalones oscuros, estaba imponente. Por muchos motivos, su estatura, los hombros, el pelo, y su

absolutamente ingenua felicidad al bailar.

—Por el amor de Dios —le susurró Misty al oído durante una pausa—, si no te lo llevas a casa ahora mismo y te lo tiras, voy a tener que hacerlo yo misma.

—Es... nosotros no somos así —protestó Reese, pero no lo bastante fuerte para que Misty lo oyera.

Porque lo cierto era que lo deseaba. Esa atracción pura que sentía era nueva para ella. Había salido con otros tipos, y siempre había habido un elemento de especulación. «¿Somos compatibles? ¿Encajan nuestros horarios? ¿Trabajamos en el mismo campo, tenemos metas similares?».

Pero, cuando se trataba de Caleb, nada de eso importaba. Era como si sufriera un hechizo misterioso y poderoso, y ella no tenía ni idea de qué hacer al respecto, salvo esperar que terminara por desaparecer, como un virus.

Reflexionó sobre ello camino de su casa. Empezar algo sería una idea muy mala, pero a la vez le parecía la mejor idea que había tenido en mucho tiempo. Mientras caminaban uno al lado del otro, sus manos se rozaron, más de una vez, y ella encontró el contacto casual ridículamente provocador.

Leroy y su cita habían bebido demasiado, y reían y flirteaban mientras caminaban abrazados. Al llegar a la puerta, él agarró a Caleb y se lo llevó a un lado para murmurarle algo, después subió las escaleras con Cheryl.

—Va a tener suerte —observó Caleb—. Y sí, sé qué significa eso. También significa que voy a tener que dormir en tu sofá. Si no te importa.

—¿Y si me importara? —Reese sentía cosquillas por toda la piel.

—El caso es que no te importa —él sonrió—. Te conozco, Reese. Conozco esa mirada.

Ella lo precedió por las escaleras.

—Tú no me conoces —abrió la puerta del apartamento y entraron. Ella se volvió—. Pero de acuerdo. Puedes quedarte en el sofá. Te traigo una almohada y una sábana.

Capítulo 11

A medida que pasaban los días y Jonah se iba recuperando, Reese y Caleb adoptaron una rutina. Cada mañana muy temprano, él tomaba un autobús hasta la granja Grantham, donde trabajaba con los caballos. A última hora del día regresaba para visitar a Jonah a la hora de la cena y se quedaba hasta que el niño se acostaba. Si la agenda de Reese era compatible con ese horario, después solían ir a alguna parte. Ella se decía a sí misma que si pasaba tanto tiempo con Caleb era porque estaba solo en la ciudad, intentando equilibrar sus responsabilidades hacia Jonah con el trabajo y la lejana granja de Middle Grove. Pero lo cierto era que la amabilidad no era su única motivación.

Le encantaba compartir su mundo con él. Todo le sorprendía: la moqueta del suelo, el menú de un restaurante, el hecho de que alguien te pudiera llevar la comida a la mesa y a cambio recibiera una propina. Una noche ella le hizo probar la pizza, otra fue sushi, riendo a carcajadas ante la expresión de su rostro al ver cómo trabajaban los cocineros con los cuchillos y los sopletes.

—En casa seguramente utilizaríamos esto como cebo para los peces —observó al contemplar una porción de unagi y un rollito cubierto con una capa de huevas de un brillante color naranja.

—Pruébalo —lo animó ella—. No volverás a contemplar del mismo modo un cebo para pescar.

Caleb se peleó con los palillos, pero consiguió meterse un pedazo cubierto de huevas en la boca. Abrió los ojos desmesuradamente y le empezaron a llorar. Tragó con dificultad, tomó un vaso de agua y lo vació de un trago.

—Veo que no te ha gustado —observó Reese mientras disimulaba una sonrisa.

—Lo seguiré intentando hasta que me guste —con mucha decisión él tomó otro pedazo, en esa ocasión un rollito vegetariano.

—¿Te resulta difícil? —ella lo contempló desde el otro lado de la mesa—. Me refiero a vivir en este mundo.

Caleb dejó los palillos a un lado y le devolvió la mirada. Parecía estar fijándose en sus labios.

—En algunas ocasiones es demasiado fácil.

Reese le dio vueltas a ese comentario en su cabeza mientras paseaban de regreso al apartamento después de la cena.

—Por demasiado fácil, ¿te refieres a conveniente?

—Podría no ser más que el necesario reajuste, acostumbrarme al modo en que funcionan las cosas. Como que alguien te sirva la comida recién hecha y luego se lleve los platos vacíos. O cuando tienes que hacer la contabilidad y resulta que hay un programa que lo hace todo.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—No, es solo algo, como diría mi amiga Reese —al pasar frente a un gimnasio de moda, abarrotado de máquinas, él sacudió la cabeza—. Eso sí que no lo verás nunca en una comunidad amish, aparatos para hacer que el cuerpo trabaje más.

—Muchas personas trabajan todo el día ante un escritorio. Cuando tú haces declaraciones de impuestos, seguramente te pasará.

—Pero no todo el día. Por la noche. Durante el día tengo que trabajar en la granja o con los caballos. No necesito gimnasio.

«Eso salta a la vista», pensó ella, incapaz de no fijarse en los atléticos brazos. En lo más hondo de su ser, sabía que lo que sentía no era solo atracción. En el fondo había un destello muy satisfactorio de desafío, pues aquello no se ajustaba a sus normas. Era totalmente nuevo, diferente e inesperado. No le resultó nada difícil imaginarse la reacción de sus padres si les contaba que se había enamorado de un tipo amish. Seguramente les sorprendería menos si les anunciaba que salía con un inuit.

Y todavía más en el fondo, en el mismo centro, sentía aprensión. Alguien que fuera mejor persona se sentiría totalmente convencida y decidida a continuar con esa relación, pero ella no era esa mejor persona. Por tanto, la única cosa que podía sentir en esos momentos era aprensión.

Con Caleb Stoltz no había ningún futuro posible y, aunque nunca habían hablado del tema, ambos lo sabían. Llevaba años recorriendo obedientemente el camino trazado de su carrera de medicina y no podía permitirse el lujo de vacilar. Cualquier distracción, y ese hombre generaba unas cuantas, acabaría por hacerle sentir esa aprensión.

Mirando a su alrededor en el paseo del río, se fijó en una pareja interracial sentada en un banco del parque, un ejecutivo negro vestido con un traje de

aspecto caro y un maletín de marca. Su brazo rodeaba a una mujer blanca vestida con el uniforme de un restaurante de comida rápida. Toda su atención estaba puesta en el móvil, mientras que ella hacía globos de chicle con expresión aburrida. «Lo de esos dos no funcionará». Se preguntó qué pensaría la gente cuando la viera a ella con Caleb.

—Sí, pero debes admitir que algunas cosas de mi mundo son impresionantes —observó ella, obligándose a pensar en otra cosa.

—Nunca he dicho que no lo fueran. Poder escuchar la música que te apetece con abrir Unap es impresionante.

—¿Qué has dicho?

—Unap. Todo el tiempo estáis abriendo Unap para un montón de cosas, aunque yo no veo abrirse nada.

—App —señaló ella.

—¿Qué?

—Es «una App», no «Unap» —ella le mostró la pantalla del teléfono—. Estos programas se llaman aplicaciones, App, y cuando pulsas, se dice que se abre.

—Ahora le encuentro más sentido —Caleb tomó el móvil de Reese y estudió la pantalla antes de enarcar una ceja—. ¿Ligar?

Ella se sonrojó.

—Nunca he utilizado esa. Se me había olvidado que la tenía.

Reese intentó recuperar el móvil, pero él se lo impidió mientras pulsaba sobre un icono llamado «Lugares favoritos».

—Esto está bien.

—Son fotos de viajes de otras personas. Puedes ver el mundo sin necesidad de salir de tu casa —ella observó la expresión cautivada de Caleb mientras contemplaba la imagen de una playa idílica. Y se le ocurrió una idea—. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste a la costa?

—Nunca he estado. Nunca he visto el mar.

—Pues eso no está nada bien. ¿Sabes qué?

Él la miró fijamente a los ojos y la irritante sensación de aprensión se esfumó al instante.

—¿Estás pensando lo que yo creo que estás pensando?

Caleb admiraba la perseverancia de Reese. Cuando se le metía algo en la cabeza, no había manera de detenerla. Estaba absolutamente convencida de que necesitaba ver el mar por primera vez, y un caluroso día de septiembre hizo

realidad su deseo. Tras la visita matutina a Jonah, Caleb se reunió con ella en el garaje donde guardaba el coche.

Ella ya estaba allí, como una mariposa con un vestido blanco de gasa y un sombrero de paja de ala ancha adornado con un pañuelo rosa. Caleb no podía apartar la vista de sus piernas mientras Reese metía las cosas en el maletero y el asiento trasero. Antes de ponerse más nervioso, se aclaró la garganta para hacerle notar su presencia.

Ella se volvió y su rostro se iluminó con esa sonrisa en la que él pensaba con demasiada frecuencia.

—¿Preparado? —preguntó.

—Sí. ¿Necesitas que te ayude con algo?

—Todavía no. Lo necesitaré cuando lleguemos allí —Reese abrió la capota del coche y él se acomodó en el asiento del copiloto.

Le había tomado prestados a Leroy unos pantalones cortos y chanclas, y llevaba puesta una camiseta blanca. Al detenerse en un semáforo, pilló a Reese mirándolo.

—¿Qué? —preguntó

—Nada —ella apartó la mirada bruscamente.

—¿Me estás mirando así y no ves nada? —él rio y apoyó el codo en la ventanilla.

—Es que acabo de darme cuenta de que estás moreno.

—Sucede todos los veranos.

—Yo pensaba que los amish solo llevabais pantalones largos.

—No cuando vamos a nadar.

—Ah. ¿Lleváis pantalones cortos o traje de baño?

—No. Nunca he tenido unos pantalones cortos.

Ella se volvió de nuevo hacia él y se bajó las gafas de sol. Sus ojos se abrieron desmesuradamente al comprender.

—¡Oh!

—No tiene ningún sentido ponerte ropa seca para meterte en el agua.

—Visto así...

El semáforo cambió y ella apartó de nuevo la mirada.

—Hay crema solar en esa bolsa detrás de ti —le explicó—. Mi deber como médico es advertirte sobre las quemaduras solares. Hazte un favor a ti mismo y ponte un poco. Volveremos a ponernos más cuando lleguemos allí.

Él se extendió obedientemente la loción con aroma a coco por los muslos y brazos.

—No te olvides de los empeines de los pies — insistió Reese—. Son muy delicados.

—Hasta que fui lo bastante mayor para trabajar en los campos, en verano nunca llevaba zapatos.

—Siento curiosidad. Haces que la vida sencilla suene idílica. ¿Por qué iba a querer alguien marcharse de allí?

—Cada uno tiene sus motivos. Es complicado.

—Soy capaz de soportar lo complicado —ella cerró los dedos de las manos en torno al volante—. Hannah me contó que tu intención era marcharte, pero que volviste cuando mataron a tu hermano.

Caleb entornó la mirada, fija en la carretera.

—Siempre estaba de *rumspringa*... —aún recordaba la embriagadora sensación de libertad y todas las posibilidades, sin restricciones, que se abrían a él en aquellos tiempos.

—¿Y cómo te fue? ¿Como a Jerry Springa? ¿Te pasabas todo el día en la calle y te colocabas?

—Debes haber visto el documental en televisión —él sonrió.

—Reconozco que algunas partes, sí. ¿Fue tal y como lo describían?

—Para algunos puede que sí. Para mí, sin embargo, no.

—Entonces no fuiste tan rebelde.

—Eso depende de a quién le preguntes. Algunos te dirán que fui de la peor clase de rebelde. Por lo menos a los ojos de los miembros más conservadores de la comunidad.

—Entiendo. ¿Y qué era para ellos la peor clase de rebelde?

—Fui a estudiar —por la expresión de Reese, Caleb supo que no lo había entendido—. A la universidad. La universidad estatal. El dueño de la granja Grantham pagó mi pupilaje y así pude asistir a clases.

—¿Y la gente de tu comunidad estaba en contra?

—Desde luego —el conocimiento mundano despertaba miedo, siempre había sido así. Miedo de que la educación despertara a la bestia. Asa se había mantenido con los puños a los costados, la mandíbula encajada, en silenciosa ira—. La educación se considera un cebo más atractivo que las películas en 3D o la música de rock n' roll —le explicó Caleb a Reese—. Cuanto más aprende una persona, más querrá experimentar el mundo.

—Y sin embargo tú regresaste a Middle Grove.

—Lo hice.

—Por Jonah y Hannah.

—Eso es.

—¿Nunca has pensado en marcharte de la comunidad con ellos dos?

—No. John quería que fueran criados como amish. Lo menos que puedo hacer es respetar la última voluntad de mi hermano —él hizo una pausa antes de revelar uno de sus recuerdos más dolorosos—. John no murió de inmediato cuando le dispararon. Sobrevivió el tiempo suficiente para explicarle al obispo, y a mí, su última voluntad.

—Que sus hijos fueran criados en la fe. Sí, ya me lo habías contado. Eres muy leal —observó ella—. Y los chicos tienen suerte de tenerte.

En realidad era más agradecido que leal. Le debía muchísimo a John. Había habido momentos en que lo único que se había interpuesto entre Caleb y el puño de su padre había sido su ferozmente protector hermano. Y solo por eso Caleb siempre estaría en deuda con él. Y en esos momentos más que nunca, teniendo en cuenta lo que estaba viviendo Jonah.

Ella lo miró mientras dejaban atrás la ciudad.

—Eres un buen tipo, Caleb Stoltz. Y tu gran rebeldía adolescente fue asistir a la universidad. Todavía no consigo asimilarlo.

—¿Y la tuya cuál fue? Suponiendo que tuvieras una.

—La habitual. Sexo, drogas y rock n' roll. Sin embargo no puede decirse que alterara mucho a mis padres. Ellos empezaron a hablarme de sexo seguro antes de haber alcanzado la pubertad. Me dieron un gráfico sobre las drogas y me hicieron memorizar los riesgos y los antidotos. Y durante toda mi infancia escuché música de Pearl Jam, Nirvana, Soundgarden... De haber querido realmente escandalizar a mis padres, me habría negado a ir a la universidad.

—Supongo que los dos fracasamos en nuestra intención de rebelarnos —observó él.

Avanzaron por la autopista y el tráfico se fue reduciendo considerablemente. Reese siguió las indicaciones hacia una carretera secundaria. Pronto entrarían en New Jersey. Caleb nunca había estado en New Jersey. La carretera que conducía hacia el este estaba prácticamente desierta, una de las ventajas, le explicó ella, de salir en día laborable.

—¿Alguna vez has conducido un coche? —le preguntó—. Hannah me dijo que sí.

—Una o dos veces. Uno de mis amigos tenía un viejo Chevy escondido en un cobertizo. Conseguimos arreglarlo y ponerlo en marcha. Nos turnábamos para conducir hasta que el padre de mi amigo se enteró y lo llevó al desguace —decidió no ilustrarla sobre la reacción de su propio padre.

—Cambiemos de sitio —Reese se detuvo a un lado de la carretera.

Caleb no se molestó en discutir. Se bajó del coche de un salto y se acomodó al volante tras ajustarse el cinturón. Sus piernas estaban incómodamente encogidas contra el salpicadero.

—¿Cómo se ajusta esto? —preguntó.

—Hay una palanca a un lado del asiento —ella se apoyó sobre él, le tomó una mano y la guió hasta la pequeña palanca cerca del suelo.

El ligero peso de su cuerpo contra el suyo, el olor de sus cabellos, la sensación de su cálida piel, ejerció un efecto embriagador sobre Caleb, que se mantuvo inmóvil, intentando no reaccionar a la cercanía y su contacto.

Al fin consiguió ajustar el asiento y volvió a ponerse el cinturón.

—Entendido —anunció—. De acuerdo entonces. Preparado.

—Lo mismo digo —contestó Reese—. Es bastante sencillo. Hazme saber si tienes alguna pregunta.

Caleb colocó el espejo retrovisor, intentando recordar la última vez que había conducido un coche. El viejo Chrysler de Hiram Voss, quizás diez años atrás. Ocasionalmente algún tractor o camión en Grantham para hacer alguna labor o tarea. Y nada más. ¿Un deportivo descapotable? Jamás.

Sus labios se curvaron hacia arriba ante la sensación de anticipación que se extendió por todo su cuerpo. Puso la palanca en posición «drive», y comprobó la carretera, que seguía vacía. A continuación se incorporó a la autopista. El coche dio unos cuantos bandazos hasta que se acostumbró a conducir un vehículo que respondía tan bien. Acelerar con suavidad y firmeza y frenar, ahí estaba la clave.

Reese encendió la radio. De ella surgió una canción sobre malas costumbres y la búsqueda de un extraño, el fuerte ritmo saliendo de unos altavoces invisibles.

—Los Kooks —le explicó ella—. Un clásico de los años noventa.

A Caleb le gustó la sensación de conducir con música por la rectilínea carretera que llevaba a la costa. El asfalto liso atravesaba una zona de tierras bajas y pasaba junto a una zona pantanosa cubierta de maleza y alguna que otra carretera secundaria que llevaban a pequeños núcleos de población. De niño, le solían obsesionar los mapas y deslizaba el dedo por las líneas que marcaban carreteras y ríos, imaginando lugares que, sabía, jamás iba a ver.

Tras consultar el cuentakilómetros, aceleró hasta el límite máximo permitido, sintiendo la fuerza del motor que los llevaba. Se relajó y se dejó impregnar del placer de la libertad que lo invadía. El cálido sol y el viento, la radio, el olor a coco de la crema solar, una chica guapa a su lado, todos esos elementos se unían en una singular sensación, tan embriagadora que casi no sabía cómo nombrarla.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Me alegra que estés disfrutando —observó Reese.

—Disfrutar es decir poco. Es una sensación de libertad, felicidad y excitación, todo a la vez.

—Nunca tenemos demasiado de eso.

—¿En serio?

—Es mi problema. Tiendo a olvidarme de divertirme porque estoy tan ocupada estudiando y trabajando e intentando planear mi futuro.

—Pues es un problema bastante grande.

—Estoy trabajando en ello —ella se volvió ligeramente en el asiento—. Y esto me está ayudando. ¿Te gusta conducir?

—Este coche no se maneja como un tractor —Caleb pisó el acelerador y, con un potente rugido, el coche aumentó su velocidad.

Permitió que sus preocupaciones se desprendieran como las hojas al viento. No podía hacer nada. Cualquier cosa era posible. Jonah se curaría y volvería a estar como siempre. Hannah hallaría su felicidad, de algún modo. Y él...

Una aguda sirena rasgó sus pensamientos.

—¡Mierda! —exclamó Reese, mirando por encima del hombro—. Párate a un lado. Mierda. Mierda. ¡Mierda!

Caleb miró por el retrovisor, Y allí estaban los coloridos destellos de las luces de un coche patrulla de carretera. Desvió el descapotable a un lado de la carretera y apagó el motor.

—¿Sabes qué hacer? —preguntó Reese. Estaba mortalmente pálida, como si se estuviera preparando para lo peor.

—Supongo que lo que me digan.

—Maldita sea. Mierda. Rápido, vamos a preparar nuestra historia.

—¿Y qué tiene de malo la verdad?

—La verdad te conseguirá una colosalmente costosa multa.

—El delito nunca trae cuenta —murmuró él—. Y mentir tampoco.

Enseguida oyó el crujido de unas botas sobre la grava y vio acercarse a la mujer policía. Llevaba el uniforme de la patrulla de carreteras. Una placa y el arma guardada en la funda lanzaban destellos al ser alcanzados por el sol. Llevaba gafas de sol y los cabellos recogidos en una coleta, en sus rosados labios un toque de carmín.

Pero ni un toque de sonrisa.

—Permiso de conducir y permiso de circulación, por favor.

Reese parecía a punto de vomitar mientras rebuscaba en la guantera y sacaba

una hoja impresa. Caleb sacó la billetera del bolsillo y le entregó un permiso de conducir. Reese pareció a punto de desmayarse de alivio.

La patrullera se quitó las gafas de sol y estudió el permiso de conducir, por delante y por detrás. A continuación deslizó la mirada por el coche.

—Señor... Stoltz —dijo—. ¿Sabe a qué velocidad circulaba?

«Como el viento».

—No, señora. Estaba observando la carretera.

Ella lo miró y de nuevo al permiso de conducir. Algo en él pareció llamar su atención porque, de repente, su expresión cambió.

—Iba a más de ciento veinte kilómetros por hora —le informó la agente—. ¿Sabe cuál es el límite de velocidad aquí?

—La última señal por la que pasamos indicaba noventa —admitió Caleb.

—¿A qué tanta prisa?

—Voy a ver el mar —le contó él—. Es mi primera vez.

—Claro —ella lo miró con los ojos entornados antes de arrancar el permiso de circulación de la mano de Reese—. No se muevan —ordenó—. Enseguida vuelvo —se dio bruscamente media vuelta y regresó al coche patrulla.

—Gracias a Dios que tienes permiso de conducir —susurró Reese.

—Lo obtuve a los dieciséis años.

—¿Y sigue en vigor?

—Lo renuevo cada cinco años, lo necesite o no.

—¡Dios! Más de ciento veinte kilómetros por hora. Ni siquiera me imagino...

—Reese se quitó el sombrero y se abanicó con él.

Caleb no pudo evitar fijarse en la gota de sudor que, lentamente, descendía entre sus pechos.

La patrullera regresó y le devolvió a Reese el permiso de circulación. Ella lo guardó rápidamente. Después miró a Caleb, sin soltar su permiso de conducir y sin decir nada durante un buen rato.

—Figura en la base de datos —le informó.

Reese dio un rápido y audible respingo.

—No sé qué significa eso —admitió Caleb.

—Significa que he comprobado sus antecedentes.

—¿Tienes antecedentes? —preguntó Reese, de nuevo con aspecto de estar a punto de desmayarse.

—Oh —contestó Caleb—. ¿Supone eso algún problema?

—El incidente con el camión lechero. Quedó grabado. El vídeo fue viral en Internet —la agente hizo una pausa—. Supongo que, siendo amish, no suele ver

vídeos en Internet.

—Totalmente cierto.

—Pero recordará el incidente, ¿verdad?

—En efecto —una mañana de invierno, las carreteras cubiertas de hielo, saltando de la cama para ayudar a un tipo.

—¿Hubo un incidente? —preguntó Reese mientras volvía a abanicarse con el sombrero—. ¿Qué clase de incidente?

—El camión de la leche quedó atascado en la nieve, y la grúa no conseguía sacarlo, de manera que el tiro de caballos clydesdale de su amigo lo sacó. Alguien lo filmó con un móvil y lo colgó en Internet. Y se convirtió en viral.

—No lo sabía —aseguró Caleb.

Solo tenía una ligera noción de lo que era un vídeo viral. El proceso no había durado más de medio minuto. Ni se imaginaba por qué iba querer nadie ver unos caballos trabajando durante treinta segundos.

—¿Sacaste un camión cisterna lleno de leche de una zanja, con tus caballos? —preguntó Reese.

—Eso hizo, en efecto —la mujer le devolvió su permiso de conducir—. Siento lo de su hermano —añadió—. Eso también figura en la base.

—Se lo agradezco, señora —Caleb guardó el permiso de conducir en la cartera.

—Cuídese —le aconsejó ella—. Y no vuelva a correr.

Mientras él ponía de nuevo en marcha el motor, Reese suspiró.

—Debe de ser agradable.

—¿Qué?

—Conseguir evitar una multa simplemente hablando. Yo nunca lo he conseguido.

—Pues a mí me pareció que fue la mujer policía la que habló casi todo el rato.

—Ella estaba completamente prendada porque sacaste un camión de la nieve con tus caballos.

Reese sacó el móvil del bolsillo e hizo una búsqueda. Cuando encontró el vídeo, lo vieron juntos. Caleb nunca había contemplado las imágenes. A pesar de la ventisca de nieve, la imagen mostraba claramente a sus caballos tirando del camión de dieciocho ruedas hasta sacarlo de la zanja. Aunque no se veían claramente los rasgos bajo el sombrero y el grueso abrigo, Caleb se reconoció a sí mismo sobre el banco de la calesa, dirigiendo a los fuertes caballos. El único sonido era el del viento y, tras los treinta segundos, a una persona hablando:

—Esto sí que no se ve todos los días.

Había estado nevando toda la noche y había seguido haciéndolo con fuerza a la mañana siguiente. El camión cisterna había estado recogiendo la leche de las granjas locales, una operación de rutina normalmente. Con el mal tiempo y la helada, sin embargo, el camión se había salido de la carretera, patinando las ruedas, hasta caer en una zanja. Caleb había enganchado su tiro de cuatro caballos, y luego había enganchado con una cadena la calesa al camión, y los enormes caballos se habían puesto en marcha. En pocos segundos, el camión estaba fuera de la zanja y Caleb había ganado un amigo, el conductor agradecido.

Cuando terminó de explicarle los detalles a Reese, ella se limitó a mirarlo, los labios curvados en una dulce sonrisa.

—Nunca dejas de sorprenderme.

Caleb volvió a incorporarse a la carretera. Él podría decir lo mismo de ella. La manera que tenía de funcionar su cerebro era toda una sorpresa, sus ideas sobre todo, desde la medicina hasta la salsa. Las palabras que empleaba eran una sorpresa, las habituales palabrotas en contraste con su amabilidad con Jonah. Los sentimientos que inspiraba... bueno, esos no eran nada sorprendentes. Lo cierto era que tenía problemas para arrancar sus ojos, y su mente, de ella.

La autovía los llevó por las tierras llanas del este de New Jersey, y luego hasta una ciudad costera llamada Sudbury Park. Caleb se puso un poco nervioso al circular por las estrechas calles, bordeadas de comercios, y entre el tráfico.

—Estoy impresionada por cómo has maniobrado para aparcar —observó ella.

—Supongo que me ha ayudado tener que manejar a los clydesdale. Comparado con eso, esto me resulta sencillo.

El aire olía diferente. A salitre. Salado. Lo había leído en los libros, y resultaba que era cierto.

Reese abrió el maletero y cargó a Caleb con toallas, una caja con el pícnic, una neverita para las bebidas, y algunos libros y revistas. Consultó la pantalla del móvil y...

—Que le jodan —exclamó antes de arrojar el teléfono al maletero.

Él se tambaleó ligeramente mientras atravesaban el aparcamiento y seguían un amplio paseo que bordeaba la playa.

—Ya sé por qué me has traído aquí —protestó él—. Necesitabas a alguien para que llevara todas las cosas.

—Culpable de todos los cargos. Pero, cuando veas lo que hay para comer, dejarás de quejarte.

—No me estoy quejando.

—Bien. Y por cierto, gracias por ayudar.

Descendieron por el paseo hasta una larga franja de arena color ámbar. Los críos corrían por todas partes, riendo y jugando entre las olas. Gente de todos los tamaños, formas y colores disfrutaba de la playa, algunos tumbados sobre las toallas, otros paseando por la orilla, donde rompían las olas, otros sentados en grupos sobre mantas y sillas bajo parasoles.

Caleb se detuvo en la arena y absorbió todo a su alrededor. Los olores y sonidos. La novedad.

Reese lo guio hasta un parasol a rayas blancas y azules clavado en la arena en la orilla del mar.

—Podemos quedarnos aquí —enseguida extendió una manta sobre la arena.

Un encargado se acercó rápidamente y ella le entregó una fianza por el parasol. Después lo dispuso todo en el espacio sombreado.

—Ya está —anunció con una sonrisa de satisfacción—. Ya puede empezar nuestro día de playa. Quítate las chanclas. Este siempre es mi momento favorito.

Él obedeció y hundió los pies descalzos en la arena, disfrutando de la suave textura.

—Desde luego —murmuró—. Es muy agradable.

—¿A que sí? ¿Qué te apetece hacer primero? Podemos pasear, darnos un baño...

—Sí —respondió Caleb de inmediato—. Hagámoslo —se arrancó la camiseta y la dejó caer sobre la manta.

—Déjate puestos los pantalones —le aconsejó Reese—. Esto no es territorio amish.

—Entendido —él sonrió.

Reese desató el lazo del vaporoso vestido blanco y dejó que se deslizara hasta el suelo. Lo que llevaba debajo dejó de nuevo a Caleb sin aliento. Era un ajustado traje de baño rojo que se abrazaba a sus curvas como las manos de un amante, marcando una figura que, sabía él, iba a atormentarle en sus sueños. En el muslo, en la parte exterior, llevaba un tatuaje, un sencillo dibujo de un pájaro.

Caleb sintió que las rodillas le fallaban. Y no era el único incapaz de seguir mirando. Varios otros tipos alrededor suyo también la estaban observando. Ella se agachó para tomar la crema solar, ofreciéndole una visión todavía más atractiva de su trasero.

—Los dos necesitamos un montón de esto —le aseguró mientras se untaba brazos, piernas, cuello y hombros—. Tú me la das por mi espalda y yo lo hago por la tuya —sin pensárselo dos veces se dio la vuelta y le entregó la botella de

plástico.

—Sí, claro —Caleb extendió la loción, formando una línea blanca por los hombros de Reese y soltó la botella.

Después, y con mucho más placer del que podría considerarse adecuado, deslizó las manos por esos hombros y la espalda, y luego hacia arriba hasta la nuca. Su piel era increíblemente suave y estaba cálida por el sol, y él se tomó su tiempo, cubriendo la delicada y sedosa piel con la crema. Se fijó en un rizo de cabellos oscuros que tenía en la nuca, y pensó en lo pequeña y vulnerable que era esa mujer. A veces, uno se olvidaba fácilmente de ese aspecto de Reese.

Unos pocos minutos después, ella se volvió y quedaron cara a cara, sus pieles desnudas tocándose.

—Gracias —le dijo con voz suave y ligeramente ronca—. Ahora te toca a ti.

—Soy todo tuyo —contestó él mientras se volvía y sentía la cálida capa de loción. A continuación, las manos de Reese se deslizaron por sus hombros y espalda, y Caleb tuvo que cerrar los ojos y encajar la mandíbula para evitar soltar un gemido—. Tengo que confesarte una cosa —anunció.

—¿Qué es?

—Estoy disfrutando mucho más de lo que debería.

—Yo también tengo una confesión que hacerte —anunció ella, aunque las manos no se detuvieron.

—¿Qué es?

—Yo también.

Caleb permaneció inmóvil mientras ella terminaba, apretando los dientes para no perder el control.

—En cuanto a lo de ir a nadar...

—Vamos allá —ella asintió.

Las olas corrían hasta la orilla, envolviendo sus pies descalzos en remolinos de agua fría. El mar era inmenso, infinito como el cielo. Caleb se adentró entre las olas, y todo su mundo cambió.

—¡Vaya! —sonriente, se volvió hacia Reese.

Ella caminaba de espaldas y las olas se estrellaban contra sus muslos.

—¿Te gusta?

Él era incapaz de apartar la mirada de su cuerpo, que se hundía más y más en el mar.

—Me gusta —asintió.

—Ojalá pudiera acordarme de la primera vez que vi el mar —reflexionó ella —, pero era demasiado pequeña y...

En ese instante, una enorme ola se elevó como un gigante, empapándola. Reese soltó un grito y se hundió. Las siguientes olas fueron a por Caleb, golpeándolo por la espalda con una inesperada fuerza. El agua salada le llenó la nariz y la boca, y una sensación elemental lo inundó. Al fin consiguió hacer pie y sujetarse. Vio a Reese cerca, flotando suavemente en el agua, los oscuros cabellos empapados y pegados a su cabeza. Sonreía, su rostro brillante con las gotas de agua.

Le resultaba hipnótica. En cuanto a las olas del mar, le habían impresionado. Tenían una fuerza muy superior a cualquier hombre, muy superior a cualquier fuerza de voluntad.

Caleb tomó a Reese de las manos y la atrajo hacia sí. El vaivén de las olas la empujó contra su cuerpo. Y, sin pensárselo dos veces, sin dudar, la besó con firmeza en los labios. Agarrar a una mujer y besarla era lo último que había esperado de sí mismo, pero el impulso había sido tan repentino que antes de darse cuenta ya lo estaba haciendo. No era propio de él. Toda su existencia desde el accidente era impropia de él.

De niño, en una ocasión se había visto arrastrado por una corriente contra la que no había podido luchar. Jonah lo había sacado del agua río abajo, y le había gritado por ser un idiota, pero lo único que había hecho Caleb era sonreír sin asomo de disculpa. Ser arrastrado por la corriente había sido la aventura de su vida. Y eso... el dulce paraíso en el cielo. Reese sabía a mar, elemental, inolvidable. A regañadientes despegó los labios de los suyos.

—Gracias —le dijo—. Gracias por este día.

—Eh, claro —fue la contestación de Reese mientras se alejaba nadando de espaldas.

Caleb no tenía ni idea de qué podía significar esa reacción. ¿Se había sobresaltado? ¿Ofendido? ¿Le había resultado repulsivo? Rápidamente levantó las manos en el aire con las palmas hacia arriba.

—Me dejé llevar. Lo siento.

—Yo no lo siento —contestó ella mientras se alejaba nadando.

Eso tampoco lo entendió Caleb. Las mujeres, todas, amish o inglesas, eran un misterio.

Apartó a un lado las palabras de Reese para reflexionar sobre ellas más tarde. «Yo no lo siento». Flotaron y bucearon, y Caleb hizo el muerto mientras contemplaba el cielo azul, disfrutando de la sensación de ser tan liviano. Reese le mostró cómo hacer frente a las olas y surfear con las más pequeñas. A su alrededor la gente disfrutaba de las olas con pequeñas tablas, que Reese llamó

«tabla de surf».

Un hombre y su hijo, ambos llevando trajes de baño color naranja, reían mientras se lanzaban sobre sus tablas una y otra vez. Caleb se preguntó cómo sería tener un padre así, juguetero y complaciente, no solo permitiendo la diversión, sino buscándola él mismo.

Un poco más a lo lejos, un tipo con una tabla, enganchado a un paracaídas arqueado, subió por los aires con un grito de emoción. Caleb lo contempló con un anhelo tan potente que le dolió.

—Eso es kitesurf —le explicó Reese—. Hace tiempo que quiero probarlo.

—¿Y qué te lo impide? —preguntó él—. Desde luego parece un sueño.

—Quizás en alguna otra ocasión podríamos probarlo juntos —sugirió ella.

Caleb se hundió ligeramente. «En otra ocasión», no era probable que se hiciera realidad para ellos. Todavía sentía el sabor de ese beso. Jamás lo abandonaría.

Después de un rato más, ella se acercó nadando.

—Me muero de hambre —anunció—. ¿Y tú?

Él titubeó, esperando a que su cerebro procesara las palabras.

—Yo siempre tengo ganas de comer.

Se envolvieron en toallas y se sentaron juntos sobre la manta. La sal sobre la piel y los cabellos de Caleb formaba una ligera capa que le producía una sensación increíble. Todo en ese día estaba resultando increíble.

Reese se puso el vestido blanco y abrió la caja con la comida.

—Es del Big Belly Deli —le informó—. Su comida te va a encantar.

La caja contenía sándwiches de ensalada de huevo con pan de semillas, pepinillos y trozos de sandía helada. Lo acompañaron todo de soda helada y después se dirigieron hacia el paseo marítimo para dar un paseo. Allí descubrieron un camión de helados y se tomaron el postre.

Mientras lamía un cono de helado de chocolate, Caleb se apoyó sobre la barandilla de madera y contempló la playa. Música, risas y gaviotas chillonas. Cuerpos cubiertos de agua de mar. La cálida arena bajo sus pies y una chica hermosa a su lado. El olor del aire del mar en la balsámica brisa. El sabor de Reese al besarla.

Pura perfección.

Tras regresar a la playa, se tumbaron sobre la manta, uno al lado del otro, y él pensó en besarla de nuevo. Se preguntó si debería decir algo. Volviéndose hacia ella, posó una mano sobre su suave muslo.

—¡Socorro! —un grito angustiado atravesó el aire.

Caleb se puso de pie de un salto, agarró a Reese de la mano y la levantó de la arena.

—Parece que allí pasa algo —le dijo mientras cruzaban corriendo la playa, reuniéndose con un pequeño grupo de personas en la orilla.

—Mi papá se está ahogando —gritó el niño del traje de baño naranja mientras salía del agua—. ¡Allí!

Caleb y Reese nadaron los dos hacia una tabla de color azul brillante atada a un hombre inmóvil. Otro hombre estaba a su lado, tirando de él hacia la orilla. El padre del chico tenía la piel azul. No respiraba. Cuando lo consiguieron llevar a la playa, una mujer, seguramente su esposa, se agachó junto a él prorrumpiendo en lamentos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

—Una ola se estrelló contra él —informó un bañista—. Se hundió cabeza abajo.

Varias personas ya habían llamado al 911. Un socorrista apareció con una especie de maletín.

—¡Jesús! —exclamó. Parecía un crío, apenas más mayor que Hannah.

Reese se abrió paso y cayó de rodillas junto al hombre.

—Yo puedo ayudar —aseguró mientras comprobaba las vías aéreas y buscaba el pulso.

—Es verdad —Caleb se reunió con ella y se dirigió hacia el niño—. Es médico.

—Alguien que comunique a los del servicio de urgencias que no hay respiración ni pulso. Inicio la maniobra de CPR —informó Reese—. Es la única opción hasta que lleguen —presionó rítmicamente las manos sobre el pecho inmóvil en un intento de reiniciar su corazón. El niño lloraba presa de un ataque de histeria. Sin interrumpir el ritmo, Reese levantó la vista hacia el socorrista—. ¿Sabes hacer una CPR?

—Me han enseñado, pero nunca he...

—¿Eso de ahí es una mascarilla de resucitación?

—Sí, creo que sí.

—Tú, el de la camiseta de Nike —Reese llamó a un hombre—, acércate a la calle para que los paramédicos nos encuentren —estaba empapada, sus pequeñas manos deslizándose sobre el torso del hombre, pero no se detuvo. Seguía con las compresiones y las respiraciones a ritmo constante. Dio instrucciones al socorrista para que la ayudara, pero el chico parecía paralizado. Caleb se arrodilló a su lado.

—Dime qué tengo que hacer para ayudar.

Ella le mostró lo que tenía que hacer y empezaron a turnarse. Los minutos pasaban. Nadie hablaba, salvo el niño que no paraba de llamar a su papá como si fuera un mantra. Algún curioso grababa la escena con el móvil.

—Creo que hemos conseguido arrancarle un pulso —anunció Reese. Tras hacer una pausa, colocó la oreja junto al pecho del hombre—. Sí.

De repente la víctima empezó a escupir espumarajos de agua salada, salpicando a todos los que estaban allí. Todavía parecía estar inconsciente.

—Está vivo —anunció alguien—. Mirad. Está vivo.

—Pásame la mascarilla —le pidió Reese al socorrista.

Pasaron varios minutos agónicos. Un revuelo de animación en el paseo marítimo les indicó que la ayuda había llegado. Un grupo de paramédicos llegó corriendo por la playa, cargando con una camilla y material diverso.

—No hay pulso periférico —le indicó Reese a uno de ellos—, pero tiene latido.

Los paramédicos se arremolinaron en torno al hombre mientras ella seguía relatando lo que había hecho antes de su llegada.

—Buen trabajo —la felicitó uno de ellos—. Le has salvado la vida. Ya nos ocupamos nosotros.

Reese asintió y se tambaleó hacia atrás. Caleb la sujetó contra su cuerpo. Temblaba y respiraba con dificultad.

—¿Lo has oído? Hiciste un buen trabajo. Reese, le salvaste la vida —él la sujetó con más fuerza—. Estás haciendo lo que siempre quisiste hacer, y ha sido un privilegio poderte observar mientras lo hacías.

—Caleb me besó —le contó Reese a Leroy. Tenía que contárselo a alguien, y él se había autoproclamado su mejor amigo..

Leroy, que estaba distribuyendo unos arándanos, frambuesas y moras, que ella había comprado en Luigi's, se quedó paralizado.

—Yo... ¿lo siento? —titubeó al fin—. ¿Estoy celoso? ¿Escandalizado? No estoy seguro de qué te gustaría que dijera.

—Yo tampoco. Quizás no tengas que decir nada. Solo necesitaba contárselo a alguien.

Resultaba agradable poder contar con él como esa persona a la que se podía acudir cuando hacía falta, con quien se podía compartir cualquier cosa. Llevaban tiempo ya siendo vecinos y viviendo uno al otro lado del pasillo del otro, pero no

había hecho más que empezar a conocerlo. Y la culpa era suya, no de él. Había estado tan centrada en su trabajo que ni se molestaba en reservar tiempo para otra cosa, como esa tontería llamada vida.

—Y yo que pensaba que salvar la vida a alguien era lo más grande que te había sucedido hoy —continuó Leroy.

—Bueno, eso también —contestó Reese.

Lo cierto era que no necesitaba hablar del accidente en la playa porque sus sentimientos al respecto estaban claros. Por primera vez se había sentido cómoda en su piel. Superado el drama, se había producido un revuelo de atención en torno a ella. La noticia se había extendido por las redes sociales a través de los móviles. Durante cinco minutos, se había convertido en estrella de Internet. «Estudiante de medicina y su musculoso novio rubio devuelven la vida a un ahogado». Había recibido varias propuestas de matrimonio, junto con algún que otro comentario obsceno acerca del tatuaje de la cadera.

Sus padres, por supuesto, casi habían estallado de orgullo. Aunque era algo más que orgullo. Era una sensación de triunfo. No tanto por haber criado a una persona que sabía cómo salvarle la vida a alguien, sino porque Reese ya tenía el mejor de los temas para su solicitud de residencia. Era una joya de las relaciones públicas en la corona del hospital.

Pero a Reese todo aquello no podía importarle menos. Lo único que le importaba era haber estado allí, plenamente, con conocimientos y habilidades, y la sangre fría necesaria para hacer lo que había que hacer. El tiempo se había detenido. No había pensado en nada ni en nadie, salvo en ese hombre tirado en el suelo, sin pulso ni respiración. En su mente siempre guardaría una imagen de su rostro. Y jamás olvidaría el nombre del señor Roth. El señor Howard Roth. Había llevado a su hijo a la playa para pasar la tarde. Estaba vivo, verificado por el servicio de emergencia, y todo gracias a Reese.

Sin embargo, no podía evitar pensar que era ella la que había sido salvada. Lo sentía como una especie de salvación.

En el incidente del ahogamiento había hallado una paz íntima. Pero no en el beso. Y el recuerdo más vívido que tenía del episodio en el que le había salvado la vida a un hombre, era el de la expresión de Caleb cuando había logrado devolver al señor Roth a la vida.

—Acabas de salvar por primera vez una vida —puntualizó Leroy—, ¿y lo único en lo que piensas es en besar a un tío?

—Mis sentimientos sobre lo de haberle salvado la vida al señor Roth no me preocupan —le explicó ella—. Mis sentimientos acerca de ese beso son...

confusos —añadió mientras reflexionaba sobre ello por enésima vez.

—¿Qué me dices, cielo, confusos?

—De acuerdo, puede que de excitación. Quizás... ¿qué? De miedo. No un miedo físico, por supuesto. Pero... ya sabes, miedo. Como cuando sientes aprensión.

—A mí me suena como el comienzo de algo.

—¿El comienzo de qué? —Reese utilizó el dorso de la mano para apartarse de la mejilla un mechón de cabellos.

—Del enamoramiento.

—Yo no...

—Ese, amiga mía, es un síntoma clásico.

—Yo no tengo ningún síntoma.

—La negación lo es.

—No me fastidies. ¿Cómo pudo ocurrírseme que hablar contigo podría ser buena idea?

Evitando la mirada de Leroy, Reese consultó la receta y dispuso dos moldes de tarta en medio de la encimera, espolvoreando el fondo con una pizca de harina de maíz, una técnica que recordaba de cuando de niña ayudaba a Juanita en la cocina. La repostería era una afición que no le pegaba a Reese, pero había decidido que era buena para su salud mental. Le obligaba a bajar el ritmo y a tomarse su tiempo, ser precisa, aunque creativa, centrarse en la tarea que tenía entre manos, y en nada más. Su idea era llevarle una tarta a Jonah, que no disimulaba la nostalgia que sentía de volver a su casa.

Manejando la masa con la mayor delicadeza posible, la transfirió a dos bandejas de aluminio. La suave masa se amoldó sin problema. Luego lo relleno todo con una mezcla de moras y frambuesas mezcladas con azúcar y extracto de almendra, y sin olvidar la tapioca en polvo para que espesara bien durante el horneado.

Leroy la observó trabajar, sus labios describiendo una expresión de aturdimiento.

—¿Qué pasa? —ella esparció unos pegotes de mantequilla por encima de las bayas.

—Trabajas bien con las manos.

—Mis padres dicen que eso hará de mí una buena cirujana algún día.

—Ya eres fabulosa preparando tartas.

Reese colocó cuidadosamente la capa superior de masa sobre ambas tartas, y utilizó un escalpelo para hacer varios agujeros de ventilación. Después sacó su

artilugio vintage para ondular los bordes. Un poco de huevo batido para barnizar, espolvorear un poco de azúcar por encima, y la creación estuvo lista para hornear.

—Una hora en el horno, y una hora en el alféizar de la ventana —dijo en español antes de traducirlo al inglés—. Eso solía decir Juanita. El error más habitual que suele cometer una persona cuando prepara una tarta es no dejarla enfriar al aire fresco. Si la cortas recién salida del horno, el líquido se desparrama por todas partes. La gente no tiene paciencia con las tartas.

Sentía la mirada fija de Leroy sobre ella mientras, juntos, recogían la cocina.

—¿Qué?

—En cuanto a ese beso —él retomó la conversación.

—He pensado en ello y llegado a la conclusión de que no significó nada.

—No seas ridícula.

—Para nosotros. No significó nada en cuanto a Caleb y a mí, específicamente. Estoy segura de que se sentía desbordado por estar en el mar por primera vez. En esos momentos habría besado a cualquiera. Era como en Año Nuevo, o cuando Filadelfia ganó el campeonato, agarrabas de la mano al que tenías más cerca y lo besabas.

—En ese caso, recuérdame que me lleve a Cheryl a la playa en nuestra siguiente cita. De momento está todo lo contrario de emocionada.

—Pensaba que el otro día tuviste suerte.

—Lo intenté, pero ella dijo que estaba demasiado cansada después de bailar.

—Lo siento. Cielos, Leroy, he estado tan preocupada con este asunto de Caleb que no me he mantenido al tanto de tu vida amorosa.

—¿Lo ves? Yo tenía razón. Ahí hay algo.

—¿Eso crees? —ella se sacudió la harina de las manos.

—Sí, eso creo. Y confía en mí, es mucho más interesante que mi vida amorosa —Leroy consultó la hora—. Tengo que irme —anunció—. Guárdame un pedazo de tarta.

Un par de horas más tarde, las tartas descansaban, en todo su esplendor dorado, sobre el alféizar de la ventana. Reese se había duchado y arreglado, pasando un tiempo excesivo en decidir qué ponerse, cambiando de idea, probándose cosas y luego descartándolas.

—Esto es una locura —murmuró al fin para sí misma—. No es el baile de fin de curso. Ni siquiera es una cita. Solo es... —Caleb Stoltz. Ese hombre ocupaba

todo el espacio disponible en su cerebro.

Al final eligió un vestido azul de línea trapezoide y lo combinó con unas alpargatas y una rebeca blanca de algodón.

—Da igual —sentenció mientras fruncía el ceño ante el espejo y se atusaba el pelo.

Resistió la tentación de ponerse más maquillaje. Pero sí se puso un bonito colgante, que siempre llevaba con ese vestido. Era un diseño impresionante y vanguardista con una piedra de turmalina engarzada en oro blanco. Había sido un regalo de graduación de su abuela, y quedaba muy bien sobre el sencillo vestido azul, no demasiado deslumbrante, pero lo bastante para que se fijaran en ella.

Y a ella le gustaba que Caleb Stoltz se fijara en ella.

Ya estaba. Acababa de admitirlo.

Volvió a fruncir el ceño ante el espejo. ¿Demasiado brillo para un tipo amish?

Reese se apartó del espejo. A la mierda. Ella no era amish. Y eso, comprendió, era el motivo por el cual la atracción que sentía hacia él no tenía ninguna lógica. Caleb Stoltz y ella provenían de mundos completamente distintos. Nunca se habrían conocido de no haber sido por el horror sufrido por Jonah. Sus vidas se habían cruzado durante un breve período de tiempo. Y no faltaba mucho para que cada uno tomara caminos separados para no volverse a reunir jamás.

—Qué deprimente —observó en voz alta.

«Es la pura realidad», se dijo a sí misma. Él tenía su comunidad rural y los críos, la granja y el rancho de caballos donde trabajaba. Ella tenía la importantísima prueba para la residencia y años de trabajo por delante. Sus vidas iban a discurrir en direcciones diferentes, y dudaba que sus caminos volvieran a cruzarse alguna vez.

Quizás ese fuera el motivo por el que se sentía tan diferente con él. Ese hombre la hacía sentirse valiente, en un permanente estado de asombro.

Resultaba extrañamente liberador estar con un tipo con el que no tenía ninguna posibilidad de tener un futuro en común, ni de jugar un papel en su vida. Lo único que importaba era la relación.

Por supuesto existía una pega, se insistió a sí misma. Y la pega era que su relación jamás podría funcionar. Era insostenible. Y muy frágil. Podría estallar ante el menor altercado y destrozarlos a ambos.

Hannah le había insinuado que en Middle Grove había una mujer a la que le gustaba Caleb, Rebecca Zook. Le había contado algo sobre intercambiar un reloj y un trozo de tela bordada. ¿Participaba Caleb de esos planes? ¿Se entendían?

Hannah no lo había dicho.

Reese sabía que debería preguntárselo. Si lo hacía, él le contaría la verdad, porque Caleb no mentía. Pero no estaba segura de querer oír esa verdad.

Capítulo 12

Cuando Reese y Caleb llegaron al hospital encontraron a Jonah en su habitación. Reese llevaba una de las tartas, cubierta por un paño de cocina, y lucía una innegable expresión de satisfacción.

La primera cama de la habitación estaba vacía, aunque las sábanas estaban revueltas, indicando que había un ocupante.

Jonah estaba tan absorto en las páginas del libro que estaba leyendo que no movió ni un músculo cuando entraron en la habitación. Caleb y ella intercambiaron una mirada.

—¿En qué está metido Harry Potter estos días? —preguntó Caleb mientras besaba al niño en la cabeza.

Jonah casi dejó caer el grueso libro sobre la bandeja.

—¡Oh! No os oí entrar. Ahora estoy leyendo otra cosa, una historia que se llama *Matar a un ruiseñor*. Se trata de un hombre que defiende a un hombre negro. Toda la ciudad piensa que hizo algo terrible, y me muero de ganas de averiguar si lo hizo de verdad.

—Ese es un libro estupendo —observó Reese—. Me impresiona que leas algo así a tu edad.

—La chica que cuenta la historia es una niña como yo. Su papá es abogado, lo que me gustaría ser de mayor.

—¿Un abogado amish? —preguntó Reese—. ¿Eso es posible?

Caleb sonrió y revolvió los cabellos de su sobrino.

—No es posible según el Ordnung. Pero siempre hay una primera vez para todo.

Al contemplar a los dos varones juntos, Reese sintió una oleada de afecto. Su vínculo era a la vez fuerte y sencillo. Desde que la había besado en la playa, y después del accidente, se había vuelto más sensible, de algún modo su corazón ansiaba un vínculo con amigos y familia. Se volvió hacia la cama vacía y la

señaló.

—Parece que tienes un nuevo compañero de habitación.

—Un chico al que han operado —Jonah asintió—. Ha pasado casi todo el día durmiendo, pero parece bastante majo.

Caleb levantó la campana de plástico que cubría la cena de Jonah.

—¿No tenías hambre hoy? —preguntó.

—Sé que es un desperdicio —el niño apartó la mirada—, pero la comida no siempre está rica —suspiró—. Echo de menos el pollo asado de la señorita Miriam Hauber.

—Estoy seguro de que lo preparará para darte la bienvenida a casa. Pero mientras estés aquí, tienes que comer para ponerte fuerte.

—Quiero irme a casa ya —Jonah parecía desolado.

—Eso es lo que queremos todos, muchacho.

—¿Cuándo?

—Cuando lo digan los médicos.

Jonah miró a Reese, implorando con sus ojos redondos y atribulados.

—¿Cuándo? —repitió.

Ella se preparó para un ataque de ira como el último. Veía a Jonah luchando, sus rasgos tensos con emociones que apenas podía comprender un niño, y sintió dolor por él.

—Yo no soy el médico que tiene que decidirlo —se colocó al otro lado de la cama, frente a Caleb—. Pero esta noche tenemos buenas noticias —dejó a un lado la bandeja de la cena y colocó en su lugar el objeto que portaba—. He desarrollado un nuevo superpoder —anunció mientras destapaba la tarta. Estaba perfectamente horneada, la masa de encima preciosamente dorada, los cristales de azúcar brillantes en la superficie.

Una enorme sonrisa iluminó el rostro de Jonah.

—Eso parece la más maravillosa de las tartas, Reese.

—Eso espero. Quiero decir que espero que sepa tan bien como huele y parece. Verás, el problema de las tartas es que nunca se sabe si está deliciosa o no hasta que la pruebas. No hay manera de probarla sin cortarla.

—Pues entonces será mejor que cortemos un pedazo ahora mismo —propuso Caleb—. Yo también he traído algo. Helado, y ni siquiera hace falta sacar la heladera manual para prepararlo —puntualizó mientras colocaba un envase de helado gourmet de vainilla junto a la tarta.

Reese sirvió una porción para cada uno en platos de papel que había llevado de su casa, y Caleb añadió una bola de helado. Jonah seguía todo el proceso con

suma atención.

—Adelante —lo animó Reese tras colocar un plato delante del niño—. Cuéntame cómo me ha salido.

El niño engulló una cucharada. Se echó hacia atrás, contra la almohada y Reese vio un destello travieso en su mirada. Buena señal.

—Desde luego, Reese, sí que tienes un nuevo superpoder —declaró al fin con una amplia sonrisa.

—Tiene razón —intervino Caleb terminando el postre de dos bocados—. Está deliciosa. ¿Dónde aprendiste a preparar tartas como esta?

—Me enseñó mi... Juanita. Vivía con nosotros cuando yo era niña. Me cuidaba cuando mis padres se iban a trabajar. Es una cocinera impresionante.

En ese momento llegó el ocupante de la otra cama y todos se presentaron. Dane Rasmussen, y sus padres y hermana.

—Me operaron ayer —explicó Dane, que parecía tener la misma edad que Jonah—. Me quitaron el apéndice.

—Ha sido muy valiente —declaró su madre.

—Sí, claro —la hermana husmeó el aire—. Estuvo todo el tiempo dormido.

—¿Lleva alguna dieta? —preguntó Reese—. Tenemos tarta casera. Y queda un poco de helado.

—Tiene un aspecto muy bueno —el rostro de Dane se iluminó.

—Es la mejor tarta del mundo —declaró Jonah, y Reese sintió la más absurda sensación de realización.

Caleb y ella sirvieron el resto de la tarta a los vecinos, que la aceptaron agradecidos.

—Tienes razón —Dane se dirigió a Jonah—. Tu mamá hace las mejores tartas del mundo.

—Reese no es mi mamá —explicó Jonah, aunque lo dijo en voz muy baja y solo Reese pareció oírlo.

Los Rasmussen parecían la familia ideal, los padres muy afectuosos con sus hijos, y entre ellos. Viéndolos juntos, Reese se preguntó si alguna vez tendría algo parecido en su vida, un compañero al que amar, hijos a los que criar juntos. Esa inefable, intangible sensación de pertenencia.

Partiendo de la situación en la que se encontraba su carrera, no lograba imaginarse algo así. Tenerlo todo le parecía tan inalcanzable como inaccesible. Y lo más probable, de todos modos, era que estuviera idealizando a la familia. Los padres seguramente se ponían de los nervios el uno al otro y no practicaban sexo. Los chicos seguramente se peleaban por todo y la liaban allá por donde

iban. La señora Rasmussen seguramente fantaseaba con sus días de soltera, de libertad para estudiar una carrera.

Perdida en sus pensamientos, a Reese le sorprendió el grupo de la ronda nocturna. El jefe de residentes, el doctor Jiménez, solo llevaba consigo a dos estudiantes de tercer año.

—Los progresos de Jonah han sido más rápidos de lo esperado —le informó a Caleb.

Los estudiantes corrieron la cortina que separaba las dos camas y ofrecieron encantados su parecer.

—¿Cuándo podrá regresar a casa? —preguntó Caleb después de que hubieran concluido.

—Mañana hay una reunión del equipo —contestó el doctor Jiménez, consultando sus notas—. Van a hablar de la posibilidad de darle el alta médica. La recomendación será que acuda a un centro de rehabilitación.

—¿Es obligatorio? —preguntó Caleb.

—Nada es obligatorio. Se trata de una recomendación por el bien de Jonah.

—Y a veces eso no es más que una simple cuestión de opinión —afirmó Caleb.

Jiménez lo observó durante largo rato, la expresión inescrutable. Reese sabía que era uno de esos médicos que miraban con desconfianza a los pacientes que lo cuestionaban.

—A veces —concedió—. En otras ocasiones, es una cuestión de hechos médicos.

—Quiero lo que sea mejor para Jonah —continuó Caleb. A diferencia de los estudiantes que se habían arrugado ante la fulminante mirada de su jefe, él parecía totalmente tranquilo con esa conversación.

—Pues parece que todos buscamos el mismo resultado —el médico hizo una pausa—. A Jonah le va a ir muy bien. Todos los miembros del equipo confían mucho en él.

—¿Has oído eso? —preguntó Caleb cuando se hubieron marchado—. Te va a ir muy bien. Si el médico jefe dice eso, tiene que ser verdad.

—¿Qué es un centro de rehabilitación? —preguntó Jonah.

—Es el lugar al que vas después de abandonar el hospital —le explicó Reese.

—¿No me preguntaste eso mismo ayer? —Caleb abrió el cajón de la mesilla—. Aquí está la información sobre los diferentes lugares. ¿Le has echado un vistazo?

—Atticus Finch y Harry Potter son más interesantes —el niño sacudió la

cabeza.

—Aquí hay dos sitios especializados en prótesis —Caleb abrió uno de los folletos—. Este de aquí, Northwoods Lodge, es el que está más cerca de mi trabajo en la granja Grantham. O si no, este otro, pertenece al hospital. Te quedarías por aquí, pero en otro edificio.

—¿Y seguirían trayéndome la comida en una bandeja y prestándome libros y dejándome ver televisión? —Jonah se volvió hacia Reese.

—Podrás leer todo lo que quieras, y supongo que tendrás un tiempo para ver televisión —contestó ella—. Sin embargo ya no habrá servicio de habitaciones. Cuando estás en rehabilitación, les gusta que vayas a comer a la cafetería. ¿Alguna vez has estado en una cafetería?

—No, pero apuesto a que me va a gustar.

—Y yo te seguiré trayendo tartas.

Jonah hojeó los brillantes folletos que mostraban a valientes y sonrientes pacientes con sus cualificados terapeutas, al parecer estableciendo vínculos y haciendo progresos.

—¿Hay piscina? —exclamó Jonah al fijarse en una de las fotos.

—Eso parece —contestó Caleb.

—Nunca he ido a una piscina.

—Es superdivertido —le aseguró Reese—. ¿Eres buen nadador?

—Solía serlo —el niño contempló furioso el muñón vendado—. ¿Cómo voy a poder nadar con un solo brazo?

—En círculos —contestó Caleb sin más.

—¡Eh! —Jonah frunció el ceño aún más mientras Reese contenía una carcajada.

—Te diré una cosa, hombretón, vamos a visitar los dos sitios y tú eliges el que más te guste —sugirió Caleb.

—Esa es una buena idea —Jonah asintió—. Y se me ocurre algo aún mejor. ¿Y si vuelvo a casa?

—Podrías hacerlo. El personal del hospital dijo que volver a casa sería más duro porque no recibirás tanta ayuda como en un centro de rehabilitación.

—La gente que va a esos centros suele avanzar muy deprisa en su recuperación —intervino Reese—. Hay todo un equipo que te organiza la estancia para ayudarte a mejorar.

Jonah apartó la mesita con los folletos y contempló el brazo vendado.

—Quiero ponerme mejor —contestó en un susurro.

—Y lo harás —Caleb posó una mano sobre su hombro—. Pienso asegurarme

de ello.

—¿Por qué lo llaman muñón? —preguntó el niño sin apartar la mirada del vendaje.

—Puedes llamarlo como quieras —le sugirió Reese.

—¿Puedo? —él la miró con los ojos un poco más brillantes—. ¿Como qué?

—Como... pues no sé. ¿Atticus Finch?

—Creo que no —un atisbo de sonrisa asomó a sus labios.

—¿El increíble apéndice de Jonah? ¿El titán de titanio?

—No —Jonah sacudió la cabeza, pero no dejó de sonreír.

—Te diré una cosa. Piénsatelo bien y luego me dices qué se te ha ocurrido.

—Lo haré —contestó mientras alargaba una mano hacia el libro.

Caleb le remitió las sábanas y le dijo algo en alemán.

—Sí, de acuerdo —contestó Jonah—. Nos vemos.

Mientras se dirigían hacia el ascensor, Reese miró a Caleb.

—Adoro a ese crío —le soltó sin más, antes de interrumpirse, completamente sorprendida de sí misma, pero a la vez sin sorprenderse. Jonah era adorable, divertido, dulce y vulnerable, con una manera de mirar el mundo con sus ojos muy abiertos, que nunca dejaba de levantar el ánimo de Reese.

—Yo también —respondió Caleb. Juntos entraron en el ascensor.

—Es tan listo... —continuó Reese—. Quiero decir que leer *Matar a un ruiseñor* a su edad...

—Jonah siempre da la cara por otros chicos si opina que se está cometiendo alguna injusticia. En ocasiones me pregunto si todo eso se debe a lo sucedido con sus padres. Era muy pequeño cuando ocurrió, pero nunca le oculté la verdad.

—Es muy especial, Caleb. Tienes suerte de tenerlo en tu vida —ella comprendía que hubiera regresado a Middle Grove, aunque hubiera tenido otra idea en mente para su vida.

—Lo soy. Y con respecto a esta noche...

—¿Sí? ¿Qué pasa con esta noche?

—Hay luna llena. Y tengo un plan. Eso, suponiendo que estés libre.

Reese sintió un cosquilleo de anticipación. Pero de inmediato el cosquilleo fue aplastado por la dura realidad del examen para la licenciatura en medicina. Necesitaba sabérselo todo al dedillo, y aún le faltaba mucho. El grupo de estudio iba a celebrar una reunión especial esa misma noche. Miró a Caleb para explicárselo, pero de sus labios surgió otra cosa.

—¿Qué tienes pensado?

—Necesito que me prestes el coche —él sonrió.

—Nunca he venido por aquí —observó Reese mientras Caleb abandonaba la carretera nacional y pasaba a un camino rural. Filadelfia había quedado a más de sesenta kilómetros a sus espaldas. El sol se estaba poniendo y un crisol de colores se extendía en capas por el cielo, dibujando el contorno y las suaves curvas de las colinas a su alrededor. Reese no lamentó ni un instante haber aparcado los estudios para más tarde aquella noche. Si tenía que quedarse despierta toda la noche, lo haría. No sería nada nuevo para ella.

—Qué hermosura —señaló.

Caleb aflojó la marcha y giró al llegar a una enorme piedra de río junto a una puerta de hierro forjado.

—Bienvenida a la granja Grantham.

Ella leyó la placa fijada al muro de piedra.

—«Hogar de los budweiser clydesdale. Establecido en 1927». ¡Madre mía! Cuando dijiste que trabajabas con caballos de tiro, no pensé que te referías a estos caballos. Es maravilloso.

Él marcó una clave sobre un teclado junto a la pared y la enorme puerta de hierro se abrió lentamente hacia dentro.

—Hay cámaras de seguridad por todas partes —observó ella mientras se fijaba en dos que estaban montadas sobre postes junto a la entrada.

—La gente aquí es muy protectora con los caballos. Algunos de los mejores ejemplares valen un montón de dinero.

—Ya me lo figuro. Pero si a mí se me ocurriera robar algo por el dinero, seguramente no sería un caballo que pesa casi mil kilos.

—Casi mil cuatrocientos —puntualizó él con una sonrisa.

—¿Mil cuatrocientos kilos?

—Si es un adulto castrado en todo su esplendor. Te enseñaré unos cuantos.

Unas verjas blancas con listones horizontales bordeaban ambos lados de la carretera, y había una fila de cabañas para los trabajadores y cuidadores. Llegaron hasta una pequeña garita de seguridad de piedra y madera con luces y más cámaras. Un tipo salió de la garita y Caleb detuvo el coche.

—Buenas noches, George —lo saludó.

—¡Tío! Ya me pareció que la clave era la tuya. Mírate al volante de esta pequeña preciosidad —el hombre saludó a Reese con una inclinación de cabeza y su mirada permaneció posada sobre ella—. Me refería al coche. Buenas

noches, señorita.

—Hola, George. Yo soy Reese.

El hombre miró a Caleb, se quitó la gorra y se rascó la cabeza.

—Doy por hecho que no estás aquí por trabajo.

—Esta noche no —contestó Caleb.

—Vaya, nunca te había visto conducir un coche —continuó George—. Te da un aspecto genial.

—Mi único objetivo en la vida es tener un aspecto genial —observó Caleb.

—Misión cumplida —George volvió a echarle un vistazo a Reese.

—No tardaremos mucho. Quiero enseñarle esto a Reese —arrancó el coche y se dirigió hacia un gran establo. Había señales de aparcamiento para visitantes y zonas marcadas para empleados únicamente.

La luz del anochecer bañaba todo en un mágico brillo, edificios y montañas, campos vallados y caminos, corrales abiertos y cubiertos. Un solitario trabajador conducía a un enorme caballo por el camino hacia el establo.

Caleb detuvo el coche en un espacio junto al establo, aparcó y se bajó.

—Hola, Miguel —saludó.

—Caleb —al igual que había hecho George, Miguel lo miró con franca curiosidad. Al parecer ver a Caleb Stoltz con un coche y una mujer era causa de especulación—. Ya casi he terminado —añadió Miguel.

Reese se bajó del coche.

—¡Ay, mujer! —exclamó el hombre en español, casi sin aliento—. Uy, qué buena estás...

—Yo de ti no seguiría por ese camino —respondió ella, también en español.

—Escuchaos vosotros dos, parloteando en español —Caleb agarró las riendas del caballo—. Ya guardo yo a Rolf, Miguel. Que tengas una buena noche.

—Gracias, tío —Miguel miró de reojo a Reese—. Te veo mañana.

Tras atar al caballo, Caleb se encaminó hacia el centro del establo. Los cálidos olores del heno y los caballos prevalecían en el aire. El edificio era impresionante, casi como una catedral, el techo a la holandesa se levantaba sobre filas de boxes a ambos lados. La luz del sol, de color ámbar, entraba sesgada por los tragaluces, iluminándolo todo con un suave brillo.

—¡Santo cielo! —exclamó Reese mientras miraba a su alrededor—. Este sitio es mejor que mi primera residencia estudiantil.

—Estos animales reciben un tratamiento de lujo aquí, desde luego —Caleb se detuvo ante uno de los boxes y tecleó en otro teclado. Deslizó la puerta abierta y acomodó a Rolf en el amplio espacio que incluía fuente de agua y heno fresco—.

Viajan por todo el mundo para asistir a los eventos de la fábrica de cerveza, por eso necesitan estar en plena forma.

Reese se sentía como una niña pequeña asomándose a los boxes, admirando los enormes y magníficos animales, con su plácida expresión y largas pestañas.

—Los famosos clydesdale. Son incluso más bonitos que en televisión.

—Hay unos cuantos establos repartidos por todo el país —le explicó Caleb—. New Hampshire, Virginia, Missouri, Wyoming... y otros lugares más. Sin embargo, yo no viajo con ellos —se dirigió hacia el final del pasillo y abrió una puerta que llevaba su nombre escrito en un letrero: «Adiestrador senior y gerente del establo».

—¿Ese es tu puesto aquí? —preguntó ella. Otra sorpresa. Su trabajo tenía un título. Y un despacho.

Él asintió mientras le sujetaba la puerta abierta. El despacho era pequeño y austero, con un sencillo escritorio de madera, estanterías con archivadores perfectamente ordenados, y un enorme calendario de pared repleto de notas escritas a mano. La librería estaba llena de manuales y revistas sobre caballos. No había ordenador ni teléfono, solo una máquina de calcular manual. Caleb sacó una llave de un cajón del escritorio.

—La sala de arreos está por aquí.

—De acuerdo —contestó ella, no muy segura de qué era una sala de arreos.

Resultó ser otro espacio hermosamente diseñado lleno de sillas, estribos, riendas y otros artilugios, junto con varias piezas más grandes de arneses. Caleb tomó un aro de cuero de un gancho. A continuación le lanzó unos pantalones elásticos y un par de botas tobilleras.

—Mejor que te pongas esto bajo tu bonito vestido —le aconsejó él antes de salir por la puerta.

Reese frunció el ceño al ver los pantalones. Tenían una especie de refuerzo en el trasero y refuerzos de silicona en el lado interno del muslo. ¿Pantalones de montar? No pegaban muy bien con el vestido. Las botas eran demasiado grandes, pero ella se encogió de hombros, se vistió y se reunió con Caleb.

—Este es Stanley —señaló a un caballo amarrado—. Nos va a llevar a dar un paseo.

—¿Te refieres en un carro o algo así? —ella contempló al enorme animal.

—No —Caleb colocó el bocado entre los grandes dientes amarillos y deslizó el cabezal sobre la cabeza del caballo—. Vamos a montar a pelo.

—¿Sobre un caballo de tiro?

—No es la raza más habitual para montar, pero también sirven.

La niña interior de Reese se puso a bailar.

—Es maravilloso. Nunca me he subido a un caballo.

—Lo sé —contestó Caleb—. Lo dijiste durante ese juego de mesa. Por eso vamos a dar una vuelta —terminó de preparar a Stanley y le pasó a ella un casco. Mientras ella se lo colocaba, le acercó un taburete de cocina y lo colocó en el suelo junto al animal.

Reese dio un repaso al animal, desde los cascos del tamaño de un plato, hasta la punta de la cabeza, y sintió una punzada de miedo.

—Yo, eh... resulta un poco intimidante.

—Stanley es lo mejorcito que tenemos. Lo entrené yo mismo, empezando cuando tenía dos años. Y aunque son unos caballos enormes, esta raza es conocida por su docilidad. Algunas personas los llaman gigantes amables. Lo básico es hacerle saber que confías en él —Caleb se colocó junto al taburete y le ofreció a Reese una mano con la palma hacia arriba.

—Confío —ella miró a Caleb y le tomó la mano.

Él la ayudó a pasar una pierna sobre el lomo del caballo. A Reese le sorprendió lo ancha que era la espalda del animal, prácticamente no conseguía doblar las piernas. Pero al mirar hacia abajo, impulsivamente se agarró a la crin.

—¡Joder! Desde aquí arriba parece aún más alto.

—Casi diecinueve palmos —le explicó él—. Es un tipo bien grandote.

Sintiéndose completamente vulnerable, Reese se agarró a las crines del caballo con ambas manos.

—No sé yo si esto...

—Yo sí —le interrumpió él mientras soltaba la cuerda y agarraba un segundo casco—. El hospital es tu mundo. Este es el mío.

Lo cual le daba a Reese una idea muy aproximada de lo desubicado que debía sentirse ese hombre en el hospital. Allí, sin embargo, parecía totalmente a sus anchas, moviéndose entre los caballos con confianza y ligereza. Viéndolo, ella se obligó a sí misma a relajarse. A creer. Caleb sabía lo que hacía. No permitiría que sufriera ningún daño. Ella lo había arrastrado a un baile de salsa y a cenar sushi, y él lo había soportado con filosofía. Lo menos que podía hacer era permitirle mostrarle una pincelada de lo que era su día a día.

Pero, en cuanto el caballo se movió, Reese soltó un grito.

—Mierda, tengo miedo.

—Aguanta —contestó Caleb con calma—. Lo sacaré afuera y daremos una vuelta, juntos. Mira al frente, hacia abajo no. Relájate. No pasa nada, Reese.

Luchando contra su tendencia al control, Reese respiró hondo y centró la

mirada entre las orejas tías del animal. Con la rienda en la mano, Caleb salió a un corral adyacente a un prado. Con cada paso del caballo, Reese se sentía tambalearse.

Pero al mirar a su alrededor, al magnífico paisaje, sintió un destello de calma. Aquello era realmente hermoso, con las sombras del atardecer de los campos y colinas. A lo lejos, las primeras hojas del otoño creaban luces de colores.

—¿Todo bien? —preguntó Caleb.

—Desde luego —contestó ella, intentando acostumbrarse al ritmo de los ondulantes músculos del caballo bajo su cuerpo—. Sinceramente, montar a caballo parece más fácil de lo que es.

Rememoró la escena de Wesley y Buttercup montados a caballo en *La princesa prometida*, fluyendo como un pedazo de seda por el campo. La realidad, en cambio, implicaba tener que apretar los dientes, soltar juramentos y agarrarte con tanta fuerza que los nudillos se te ponían blancos.

Caleb llevó al animal hasta un escalón de montar y se acomodó detrás de ella con un sencillo y grácil movimiento. Ella dio un respingo ante el íntimo contacto, pero él no pareció darse cuenta.

—¿Preparada para dar un paseo?

—¿No es lo que acabo de hacer? —preguntó ella con un hilillo de voz.

—Esto te gustará, Reese —él rio.

—Si tú lo dices...

—Lo digo —los largos y fuertes brazos la rodearon mientras alcanzaba las riendas. El caballo siguió caminando, pero a un ritmo más rápido y uniforme.

Ella se agarró con más fuerza a las crines de Stanley.

—Relájate —le dijo Caleb—. No dejaré que te caigas.

—De acuerdo. Es que... no vayas muy deprisa, ¿de acuerdo? Recuerda que es mi primera vez.

—Me alegra estar presente en tu primera vez —contestó él.

Reese sentía el aliento de Caleb en la nuca. La presión de su espalda contra su torso y los fuertes músculos de sus brazos le despertaron nervios que ni siquiera sabía que poseía. ¿Quién habría dicho que los omóplatos podrían ser zonas erógenas?

Cuando el caballo retomó su ritmo, ella se sujetó a los brazos de Caleb.

—Eh, ya es bastante deprisa —protestó—. Su espalda es tan ancha que no me cuelgan las piernas.

—La gravedad hace todo el trabajo —respondió él—, si permites que tus caderas se muevan con el caballo. Como es más grande que tú, tu único trabajo

es absorber sus movimientos, no al revés. Será mucho más suave cuando lo lleve a medio galope.

—¿Te refieres a más deprisa que esto?

Unos segundos después, el caballo aceleró el ritmo. Reese contuvo el aliento y se agarró con más fuerza a los brazos de Caleb. «Relájate», se recordó a sí misma.

Caleb manejaba al caballo con absoluta confianza, y al final consiguió ganarse la confianza de Reese. Unos segundos más y sí tuvo la sensación de estar flotando por el campo, como la seda. El caballo recorrió el campo antes de girar y correr hacia una línea de árboles que bordeaban el prado. Hicieron unos cuantos recorridos antes de encaminarse de vuelta al establo, la luz de la luna tiñó el campo de plata, y Caleb urgió al caballo a ponerse al trote, y de ahí al galope.

«Esta está siendo la mejor cita de mi vida», pensó ella, su piel vibrando de excitación cuando se detuvieron en el corral. Caleb se bajó del caballo y la agarró de la cintura para bajarla a ella también, dejándola sobre el escalón.

—¡Vaya! —exclamó ella—. ¡Vaya! Eso ha sido... ¡vaya! —le temblaban las piernas y tuvo que agarrarse al brazo de Caleb.

—Tranquila —le aconsejó él—. Montar a caballo machaca las piernas si no estás acostumbrada, sobre todo con un tipo tan grande como Stanley.

—Me he enamorado de Stanley —anunció ella—. Solo para que lo sepas.

—Entonces podrás ayudarme a guardarlo para la noche. Tenemos que hacerle andar un poco para que se le enfríen los músculos.

A Reese tampoco le iría mal que se le enfriaran un poco los suyos. Caminaron juntos bajo la luz de la luna, con el caballo siguiéndolos como un dócil perrito. Después lo llevaron al interior del establo y lo cepillaron con un rascador de sudor y luego con una almohaza.

—Este podría ser el peor vestido para la ocasión —aseguró ella antes de soltar una carcajada al recordar lo mucho que había penado para elegir la ropa que ponerse—. Aunque no me quejo.

—Puedes lavarte ahí dentro mientras yo guardo a Stanley en su box.

Reese entró en un aseo y se quitó las botas y los pantalones de montar antes de lavarse las manos a fondo. Los cabellos estaban revueltos por el viento y el vestido tenía algunas manchas, pero no era capaz de dejar de sonreír. Se reunió con Caleb y, juntos, abandonaron el establo. La noche se había vuelto fresca y silenciosa y, cuando el brazo de Reese rozó el de Caleb, ella se estremeció ligeramente.

—¿Tienes frío? —preguntó él.

—Yo... no.

—Sí que tienes —él se quitó la chaqueta y la colocó sobre los hombros de Reese. La prenda estaba impregnada de su calor y aroma, y la sensación de llevarla colgada era muy parecida a un abrazo.

—Gracias por traerme aquí. Me gusta tu mundo. Creo que incluso me gusta montar a caballo. Este es un lugar muy especial, Caleb.

—Me alegra que opines así.

Sus brazos volvieron a rozarse y, en esa ocasión, ella supo que no había sido por accidente. También supo que era una idea muy mala, en muchos aspectos.

—Hannah me habló de una chica. Que os entendéis —ahí estaba, ya lo había soltado. Sí, acababa de abrir la puerta.

Caleb se detuvo y le tomó una mano antes de obligarla a girarse y mirarlo de frente.

—Eso cree todo el mundo. Todos salvo yo.

—¿En serio? ¿Y tú qué crees?

—Supongo que no hay nada malo en que te bese.

Cualquier intención de protestar se diluyó contra la suave e insistente presión de sus labios sobre los de ella. Reese se sumergió en su sabor y calor, en el modo en que la abrazaba. Todo lo que se había estado cocinando a fuego lento entre ambos se desbordó, y ella se apretó contra él, sintiendo el latido de su corazón contra el suyo. Un beso de Caleb era más erótico que toda una noche con otro tipo.

Había algunas cosas sobre las que no tenía dudas: ese beso iba en serio. Iba a complicarle la vida, sus metas serían más difíciles de alcanzar. Iba a alterar los planes que llevaba haciendo desde hacía una década. Seguramente alguien iba a terminar por resultar herido.

Pero, a pesar de la ráfaga de dudas, también había un torrente de desesperada rendición. Si no se detenían, Reese estaba segura de que explotaría. Y, si se detenían, iba a estallar en pedazos. Agarró la camisa de Caleb con ambas manos, como había agarrado las crines del caballo, sujetándose a él, sujetándose a una sensación de sorpresa como nunca antes había sentido, aunque al mismo tiempo sabía que iba a tener que obligarse a dejarse ir.

Capítulo 13

—He estado oyendo rumores sobre ti.

Reese se sobresaltó mientras miraba a su alrededor en la sala de guardia. En ese momento allí solo estaban ella y su madre.

—¿Qué clase de rumores, mamá? —su mente repasó a toda velocidad las distintas posibilidades.

Sus padres tenían espías repartidos por todo el hospital. A fin de cuentas, aquel era su territorio, el escenario sobre el que actuaban. Cualquiera que fuera alguien allí los conocía y, por asociación, a Reese.

Ella vivía en una pecera, lo que normalmente no suponía ningún problema, dado que apenas tenía vida. Hasta recientemente.

—La clase que me hace decir ummm... —su madre dejó un bolso Birkin sobre una silla junto a la puerta.

—Mi vida no es lo bastante interesante como para que alguien diga ummm... ¿Qué has oído?

—Que estás liada con un granjero de una comunidad rural.

—Intentaré mantenerme seria —contestó Reese, aunque su corazón se aceleró con una sensación de culpa. Culpa. ¿Aún era esa cría, horrorizada ante la posibilidad de defraudar a sus padres, patéticamente ansiosa por recibir su aprobación?—. ¿Dónde lo has oído?

—Ya sabes cómo son los hospitales. Todo el mundo habla. ¿Entonces es verdad?

—¿Qué? ¿Lo del granjero? ¿La comunidad rural? ¿O que estoy liada con él?

—Cualquiera de esas tres.

No. Sí. «No lo sé».

—Supongo que se refieren a Caleb Stoltz. Ya te he hablado de él. Su sobrino es paciente de aquí, y Caleb se aloja con mi vecino para poder estar cerca de Jonah.

Su madre no dijo nada, lo cual solo sirvió para que Reese se empeñara más en racionalizarlo todo.

—No conoce a nadie en la ciudad. Y, para que lo sepas, no estoy liada con él. He ido a un par de sitios con él. Le he presentado a algunos amigos. No es nada.

Odiaba tener que explicarlo. Odiaba sentirse a la defensiva. Odiaba haber calificado lo que tenía con Caleb como «nada».

—En ese caso —concluyó su madre—. No hay nada de lo que preocuparse, ¿verdad?

—¿Y por qué debería preocuparte el que estuviera saliendo con Caleb?

—¿Estás diciendo que podría ser?

—Por Dios bendito, mamá...

—Es una pregunta sencilla.

Sin ninguna respuesta sencilla que dar.

—Ven a cenar mañana —la invitó su madre tras consultar el reloj—. Y trae a tu amigo.

—Pero...

—Está solo en la ciudad. Tú misma lo has dicho. Estoy segura de que le gustará un poco de comida casera.

—¿Y desde cuándo cocinas en casa?

—No he dicho que vaya a cocinar yo. Pero tengo una casa. Y tengo un cocinero. Necesitas comer y, supongo, tu amigo también.

—Pero...

—Tomaremos una copa a las siete, cena a las ocho. Mándame un mensaje si sigue alguna dieta.

Reese se sentía fatal por la conversación mantenida con su madre. Caleb no era «nada». Era justo todo lo contrario.

El paseo a caballo bajo la luz de la luna en la granja Grantham había supuesto un punto de inflexión para ella, quizás para ambos. El momento en que la había besado había sido el momento en que ella se había obligado a dejar de fingir que ahí no había nada. Había sido el momento en que se había visto forzada a afrontar la realidad y admitir que no solo había algo, sino algo muy grande.

Precursor de grandes problemas.

Pensaba en él durante todo el día y toda la noche. Pensaba en él en el quirófano mientras asistía a una operación de aneurisma practicada por un neurocirujano. Pensaba en él en la sala de guardia mientras se suponía que debía

estar durmiendo. O trabajando. O comiendo, o reuniéndose con jefes de residentes y tutores.

Su obsesión con Caleb era como una afección crónica. Una de la que no deseaba deshacerse.

No podía dejar de pensar en la sensación al tocarlo, en el modo en que sus ojos se arrugaban en las esquinas antes de que una sonrisa se dibujara en sus labios. Nunca se hartaba del tono elevado y seguro de su voz y la cadencia de sus palabras. Se excitaba solo con su olor. El modo en que la miraba y la escuchaba, como si fuera la única persona en el mundo.

Cada vez que pensaba en Caleb, todo lo demás se desdibujaba, incluyendo cualquiera de las obligaciones y deberes que solían llenar cada hora del día.

Cuando no estaban juntos, le resultaba difícil concentrarse en cualquier cosa que no fuera el siguiente encuentro. La sensación que había experimentado cuando la había besado, esa absoluta felicidad, ese cálido torrente de ternura, ese cosquilleo de excitación sexual, era un deseo ridículo, pero no podía negarlo.

Sentimientos así de fuertes eran peligrosos. Sí, peligrosos, porque suponían una tremenda distracción. Todo lo demás había dejado de importarle, todo salvo la excitación de ese deseo no buscado. Le daba igual verse arrastrada por la pasión. En realidad lo deseaba.

Se sentía absolutamente seducida. Algunas personas lo llamarían «química», pero era algo más parecido a la electricidad. Caleb Stoltz había pulsado el interruptor que había encendido todo su cuerpo.

En ocasiones intentaba deshacerse de los sentimientos a base de razones. Por el amor de Dios, era una mujer de ciencia. Debería saber que no se podía. La atracción era obra de las feromonas, una reacción química, de la cintura a la cadera, según algunos estudios, el instinto humano con respecto a la diferenciación genética, según otros. Pensaba que comprendía su oculto arquetipo sexual. Y, sin embargo, desafiaba toda lógica. Ningún dato empírico tenía sentido cuando se encontraba atrapada en un momento de sorpresa ante la profundidad de su atracción.

No dejaba de desear descubrir que Caleb era aburrido o estrecho de mente, que no sentía el menor interés por las cosas que le interesaban a ella, que su mente estaba cerrada a nuevas ideas, su corazón a nuevos sentimientos. Sin embargo, cada momento que pasaba con él revelaba más sobre él, su masculinidad espontánea, su amabilidad, su mente inventiva y tierno corazón.

Si alguna vez intimaran, ¿sería tan intenso como se lo imaginaba?

Porque se lo imaginaba mucho. Se lo imaginaba mientras, al día siguiente,

llamaba a la puerta del otro lado del pasillo, y Caleb abrió. Iba vestido para ir al trabajo, preparado para tomar el autobús de las siete de la mañana a la granja Grantham.

—Mis padres quieren que vayamos a cenar a su casa esta noche —anunció ella.

—De acuerdo —fue la única respuesta.

—¿De verdad?

—Claro. La gente cena con su familia a diario —Caleb cerró la puerta sin hacer ruido—. Tengo que tomar el autobús.

—Te acompaño un trecho hasta la parada.

Ya en la calle acomodaron sus pasos. El pavimento estaba húmedo y el olor era acre, tras una ligera lluvia. La mañana era fresca, anunciando la llegada del otoño.

—Verás... —continuó ella, deseando no sentirse tan nerviosa—. Sobre mis padres... son bastante intensos.

Reese se ajustó la correa del bolso. A su mente acudieron recuerdos de las mañanas de su infancia, dirigiéndose al colegio con su mochila, sus padres despidiéndola. Siempre se habían mostrado afectuosos, pero sus silenciosas expectativas hacían que la mochila pesara como si estuviera llena de ladrillos.

—¡No me digas! —él sonrió.

—¡Oye! —Reese le golpeó suavemente el brazo.

—Esto te está preocupando mucho —observó Caleb.

—No, no es verdad. Sí, es cierto. Odio que me afecte tanto. Verás, mis padres tienen ideas muy claras sobre... Mierda. Creen que tú y yo... Da igual. Acabemos con ello. ¿Nos reunimos en el hospital después de tu visita a Jonah esta noche?

—Claro —él dejó de hablar y la miró fijamente durante un momento. Y muy delicadamente, tomó su rostro entre sus manos—. No te preocupes, Reese, me comportaré.

—No es tu comportamiento el que me preocupa.

—Me alegra saberlo —él bajó las manos—. Nos vemos luego.

El ventoso tiempo de principios de otoño obligó a Reese a acelerar el paso mientras caminaba junto a Caleb hacia la casa de sus padres.

—Hay un buen trecho —le explicó—. Si prefieres ir en coche...

—No me molesta caminar.

—De acuerdo. Es más rápido por el puente peatonal. Sin embargo, atraviesa un barrio bastante malo. No es precisamente la zona más bonita.

—¿Insinúas que no es una zona segura?

—Digo que es una zona dura. Si fuera caminando sola por la noche, seguramente lo evitaría. A primera hora, los dos juntos, no me preocupa.

—Entonces yo tampoco me preocuparé.

Lo cierto era que con él se sentía a salvo, fuera o no un sentimiento justificado. El fresco viento otoñal soplaba por las calles y callejones del desaconsejable barrio. Almacenes abandonados con ventanas rotas estaban rodeados de alambres de espino y señales de advertencia. Viviendas derruidas se apiñaban sobre tiendas, negocios de prestamistas y también oficinas de fianzas. Coches destrozados y paredes cubiertas de símbolos de bandas callejeras a ambos lados de las calles. Mendigos y drogadictos merodeaban aquí y allá, pero nadie les prestó atención... hasta que llegaron a un cruce en el límite del distrito.

—¿Una ayuda para un hermano? —preguntó un tipo corpulento cubierto con capas de ropa vieja y suciedad de la calle.

Reese se agarró con fuerza al brazo de Caleb.

—Lo siento —murmuró ella, intentando seguir su camino.

—¿Qué clase de ayuda estás buscando? —Caleb ralentizó el paso.

—Lo que puedas darme —contestó el tipo mientras extendía una mano cubierta de suciedad.

—Caleb...

—Toma, amigo, y buena suerte —Caleb le entregó unos pocos dólares antes de estrechar la mano del tipo, mirándolo a los ojos y ofreciéndole una cálida sonrisa.

—Eh... gracias —el hombre reculó un paso antes de darse media vuelta y alejarse.

Reese ni se molestó en explicarle a Caleb por qué no era buena idea darles nada a los mendigos. No tenía sentido. Además, la manera en que le había dado el dinero, reconociendo la humanidad de ese hombre y deseándole buena suerte, estaba más allá de cualquier reproche.

—Eres una buena persona —ella suspiró—. Mucho mejor que yo.

Él colocó la mano de Reese en el pliegue de su codo.

—Darle dinero a alguien no me hace ser bueno. Solo significa que me sobraba un poco.

—Pero fuiste bueno al hablarle con amabilidad. La mayoría de las personas, aunque les den unas monedas, ni siquiera los miran a la cara —ella volvió a

suspirar—. La ciudad puede ser un lugar difícil para vivir. A veces sueño con irme a alguna otra parte, al campo. Creo que me gustaría.

—Entonces quizás deberías probarlo.

La mente de Reese se detuvo de inmediato en la reunión mantenida con la doctora Lake y el doctor Shrock. Pero sacudió la cabeza.

—No sería posible. Toda mi vida gira en torno a la carrera de médico. Estaré en algún hospital de una gran ciudad durante, al menos, los próximos siete años. Y después de eso, me pondré a trabajar con mis padres. Eso sí, te juro que pasaré todas las vacaciones en el campo —Reese vio una sonrisa asomar a los labios de Caleb—. Tú no te vas de vacaciones, ¿verdad?

—Es un concepto totalmente extraño para nosotros, desde luego —Caleb sacudió la cabeza.

Reese se sintió aliviada cuando el peligroso barrio dio paso al tranquilo esplendor de Fitler Square, un parque centenario rodeado de edificios de ladrillo, de estilo vintage, calles bordeadas de árboles y jardines bien cuidados con fuentes y esculturas. En el límite del viejo distrito junto al río se elevaba el rascacielos de sus padres como un obelisco de cristal. El lujo que se respiraba allí resultaba casi vergonzante, la enorme entrada, la férrea seguridad, la discreta elegancia del vestíbulo. Cada detalle de ese lugar estaba diseñado para impresionar, y para resaltar el éxito de sus adinerados propietarios. Caleb, sin embargo, lo observaba todo con su típica transparencia y tranquilidad.

Sus pasos resonaron sobre el pulido suelo de mármol que cruzaron para llegar a los ascensores. Ella agitó su tarjeta de acceso frente a uno de ellos, marcado como «privado», y entraron en la cabina dorada y forrada de espejos. De nuevo agitó la tarjeta y el ascensor se deslizó hasta el ático, en la planta veintidós. La puerta de abrió directamente a la casa de sus padres.

—Bienvenido a Casa Powell —anunció Reese con excesivo entusiasmo mientras salía del ascensor.

Para su alivio, Caleb no parecía nervioso. Ni siquiera intimidado, como les sucedía a algunas de sus amistades cuando las llevaba allí. Simplemente aguardó con su típica paciencia.

—Mamá, papá —llamó—. ¡Estamos aquí!

—Pasad —contestó su madre con voz cantarina mientras sus botas de tacón golpeaban el suelo de madera. Estaba absolutamente perfecta, vestida con un sencillo vestido de alta costura y envuelta en un chal de cachemira. El cabello y el maquillaje, impecables—. Estábamos tomando un aperitivo en la terraza —abrazó a Reese y saludó a Caleb con un apretón de manos—. Yo soy Joanna —se

presentó—. Supongo que debería decir algo así como que he oído hablar mucho de ti, pero no es así. En realidad no sé casi nada de ti.

—Mamá...

Caleb sonrió, los ojos azules arrugándose en los bordes.

—En ese caso me parece que vamos a tener mucho de que hablar.

La expresión de su madre casi hizo que Reese soltara una carcajada. Ni siquiera Joanna Powell podía quedar inmune al aspecto de Caleb. Fingió abanicarse con una mano.

—Jovencito, eres de lo más encantador. Ven a conocer a Hector —agarrándolo de la mano lo arrastró por todo el apartamento, entre muebles de diseño y obras de arte dignas de un museo, hasta las puertas de la amplia terraza con barandilla de cristal, una pequeña piscina, árboles plantados en macetas, y un bar completo. De los altavoces invisibles surgía una música típica de la hora del cóctel.

—Esta noche hace fresco, pero quería que vieras la puesta de sol —explicó Joanna—. Le he pedido a Quentin que encienda las estufas de gas.

—Hola, papá —Reese se acercó al bar, espectacularmente iluminado desde el suelo. Una serie de botellas estaban alineadas sobre una estantería detrás de su padre—. Sea lo que sea que estés agitando en ese mezclador, ponme uno doble.

—¿Un día duro? —él abrazó a su hija.

«Una noche dura por delante», pensó ella.

—Te presento a Caleb Stoltz. Caleb, mi padre, Hector.

—Un placer —saludó su padre—. ¿Cuál es tu marca de veneno?

Era una de esas frases que dejaban a Caleb perplejo. No había visto las suficientes series cursis en televisión.

—¿Te apetece beber algo?

—Una cerveza, por favor.

Llevaron sus bebidas a una mesa situada bajo un par de estufas encendidas.

—Salud —brindó el padre de Reese, levantando su copa.

—Nos alegra mucho que hayas, que hayáis, podido venir. Es casi imposible organizar un encuentro con nuestra hija, está tan ocupada...

Caleb asintió amablemente. Reese lo conocía lo suficiente como para saber que no era de los que charlaban por charlar. No parecía sentir la necesidad de rellenar silencios.

—Bueno, Reese nos ha contado que vienes del campo —Joanna aguardó con una sonrisa expectante.

—Sí, de una ciudad llamada Middle Grove, al norte, un poco al oeste de la ciudad.

—¿Y te gusta Filadelfia?

«Por el amor de Dios», pensó Reese. «Está aquí porque su sobrino ha perdido un brazo, no para visitar la jodida campana de la libertad».

—Está bien —contestó él.

—Hector y yo la adoramos —anunció Joanna mientras extendía un brazo para abarcar el paisaje. Tal y como les había prometido, la puesta de sol fue gloriosa, las nubes atravesadas por el fuego del oeste.

—Echo de menos nuestra casa en Gladwyne, pero cuando Reese se marchó a la universidad, nos pareció un buen momento para un cambio. Nos echaba un poco para atrás mudarnos tan cerca del centro, pero encontramos este sitio, lo mejor de ambos mundos.

A diferencia de otros amigos que Reese había llevado a casa de sus padres, Caleb no elogió la magnífica casa, el arte, las espectaculares vistas al otro lado de los ventanales que iban del techo al suelo, o la terraza en el tejado. Sencillamente no era su estilo.

—Y lo mejor fue que seguimos siendo miembros del club de golf —anunció su padre—. ¿Está bien esa cerveza? —preguntó—. Yo no entiendo demasiado de cervezas.

—Está deliciosa, gracias —contestó Caleb.

—Estás en un momento crucial de tu carrera —Hector se volvió hacia su hija—. Háblame de tus progresos con el Match. ¿Tienes algún plan de preferencias?

«Estupendo. Hablemos de mi carrera delante de nuestro invitado».

—Va bien —contestó ella—. Y por supuesto que tengo un plan —miró a su alrededor, esperando poder cambiar de tema—. Este sitio es estupendo. Parece un hotel de cinco estrellas.

—La lista de preferencias, para los no iniciados, es el proceso por el que se asocia a los estudiantes de medicina con su programa de residencia —le explicó Hector a Caleb.

«No iniciados», pensó Reese. ¿Por qué sonaba tan condescendiente?

—Qué días aquellos, jamás se me olvidarán —continuó su padre—. Permanecía despierto noche tras noche, intentando asegurarme de hacer lo correcto. ¿Coloco primero a Mass General o a Johns Hopkins? Y luego estaba esa oportunidad en la clínica Mayo... una pura agonía.

—Yo no sufro agonía, papá.

—¿Cuál es tu programa prioritario por ahora? —preguntó su madre.

—Bueno, pues todos los que ha mencionado papá. Y Penn, aquí mismo, por supuesto.

—Nos gustaría que te tomaras tu vida un poco más en serio. Con el Match tan cerca, las cosas se van a acelerar mucho.

Reese dio un respingo ante la crítica implícita antes de mirar a Caleb para asegurarse de que no se le hubiera nublado la mirada.

Su padre le dedicó una mirada de «lo siento, aunque no del todo».

—Un gran paso para nuestra niña —observó—. Queremos lo mejor para ella.

—Perelman, en Penn, es el mejor en estudios globales de salud —contestó Caleb—. Para tecnología quirúrgica, sería Johns Hopkins —miró de un sorprendido padre a la no menos sorprendida madre—. Lo he estado estudiando. Por el bien de Jonah.

—¡Oh! —exclamó Joanna—. Eso es... admirable.

—También he mantenido una entrevista para un programa de residencia rural —anunció Reese. Ese era un momento tan bueno como cualquier otro para soltarlo.

—¿Rural? —su padre hizo girar el cubito de hielo en su copa—. En el campo no forman cirujanos pediátricos.

—Forman médicos de familia —Reese intentó no mostrarse irritada.

Con una expresión de embelesada tolerancia, Caleb siguió la conversación como si se tratara de una partida de ping-pong.

—Esa no es la especialidad que has elegido —protestó su madre—. Tú no quieres pasarte la vida tratando dolores de oído y alergias estacionales.

Reese sentía que la conversación empezaba a adentrarse en terreno peligroso.

—Bueno —cambió de tema—. Me muero de hambre. ¿Qué hay para cenar?

—Pues espero que hayáis venido con apetito. Quentin acudió al mercado de los granjeros esta mañana, y lleva todo el día cocinando.

Entraron en el apartamento y se reunieron en torno a una mesa, dispuesta con porcelana fina y cristal, vasos de agua y copas de vino perfectamente alineados, los cubiertos de plata impecablemente dispuestos sobre impolutas servilletas de lino.

—¿Preparados? —preguntó Quentin, asomándose desde la cocina.

—Me muero de hambre —contestó Reese antes de presentarle a Caleb.

Sin embargo, no consiguió explicarle que Quentin era el mayordomo. Sonaba demasiado pretencioso.

—Crostini con jamón y queso burrata —informó Quentin mientras servía los aperitivos.

Caleb se inclinó hacia Reese.

—Esto es un bocadillo de jamón y queso —a continuación sonrió a Quentin

—. Y a quién no le gusta un bocadillo de jamón y queso.

—Eso es —Quentin sonrió—. El queso burrata está recién hecho de esta mañana. Tengo un delicioso lambrusco para acompañarlo. Buen provecho —les deseó antes de llenarles las copas.

La comida estaba deliciosa, pero también resultó bastante pretenciosa: ensalada de hinojo y naranjas sanguinas, ragú de champiñones silvestres y farro, un postre que parecía un collage en 3D sobre cristal. Durante toda la cena, los padres de Reese se mostraron condescendientes y críticos en su máximo esplendor.

—Me resulta tan curioso que seas amish —observó Joanna como si hablara de una extraña afección—. Nunca habíamos conocido a ningún amish, ¿verdad, Hector? —hizo una breve pausa—. No, espera, tengo una colega en Lancaster. ¿Te acuerdas de ella, Reese? Lane St. John. Era profesora de genética, y sus dos hijos fueron a Princeton. Aunque bueno, eso no tiene importancia.

«No, mamá, pero tú solo querías sacar el tema de Princeton».

—Pues resulta que Lane tenía una increíble asistente amish. Y sí, he dicho increíble. Lo hacía todo: planchaba las sábanas. Horneaba el pan y las tartas. Fregaba la entrada arrodillada y con sus manos. Cosía y hacía remiendos. Increíble. Mis colegas y yo la teníamos mucha envidia. Todas queríamos tener una.

Reese apretó los dientes. Su madre no acababa de decir eso.

Pero sí, lo había hecho.

Caleb, sin embargo, se lo tomó con calma.

—Reconozco que a todos nos vendría bien alguien así —contestó con una sonrisa arrogante—. ¿Dónde la consiguió tu amiga? ¿En el K-Mart de rebajas?

Al menos su madre tuvo la decencia de sonrojarse.

—Yo solo quería decir que una joven con esas habilidades no es fácil de encontrar. Hoy en día, la mayoría de las chicas no se centran en las tareas domésticas.

«Deja de hablar». Reese intentó hacerle llegar el mensaje mentalmente desde el otro lado de la mesa.

—Pues el otro día yo hice una tarta de frutos rojos —anunció, casi desafiante. Sus padres tenían algo que la hacía sentirse como si tuviera de nuevo doce años.

—Y estaba deliciosa —concedió Caleb—. Jonah, mi sobrino, que está ingresado en el hospital, todavía habla de ella. Vuestra hija se ha mostrado muy amable con nosotros desde el accidente.

—Me alegra oírlo —intervino su padre—. Supongo que la conmoción cultural

de cambiar tu comunidad amish por la ciudad debe de ser muy fuerte.

—Es diferente, desde luego. Aunque yo no hablaría de conmoción.

A continuación acibillaron a Caleb con preguntas diseñadas para incomodarlo, para hacerle sentirse fuera de su elemento, menos que nada. Él las contestó con imperturbable sinceridad, hablando con soltura de la vida en la granja, de la comunidad tan cerrada, de la historia de su familia, que llevaba seis generaciones viviendo en la misma casa.

—Ojalá yo tuviera más habilidades para la jardinería —comentó su madre—. He estado pensando en poner un jardín en la terraza. ¿Crees que funcionaría? Y colmenas. ¿Sabías que la apicultura urbana está de moda? Quizás podrías darnos algunos consejos.

—El que sea amish no lo convierte en una enciclopedia andante y parlante sobre asuntos de granja —señaló Reese.

—Pero podría resultar serlo —Caleb sonrió a Reese antes de volverse hacia su madre—. Las abejas y las mariposas no se aventuran a los tejados de los edificios, de modo las colmenas podrían ayudar con la polinización.

—Oh, qué buena idea. Haré que Quentin se ponga a ello en primavera.

Reese apretó los dientes mientras tomaban café y licores en el salón. Caleb declinó amablemente tomar nada e, igual de amablemente, prestó atención a la colección de arte mientras su madre hablaba de sus piezas favoritas.

—¿Estudiaste arte en la escuela? —preguntó Joanna.

—No fui a esa clase de escuela —Caleb sonrió fugazmente—. Solo nos enseñan lo estrictamente básico, y después del octavo curso todo se acaba.

—¿La escuela termina con el octavo curso? —su padre enarcó las cejas—. ¿Eso es legal?

Aquello fue la gota que colmó el vaso y Reese se sintió obligada a intervenir.

—Por el amor de Dios, papá...

Pero Caleb le rozó una pierna con la suya. «No pasa nada».

Ella recuperó la compostura. Con exagerada precisión dejó la taza de café sobre la mesita.

—Los dos tenemos que madrugar mañana —anunció—. Será mejor que nos pongamos en marcha.

—Avisaré a un taxi —su madre se dirigió al teléfono.

—No será necesario —le aseguró Reese—. El paseo nos irá bien.

—Pues entonces debéis tomar el paseo marítimo. Hay unas vistas espectaculares de la ciudad por la noche. En ningún caso toméis el atajo. De noche es peligroso, ya lo sabes.

Reese los abrazó brevemente a ambos. «Peligroso».

—Sí —contestó—. Lo sé.

Mientras se alejaban de la casa de los Powell, Caleb sentía la emoción surgir de Reese como el calor de la fiebre. No le dijo nada. Ya le hablaría cuando estuviera preparada. Estaba convencido de que hablaría. Esa mujer era toda una habladora.

—No estoy en mi mejor momento —se excusó ella unos minutos más tarde—. Lo siento. ¿Por qué les permito que me ataquen los nervios?

—Porque sabes que se preocupan por ti. Quieren lo mejor para ti. Y tú quieres hacerles felices porque son tus padres y los quieres.

Tomaron el paseo peatonal que había sugerido Joanna. El río reflejaba las brillantes luces y los colores de la ciudad por la noche. El museo de arte estaba iluminado desde abajo, y parecía un templo griego sobre una colina. En alguna sala de espera, Caleb había leído que el sendero urbano era el orgullo de la ciudad, una de las más nuevas atracciones. A pesar del frío, había personas elegantemente vestidas, hombres y mujeres de negocios apresurándose con sus maletines, chicos en pandillas parlotando entre ellos, ciclistas y corredores haciendo ejercicio. Nada que ver con Middle Grove, donde las noches se pasaban en casa, leyendo bajo la suave luz y el ligero siseo de las lámparas de gas.

—Tienes razón, por supuesto —contestó ella—. Es verdad que los quiero, y quiero que se sientan orgullosos y felices. Me lo han dado todo. Y les estoy agradecida por ello. Pero... estoy preocupada —añadió.

—¿Sobre qué?

—Tengo miedo de que lo que yo quiero para mí y lo que ellos quieren sean dos cosas diferentes. Si hago lo que ellos quieren, siempre me preguntaré si fue la elección correcta. Si hago lo que quiero yo, les decepcionaré.

—¿Y qué es peor? ¿Decepcionar a tus padres o decepcionarte a ti misma?

—Las dos opciones son una mierda.

Caleb sintió una oleada de afecto por esa mujer que había irrumpido en su vida como una flor en primavera. Se lo pensaba todo concienzudamente. Una y otra vez.

—Pues entonces elige una tercera opción —sugirió.

—¿Por ejemplo?

—Tú sabrás.

A Caleb le costaba un triunfo mantener las manos quietas. Todos sus instintos le empujaban a tocarla, a atraerla hacia sí y besarla como había hecho en la granja Grantham. Y quería que esos besos los llevaran a largas y tórridas horas haciendo el amor. Le habían educado para reprimir esas necesidades, pero besar a Reese le resultaba más reverente que cualquier oración, y si eso podía considerarse una blasfemia, ardería alegremente por ella.

—... lo que les mueve, ¿sabes?

—Disculpa, ¿qué decías? —«céntrate».

—Mis padres —le explicó ella—. ¿No estábamos hablando de eso?

—Sí, claro.

—Me preocupa no tener su decisión para triunfar. Los dos son unos triunfadores. Cada recuerdo que tengo de ellos cuando era niña va de prosperar, ellos en su trabajo y yo en el colegio. Incluso durante los fines de semana y vacaciones, todo lo que hacíamos debía encajar en eso. No recuerdo nunca haber hecho algo solo por hacerlo, ¿sabes? Si quería tumbarme en la hierba y contemplar las nubes, debía aprender los distintos tipos de nubes y cómo se forman.

Él no respondió.

—No dices nada.

Cuando él era niño, se habría sentido agradecido de tener a alguien con tantas expectativas. Alguien que esperara de él que aprendiera cosas más allá de los conocimientos básicos, que lo hubiera animado a perseguir un gran sueño. Pero, como no estaba muy seguro de cómo explicárselo, prefirió permanecer callado.

—De acuerdo, te pondré otro ejemplo. Cuando era pequeña, quizás diez u once años, estaba en un grupo scout de niñas. ¿Conoces los grupos de niñas scout?

—Las que venden galletas —él asintió.

—Esas somos, sí —Reese rio—. El caso es que mis padres lo aprobaban, porque aquello consistía siempre en poner metas y recibir recompensas. Alcanzar un logro, conseguir una insignia. En su momento yo no me daba cuenta, pero creo que ellos se preocupaban más por las insignias que por lo que yo debía hacer para conseguirlas. Recuerdo un proyecto que consistía en plantar un jardín. Yo delimité un pequeño terreno en el patio. Había una zona soleada junto a la carretera, y trabajé y trabajé. Cuando salieron los primeros guisantes y las primeras judías, estaba emocionadísima. Cada día me acercaba para ver lo que había salido. Los guisantes me sabían a caramelo. Y un día regresé a casa y mi jardín había desaparecido.

—¿Qué quieres decir con «desaparecido»?

—Pues... aplanado. Toda la zona. Mi padre había contratado a una cuadrilla para construir un cobertizo para su carrito de golf, y habían hecho los cimientos justo donde yo tenía el jardín. Me puse furiosa. Sufrí una auténtica crisis. Le grité y exigí una explicación. Es la única vez que recuerdo haberme puesto así con mis padres. Y papá se limitó a mirarme y me dijo, «lo plantaste para conseguir tu insignia de los scout». Como si eso lo explicara todo. Él dedujo que, dado que yo ya tenía mi insignia, ya no necesitaba mi jardín. No entendía que, si quería judías verdes, por qué no le pedía a la sirvienta que me las comprara en el mercado. No estaba siendo cruel. Solo realista. Sin tener la menor idea de lo que yo quería realmente, hasta el punto de que yo acabé cuestionando mi propio juicio.

Caleb le rozó el brazo y la guio hasta un banco colocado bajo un foco de luz. Se sentaron juntos y, sin pensárselo dos veces, él la rodeó con un brazo.

—Estás temblando.

—Está cambiando el tiempo —contestó Reese en un susurro—. Y yo... bueno supongo que es un tema emotivo para mí.

—Los asuntos familiares suelen serlo —le aseguró él.

—Háblame de tu familia —sugirió ella—. Conozco los detalles básicos, tu madre, tu hermano... Cuéntame alguna anécdota de cuando eras niño. Sospecho que nunca esperaste recibir una insignia por cultivar un jardín. Cuéntame algo que no sepa de ti.

Algo en la pregunta despertó un torrente de recuerdos en Caleb. Permaneció sentado inmóvil, sintiendo el calor de Reese contra su cuerpo.

Un barco iluminado pasó río abajo. Cuatro chicos montando bicicletas subían y bajaban por el paseo, girando muy cerca del banco para alejarse de nuevo. Unos adolescentes hablaban a gritos y soltaban juramentos.

—¿Y bien? —Reese le dio un pequeño empujón.

—Esa es una pregunta bastante compleja —él la miró y se quedó sin aliento al comprobar cómo lo miraba ella. Porque lo que vio en sus ojos era exactamente lo que él sentía en su corazón—. De niño era tartamudo.

—Madre mía. Eso debió de ser duro.

De nuevo se hizo el silencio y Caleb se preparó. Porque Reese era demasiado lista para no sumar dos y dos. Sabía que pronto empezaría a hacer deducciones. Y lo gracioso era que quería que lo desafiara. Quería que ella lo supiera.

—¿Caleb? —lo llamó con voz muy dulce—. ¿Por qué tartamudeabas?

Ahí estaba. Nadie se lo había preguntado nunca.

—Todo era un arma —contestó—. Una pala. Una sierra de arco. El arnés de un caballo. Cualquier cosa sobre la que mi padre pudiera poner una mano. En el granero, en la letrina, en el cobertizo del ordeño. Nunca sabía cuándo vendría a por mí. Me golpeaba hasta que suplicaba piedad. Si me atrevía a quejarme, me decía que rezara con más ahínco.

Ella dio un respingo y se apartó de él, agarrándolo por los brazos.

—Dios mío. Caleb, no.

—John, siendo el mayor, era el que recibía la peor parte —Caleb era muy consciente de que el «no», de Reese había sido retórico. Jamás en su vida había hablado de eso con nadie. Y tenía la sensación de que las palabras las estaba pronunciando otra persona. Era curioso cómo los recuerdos, incluso después de tantos años, décadas después, seguían tan vivos. Todavía recordaba el terror y el dolor. La vergüenza y la humillación—. Cuando John se hizo más corpulento que nuestro padre, puso fin a todo eso.

—¿Y no había nadie a quien pudieseis contárselo? Era un comportamiento criminal. ¿Nadie se dio cuenta? ¿Un profesor o un vecino?

—La comunidad se enorgullece de estar muy unida, todos protegen a los suyos. Ese comportamiento no se considera criminal. La obediencia y la sumisión son exigidas, y la gente responde ante la ley de Salomón.

—La letra con sangre entra. Dios.

—Admito que en algunas familias funciona.

—¡Oh, Caleb! —Reese temblaba contra él—. No sé qué decir.

—El silencio me va bien.

Ella rio temblorosa mientras se secaba las lágrimas de las mejillas.

—De acuerdo, tú ganas en la lotería de los padres más horrorosos. Me avergüenzo por haberme quejado siquiera. Siento muchísimo lo que te sucedió. De todo corazón, desearía poder abrazar a ese niño y mantenerlo a salvo para siempre.

—Eso es muy bonito —él le rozó la húmeda mejilla—. Yo nunca le había contado esto a nadie.

—Pues me alegra que me lo contaras a mí. Y, si sirve de algo, no me pareces una persona que haya sufrido abusos por parte de su padre. Cuando te veo con Jonah, siempre me sorprende lo paciente y expresivo que eres.

—Cuando regresé para ocuparme de Jonah y Hannah, me juré a mí mismo que sería la clase de hombre que me hubiera gustado tener como padre.

—Eres impresionante. Pero se me ocurren cosas. Y tengo preguntas.

—Por supuesto —él sonrió.

—¿Por qué te quedaste? Aquello fue horrible para ti.

—Pero no para John, no después de que obligara a nuestro padre a dar marcha atrás. Después de aquello, después de que saltara del puente, la comunidad amish salvó a John. Se abrió a todo lo bueno de los amish, familia y comunidad, trabajar la tierra y vivir cerca de Dios. Y eso mismo quería para sus hijos. No la vida que nuestro padre nos dio, evidentemente. La vida que había construido con Naomi. Convirtieron la granja en un maravilloso hogar, un verdadero hogar feliz. Yo hago lo que puedo para seguir sus pasos.

—Es impresionante, y admirable, que te recuperaras de lo que te sucedió siendo niño. Jonah seguramente nunca sabrá la suerte que tiene.

—Cuando miro a Jonah y a su hermana, siento que el afortunado soy yo.

—Qué bonito. Las obligaciones familiares pueden ser muy complicadas. Es muy difícil separar las expectativas de los padres de las tuyas propias.

Caleb estaba en el mismo dilema, y los paralelismos eran evidentes.

—Yo no lo llamaría complicado —discrepó—. Está muy claro. Sé lo que tengo que hacer —solía pensar en el futuro, cuando Hannah y Jonah ya vivieran por su cuenta, quizás entonces abandonaría Middle Grove. Pero, después del accidente de Jonah, quizás ya no fuera una opción.

Caleb iba a tener que encontrar el modo de aceptar mejor las cosas buenas de Middle Grove, las cosas que su hermano había abrazado. Era un hogar seguro para Jonah. Un puerto seguro. El problema era que había tantas cosas que lo anclaban allí que tenía la sensación de estarse ahogando.

—Gracias por contármelo —ella posó una mano sobre su pierna y se levantó del banco—. Ojalá la historia hubiera sido diferente, pero me alegra que me lo contaras.

—Resulta fácil hablar contigo, Reese —observó él mientras reanudaban la marcha.

—Tú nunca mientes —dijo Reese—. Y eso es algo que me encanta de ti.

Era una mujer fuerte, y él lo sabía. La mentira más grande era la que se decía a sí mismo. Cada día.

Reese resistió el impulso de tomar de la mano a Caleb mientras caminaban juntos en la fresca noche. Parecía un gesto natural después de la conversación íntima que acababan de mantener, pero había algo más sobre lo que necesitaban hablar.

—He estado pensando en nosotros dos —le confesó—. Sé que es absurdo,

pero seguramente lo mejor sea mostrarnos directos en este aspecto.

—Eso ha sido bastante directo.

Se percibía un atisbo de sonrisa en las palabras de Caleb. Reese no estaba segura de por qué lo sabía. Quizás porque lo conocía. ¿Cómo había llegado a conocer tan bien esos pequeños e íntimos detalles suyos? ¿Era porque no podía dejar de pensar en él?

Hundió las manos en los bolsillos de la cazadora y observó las sombras verticales de la barandilla del paseo. En cierto modo le resultaba más fácil hablar si avanzaba a grandes pasos.

—No conozco otra manera de abordar esto. Hay algo entre nosotros. Parece... romántico y especial. Y, si crees que me equivoco, será mejor que lo digas ahora, porque para mí tiene mucha importancia.

—No te equivocas —contestó él.

Una sensación de alivio se desplegó dentro de Reese. Ambos sentían lo mismo.

—Voy a ser muy sincera y contarte que seguramente no tengo demasiado en común con las mujeres amish. Te lo digo para que sepas que hablo seriamente cuando digo que... que pienso mucho de ti. ¿Recuerdas que me explicaste el significado de esa frase?

—Sí, lo recuerdo.

—Entonces sabrás que me estoy enamorando de ti —ya estaba. Al fin lo había dicho en voz alta. Daba bastante vergüenza decirlo, pero era la verdad, por improbable que pareciera, incluso para ella—. No hace falta que me contestes lo mismo —insistió—. Si no quieres decir nada, lo entenderé porque, en serio, no voy a pedirte nada, y comprendo que tu vida y mi vida son total y completamente diferentes, y que en realidad no hay ningún sentido en...

Caleb la interrumpió con un beso, breve e intenso. Allí mismo, en medio de un paseo marítimo, seguramente registrado por alguna cámara de seguridad, él la agarró y la besó prolongadamente, con la boca abierta, y el mundo se tambaleó y cambió de color. El momento se prolongó, y seguía sin parecer bastante. El beso era como una ola, creciendo hasta alcanzar la cima para luego descender gradualmente, dejándola mareada de sorpresa y placer. «¿Quién lo hubiera dicho?», se preguntó. «¿Quién hubiera dicho que existía una sensación así en el mundo?».

Con estudiada delicadeza, él apartó la boca de la suya y sonrió.

—¡Vaya! —exclamó ella—. Bueno, ¡vaya! —intentó reagrupar sus pensamientos y encontrar nuevas palabras que no fueran exclamaciones

monosilábicas—. Después de un beso como ese —consiguió decir al fin—, tiene que haber alguna clase de continuación.

—Y la hay —concedió Caleb—. A no ser que te refieras a seguir hablando.

—Mierda, es verdad que hablo demasiado —admitió Reese, de repente con mucha prisa—. Pero no, no me refería a seguir hablando.

Mierda, aquello estaba sucediendo realmente, y ella lo deseaba más que el aire para respirar. Casi habían llegado a su casa. Reese se sentía entusiasmada mientras corrían escaleras abajo desde el puente hasta la calle.

Al fondo de las escaleras había un cristal roto proveniente de un semáforo. Al otro lado de la calle, unas luces de neón lanzaban destellos sobre una lavandería desierta. En el suelo había ladrillos rotos alrededor de los escombros y unas bolitas metálicas.

—Cuidado —le advirtió Caleb, apoyando una mano en la parte baja de la espalda de Reese mientras saltaban para evitar los escombros.

Un crujido y un movimiento surgieron de la nada. Cuatro tipos en bicicleta surgieron de entre las sombras. Uno de ellos casi chocó contra ella y Reese se echó hacia atrás, aterrizando contra Caleb.

—Eh —gritó—. Mirad por donde vais.

—Entregadlo todo —dijo uno de los tipos. Llevaba un sombrero calado y un jersey de cuello alto, el dorso de las manos cubiertos de tatuajes. Un brillo de fuego en la mirada iluminada por las luces de neón—. Y rapidito.

«¡Vaya! Mierda. Un atraco. ¿En serio? ¿Justo ahora?».

Reese agarró a Caleb del brazo, sintiendo de inmediato la tensión de los músculos.

—No queremos problemas —intentó tranquilizarlos con voz temblorosa debido a la sensación de terror.

—No —admitió Caleb—. Nada de problemas —su voz no temblaba en absoluto.

Tres de las bicicletas cayeron con estruendo contra el suelo.

—Entonces haced lo que os hemos dicho —intervino uno de ellos, adelantándose a los otros. Llevaba una sudadera con capucha y vaqueros holgados. Le faltaba un incisivo—. Entregadlo todo, todo, todo. Carteras, dinero, joyas, teléfono...

Con mucha calma, Caleb sacó su billetera de cuero cosida a mano. Como de costumbre no llevaba más que un poco de dinero.

Una mano la agarró y sacó unos pocos billetes.

—¿Treinta y cinco pavos? Mierda. Esto no basta.

—Tendrás que hacerlo mejor —soltó otro de los tipos mientras agarraba el bolso de Reese y prácticamente le arrancaba el brazo. Lo dejó caer en el suelo y todos se lanzaron a por el monedero y el teléfono.

—Joyas —uno de ellos le agarró el collar, el colgante de su abuela. Reese gritó cuando la cadena le cortó la nuca.

—No la toques —le advirtió Caleb—. Por favor.

Seguía conservando la calma, pero Reese reconoció una nueva nota en su voz, el sordo gruñido de un perro de presa.

Ella intentó respirar a pesar del pánico. La adrenalina le recorría cada nervio, pero se sentía totalmente paralizada. Vio las enormes manos de Caleb abrirse y cerrarse.

—Toma —les ofreció ella mientras con manos temblorosas se quitaba los pendientes baratos—. Agarradlo todo y marchaos.

—El tío este tiene buenos modales —dijo uno de los ladrones—. Ha dicho «por favor». Creo que debería decir «por favorcito».

—Eso es, suéltanos un «por favorcito», grandullón.

—Y desbloquea el jodido móvil, zorra —uno de ellos se lo arrojó a Reese mientras la agarraba de la muñeca.

—He dicho que no la toques —repitió Caleb.

—Y yo he dicho que me lo pidas por favorcito. Y mientras estás en ello, suelta el resto de la pasta —mientras hablaba, el tipo sacó una pistola y presionó con el cañón bajo la barbilla de Caleb—. ¿Me estás oyendo?

—¡Oh, Dios mío! —Reese estuvo a punto de vomitar—. Por favor no dispaes. Por favor...

Uno de ellos estampó el teléfono en la cara de Reese.

—¡Desbloquéalo! Y hazlo ahora, zorra.

A Reese le temblaban tanto las manos que era incapaz de acertar con los dígitos de la clave. El hombre perdió la paciencia y la empujó contra la barandilla de hierro de las escaleras. Apeataba a hierba y a sudor.

—Pon tu jodido pulgar sobre la jodida tecla —gritó, echándole el aliento ardiente en la cara.

Reese no conseguía que su mano dejara de temblar. Por el rabillo del ojo vio la mano derecha de Caleb cerrarse en un puño.

—¡Caleb, no! —gritó—, lleva un arma...

Se oyó un estallido no muy fuerte, seguido de un horrible crujido cuando el puño de Caleb salió disparado y conectó con la cara del tipo, golpeándole tan fuerte que lo hizo caer al suelo. El arma rodó hacia la cuneta y desapareció en las

sombras. Los otros tres se lanzaron a por Caleb como una manada de perros rabiosos.

Echándose hacia delante, Reese hundió los dos puños en la espalda de uno de los tipos en un intento de apartarlo de Caleb. Un codo le golpeó el pecho, dejándola sin aire. Ella se tambaleó, pero no cayó.

Se oyó un chasquido y una cuchilla brilló al ser alcanzada por la luz del letrero de neón. Caleb sujetó el brazo del atacante y lo retorció. Reese oyó el crujido de la rotura de un tendón o ligamento, seguido de un alarido de dolor. Vio el cuchillo en el suelo y lo agarró, aunque ni siquiera se imaginaba utilizándolo. A continuación oyó un extraño sonido como un golpe húmedo. Era el puño de Caleb estrellándose con impresionante fuerza contra la cara de su oponente.

Uno de los hombres corrió hacia su bicicleta y se largó a toda velocidad. Los demás gruñían y soltaban juramentos mientras a duras penas se ponían de pie.

—Me cago en mi puñetera vida —gritó uno de ellos mientras se agarraba la cara—. Ese imbécil me ha roto la jodida nariz.

—Yo no puedo mover el condenado brazo —dijo otro. El brazo, en efecto, estaba torcido en un extraño ángulo a la altura del codo, seguramente dislocado. Aun así, el tipo consiguió subirse a la bicicleta y marcharse tambaleándose.

—Volveremos a vernos. Estás muerto, hijo de puta —las palabras, sin embargo, carecían de autoridad, porque fueron dichas mientras huían.

Reese dejó caer el cuchillo, una navaja automática, y se tambaleó sobre sus débiles piernas. Caleb la rodeó con un brazo y la ayudó a sentarse en las escaleras.

—¿Estás herida? —le preguntó.

—No... no —ella se frotó la nuca—. Jodidamente asustada, nada más. ¿Y tú?

—Estoy bien —se inclinó sobre la acera y recogió algo, el collar.

Ella apenas lo miró mientras lo guardaba en su bolsillo.

—Tenían una pistola, Caleb. Se supone que no debes pelear cuando el otro tipo te apunta a la cabeza con un arma. ¿Por qué demonios vas a resistirte ante alguien que te apunta con una pistola? Maldita sea, podrían haberte disparado.

—Y así fue —él se frotó la barbilla.

—¿Qué? ¡Por Dios bendito! ¿Dónde?

—Aquí —Caleb levantó la barbilla—. Pero no es nada preocupante.

—¿Te disparó? ¿Te rozó? ¡Oh, Dios mío!

Caleb se acercó a la acera y recuperó el arma.

Reese se arrugó al ver el siniestro objeto negro.

Él sacudió el arma y se oyó un ruido parecido al de una serpiente.

—Es un arma BB —le explicó Caleb—. La reconocí de inmediato. Parece de verdad, pero no causa ningún daño. Debían haber estado disparándola antes. Hay bolitas por toda la acera.

—Un arma BB.

—Dejaron tu teléfono —él se lo entregó.

Reese lo recuperó. Las manos le seguían temblando, demasiado para poder manejar el teléfono, pero la llamada a emergencias se activaba pulsando una vez.

—Nueve, uno, uno —contestó una voz al otro lado—. ¿Cuál es su problema?

DOS

El Match

MARZO

Al final, es importante recordar que no podemos convertirnos en lo que necesitamos ser si seguimos siendo lo que somos.

Max de Pree

Capítulo 14

El destello plateado de la hoja brilló contra el cielo invernal cuando la alzó por encima de su cabeza. Jonah observó a su tío describir un amplio arco con el largo mango del hacha, antes de hundir la hoja en el centro del tronco de madera que estaba cortando. Contra el brillante cielo azul, Jonah vio la estela de un avión. La aeronave había dibujado una flecha blanca que apuntaba hacia el sudeste, hacia Filadelfia.

Caleb hizo una pausa en su trabajo y se secó el sudor de la frente.

—El hombre que corta leña se calienta dos veces —observó con una sonrisa—. ¿Quieres intentarlo?

—A lo mejor más tarde —contestó Jonah después de echarle un vistazo al hacha—. Tengo que practicar más con mi brazo.

—De acuerdo entonces. Creo que por esta noche ya tenemos bastante —Caleb metió la leña en el viejo saco de tela—. ¿Estás lo bastante abrigado?

El niño asintió, aunque el frío había entumecido los dedos de su mano buena. Su única mano. El invierno mantenía a Middle Grove presa en su helada garra a pesar de estar en pleno mes de marzo. Durante la última reunión social de los domingos había oído a la gente quejarse del tremendamente largo invierno. Las reservas de leña se estaban agotando y las plantaciones de primavera iban a retrasarse.

La otra mano era de aluminio, termoplástico y fibra de carbono, y aunque no debería ni notarla, lo cierto era que le dolía casi constantemente con una sensación de palpitante tensión. Dolor fantasma lo llamaban los especialistas en ortopedia. Con el tiempo, y con más cirugía, dejaría de doler.

Se dio una palmadita en el muslo para llamar la atención de Jubilee. La perra había sido su compañera fiel desde que había regresado a casa, hacía ya seis meses. Le ayudaba tanto a practicar con el brazo que la terapeuta de New Hope la dejaba asistir a las citas.

—Vamos, chica —llamó mientras se colocaba delante del banco donde hacía los ejercicios.

«Respira. Céntrate». Jonah contempló su brazo ortopédico, no del mismo modo en que los chicos lo miraban en el colegio, sino del modo en que le habían entrenado para hacerlo. Se suponía que debía imaginarse los músculos y los nervios y sus conexiones dentro de la carcasa. El brazo poseía unos motores electrónicos y sensores que estaban programados para saber lo que pensaba su mente. El ortopeda decía que las piernas eran más fuertes, pero los brazos y las manos más listos.

Aunque solo funcionaba si Jonah se concentraba. La práctica de ese día consistía en recoger del suelo el juguete de goma, con forma de donut, de la perra. Jubilee tenía la mirada fija en su juguete, tan concentrada como Jonah. Se agachó en una franja del suelo que empezaba a descongelarse y contempló el donut como si intentara hipnotizarlo.

Jonah consiguió arrancarlo del banco. «Ahora levanta el codo, cierra la mano». El brazo se levantó, pero la mano se abrió en lugar de cerrarse.

—Sigue intentándolo —le aconsejó Caleb con calma mientras seguía guardando la leña.

En el gélido silencio, Jonah oyó rechinar los diminutos engranajes del brazo.

Frunció el ceño. «Cierra la mano. Cierra. Respira».

Y, por fin, consiguió sujetar el donut. El juguete soltó un pequeño chirrido, que hizo saltar a Jubilee. Jonah lo sujetó con fuerza, exactamente como su mente le estaba indicando al brazo que hiciera. A continuación intentó realizar la maniobra más compleja de todas, arrojarle el juguete a su perra. Lanzarlo no suponía ningún problema. Soltarlo, esa era otra cuestión.

Echó el brazo hacia atrás y lo impulsó hacia delante. «Vamos».

La mano se abrió en el instante preciso. El juguete de la perra voló en el aire. Jubilee soltó un ladrido de alegría y echó a correr tras él.

—Buen trabajo —lo felicitó Caleb muy sonriente. En realidad todo su cuerpo sonreía. Siempre lo hacía, aunque el logro hubiera sido muy pequeño.

—Le he lanzado el juguete a la perra —exclamó Jonah.

—Con tu brazo nuevo. Eso es importante.

Estaba aprendiendo a pensar en músculos que ya no tenía, como el bíceps, para que su cerebro pudiera decirle al brazo lo que debía hacer. Doblar, flexionar, contraer.

En Filadelfia le habían explicado que la cirugía pionera estaba aún en sus comienzos. Supuso que por pionera se referían a que él sería uno de los

primeros, como un explorador en el espacio. Y también significaba que casi todo el trabajo dependía de él.

Le había sorprendido mucho cuando Caleb había tomado bruscamente la decisión de regresar a Middle Grove. Un día había aparecido en el hospital con los nudillos desollados y la cara golpeada por culpa de unos tipos malos que lo habían asaltado para robarle su dinero. Se había convocado una gran reunión del equipo. Incluso Jonah había podido asistir. El tío Caleb les había explicado que Jonah y él tenían que volver a casa.

Jonah se había puesto muy contento. Iba a volver con Jubilee y a su vida normal. Consiguieron elaborar un plan para que Jonah pudiera regresar a casa, pero sin dejar de recibir el entrenamiento y la terapia que necesitaba. En algunos aspectos su vida era la misma, en otros, no. Tenía más tiempo para leer, y Caleb y la señora del bibliobús de la biblioteca del condado se aseguraban de que siempre tuviera algo nuevo que leer. Últimamente se había aficionado a una serie de libros de aventuras protagonizados por un niño abogado, llamado Theodore Boone.

—Ayúdame a llevar esto dentro —le pidió Caleb mientras se soplaba las manos para calentarlas.

Jonah ya no recordaba lo que era tener dos manos frías. Observó a su tío, contempló esas enormes manos. Eran lo bastante fuertes para poder luchar contra un toro rabioso. Incluso en esos momentos, mucho tiempo después de haber sufrido el ataque en Filadelfia, los nudillos de Caleb seguían luciendo unas cicatrices blancas.

—¿Qué? —preguntó Caleb.

—¿Cómo te hiciste daño en los nudillos cuando te atacaron los hombres malos? —preguntó el niño antes de tragar nerviosamente por su descaro.

Hasta entonces no se había atrevido a preguntar. Cuando todavía estaba en el hospital, no había dicho nada sobre las manos de su tío, temeroso de reducir las posibilidades de regresar a casa.

—Supongo que me los golpeé o arañé o algo así —Caleb dejó el hacha apoyada contra el cobertizo de leña.

—¿Contra qué? —insistió Jonah—. ¿Te golpearon los hombres malos porque intentabas impedirles que se llevaran tu dinero?

Caleb se volvió hacia él y se sentó en el borde del banco de trabajo.

—¿Tú qué crees, grandullón?

—Creo que no me estás mintiendo, porque tú nunca mientes. Pero no estás diciendo toda la verdad y nada más que la verdad —al crío le gustaba citar a su

héroe de ficción favorito, Theodore Boone. La ley era la ley. Lo arreglaba todo, mucho más sencillo que dejar que la gente discutiera sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal. Se agachó y volvió a agarrar el juguete chirriante de Jubilee —. Creo que contraatacaste.

—¿Eso crees?

Jonah razonó que para conseguir la verdad de alguien no había que decirle lo que pensabas. Había que hacer preguntas para saber qué pensaban ellos.

—¿Te peleaste con esos tipos que te atacaron?

Caleb lo miró a los ojos. Su rostro no reflejaba nada.

—Lo hice. Va en contra de nuestros principios y no me siento orgulloso de ello, ni hay excusa para mi comportamiento.

Al chico no le pasó desapercibido que su tío no había mencionado que se arrepintiera. No había dicho que deseaba no haberlo hecho.

—¿Por qué va en contra de nuestros principios? —preguntó Jonah.

—Porque los amish somos pacifistas estrictos —le explicó su tío—. El Ordnung nos prohíbe alzar una mano contra otro ser humano.

—¿Entonces por qué recibió Ray Gaber ayer una paliza con la vara de su padre? Fue justo a la salida del colegio. ¿Qué tiene eso de diferente?

—Se nos ha terminado la leña —gritó alguien. El abuelo salió de la casa con la basura, que tiró al cubo con una expresión de desaprobación grabada por encima de su poblada barba.

—Jonah y yo llevaremos más —contestó Caleb.

—¿Jonah también? ¿En serio? —el abuelo cerró el cubo y se volvió. Odiaba ese brazo. Aseguraba que era una herramienta del demonio. Tampoco le gustaba el enchufe eléctrico que Caleb había instalado en el cobertizo de ordeño para cargar la batería—. Llevar leña es trabajo para dos manos.

—Te agradecería que mantuvieras tus opiniones para ti mismo —objetó Caleb.

Su tío nunca alzaba la voz, pero Jonah percibió la ira, como una vibración sorda en la garganta del perro que lanza una advertencia.

—Tengo dos manos —protestó el niño, deseoso de aliviar la tensión—. Solo que una de ellas está hecha de aluminio —concluyó mientras enganchaba un asa del saco alrededor de la mano.

El abuelo no era el único al que no le gustaba el brazo. El obispo aseguraba que le habían amputado el brazo por voluntad de Dios, y que era pecado utilizar uno artificial.

Ya en casa, Jonah atizó el fuego de la estufa de hierro. Quizás su prótesis fuera

un pecado, pero al menos no se quemaba la mano cuando encendía el fuego. En cuanto las vivas llamas empezaron a crujir, guardó el resto de la leña en el cubo de cobre.

Hannah llegó de la tienda de colchas, las mejillas rojas por el frío. Llevaba una cesta con algo. Jonah esperaba que fuera comida. Las señoras que trabajaban en la tienda de colchas hacían las mejores galletas y pasteles del mundo.

—No es comida —le advirtió ella, leyéndole la mente, como siempre había sido capaz de hacer—. Hemos hecho una colcha para Rebecca Zook, para que le caliente las piernas. Vuelve a estar enferma —la chica miró de reojo a su tío, y Jonah supo el motivo. Tiempo atrás, la gente estaba convencida de que Caleb se casaría con Rebecca y la llevaría a la granja como su esposa.

Desde el bautismo en la iglesia, Hannah parecía más misteriosa y adulta. Jonah había asistido a la ceremonia en la que ella y sus amigos habían prometido su fe a la iglesia. El vertido del agua, las solemnes preguntas y las oraciones habían transformado a su hermana de un modo que no alcanzaba a comprender.

—Acompáñame a dársela —le sugirió a Jonah—. Así de paso le damos un paseo a Jubilee.

—Estoy cansado después de practicar y acarrear leña.

—Tienes dos piernas en perfecto uso, Jonah Stoltz —le reprendió ella con voz autoritaria, como solía hacer la antigua Hannah. Y sin decir nada más, le encasquetó el gorro de lana hasta las orejas—. Vamos.

Ella le conocía mejor que nadie. Se contaban cosas. Jonah se sentía afortunado por tenerla. Caleb trabajaba todo el día en la granja Grantham, llevando las cuentas de sus clientes ingleses, haciendo portes, cualquier cosa que llevara más dinero a casa. El niño sabía que todo ello se debía a que las facturas de los médicos eran muy elevadas. Pero Hannah siempre tenía tiempo para él, y a veces lo necesitaba tanto como él a ella. Aun así, parecía haber cambiado, de algún modo. Pasaba mucho tiempo a solas en su habitación, hacía misteriosos viajes a la letrina, a cualquier hora de la noche. Pero era sangre de su sangre y siempre recibiría su apoyo, igual que él siempre recibiría el suyo.

Cruzaron dos campos, levantando mucho las piernas sobre el trigo seco del invierno. Jubilee corría y saltaba delante de ellos, asustando a una bandada de cuervos.

—Los padres de Aaron Graber no le dejan ir esta noche a cantar —le contó Hannah—. ¿Debería ir yo, aunque él no vaya a estar?

—¿Me lo preguntas a mí?

—No, se lo estoy preguntando al Oráculo de Delfos —contestó ella—. Pues

claro que te lo pregunto a ti. Si eres lo bastante mayor para tener ese brazo tan bonito, también lo eres para tener una opinión.

—¿Y por qué ibas a quedarte en casa solo porque Aaron no vaya?

—Porque nos estamos cortejando. Pero yo quiero ir —la joven aplastó con la bota un montón de rastrojos—. Estas cosas son muy molestas, eso es lo que son. Ojalá... —Hannah no terminó de pronunciar sus pensamientos en voz alta, pero Jonah sabía qué estaba pensando.

—¿Alguna vez te preguntas cómo será tener un padre y una madre normal como casi todos? —preguntó.

Ella levantó el rostro al cielo, y el viento sacudió las tiras de su cofia.

—Continuamente —contestó—. Continuamente.

Acudir a la penitenciaría de Forest Hills era tan rutinario en Middle Grove como asistir a la iglesia los domingos. Ser registrado, escaneado y olisqueado por perros antes de entrar no era tan distinto, en cierto modo, del escrutinio de los mayores. Caleb no estaba seguro de si llegar a acostumbrarse a ese proceso era bueno, malo, o solo algo.

Tres veces al año, los Stoltz visitaban a los presos Anthony Frackton y Darryl Krebs. El principio amish del perdón era absoluto. Esos hombres habían matado a John y a Naomi, pero la doctrina exigía que los supervivientes, Caleb, Asa, Hannah y Jonah encontraran la gracia a través del perdón. Llevaban con ellos material de lectura adecuado y algo de dinero para las máquinas expendedoras. Les habían advertido desde el principio que los presos no podían recibir comida casera, únicamente lo que caía de esas máquinas de la sala de visitas.

Al principio, Caleb sentía una rabia asesina hacia los asaltantes que habían quitado dos vidas inocentes. Pero con el paso del tiempo se había resignado a esas visitas. La ira no le iba a devolver a su hermano. La amargura no era más que veneno.

Y, sin embargo, el encuentro de ese día le pareció distinto. Y sabía muy bien por qué. Porque había aprendido lo que se sentía al atacar a alguien con una salvaje y protectora rabia inundando todo su cuerpo. Eso, supuso, debía ser lo que había sentido John al repeler a sus atacantes. A pesar del principio amish de la no violencia, John había contraatacado. Aquella noche en Filadelfia, Caleb había hecho lo mismo. El asalto, y la fuerte ira que lo había dominado cuando esos tipos se habían enfrentado a él y amenazado a Reese, todavía lo atormentaban meses después.

El asalto le había arrancado del trance en el que había permanecido durante su estancia en la ciudad. Aquella noche había comprendido que tenía que marcharse, no porque no le gustara Filadelfia, sino porque le gustaba demasiado: conducir coches, bailar y comer toda clase de comida. Y Reese, complicada y desafiante, lista e impredecible, divertida y sexy. Esa mujer había tejido un encantamiento a su alrededor hasta hacerle empezar a imaginarse una vida lejos de la comunidad amish, una vida que jamás podría tener. Incluso la pelea había resultado peligrosamente seductora. Caleb no podía olvidar los momentos de salvaje energía que había sentido cuando esos tipos los habían rodeado. Lo habían educado para someterse o, como mucho, huir cuando se sintiera amenazado o atacado. Pero el puro instinto siempre se abría paso por encima de las enseñanzas y tradiciones.

Posteriormente se había sentido extrañamente embriagado, como si fuera capaz de hacer cualquier cosa. Pero tenía claro que no podía fiarse de esos sentimientos. Se había dicho a sí mismo que había repelido a los atacantes en un acto de defensa propia, aunque era consciente de que iba en contra de los principios amish. Reese había intentado tranquilizarlo, asegurándole que, dadas las circunstancias, había hecho lo correcto.

A Caleb no le había preocupado si estaba bien o mal. Lo que le había preocupado era lo mucho que había disfrutado con la pelea. No debería haber disfrutado rompiéndole la nariz a un hombre, o el brazo a otro. Pero había sentido una enfermiza satisfacción en ese acto violento. Era como si toda la ira contra los atacantes de John y Naomi hubiera encontrado un lugar, profundamente enterrado en el interior de Caleb, infectándose como una herida sin curar. De algún modo, los matones de Filadelfia habían invocado esa ira, haciendo que estallara como un volcán.

Al final de la interminable noche, Caleb había hecho frente a la verdad. El hipnótico efecto del mundo inglés estaba apoderándose de él. Allí no tenía nada que hacer. No podía olvidarse de la promesa que le había hecho a su hermano en su lecho de muerte. John le había suplicado a Caleb que criara a sus hijos dentro de las costumbres sencillas. Los amish se cuidaban entre ellos. No se mezclaban con la gente mundana, sobre todo con mujeres como Reese Powell. Había llegado el momento de llevarse a Jonah a casa.

Había pensado que encontraría la paz regresando a Middle Grove. Sin embargo, lo que había encontrado era tensión con su padre y preocupación por los niños. La paz era algo relativo. No tenía tanto que ver con el lugar en el que vivía una persona sino más bien con cómo vivía.

Anthony se mostró tan lacónico como siempre.

—¿Qué habéis traído? —preguntó mientras tomaba las chocolatinas que habían comprado en la máquina expendedora.

Darryl también estaba como siempre, lo cual significaba que su mirada no enfocaba y que de las comisuras de los labios caía un hilillo de saliva. Caleb nunca había visto a esos hombres antes del ataque, pero según los informes, Darryl había sufrido una lesión cerebral a resultas de la pelea. John le había golpeado tan fuerte que le había fracturado el cráneo, y en esos momentos era lo que los ingleses llamaban «simple».

Asa posó las callosas manos sobre la mesa.

—Recemos —anunció con su voz ronca.

Jonah contemplaba a los prisioneros con calma. Hannah se abrazaba a sí misma por la cintura, como siempre hacía. Con el paso de los años habían aprendido a mirar a los asesinos de sus padres a los ojos. Caleb se preguntó cuánto les habría costado, qué se habían tenido que arrancar del alma.

Asa se aclaró la garganta.

—Que el Señor despierte en nosotros hambre y sed de rectitud. Que nos enseñe a actuar según la voluntad divina... —las palabras familiares parecían más oscuras cuando las pronunciaba la monótona y severa voz de Asa. Los prisioneros permanecieron callados, seguramente sin escuchar siquiera. Seguramente preguntándose cuándo iban a poder comerse las chocolatinas de la máquina expendedora.

Cuando Asa hubo concluido, Anthony se fijó en el brazo de Jonah.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó.

—Tuve un accidente —contestó el chico—. Me amputaron el brazo.

—Vaya mierda para ti.

—Sí.

—Mis padres han dicho que vayamos con hambre —les advirtió Reese a Leroy y a Cheryl—. Es todo lo que sé.

—Tus padres son impresionantes —observó Cheryl—. Todavía tengo pensamientos impuros sobre esa tarta de chocolate que sirvieron la última vez que vinimos a cenar.

Desde que Leroy y Cheryl se habían hecho pareja, Reese los había llevado a casa de sus padres unas cuantas veces.

Aunque recordaba cada detalle de la noche en que había acudido a esa casa

con Caleb, aquello parecía un sueño. Como si le hubiera sucedido a otra persona.

Tras el ataque, ninguno de los dos había hablado del incidente. No había nada que decir. Ni siquiera la policía había querido oír hablar de ello. Reese intentaba explicarle al operador lo que había sucedido cuando Caleb le había quitado el teléfono de las manos.

—Todo está bien —había asegurado—. No hay ninguna emergencia —y después había colgado.

Había intentado hablar con la policía de nuevo aquella misma noche, segura de que debían tomar cartas en el asunto. Pero, cuando al agotado trabajador de la centralita le quedó claro que no había habido heridos, ninguna propiedad había sufrido daños, y ningún sospechoso permanecía en el lugar, la había invitado a rellenar un informe, pero sin animarla mucho.

—Déjalo estar —le había aconsejado Caleb—. Estás a salvo. Eso es lo único que importa.

De vuelta en su apartamento, Reese le había curado las heridas.

—Siento mucho lo sucedido. Y me alegra saber que eres capaz de defenderte a ti mismo.

—Pues yo no lo sabía. Me limité a reaccionar.

—Bueno, esos tipos acabaron peor que tú.

—¿De verdad?

—Oí el crujido de varios huesos rotos —de inmediato ella vio el tormento en la mirada de Caleb.

Los amish eran famosos por ser pacifistas, por ofrecer la otra mejilla. Por rehuir la pelea. Pero Caleb no había dudado. Teniendo en cuenta lo sucedido a su hermano y su cuñada, teniendo en cuenta la desconfianza que sentía hacia los ingleses, tenía sentido. También lo tenía la ira con la que había peleado.

—Me llevo a Jonah a casa —le había anunciado Caleb con voz serena y firme, aunque cargada de pena.

El otro mundo no había hecho más que romper el corazón a su familia. Reese sabía que jamás podría convencerle de que el mundo no era siempre tan horrible. Sus afirmaciones sin duda habrían perdido todo su sentido después del ataque.

Después de que Caleb y Jonah abandonaran la ciudad, todo había regresado a la normalidad y su vida había vuelto a girar en torno a amistades de su gremio, la interminable búsqueda del mejor programa de residencia, incontables horas de estudio y trabajo en el hospital.

Salvo que su vida ya no le gustaba como antes.

—No sé cuál será el menú —le informó a Cheryl—, pero la falta de

información me pone nerviosa, sobre todo cuando se trata de una invitación de mis padres. Sobre todo la noche antes del Match.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Leroy.

Ella sonrió a modo de saludo al portero del edificio de sus padres.

—¿Nerviosa ante el paso más importante hasta ahora en mi carrera? ¿Nerviosa por conseguir el éxito que llevo intentando alcanzar desde que estaba en el útero? Qué va.

—De acuerdo —concedió él mientras se hacía a un lado para que Cheryl y ella lo precedieran al entrar en el ático—, ha sido una pregunta estúpida. Sin embargo, creo que deberías tener confianza. Eres una de las mejores estudiantes de medicina que he conocido jamás.

El estómago de Reese se encogió mientras el lujoso ascensor los llevaba hasta el ático. El importantísimo proceso de encontrar una residencia llegaba al final. La decisión ya no estaba en sus manos. Permitir que sus nervios la dominaran no iba a cambiar nada. Excepto que...

—He hecho algo —admitió ella con un hilillo de voz.

—¿Qué? —Leroy frunció el ceño. Debió haber reconocido la extraña expresión en su rostro porque la agarró por los hombros—. Reese, ¿qué has hecho?

—Respira —le aconsejó Cheryl, especialista en técnicas respiratorias.

—Yo...

—¡Sorpresa!

Las puertas del ascensor se abrieron y un grupo de personas, agolpadas en el recibidor, dieron la bienvenida a Reese. En mitad del grupo estaban sus padres, resplandecientes de orgullo. A su alrededor los cuatro abuelos junto con un montón de tíos y tías, unos cuantos primos, colegas de los Powell, y algún que otro estudiante de su programa. El abogado de sus padres, Domenico Falco, también estaba presente, un hombre mayor atractivo con un traje hecho a medida.

—¡Madre mía! —exclamó Reese, llevándose las dos manos al pecho. A pesar de todo, sintió una oleada de alegría—. Menuda sorpresa. Mamá, papá, me habéis pillado. Por completo.

En la terraza había una banda tocando en directo.

—Qué bonito —observó Leroy mientras agarraba a Cheryl y todos salían a la terraza para empezar a bailar.

—Estáis locos, lo sabéis, ¿verdad? —Reese se hizo a un lado y miró resplandeciente a sus padres—. Esto es demasiado —su amor y orgullo la

llenaban de afecto hacia su familia. Prácticamente sentía la emoción emanar de ellos. Y la había fastidiado. Estaba segura. Iban a odiar lo que había hecho.

—No es demasiado —señaló su madre—. Nadie ha trabajado más duro para esta residencia que tú. Lo hemos visto todos, Reese.

—No podríamos sentirnos más orgullosos —intervino su padre—. Vamos, mi niña, baila conmigo.

Camino de la terraza, caldeada por las estufas de propano, e iluminada por coloridas antorchas hawaianas, Reese consiguió tragarse un tequila, servido en un vaso de precipitado.

—Sabes cómo odio las fiestas sorpresa —se quejó.

—Por eso hemos organizado esta. Porque sabíamos que no te la esperabas.

—Espera un momento —ella se detuvo antes de unirse al baile—. Necesito otro trago.

Sin embargo, mientras el ardiente tequila se deslizaba por su garganta, supo que no bastaría para calmarle los nervios.

En medio del baile, Trent Withers, un residente cardiorácico con el que había trabajado en una antigua rotación, la arrancó de los brazos de su padre.

—Vienes de una familia de estrellas, ¿verdad? —preguntó.

Trent era todo dientes, unos dientes perfectos y pulidos. En cuanto terminó la rotación, había empezado a invitarla a salir. En principio, era la pareja ideal para ella, un médico dotado, con una esmerada educación y un brillante futuro.

—Sabes que siempre quise salir contigo —continuó él mientras la abrazaba con más fuerza—. Y siempre supe que uno de estos días me ibas a decir que sí.

—Trent...

—Pero ya no pienso lo mismo —la interrumpió él.

Reese se apartó de él con delicadeza.

—De acuerdo, entonces...

—No va a suceder uno de estos días.

Ella suspiró aliviada.

—Va a suceder esta noche —le aseguró.

«Madre mía».

—Me gusta esa confianza que tienes en ti mismo —observó ella mientras se preguntaba si se pulía los dientes o si eran así de perfectos por naturaleza—. Pero la respuesta sigue siendo no, Trent. Eres un buen médico y un buen profesor, pero fuera del hospital no encajamos.

Él soltó una carcajada y la agarró con más fuerza. No fue lo bastante fuerte como para alarmla, pero la idea estaba ahí.

—Mi diagnóstico es otro.

—Me estás poniendo en un apuro —se quejó ella—. Verás, ahora mismo tengo que decidir si fingir que todo esto es divertidísimo para mí, o si darte un rodillazo en la entrepierna y provocar un escándalo en esta maravillosa fiesta que mis padres me están ofreciendo la víspera del día del Match. Y solo para que lo sepas, no voy a elegir la primera opción.

—Te conozco, Powell —él deslizó una mano hasta el trasero de Reese—. No vas a joderle a mamá y papá su gran noche.

—Tenía trece años cuando me gané la insignia de defensa personal en los scout —le explicó con una dulce sonrisa, muy formal mientras se apretaba contra él, empujándolo hacia una de las antorchas hawaianas—. Y deberías tomarme en serio cuando te digo que aún recuerdo los movimientos. O puedes pensar que es un farol y descubrirlo tú mismo.

—Eres muy mona, Powell —continuó él mientras le apretaba el trasero.

Y justo en ese instante, ella lo empujó contra una de las antorchas.

—Y sus pantalones están que arden, doctor Withers. Literalmente.

Él soltó un grito y se apartó de un salto mientras se daba palmadas en los pantalones. Por culpa de la música, nadie, salvo Reese, lo oyó. Rápidamente se alejó de él y le indicó a un miembro del catering que uno de los invitados podría necesitar un poco de agua.

—¿Te estás divirtiendo? —le preguntó su madre mientras le ofrecía otra copa.

—Muchísimo —contestó Reese.

Domenico, el abogado, le entregó un documento de varias páginas.

—Tus padres me han pedido que prepare esto. Se trata de un contrato de asociación con ellos. Felicidades, jovencita.

«¡Madre mía!», pensó ella de nuevo.

—Madre mía —respondió en voz alta—. No sé qué decir. ¿No llega unos siete años antes de tiempo?

—Y tenemos otra sorpresa para ti —anunció su madre mientras la arrastraba hacia un rincón para que se sentaran con su padre.

—Chicos —protestó Reese—, dejadlo ya.

Su padre le entregó un sobre grande y aplastado. Reese dejó la copa y lo abrió. Había un tríptico de un rascacielos conocido como los Lofts. Ella frunció el ceño.

—¿Qué es esto?

—Unidad 4B. Saluda a tu nueva casa.

—¿Cómo? —Reese empezó a sentir náuseas—. Se trata de un complejo en

Baltimore. ¿Qué demonios os hace pensar que acabaré en Baltimore?

—Porque esa es la primera en tu lista de residencias —contestó su padre—. Fíjate, tiene aparcamiento de seguridad, un restaurante Whole Foods, y...

—Por el amor de Dios. No tenéis ni idea de qué residencia me va a salir mañana —Reese entornó la mirada, cargada de sospecha—. ¿O sí la tenéis? Por favor, decidme que no habéis oído algo...

—Pues claro que no. El Match está estrictamente monitorizado. Pero te conocemos, cariño. Te lo mereces. Aún no hemos cerrado la compra, pero está todo preparado. Al menos no tendrás que preocuparte por esto cuando te traslades. Aún no hemos firmado las escrituras...

—No las firméis —soltó ella.

—¿Por qué no? —preguntó su madre—. Hemos mirado todas las opciones y esta es, con diferencia, la mejor...

—Estoy segura de que es absolutamente perfecta —Reese deseó poder sentirse tan emocionada como parecían estarlo sus padres, pero lo cierto era que tenía ganas de hacerse un ovillo y morir.

Le habían organizado toda la vida, y ella debería sentirse agradecida. Pero las esperanzas y expectativas de sus padres eran como una pesada losa para ella. Siempre había sido su hija trofeo, cuyos logros añadían brillo a la reputación de Joanna y Hector. Y, como un trofeo, por dentro ella estaba hueca.

—Créeme, lo es —insistió su padre—. Cielo, es imposible encontrar una casa mejor que esta.

—Seguramente tenéis razón. Y, si la queréis como inversión, no os culparé por ello, porque parece espectacular. Pero no lo hagáis por mí —Reese respiró hondo y contempló los ansiosos y orgullosos rostros llenos de amor—. No viviré allí. No haré la residencia en Hopkins.

—Tonterías. Claro que la harás. En eso consiste el Match, en unir al candidato adecuado con el programa de residentes adecuado.

—Eso lo entiendo, mamá. Pero... he hecho algo —explicó con un hilillo de voz.

—Ya te digo que lo has hecho —contestó su madre—. Y no podríamos estar más orgullosos.

Reese contempló el brillante folleto hasta que las imágenes se volvieron borrosas.

—Por favor, mamá, papá, escuchadme. No podría pedir una familia mejor que la que tengo. Ni una mejor educación. Ni una mejor lo que sea. Todo esto, sobre todo lo que habéis hecho por mí, es increíble. Pero necesito que me escuchéis.

Por favor —en esos momentos deseó no haberse bebido esos tequilas, porque empezaban a vengarse de ella.

—Estás muy pálida —observó su padre.

—Son muchas cosas que asimilar, lo sé —añadió su madre.

—Cambié el orden en el listado —les soltó a bocajarro.

Ellos se miraron antes de mirarla a ella.

—Cambiaste...

—Mis preferencias. En el último minuto, en febrero, justo antes de la fecha límite, elegí otro programa como preferente para mi residencia.

—¿Qué? —su madre se inclinó hacia delante y la tomó de las manos—. ¿Hopkins no es tu primera elección?

—No. Elegí otra cosa. Y espero con toda mi alma conseguirla.

—¿Y nos lo dices ahora? —su padre se frotó la barbilla como si ella acabara de golpearlo.

Reese respiró hondo nuevamente. Y se contuvo de entrar en modo defensivo. Intentó distanciarse de la música y las risas que provenían de la terraza. Intentó acallar el ruido en su cabeza.

—Quería tomar mi propia decisión sin que nadie me influyera. No quería que nadie me convenciera para que no lo hiciera. Eso no significa que no lo haya pensado muy bien. No se trata de decidir cómo quiero pasar los próximos tres años, sino el resto de mi vida, de mi carrera. Y lo que yo quiero es trabajar en medicina rural. Mi primera elección es un centro médico regional en New Hope.

Durante unos segundos, sus padres no dijeron nada. Ella les dio tiempo para asimilar lo que acababa de contarles. Las preguntas esperadas la envolvieron en una niebla. Pero ella solo tenía una respuesta.

—Es lo que quiero.

Apretó las manos de su madre y las soltó.

—Durante el tercer año, acudí a un centro de salud en West Virginia para observar cómo funcionaba la medicina familiar en un entorno rural...

—Odiabas esa rotación —la interrumpió su madre—. Recuerdo que decías lo mucho que la odiabas.

—No, dije que había sido muy dura, no que la odiara. De hecho, los aspectos duros fueron los que más me gustaron. Los que me hicieron sentir como la doctora que quiero ser. Estás ayudando a nacer a un bebé y, segundos después, tratando a los abuelos del recién nacido. Resultó tremendamente desafiante, pero a mí no me asustan los retos.

—Créeme, en el programa de Hopkins no te faltarán desafíos —intervino su

padre.

—Por supuesto. Papá, sé muy bien a qué estoy renunciando. Lo sé.

—No me puedo creer que nunca nos dijeras nada.

—Lo siento. Toda mi vida he dependido de vosotros para... Dios, para todo. Y habéis sido fantásticos. Os lo debo todo. Pero el otoño pasado me topé de bruces con la realidad que había estado intentando ignorar durante mucho tiempo. Comprendí que no deseaba esa vida a la que he estado aspirando todos estos años.

—Reese, vemos que estás alterada —observó su padre—. ¿Por qué no nos hablaste de esto? Podríamos haberte ayudado a aclarar tus dudas.

—Precisamente por eso. Es lo que habéis estado haciendo toda mi vida. Y ha sido maravilloso. Habéis sido maravillosos. Pero la especialidad de cirugía pediátrica... es vuestro sueño. No el mío. Yo ni siquiera sabía cuál era mi sueño porque lo mantenía escondido. No quería decepcionaros.

—Deberías saber que esto no trata de decepcionarnos —objetó su madre—. Lo único que queremos es que tengas una carrera y una vida maravillosa.

—Gracias. Si el Match sale adelante mañana, eso es exactamente lo que voy a tener. Y, si me equivoco, entonces solo tendré que culparme a mí misma —su corazón falló un latido—. Aunque no creo que me equivoque. Este programa solo ofrece cuatro plazas, pero creo que lo voy a conseguir.

—Nunca he oído hablar de ese no sé qué regional... —contestó su madre con expresión perpleja—. ¿Y New Hope? ¿No está eso en algún pueblo de las Pocono? ¿De quién es el programa? ¿Quién es el director?

—Hay dos tutores, Penelope Lake y Mose Shrock. Me he entrevistado con ellos, y quiero aprender de ellos.

Su padre encajó la mandíbula.

—No te lo has pensado bien. Quiero que hables con mi compañero, Paul Medford. Es el mejor orientador que conozco. Él te ayudará a llegar hasta el fondo de tu motivación y descubrir qué te mueve realmente.

—Ya sé cuál es mi motivación —contestó ella.

—¿Acaso esa motivación no tendrá unos hombros anchos y habla con acento amish? —insinuó su madre.

Reese dio un respingo.

—No me puedo creer que hayas dicho eso.

—Quiero que seas sincera con nosotros, y contigo misma. ¿De verdad quieres ejercer en el culo del mundo, o es tu modo de rebelarte contra nosotros?

—Sé muy bien a qué estoy aspirando —contestó Reese, odiando el temblor

que oía en su voz—. He encontrado algo que adoro, y no voy a dejarlo escapar estúpidamente.

—Cariño, no queremos verte sufrir. No queremos que arrojes tu talento y tu primorosa educación por la borda trabajando en una clínica rural.

—Papá, eso no es justo. No solo eso, es insultante.

—Todavía estoy aturdida —confesó su madre mientras alcanzaba un vaso—. El programa de Hopkins es tu billete para una vida en la medicina con la que la mayoría de los médicos solo pueden soñar.

—Supongo que yo no soy como la mayoría. Me sienta fatal haberos decepcionado, y os quiero por preocuparos tanto, pero no cambiaré de parecer. Si me emparejan con la residencia en New Hope, será justo lo que más deseo.

—¿Y si no sale?

—Iré al siguiente de mi lista de preferencias.

Sus padres intercambiaron una mirada.

—Entonces esperemos que no te emparejen con el programa de medicina rural.

Capítulo 15

Caleb se quitó la camiseta y soltó un grito mientras corría colina abajo hacia la poza. Se lanzó desde la orilla y se sumergió en el agua profunda y cristalina. El arroyo estaba helado, pero sentaba muy bien en ese sofocante día de junio.

Salió a la superficie y se sacudió el agua de los ojos. Jonah y su amigo, Samuel, vacilaban en la orilla, sus delgados cuerpos dibujados contra el cielo de verano.

—Vamos, saltad —les llamó Caleb, su voz retumbando contra el empinado borde de la poza—. Os olvidaréis de haber sudado alguna vez como un par de mulas.

Jonah y Samuel se miraron antes de quitarse los calzones y saltar juntos, las extremidades extendidas como una estrella de mar. Cayeron al agua, creando una fuente de gotas diamantinas. Los dos asomaron la cabeza riendo.

—¡Jolines, qué fría está! —exclamó Jonah.

—Sienta bien, ¿verdad? —dijo Samuel.

Nadaron un rato, los tres sonrientes con la cabeza levantada hacia el cielo. Los días de verano eran para hacer las tareas, pero una vez concluidas esas tareas, no había mejor recompensa que un baño en las cristalinas aguas de la poza más profunda del arroyo. Jonah se echó hacia atrás y levantó el rostro hacia el sol, manteniéndose a flote con el accesorio con forma de remo añadido a su brazo. No era su brazo artificial habitual, sino un sencillo aparato diseñado especialmente para nadar. Jonah lo había dominado rápidamente, y los otros chicos ya se habían acostumbrado a vérselo.

Tres días a la semana, sin saltarse ni uno, Caleb enganchaba la calesa y se llevaba a su sobrino a la clínica de día de New Hope para su sesión con el fisiatra, un fisioterapeuta y el protésico. Le llevaba mucho tiempo y hacía que Jonah faltara mucho al colegio, pero merecía la pena por los progresos que estaba logrando. Por la noche, Hannah le ayudaba con los deberes. Para poder

pagar las facturas, Caleb trabajaba en jornadas de doce horas en la granja Grantham, y se quedaba levantado hasta tarde para llevar las cuentas de sus clientes. Entremedias cuidaba de la granja. Aquella tarde disfrutaba de un excepcional descanso en su agotador horario.

—¿Este año podemos colgar el columpio de cuerdas? —preguntó Jonah.

—Supongo que sí —contestó Caleb—. Sin embargo, primero hay que encontrar la rama más adecuada. La anterior se rompió el invierno pasado — señaló hacia una gruesa rama de roble que se había convertido en un puente sobre el arroyo—. ¿Sabías que fue tu padre el que colgó esa cuerda por primera vez?

—No lo sabía —contestó Jonah.

—La colgó hace años. Y era famoso por hacer una voltereta completa antes de alcanzar el agua. Él fue quien me enseñó.

—¿Nos puedes enseñar? —le pidió Samuel.

—Puedo y lo haré, en cuanto colguemos una cuerda ahí arriba —Caleb avanzó hasta la orilla y se vistió antes de subir entre las piedras.

Inspeccionó el árbol y eligió un par de ramas con posibilidades. Los chicos jugaron y chapotearon, salpicándose el uno al otro, sus risas sonando en el silencio de la tarde. Después salieron para explorar la rama rota y atravesada sobre el arroyo, parlotando sin parar como un par de cotorras.

Tumbado sobre la hierba, permitiendo que sus cabellos se secaran al sol, Caleb cerró los ojos durante un momento y asimiló todo a su alrededor. Había momentos, reflexionó, en que la dulzura de la vida era como la miel sobre la lengua, algo que saborear, aunque ese delicioso sabor solo durara un instante. Jonah estaba recuperándose, haciéndose más fuerte y seguro de sí mismo cada día. No solo hacía progresos con el brazo robótico, sino que estaba aprendiendo a deshacerse del dolor fantasma. En la escuela, en casa, y en la comunidad, Jonah trabajaba más que nadie para encajar y vivir su vida. Caleb estaba tan orgulloso de ese chico que a veces le dolía el alma.

En ocasiones se sentía culpable por no haberse quedado en Filadelfia, donde Jonah podría recibir toda la terapia intensiva que necesitaba. Regresar a casa había sido un compromiso, pero necesario. Caleb pensaba mucho en la ciudad, sobre todo por la noche cuando, a pesar de su agotamiento, no podía dormir. A pesar de que no le cabía duda de que había hecho lo correcto, no podía evitar pensar en Reese Powell y su elegante cama, y los altavoces de Bluetooth de los que surgía toda la música del mundo, y la dulzura de su sabor y olor, el delicado suspiro de su aliento junto a su oreja, y el modo en que lo rozaba cada vez que él

estaba cerca.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por Hannah, que subió la colina a grandes zancadas, el vestido largo y el delantal ondeando en la brisa. Aunque en junio los días eran muy calurosos, había decidido no acompañarlos a nadar.

—Para una chica es demasiado difícil —les había explicado—. Hay que mantener puesto el vestido y las demás capas de ropa.

De niña solía idear toda clase de artimañas para enganchar el vestido de manera que no se inflara en el agua, y para atar la cofia para no perderla. Pero últimamente se comportaba de un modo muy reservado. La visita a la ciudad le había afectado, desde luego. Había conseguido un ejemplar de la novela *La princesa prometida* y prácticamente se lo sabía de memoria. Incluso había diseñado una colcha basada en el relato.

El otoño anterior, Hannah había pasado mucho tiempo, demasiado, con Aaron Graber. A Caleb le habría gustado prohibírselo, pero no tenía ningún motivo. Ella ya no era una niña y tenía derecho a tomar sus propias decisiones, y a cometer sus propios errores. A principios de la primavera, ella y sus amigos se habían ido de *rumspringa*, y habían hecho amistad con algunos chicos ingleses de Pine Creek, pero hacía un par de semanas ella había abandonado el *rumspringa*. En realidad lo había abandonado todo, salvo la confección de colchas, la lectura y mirar por la ventana con ojos soñadores.

Así eran las chicas, le había asegurado Alma Troyer un día que él le había revelado sus preocupaciones por Hannah.

Así eran las chicas. Normal que fuera incapaz de comprenderla.

—Caleb Stoltz, ¿no me has oído llamarte desde la casa? —le preguntó, el rostro rojo y sudoroso por el calor.

—¿Me estabas llamando? —él sonrió—. A lo mejor llamaste al número equivocado.

Ella ni siquiera sonrió ante la habitual broma.

—Tienes que venir.

—*Vas is Letz?* —preguntó Caleb.

—No estoy segura de qué es lo que pasa —contestó ella en el mismo dialecto—. Algo con el abuelo y el obispo. Tienes que venir —Hannah se dio media vuelta y regresó colina abajo.

Siempre había algo con el padre de Caleb, alguna infracción que iba a llevarlos a todos a ser condenados para la eternidad.

Aun así, regresó a la casa con una mejor sensación. Un chapuzón en las frías y cristalinas aguas en un caluroso día mejoraba cualquier escenario. Entró en la

cocina por la puerta de atrás mientras silbaba una melodía.

Pero el sonido murió en sus labios cuando vio a su padre sentado ante la mesa junto con el obispo y una forastera a la que Caleb no reconoció, una mujer vestida con ropas inglesas. Llevaba una carpeta y un móvil, y sus labios se apretaban en un gesto de desaprobación.

Caleb saludó al obispo con un apretón de manos y se presentó a la mujer.

—Victoria Duncan —contestó ella mientras le entregaba una tarjeta—. Trabajo en el servicio de protección al menor.

—¿Qué sucede? —preguntó Caleb.

Su mente funcionaba a toda velocidad. El accidente de Jonah había sido investigado meses atrás. Allí no había ningún niño que necesitase protección. «¿Dónde estabas tú mientras mi padre nos mataba a palizas a mi hermano y a mí?».

—Es por un tema de custodia —explicó Victoria Duncan mientras abría la carpeta y sacaba una serie de papeles—. Según la información de que disponemos, usted ha estado actuando como tutor legal de su sobrino, menor de edad, Caleb Stoltz, y de su sobrina, también menor, Hannah Stoltz.

Caleb no contestó. Sentía el corazón, frío como una piedra, en el pecho.

—Los padres murieron sin hacer testamento —continuó la mujer—. Tras su fallecimiento, el tutor legal no debía ser usted, sino su padre, Asa Stoltz. ¿Era consciente de ello, Caleb?

Él la miró a los ojos, aunque por el rabillo del ojo vio a su padre adelantarse expectante.

—Lo era —contestó.

—Hola. Soy la doctora Powell —la noche anterior a su primer día como residente, Reese contemplaba su imagen en el espejo colgado encima del anticuado lavamanos. El suelo de madera de la vieja granja que sería su hogar durante los siguientes tres años crujió bajo sus nerviosos pies. Abrumada por su nuevo estatus, aún sin estrenar, se sentía como una impostora. Estaba totalmente convencida de que todo lo que había aprendido a lo largo de los últimos cuatro años se había evaporado como el éter.

Sus padres se habían vuelto locos cuando eligió ese programa de residencia. El programa de New Hope, dirigido por los dos experimentados tutores que había conocido el otoño anterior, era el último lugar que sus padres habrían esperado que eligiera. Sin embargo, en el instante en que había iniciado la

entrevista con la doctora Lake y el doctor Shrock, había estado segura de su decisión.

Seguramente se había equivocado en la elección, como bien le habían dicho sus padres. Pero era su vida. Era su equivocación.

Apartándose del espejo, intentó olvidar la decepción grabada en sus rostros.

Una brisa que entró por la ventana, llevando con ella el aroma a musgo y rosas del jardín, le recordó que quizás no se hubiera equivocado tanto. Con su recién estrenada licenciatura y el corazón lleno de esperanza, se había trasladado a New Hope para convertirse en uno de los cuatro residentes del programa. En lugar del lujoso apartamento en un rascacielos, que sus padres le habían intentado regalar, ocupaba una habitación en la segunda planta de la casa de Mose Shrock, situada en lo alto de una colina que dominaba el amplio valle. Encontrar alojamiento en esa ciudad era casi imposible. Esa era la realidad de la vida rural. No había lugar para que el visitante se quedara a vivir. Había que alojarse en casa de alguna familia local. Los Shrock la habían acogido como a un perrillo extraviado.

Mose y su esposa, Ida, eran demasiado mayores para subir las escaleras, de modo que alquilaban dos de los cuatro dormitorios a los residentes. La otra ocupante era una nueva doctora llamada Ursula Mays, residente de segundo año, y que sería uno de los mentores de Reese. Ursula parecía tan relajada como Reese nerviosa.

La habitación de Reese tenía vistas a los ondulantes campos, un arroyo sinuoso y un brillante mosaico de granjas que parecían sacadas de un cuento, bañadas en la dorada luz del sol poniente. A pesar del paisaje, se sentía algo insegura. El cambio que había hecho era enorme. Quizás al final no resultara ser lo que ella quería.

«Respira», se ordenó a sí misma. Absorbió la escena de arroyos y charcas con patos deslizándose por las cristalinas aguas, la hierba cubriendo las colinas. No había tráfico, ningún ruido de ciudad. Sobre una lejana ladera vio a un niño descalzo sentado sobre un caballo sin ensillar, arrastrando un arado mientras el padre, que llevaba a una niña sentada sobre los hombros, caminaba detrás, dirigiendo las maniobras.

Se asomó por la ventana y dejó que la brisa la envolviera. Respiró el olor de la tierra roturada, y se sintió reticente a respirar de nuevo, para no alterar ese momento perfecto. Se imaginó la ciudad metálica y asfaltada que había sido su hogar de toda la vida y se sintió inundada de emoción. Aquello estaba bien. Tenía que estarlo.

Se apartó de la ventana y consideró los días que la aguardaban. Su horario

estaría repartido entre el trabajo en el hospital, y en la periferia de New Hope.

Casualmente una de esas ciudades de la periferia, atendida por el grupo del hospital regional, era un lugar llamado Middle Grove.

«Casualmente», se dijo a sí misma. Aunque no era ninguna coincidencia.

A Reese no le había sorprendido que Caleb se marchara después del incidente. Lo que sí le había sorprendido era lo mucho que había dolido. Lo mucho que lo echaba de menos, día tras día. Lo anhelaba. Leroy le había asegurado que el tiempo suavizaría el dolor, pero no había sido así. Si acaso, el dolor se había intensificado.

Había intentado convencerle para que se quedara, hacerle transigir, encontrar el modo de conseguirle a Jonah la ayuda que necesitaba. Pero Caleb se había mostrado inflexible. El incidente con los atracadores había arrojado luz sobre el hecho de que no pertenecía a la ciudad. Aunque no había dicho nada, ella creía que también se sentía culpable por su relación con ella. Sentía la presión de la comunidad amish para devolver a Jonah a su gente.

¿Y quién era ella para discutir u objetar? Jonah no era paciente suyo. Caleb no era su novio.

Tras su marcha, Reese había reflexionado sobre el siguiente paso a dar. Finalmente se había obligado a prestar atención a la insistente voz interior que no paraba de decirle que quizás, solo quizás, no deseaba ser la clase de médico que creía desear ser. Quizás, solo quizás, necesitaba apartarse de las expectativas de sus padres. Supuso que a Caleb le divertiría saber que había sido él quien había inspirado todas esas reflexiones.

Pensaba mucho en Caleb. Más de lo que debería.

Nerviosa, eligió la ropa para su primer día como médico, un sencillo vestido y calzado cómodo. En el hospital, su taquilla ya estaba preparada con uniformes y una bata de laboratorio con su nombre bordado: «Dra. Reese Powell».

Doctora Powell. Y sin embargo no se sentía más doctora de lo que se había sentido el día antes de licenciarse.

Se obligó a sí misma a dejar de andar de un lado a otro de la habitación y se sentó en un sillón de mimbre con cojines. Intentó leer una novela, una fantasía de altos vuelos llena de sexo, violencia e intriga política. Fracásó. Concentrarse le resultaba imposible.

El tiempo pasó, medido por un reloj antiguo sobre la repisa. Los sonidos de la casa preparándose para la noche lo llenaban todo. Mose llamaba a su perro para que entrara, Ursula parloteaba por teléfono. Reese se metió en la cama y se acomodó sobre los almohadones, pero era incapaz de dormir. Una hora más tarde

se levantó, comprobó su correo electrónico y mensajería, llena de mensajes de compañeros de promoción. Se puso los auriculares y bailó al son de Carly Rae Jepsen, aunque se detuvo al descubrirse cantando a pleno pulmón, y preocupándose por si despertaba a los moradores de la casa.

Después de largo rato, consiguió dormirse a trompicones. Entonces, todo un ejército de alarmas le apuñaló la conciencia. Se sentó de golpe en la cama, familiarizada con la sensación de pánico. Y se preguntó por qué se había molestado en intentar dormirse siquiera. Se tambaleó hasta la ducha y se empapó bajo el chorro del agua del pozo, que tardó lo suyo en calentarse.

Café. Situado como alimento principal en su pirámide. La guía de supervivencia del residente aconsejaba evitar la cafeína y el alcohol, favoreciendo las infusiones de plantas. A la mierda.

Abajo en la cocina parecía ser la primera en haberse levantado, por lo que intentó no hacer ruido mientras llenaba la tetera y la cafetera francesa. El perro entró corriendo, una simpática bola peluda de color caramelo, y se sometió a una sesión de rascadas de barriga antes de marcharse corriendo otra vez afuera. Reese se obligó a tomar un cuenco de cereales con fresas silvestres. La mañana anterior se había parado frente a un encantador puesto de fruta y comprado un par de cosas. Ursula le había aconsejado llevarse la comida, de modo que se preparó un sándwich de mantequilla de cacahuete y lo guardó en una bolsa junto con un plátano.

Decidió acudir temprano al hospital para ponerse el uniforme, estudiar el formulario de medicamentos e intentar recordar todo lo que había aprendido en sus rotaciones, cirugía, radiología, medicina de urgencias, para prepararse para el turno de treinta horas. Mientras esperaba a la reunión de la mañana, peló el plátano.

Warren, un compañero interno, se acercó a la sala de las taquillas.

—¿Eso que huele es plátano? —preguntó—. ¿O es el hedor del miedo?

Ella sonrió y le mostró su obra de arte.

—¿Tienes hambre?

—¿Bromeas? —intervino otro interno, Yvonne, mientras revolvía en su taquilla—. Yo ya he vomitado dos veces.

Por fin llegó el cuarto interno, Riku, de Japón, y los cuatro se dirigieron a una pequeña sala de conferencias para su primera reunión informativa sobre los pacientes ingresados. A continuación, empezaría el espectáculo. Los novatos se dispersaron con sus mentores asignados, todos residentes de segundo y tercer año, encargados de mostrarles los entresijos. Su residente, un tipo con el

desafortunado nombre de Cain, y un irritante hábito de citar a Shakespeare, la miró como si fuera a hacerle picadillo.

—Prestad pues atención —le dijo antes de explicarle cómo escribir notas en la carpeta de su primer paciente.

Hacía falta un talento especial para perderse en un hospital tan pequeño, pero, de algún modo, Reese lo consiguió.

Por fin localizó a su primer paciente, el señor Drexler, con problemas de próstata. Tenía conectados al cuerpo varios tubos por los que discurrían fluidos, y una expresión de amargura dibujada en su rostro.

—Soy la doctora Powell —se presentó—. Hoy cuidaré de usted.

—Este periódico es de ayer —fue la contestación del paciente—. Necesito el periódico de hoy.

¡Oh! Un periódico. Salió corriendo al pasillo. No había ningún montón de prensa, de modo que con su propio dinero compró uno, que entregó a su paciente con una sonrisa. Cuatro años de facultad de medicina para eso. Para repartir periódicos. De algún modo consiguió tomar notas sobre el caso, sintiéndose todo el rato como un auténtico fraude.

—Llamando a la doctora Powell —surgió una voz del sistema de comunicación—. Doctora Powell, acuda a la unidad respiratoria.

Sobresaltada al oír su nombre, Reese se colgó el estetoscopio del cuello y corrió al encuentro de su segundo paciente, perdiéndose en esa ocasión solo brevemente. Una niña pequeña sujetaba un nebulizador. Reese la saludó y tomó algunas notas sobre su asma.

—Acabamos de instalarnos aquí —explicó su madre—. Pensábamos que el aire del campo le iría bien, pero su respiración ha empeorado.

La niña tenía una mirada vidriosa y desesperada. Reese también se sentía desesperada.

—Siento que no te encuentres bien. Los tratamientos que hemos prescrito deberían expandir tus vías aéreas y hacerte sentir más cómoda.

—Gracias, doctora Powell —dijo la niña con voz ronca mientras se iba con su madre.

Reese se volvió hacia el terapeuta respiratorio.

—Qué cría más dulce. No sé por qué me da las gracias. Parecía sentirse muy mal.

—Algunos niños son sensibles al ganado y los cultivos —contestó el técnico mientras guardaba algunos instrumentos—. Resulta curioso, pero nunca he visto a ningún niño amish aquí. Es como si la granja les protegiera.

Ella grabó una nota en el teléfono recordándose echar un vistazo a estudios sobre el asma. Sin embargo no lo contabilizó como un logro. En su primera mañana con médico no había logrado absolutamente nada.

Tuvieron otra reunión más tarde para hablar de los casos. Un nombre llamó su atención, Rebecca Zook. Hannah había mencionado que se suponía que Caleb la estaba cortejando. Reese intentó mantenerse distante mientras leía las notas, los síntomas neurológicos del dolor de cabeza, los cambios de comportamiento, los extraños movimientos oculares. Pobre mujer. El doctor Shrock comentó que la paciente se mostraba reacia a someterse a las pruebas y escáner sugeridos.

—Resulta frustrante —reconoció—, pero el paciente tiene ese derecho y nosotros debemos respetarlo.

—¿Y qué hay de la hoja azul? —preguntó un residente de tercer año—. ¿Sería una opción?

Reese no fue la única en levantar rápidamente la vista ante la mención de la hoja azul, se trataba de un mecanismo legal para ingresar a un paciente en contra de su voluntad.

Mose se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz.

—No llegaremos hasta ahí. Al menos no de momento.

Reese se retiró a la sala de guardia y permaneció sentada en la oscuridad. Desde el fondo de su ser manó una sensación de incertidumbre. ¿Quién era ella para pensar que podía ayudar a la gente, curar a la gente? ¿Por qué no podía contentarse con sentar la cabeza, como su amiga Trini, tener bebés y hornear tartas de frutos rojos?

Pero, a medida que la fatiga se adueñaba de ella, sintió una sensación pura y clara de determinación. Estaba allí por un motivo. Estaba allí porque iba a adorar ese trabajo..

Capítulo 16

Llevando una sólida cuerda en la mano, Caleb trepó por el árbol situado sobre la poza, mientras Jonah y Samuel observaban atentamente desde el suelo. Eligió la rama perfecta para la nueva cuerda, lo bastante alta para disfrutar de una buena caída, y lo bastante grande para que fuera segura.

La cálida corteza bajo las manos y el sonido de la brisa entre las hojas le llevaron recuerdos de muchos años atrás. John y él solían hacer carreras colina arriba para nadar después de las tareas del día. Sabía que John lo dejaba ganar, pero la carrera era parte esencial de la diversión. Era una huida del calor, y de su padre.

Y años después, el padre de Caleb seguía siendo un problema. Después de la visita de la mujer de la Agencia del Menor, se había visto inmerso en una lucha de poder con Asa. Era verdad que Asa era el tutor legal de Hannah y Jonah. Cuando John y Naomi fueron asesinados hubo un montón de papeleo para asignar al tutor. Y la tutela se le había concedido a Asa para que los niños pudieran permanecer en el hogar en el que siempre habían vivido.

El juzgado de familia no sabía nada del temperamento de Asa. De sus ataques de ira, su intolerancia, y su crueldad, que había sido un secreto guardado por la estricta obediencia al Ordnung de la comunidad. Caleb había comprendido enseguida que la única manera de proteger a los hijos de John era regresar a la granja y criarlos él mismo. Así se sencillo. Y Asa se había mostrado encantado de pasarle el trabajo a otro.

Pero desde que Jonah necesitaba del mundo moderno, desde que la intervención de los ingleses era el mejor modo de ayudarlo, Asa había decidido ejercer sus derechos como tutor legal. Intentaba prohibir que Jonah prosiguiera con la terapia.

Había veces en que Caleb veía en la mirada de su sobrino la misma desesperación que una vez había visto en la de John, que había terminado por

intentar suicidarse por las cosas que Asa le decía y hacía.

Caleb estaba furioso y eso le hizo ser descuidado. Al arrojar un extremo de la cuerda desde la rama grande, falló y perdió pie. Agarrándose al vacío, cayó sobre una rama más baja, sintiendo la madera lacerarle la parte del atrás del hombro antes de caer al agua con un chapuzón. Al ascender a la superficie, oyó gritar a Jonah.

El hombro le ardía, pero nadó hasta el borde y salió del agua. La sangre corría por su costado izquierdo.

—¡Tío Caleb! —Jonah corrió hacia él—. Estás herido.

—Tiene mala pinta —observó Samuel, el rostro pálido como el yeso—. Te has cortado con una rama rota.

—¿Te duele? —preguntó Jonah—. ¿Vamos a buscar ayuda?

Caleb no era muy aficionado a soltar juramentos, pero unas cuantas frases escogidas surgieron a su mente mientras intentaba verse la herida.

—Está muy mal —insistió Jonah—. Vas a necesitar puntos.

—No, solo necesito que me lo vende Hannah.

El niño sacudió la cabeza.

—Tú no ves lo que estoy viendo yo. El corte te llega al hueso.

Era día de clínica, y Reese, Ursula y Mose se dirigieron al ambulatorio de Pine Creek. Reese aún no se había acostumbrado a su condición de médico, y una de las cosas que más le gustaban de los días de clínica era que nunca sabía lo que iba a entrar por la puerta, una mujer de parto, un niño herido, un anciano con problemas de respiración. A pesar del duro comienzo, la residencia estaba resultando ser todo lo que había esperado que fuera, y más.

Con la capota del coche bajada, condujeron en la preciosa mañana de verano. En el asiento delantero, Mose sujetaba el sombrero sobre el regazo. Ursula estaba en la parte de atrás, el rostro levantado hacia el cielo. El paseo les llevó por brumosas carreteras de campo, pequeñas ciudades, granjas immaculadas y campos vestidos con la gloria del verano. En los buzones de correos se leían viejos apellidos alemanes, y en los caminos de acceso a las granjas se veían calesas amish y menonitas. A unos kilómetros de Pine Creek, una señal indicaba la dirección hacia Middle Grove.

Aunque se decía a sí misma que su mente debía estar puesta en el trabajo, Reese no dejaba de recordar los momentos que había compartido con Caleb, la profunda, imposible, conexión que había sentido, la exquisita intimidad.

También pensaba en Jonah, preguntándose cómo le estaría yendo de vuelta en Middle Grove. Mose y el resto del equipo conocían al muchacho, habiéndolo visto durante alguna de las sesiones con el protésico. Últimamente, sin embargo, no había acudido a las sesiones, y ella se estaba aguantando las ganas de intervenir.

Aparcó frente a la clínica, un edificio bajo y moderno ubicado en el centro de la ciudad, a la sombra de unos viejos arcos. Casi todos los días eran bastante rutinarios, pero ese día acudiría a consulta Rebecca Zook. Vestida con varias capas de ropa sencilla, la cabeza cubierta con una cofia, era tremendamente hermosa, rubia y delicada, sin un solo cabello fuera de su sitio. Las uñas de sus delicadas manos estaban mordidas hasta la carne. Se sentaba impasible y sin expresión mientras su madre, una mujer de aspecto humilde y vestida de manera idéntica a Rebecca, explicaba que la joven mostraba un comportamiento extraño.

—En ocasiones se pone la ropa del revés —explicó Gretchen Zook mientras retorció nerviosa las cintas de la cofia—. Ayer entró en un campo de maíz y no supo encontrar el camino de salida. Es muy preocupante.

Mose murmuró algo tranquilizador en su dialecto, y la madre asintió.

—Se asusta de cosas inofensivas, como hojas y pajarillos.

Ursula asintió hacia Reese, y ella tomó asiento sobre un taburete giratorio delante de Rebecca. La historia clínica estaba repleta de notas de los últimos meses.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó mientras luchaba contra una familiar sensación de desesperación.

—No muy bien —murmuró Rebecca—. La cabeza me duele todo el tiempo. No puedo dormir.

—¿Me permites echarle un vistazo a tus ojos con esto? —Reese le mostró la linterna médica, y cuando la joven asintió, la utilizó para iluminar un ojo de Rebecca y luego el otro. Los ojos de Rebecca se movieron rápidamente de un lado a otro—. ¿Puedes mirar al frente?

—Lo intento, pero no.

Reese hizo lo que pudo, con una creciente sensación de incertidumbre y desconcierto. Comprobaron la visión de Rebecca, su coordinación y habilidades cognitivas. Había anomalías, pero nada concluyente. Le dieron algo para el dolor de cabeza y madre e hija se marcharon.

—Necesita un examen neurológico completo —afirmó Reese.

—Para eso tendría que ir a la ciudad —le explicó Ursula.

—Y, no me lo digas, no quiere ir. ¡Mierda!

—Neurología no hará más que verificar lo que ya sabemos —intervino Mose—. Llevo tiempo siguiendo este caso. Rebecca sabe que un tratamiento agresivo le afectaría a su fertilidad, y no quiere ni oír hablar de ello.

Ganarse la confianza de los pacientes en la práctica del doctor Shrock era un desafío médico para el que la facultad de medicina nunca preparaba.

—No hace mucho que una gran parte de la gente sencilla consultaba a una *braucha*. ¿Has oído hablar de ello?

—Sí, tras nuestra entrevista busqué información sobre el powwow —contestó Reese—. Lo bastante para saber que es pura charlatanería.

—En efecto —él asintió—. Alguna gente cree que hay personas capaces de curar con tocarte, o moviéndose en torno a una persona enferma, o a través de encantamientos.

—Pero lo que resulta aún más frustrante son las terapias perjudiciales —intervino Ursula—. El año pasado tuve una paciente que sufría una fístula sin tratar.

—El tema de la confianza es muy sensible, y una comunidad amish es un santuario muy delicado —explicó Mose—. La confianza se gana a través del respeto a las creencias de los pacientes, y hay que tener mucho cuidado con cómo se interviene.

Reese contempló el rostro del médico, cansado y sabio.

—¿Te resulta muy duro intentar ayudar a personas que no quieren tu ayuda?

—Por supuesto que sí —contestó él mientras se quitaba las gafas y las limpiaba con el faldón de la camisa—. Hacemos lo que debemos hacer. Pero nuestros pacientes también.

Tras recibir a unos cuantos pacientes más, hiedra venenosa, un chico con un tremendo juanete, se dirigieron a urgencias. Ursula los condujo hacia la zona de exploración. El corazón de Reese falló un latido cuando vio quién estaba esperando.

—¡Jonah!

Tenía un aspecto estupendo, bronceado, cabellos revueltos y varios centímetros más alto, y con unos cuantos kilos más que cuando lo había visto por última vez.

—¿Estás herido? —preguntó.

—¿Conoces a este chico? —preguntó Ursula.

—Del Mercy Heights —explicó ella sin apartar la mirada del niño. Sentía unas tremendas ganas de abrazarlo y no soltarlo jamás, pero ese muchacho ya estaba fuera de su alcance—. Jonah...

—Caleb está herido —Jonah señaló hacia una zona cerrada con una cortina.

Las rodillas de Reese estuvieron a punto de ceder, y su estómago se convirtió en una bola de hielo. Caleb, herido. Se suponía que debía mantenerse al margen mientras la enfermera realizaba una exploración preliminar, pero el protocolo se escapó por la ventana. De un golpe apartó la cortina azul y lo encontró sentado sobre una camilla cubierta con papel. No llevaba camisa y la enfermera estaba detrás de él, frunciendo el ceño mientras daba con cautela unos toquecitos a su espalda con una mano enguantada.

—Caleb —Reese casi había olvidado respirar. Desde alguna parte lejana de su ser, consiguió desenterrar una pizca de profesionalidad—. Soy la doctora Powell —se presentó ante la enfermera—. Caleb es... amigo mío —con el corazón acelerado lo miró—. Seguramente soy la última persona que esperabas ver —sugirió—. ¿Qué te ha pasado?

—Dicen que tengo un corte profundo en la espalda —contestó él—. Yo no lo he visto, pero duele como un demonio.

—Una laceración de veinte centímetros —informó la enfermera—. Va a necesitar puntos de sutura.

—Perfecto —murmuró Ursula, de pie junto a Reese—. Soy la doctora Mays —se presentó—, y al parecer ya conoce a la doctora Powell. Ella se ocupará hoy de usted.

Hasta ese momento, Reese no había tratado ninguna laceración mayor.

—Has tenido suerte —comentó a Caleb mientras se colocaba detrás de él, incapaz de dejar de fijarse en su físico, sintiéndose ridículamente poco profesional.

«Concéntrate. Comprueba la herida, valora al paciente». Sin duda era una suerte que no hubiese visto la herida. Era larga y profunda, dejando expuesto el músculo. Le pidió a la enfermera que le preparara una bandeja de sutura.

—¡Vaya! ¿Cómo te has hecho esto?

Jonah asomó la cabeza por la cortina.

—Trepó a lo alto de un árbol para colgar una cuerda sobre el arroyo —explicó—. Se cayó y resultó lastimado en su caída por una rama rota. Yo estaba allí. Lo vi todo.

—Más o menos sucedió así —Caleb asintió—. Por lo menos caí en el agua.

Eso explicaba los pantalones mojados y los pies descalzos.

—Voy a ponerte una inyección para el dolor —le informó Reese, sintiendo la rigidez de Caleb—. Después, procederé a dormir la zona.

—Tiene un aspecto horrible —aseguró Jonah mientras contemplaba la herida

—. ¿Mi brazo tenía un aspecto mucho peor que eso?

—Mucho peor —contestó ella mientras administraba el analgésico—. Muchísimo más.

—Ha sido muy valiente. No lloró ni nada.

—Eso es ser muy valiente, desde luego. Te he echado de menos, chaval —añadió Reese.

Jonah produjo esa sonrisa arrebatadora, marca de la casa, antes de continuar con su relato.

—Yo no sabía cómo vendarlo, de modo que utilicé un par de trozos de tela de Hannah para detener la hemorragia. Ella no los echará de menos, ya que siempre tira las muestras si no las encuentra perfectas —el niño le mostró algo en una palangana de plástico rosa—. Fíjate en toda esta sangre.

La tela estaba bordada con la frase «No hay invierno que dure eternamente», y algunas palabras más, oscurecidas por la sangre pegajosa y seca.

—¿Vas a operarle? —preguntó Jonah—. ¿Tendrás que coserle? ¿Cómo vas a arreglar ese enorme corte? ¿Eh?

Reese apretó los dientes mientras intentaba concentrarse.

Caleb le dijo algo en alemán al niño y el muchacho se calló. Su tío continuó en inglés.

—Apuesto a que en la sala de espera hay alguna revista de esas que te gustan.

Jonah se marchó arrastrando los pies hasta la sala de espera en la que había un montón de revistas desgastadas. Ursula se acomodó en el puesto de enfermería y abrió su portátil. La enfermera preparó una bandeja estéril, y Reese se acercó a la pila para lavarse las manos, que ya estaban enrojecidas de tanto lavar, e irritadas por el alcohol y de frotar las manos. Estaba preparada. Al menos eso se repetía a sí misma. Pero lo cierto era que, mientras contemplaba la bandeja de material e instrumentos, todo lo que había aprendido sobre el cuidado de heridas pareció abandonar su mente.

—¿Para qué ha sido esa inyección? —murmuró él.

—Para el dolor y la inflamación —Reese tuvo un momento de pánico al pensar en la larga lista de raros, aunque posibles, efectos negativos—. ¿Cómo te encuentras?

—Como en un sueño. Como si fuera capaz de hablar el lenguaje de las ranas.

—Eso significa que empieza a hacer efecto —ella reprimió una sonrisa antes de volverse hacia Caleb, su paciente herido—. Tenía ganas de verte otra vez —admitió—. Pero no así. Necesito que te tumbes boca abajo.

Él asintió y pareció fundirse sobre la camilla cubierta de papel. La herida

estaba bastante limpia, aunque se veían algunas hebras de lana y suciedad. Reese miró a Ursula, que levantó la vista de su portátil y asintió a modo de señal para que procediera. Ursula no solo era la residente más tranquila, también era la más exigente. Se negaba a permitir que un interno buscara a alguien que realizara un procedimiento en su lugar.

Reese intentó hacer acopio de toda su confianza. Si no aprendía a manejar la situación, alguien acabaría peor de lo que había llegado.

—Vamos a arreglar esto.

—Soy todo tuyo —contestó él.

Aunque no le veía la cara, en su voz se percibía una sonrisa.

—Esto te puede escocer —le informó—. Procura no moverte.

Reese le inyectó una solución anestésica en los bordes de la herida y observó cómo se hinchaba ligeramente la carne, y cómo se ponía blanca por la solución de epinefrina.

Lo había hecho cientos de veces, pero el paciente siempre había sido un rodillo de espuma o una mano de cerdo. El hecho de que estuviera ante un cuerpo humano, el cuerpo humano de Caleb, empezaba a afectarle a la mente.

Dejó la jeringuilla sobre la bandeja estéril y cerró los ojos. Todo lo que no fuera máxima concentración podría resultar perjudicial para el paciente. «No lo olvides», se dijo a sí misma.

—Ya lo tienes —murmuró Caleb, como si le hubiera leído la mente.

Ella abrió los ojos de golpe.

—Sí —contestó mientras volvía a tomar la jeringuilla.

Infiltró la herida misma, debido a su profundidad, para dormir bien la fascia superficial y los bordes desgarrados, así como los extremos de la herida. A medida que la jeringuilla se vaciaba, ella ganaba en confianza. A continuación probó con las pinzas para asegurarse de que la zona estuviera dormida.

—Dime si lo sientes.

—No —contestó él—. De momento bien.

—¿Puedo mirar? —Jonah reapareció.

Reese intercambió una mirada con Ursula, que se encogió de hombros.

—Por mí bien.

—¿Estuviste delante cuando me cosieron el muñón?

—No. Eso lo hicieron en cirugía, no en urgencias —Reese irrigó la herida y el agua teñida con sangre empapó el papel bajo el torso de Caleb. La enfermera colocó un pedazo de tela estéril sobre la espalda, centrando el agujero sobre la herida. Reese se puso los guantes y tomó el primer paquete de sutura, para el

interior—. Tengo que cerrar la herida interior primero. Estos puntos de sutura se reabsorberán poco a poco.

Mirando brevemente a Jonah, lo vio palidecer ante el tendón que se veía a través de la herida abierta.

—Deberías sentarte —le aconsejó ella—. No queremos tener que tratar a dos pacientes a la vez.

—Quizás sea mejor que vaya a ver si hay bebés —el niño asintió y dio un paso atrás.

—¿Y eso? —Caleb lo miró con una sonrisa confusa.

—Hay una caja para bebés en la puerta, como la caja para libros de la biblioteca del condado.

—¿Le has dado un poco de esa inyección a él también? —preguntó Caleb—. Parece algo colocado.

—Se refiere al refugio seguro, un punto de entrega seguro y anónimo —le explicó ella mientras observaba a Jonah marcharse—. Deberías ver esta herida. Te lo juro, Caleb. ¿Trepando un árbol?

—Perdí pie —contestó él como si tal cosa—. Sucede.

—¿Preparada, doctora? —preguntó la enfermera.

En el mostrador de recepción se produjo un frenesí de actividad, otro niño con una tos sibilante y asmática. Reese miró a la enfermera.

—Sí, gracias —la enfermera se apresuró a acudir a recepción y Reese se quedó a solas con Caleb y su herida abierta—. Voy a coserte —anunció, consciente de la duración del efecto de la lidocaína. Cerró los ojos, buscando de nuevo esa concentración total.

El bienestar de su paciente dependía de ella. Cuando abrió los ojos, se sintió preparada. Todo desapareció, salvo el único pensamiento que la guiaba. Ordenó a sus manos que se mantuvieran firmes y suturó la capa más profunda de la herida con el material reabsorbible, seguramente tomándose el doble de tiempo que cualquier otro médico experimentado.

—Me resulta extraño verte así —observó con calma.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó Caleb.

—Es solo... algo.

—Oí que estabas trabajando en el hospital regional —dijo él—. Eso sí que ha sido una sorpresa, Reese. Pensé que trabajarías en la gran ciudad.

—Cambié de idea —«tú me hiciste cambiar de idea», pensó Reese. Se mordió el labio, sintiendo una profunda necesidad de conectar con él. Terminada la sutura de la capa interior, pasó a la capa externa, utilizando una aguja curva con

el hilo enganchado. Volvió a respirar hondo—. Este corte no es limpio —le indicó—. Durante un tiempo no va a estar muy bonito.

—Nunca le encontré utilidad a una espalda bonita —contestó él.

—Buena observación —ella sonrió fugazmente—. Pero no quiero que te quede cicatriz. Que alguien en tu casa te ponga vaselina todos los días sobre la herida —juntó los bordes, uniéndolos como si se tratara de un puzle. Ursula se acercó a echar un vistazo al trabajo, aprobándolo con gesto de asentimiento con la cabeza, antes de pasar a otro paciente. Reese utilizó la aguja guía para atravesar la carne con la aguja curva y tirar del hilo de sutura. Coser y atar, coser y atar, volviendo a juntar los extremos. Terminó la sutura y contó los puntos—. Veinticuatro —anunció—. ¿Estás bien?

—Lo estoy —Caleb pareció titubear—. Yo tampoco esperaba volver a verte. Sobre todo así.

El corazón de Reese dio un brinco. Con exagerado cuidado, retiró la tela, limpió la herida y cubrió la sutura con cinta quirúrgica.

—Te he echado de menos —susurró, la voz ronca, cargada de sinceridad—. Te he echado de menos desde que te fuiste.

—Yo siento lo mismo —contestó él—. Tú fuiste... me gustaba estar contigo. Pero comprenderás que tenía que marcharme.

—Entiendo por qué te marchaste —contestó ella—. En serio, pero... te echo de menos —repitió, terminando con la cinta—. Ya estás listo. Tómate tu tiempo para incorporarte. Puede que te marees un poco.

Caleb se incorporó y ella se encontró mirando de frente el torso desnudo. Rápidamente se volvió y agarró un folleto de una estantería.

—Aquí encontrarás información sobre los cuidados de heridas y seguimiento. Prométeme que harás lo que recomienda.

—Lo prometo —contestó él mientras se bajaba de la camilla.

—¿Qué te ha pasado, jovencito? —Mose apareció en la sala de urgencias de la clínica—. He oído que has estado saltando por los árboles como Tarzán de los monos.

—Ya está todo recompuesto —contestó Caleb.

—¿Tienes una camisa que ponerte?

A Caleb se le pusieron las orejas rojas.

—No le vi ningún sentido a destrozarse una buena camisa.

Reese encontró un uniforme de hospital y le lanzó la parte de arriba.

—No será la primera vez que tengas que llevar ropa de hospital.

Antes de que Caleb se pusiera la camisa, Mose inspeccionó la labor de costura

de Reese.

—Que alguien te ayude a cuidar esa herida, ¿me oyes?

—Lo he oído —Caleb descolgó el sombrero del gancho—. Ven a cenar, Reese —propuso—. A Hannah le encantará verte. Y, Mose, nos encantaría si Ida y tú acudierais también.

Capítulo 17

—No es una cita —le aseguró Reese a Ursula aquella misma noche mientras se preparaba para su visita a Middle Grove. La conversación le recordó a otra que había mantenido con su madre el otoño anterior—. No es más que una cena.

—Vi cómo lo mirabas —insistió la otra mujer mientras las dos se apretaban en el cuarto de baño que compartían en la planta superior.

—De acuerdo. Es una cita. Una cita con mi tutor y su esposa y un tipo amish —se había puesto un vestido de algodón y sandalias y no llevaba nada de maquillaje, salvo el protector solar.

Aunque esperaba que no se notase, la perspectiva de volver a ver a Caleb la electrificaba. Después de todo el tiempo transcurrido, debería haber pasado página, pero se encontraba atascada. Atascada con él.

—Entonces tú y ese tipo... —Ursula se inclinó sobre el espejo y se aplicó una generosa capa de rímel.

—No existe tal cosa: yo y ese tipo —quizás si se lo repetía a sí misma suficientes veces acabaría siendo verdad—. Nos conocimos por culpa de Jonah, y se alojó durante un tiempo en Filadelfia, con mi vecino, el pasado otoño.

—Entendido —Ursula se aplicó brillo labial y chasqueó los labios.

—Eres como esa hermana mayor insolente que nunca tuve —se quejó Reese—. ¿Adónde vas?

—A diferencia de ti, a mí no me da miedo llamar cita a una cita, ya sabes, ese residente de radiología del que te he hablado. Vamos a un festival de maíz dulce y barbacoa en Mountain View. Mi plan es beber la cantidad de cerveza suficiente para permitirle aprovecharse de mí.

—Qué bonito —contestó ella mientras agarraba las llaves y el móvil.

—Estaré de vuelta mañana a la hora de comer —añadió Ursula—. Mis padres vienen de visita.

—Más bonito aún —observó Reese—. Yo echo de menos a mis padres. No

pierdo la esperanza de que dejen de estar enfadados conmigo por solicitar este programa.

—¿Y se lo has dicho? —Ursula guardó unos cuantos preservativos en el bolso—. Si no lo has hecho, deberías —era una de esas personas que hacían que todo pareciera más sencillo.

Reese nunca había sido esa clase de persona. Tomando el teléfono, buscó el número de la casa de sus padres y marcó.

Por supuesto saltó el buzón de voz. Nadie contestaba ya el teléfono.

—Hola, padres —saludó con una voz excesivamente alegre—. Solo llamaba para decirles que os echo de menos...

—Conocemos a los Stoltz desde, no sé, ¿desde cuándo, Ida? —preguntó Mose. Iba sentado en el asiento delantero del coche de Reese, medio girado hacia atrás para hablar con su esposa.

—Pues unos veinte años, o más —contestó la mujer.

—Yo diría que más —Mose asintió—. La esposa de Asa, Jenny, solía traer a los chicos a la clínica para vacunarlos. Lo recuerdo porque tenía que mantenerlo en secreto, para que Asa no se enterara.

—¿No estaba a favor de las vacunas? —Reese se puso rígida.

—Eso parece. La siguiente ocasión en que vi al mayor, John, fue para colocarle un brazo roto.

—Caleb me habló del brazo roto de su hermano tras saltar de un puente —Reese asintió—. Un intento de suicidio.

—Así es —admitió Mose—. Esa familia ya ha sufrido más problemas de los necesarios. Yo estaba de guardia la noche en que asesinaron a John y a Naomi. Espero que nunca tengas que recibir una llamada como esa, pero tendrás que estar preparada para cualquier desafío.

Mientras circulaban por las colinas hacia Middle Grove, Reese intentaba atemperar su excitación. Jonah no era su paciente. Caleb no era su novio. Pero necesitaba verlos otra vez.

—Esto es muy bonito —observó ella—. Resulta difícil imaginarse que existan problemas en un lugar como este. Una observación ridícula, desde luego. A los problemas no parece importarles el paisaje al otro lado de la ventana.

—Estás aprendiendo —Mose asintió.

—Aquí son más difíciles de imaginar —concedió Ida—. Pero sobrevivir en esta comunidad puede resultar tan difícil como en la ciudad. A mí, sin embargo,

me sigue pareciendo mágica. Si no hubiera llegado aquí hace cuarenta y seis años, recién salida de la escuela de enfermería de Nueva York, nunca habría conocido a Mose. Somos los típicos Romeo y Julieta, ¿verdad?

Otro asentimiento.

—La chica de ciudad y el ratoncillo de campo. Aún tenemos algunos parientes que no nos hablan.

—¿Qué te hizo venirte desde Nueva York? —preguntó Reese.

—Un corazón roto —contestó Ida—. Algunas personas vienen aquí para huir, algunas para esconderse, otras para sanar.

—¿Cuál de ellas eres tú? —preguntó Mose.

La pregunta tan sencilla pareció descolocar a Reese.

—¿Y si digo que vine aquí solo por encontrar mi camino más allá de la burocracia de la medicina a gran escala? ¿No crees que sea lo bastante joven e idealista para querer que mi carrera gire en torno al cuidado de los pacientes y su curación?

—Por supuesto. Por eso te elegimos para el programa —contestó él—. Sin embargo, te has traído algo de equipaje —ella abrió la boca para contestar, pero Mose continuó—. Llevo cincuenta años en esto, jovencita. Sé cuándo alguien se está aguantando el dolor, pensando que, si no lo admite, desaparecerá por sí solo.

Reese se sorprendió pisando el acelerador con demasiada fuerza y se obligó a reducir la velocidad.

—Ida, ayúdame a salir de esta.

—Lo siento. Cuando Mose entra en modo psiquiatra, no hay manera de detenerlo. He visto a mi marido enseñar durante años, y una de las grandes verdades de la medicina es que los mejores médicos son los que saben qué hacer con su equipaje.

Solo había una carretera pavimentada hacia Middle Grove. Pasaron junto a un cementerio con pulcras filas de indicadores, y hogares amish con contraventanas de color verde, sin cortinas. La ciudad estaba formada por una modesta colección de edificios de madera y ladrillo. Reese intentó asimilarlo todo, mujeres con vestidos largos y cofias, chicos con camisas azules empapadas de sudor y sombreros negros, turistas recorriendo un mercado al aire libre y una gran tienda con carteles anunciando mermeladas y salchichas caseras, y muebles y colchas hechas a mano. Una panadería y un molino con una noria. Esa fue su primera visión del mundo de Caleb, y se sintió tan forastera como debía haberse sentido él en Filadelfia.

El pavimento dio paso a un camino de grava, en cuyo centro crecía la hierba.

Aflojó la marcha para pasar por encima de los baches, mientras contemplaba los buzones de correo. Una suave brisa peinaba los campos de trigo y centeno.

—Ni teléfono ni electricidad —observó mientras disfrutaba de la falta de postes eléctricos junto a las casas.

—La gente tiene sus motivos —observó Mose—. Tienen fontanería moderna para cumplir con los mínimos dictados por sanidad, para poder vender sus productos lácteos. Puede que veas algún ordenador, o un generador en la nave ponedora o la de ordeño. Algunos amish hablan por el móvil, pero solo cuando están en el campo. Aceptan las innovaciones que permiten a un hombre quedarse en casa con su familia, en lugar de tener que marcharse para buscar trabajo.

Un camino de tierra más estrecho conducía hasta la casa de los Stoltz. La casa era más grande de lo que ella había esperado, blanca y cuadrada, con la ropa tendida moviéndose al viento. Había muchos cobertizos y talleres, y un establo rojo que empequeñecía todo lo demás.

Parecía idílico, casi demasiado bonito para ser real, la clase de lugar en el que nada malo podía suceder. Pero ella sabía que no era así. Junto al establo había un alto silo acabado en cúpula, y ella se preguntó si el accidente de Jonah había sucedido allí.

Mientras aparcaba junto a la casa, Jonah y una perra peluda bajaron corriendo las escaleras delanteras.

—¡Hola, Reese, has llegado! —saludó el muchacho—. ¡Hannah, ya están aquí! —llamó por encima del hombro.

La sonrisa del niño era tan cálida y contagiosa como el sol.

—Te hemos encontrado —dijo ella mientras se agachaba para darle unas palmaditas a la perra—. ¿Este es Jubilee, la perra maravilla de la que tanto he oído hablar? —el animal se frotó contra la mano de Reese y la contempló con mirada de adoración—. Ahora entiendo por qué te gusta tanto.

Hannah salió de la casa, sonriente y con las mejillas sonrosadas. Reese la repasó de arriba abajo, intentando no resultar descarada, aunque no pudo evitar fijarse en que la muchacha había engordado desde el otoño anterior. O quizás no. Podría ser el efecto del vestido de varias capas y el delantal. A pesar del calor de la noche, llevaba un echarpe sobre los hombros.

—Me alegra verte de nuevo —saludó antes de abrazar brevemente a la chica—. Gracias por recibirnos.

—Hemos traído una cosilla —anunció Ida mientras señalaba una cesta que llevaba colgada del brazo—. Reese ha preparado una de sus famosas tartas.

—¡Qué bien! —exclamó Jonah—. Reese, prepara las mejores tartas del

mundo. Recuerdo la que me hiciste cuando estaba en el hospital.

—Por favor, pasad adentro —les invitó Hannah—. Caleb y el abuelo terminarán pronto las tareas.

La casa estaba en penumbra, y era muy calurosa. La ligera brisa que entraba por las ventanas no bastaba para ahuyentar el calor. El suelo era de madera, y los muebles robustos y escasos. Una colcha doblada sobre un perchero llamó la atención de Reese, que se detuvo para verla mejor. El diseño era impresionante, un dibujo asimétrico de formas abstractas y colores que iban de oscuros a claros.

—¿Esto es tuyo? —preguntó Hannah.

—Lo es. Lo llamo sol y sombra.

—Es preciosa —admiró Reese.

—Tienes mucho talento —añadió Ida.

Hannah agachó la cabeza, avergonzada, antes de conducirlos hasta la cocina, dominada por una mesa de pino y un fogón esmaltado con patas de hierro. Un fregadero con una bomba manual estaba lleno de utensilios de cocina. En la estancia, el calor resultaba casi insoportable, y Reese recibió aliviada el anuncio de Hannah de que cenarían fuera, en la mesa de pícnic.

«Cómo adoro la electricidad», pensó.

—¿Puedo ayudar en algo? —le preguntó a la muchacha.

—Solo falta llevarlo todo fuera —Hannah les condujo por las escaleras de la cocina. Jonah ya se encontraba allí, colocando el mantel sobre una mesa de pícnic fabricada en casa. No llevaba el brazo robótico, sino otro mecánico y más sencillo, que manejaba con impresionante soltura.

Mose levantó el brazo y saludó a Caleb, que estaba junto a otro hombre, seguramente su padre, junto a una bomba de agua, lavándose. Caleb descolgó una camisa limpia de la cuerda de tender y se ocultó tras un cobertizo. Minutos más tarde se acercaron su padre y él. Al ver la sonrisa de Caleb, el corazón de Reese falló un latido. Nunca se cansaría de esa sonrisa.

—Gracias por invitarnos —le agradeció ella al padre de Caleb cuando le fue presentado.

Era casi tan alto y corpulento como Caleb, y el aire familiar estaba muy marcado en el rostro limpio y los ojos azules.

—Sois bienvenidos —saludó el hombre con una fugaz sonrisa—. Mose, Ida, ha pasado demasiado tiempo —añadió algo en alemán y estrechó la mano de Mose antes de volverse hacia Hannah y decir algo más, una pregunta o una orden.

—Sí, por supuesto —murmuró ella mientras corría hacia la mesa para

terminar de colocar los platos y los cubiertos.

—Te echaré una mano —propuso Reese y ambas prosiguieron juntas—. ¿Qué tal estás, Hannah?

La chica mantenía la vista baja, como si el acto de poner la mesa requiriese de toda su concentración.

—Bien, gracias —contestó al fin—. Tuve que unirme a la iglesia, aunque no me sentía del todo preparada. Si no hubiese aceptado el bautismo, no podría casarme.

—Eres muy joven —observó Reese—. Deberías tomarte tu tiempo.

—Así no se hacen las cosas —le explicó la muchacha antes de añadir algo que sonaba como *oof givah*—. Significa renunciar a ti mismo y, de ese modo, convertirte en parte de la comunidad. Del mismo modo que un grano de trigo se convierte en parte de una hogaza de pan.

Reese se mordió el labio para evitar hacer más comentarios. Y se recordó a sí misma que allí no era más que una invitada, y su deber era mostrar respeto.

Las manos de la muchacha se agitaron nerviosamente mientras señalaba los vasos de agua colocados sobre las estanterías.

—Es temporada de conservas, y he estado ayudando a los vecinos. Reconozco que no es mi tarea preferida, pero lo mejor es que todos echemos una mano.

—¿Y cuál es tu tarea preferida? —preguntó Reese.

Intentó imaginarse su propia infancia en un lugar como ese. Tareas domésticas en un ciclo infinito, sometimiento a los hombres de la comunidad, presiones para unirse a la iglesia, rezos y sumisión. ¿Bastaba con eso para una niña como Hannah? ¿Era realmente lo que quería?

—Supongo que mi tarea favorita es hacer colchas —contestó Hannah—. En realidad, para mí ni siquiera es una tarea. Alma, la encargada del taller de colchas, me deja elegir cualquier color que quiera poner en una colcha.

—Me encantaría ver algo más de tu trabajo —le aseguró Reese.

—Ven conmigo —tras mirar de reojo a los demás, la chica le indicó a Reese que la siguiera al interior de la casa—. Te enseñaré unas cuantas más.

La planta superior de la casa era aún más sofocante que la inferior, pero tan ordenada y sencilla. La habitación de Hannah era tan espartana como el resto de la casa, con una ventana y sin armario, únicamente unos pocos vestidos y echarpes colgados de ganchos en la pared. Junto a la cama había una pequeña estantería con un plato con alfileres y dos muñecas sin cara hechas a mano. Sin embargo, no iban vestidas con las ropas sencillas de los amish, sino con brillantes y modernos trajes.

Percibiendo su mirada, Hannah sonrió.

—Mi madre hizo esas muñecas para mí. Yo les diseñé los vestidos. Los hombres seguramente no lo habrían aprobado.

—Bueno, pues yo sí lo apruebo. Son geniales —opinó Reese—. Amish hípster.

Hannah tenía una pequeña colección de libros, incluyendo el que le había tomado prestado a Reese. La colcha que cubría la cama era un espectacular diseño conceptual de una delicada pluma, los bordes metamorfoseándose en una bandada de pájaros en pleno vuelo. Hannah le enseñó un par de colchas más, una que parecía representar un símbolo de brujería fundiéndose en la oscuridad, y otra que llevaba bordada la frase de *La princesa prometida* «Como deseas».

—Estoy impresionada —le aseguró Reese—. Hannah, tienes mucho talento. ¿Alguna vez has...?

—¡Eh, Hannah! —los pies descalzos de Jonah retumbaron en la escalera—. El abuelo dice que bajes a cenar, ahora mismo.

—¡Eh! —Reese intercambió una mirada con Hannah—. Eso no ha sonado al agradable Jonah que conozco.

—Lo siento —el niño se sonrojó violentamente—. ¿Podrías por favor bajar a cenar?

—Encantadas.

Se reunieron en torno a la mesa de pícnic bajo la sombra de un árbol. Reese se sentó entre Caleb y Hannah.

—¿Qué tal tu hombro? —preguntó—. Si...

—Tenemos que rezar —interrumpió Asa antes de inclinar la cabeza.

Se produjo medio minuto de absoluto silencio. Reese oía el sonido del latido de su corazón, y la tranquila respiración de Hannah. La tranquilidad finalizó con el entrecuchar de las copas y los cubiertos mientras todos se llenaban los platos.

La cena consistió en chuletas de cerdo con patatas y repollo, y maíz dulce recién recolectado del campo. El cerdo estaba seco y duro, el repollo muy agrio.

—La cocina no se me da muy bien —se excusó Hannah.

—El maíz está delicioso —le aseguró Reese—. Y también el pan recién hecho.

Hannah asintió.

—Jonah y yo recogimos el maíz esta tarde, y el pan es de un vecino. Hacer pan en verano es una tarea muy dura, porque hace mucho calor.

—Bueno, esta cena es un gusto, y os estoy agradecida —sentenció Reese.

No le pasó desapercibido el hecho de que Asa no se había dirigido a ella

directamente. Parecía a gusto con Mose e Ida, y hablaba con ellos sobre el tiempo y las cosechas, una subasta que se celebraría en breve y un granero que iban a ayudar a construir para alguien de la comunidad. Su actitud de vieja escuela subrayaba la singularidad de la cultura amish y el hecho de que ella era una extraña allí. Sin embargo, su apetito por la tarta resultó gratificante.

—Es estupendo ver lo bien que progresa Jonah —le dijo ella a Asa—. Era uno de los mejores pacientes del ala de pediatría en Filadelfia. Deberías sentirte orgulloso de él...

—El orgullo no es algo a lo que aspiramos aquí —el tono de Asa fue suave, aunque su mirada la taladró.

Reese se mordió la lengua, literalmente. Curiosamente, entendía a ese hombre, seguramente mejor de lo que él la entendía a ella. Todo lo que había hecho para criar a su hijo había tenido como objetivo proteger a Caleb de las tentaciones de una mujer como ella, una mujer de mundo, totalmente impía. Asa la miraba del mismo modo en que su propio padre había mirado a Caleb.

«No estoy aquí para robarle a su hijo», pensó. «O puede que sí».

Después de la cena, Hannah y Jonah se dirigieron al pueblo para jugar al béisbol. En verano los partidos eran nocturnos.

—¿Te apetecería dar una vuelta en calesa? —propuso Caleb.

Reese vio a Asa sentado a la sombra con los Shrock.

—Sí, por favor —aceptó mientras se le aceleraba el pulso ante la perspectiva de pasar algún tiempo a solas con él—. Me encantaría.

Caleb la llevó al establo y la presentó a Arrow, un precioso caballo castaño que estiró los labios en una cómica sonrisa cuando Caleb lo acercó a las amarras. Con hábiles movimientos, puso las bridas al caballo, las manos moviéndose veloces sobre las hebillas y la lazada. A continuación enganchó al animal a una calesa de color gris y negra y extendió una mano con la palma hacia arriba.

Reese posó su mano en la de él, el contacto resultando en una sensación eléctrica mientras se sentaba en un banco. Durante un fugaz instante, sus ojos se fundieron y la expresión de Caleb hizo que el corazón le fallara un latido.

—¿Seguro que te apetece hacer esto? —preguntó él.

—Sí.

—El trayecto está lleno de baches.

—Soy capaz de soportar los baches —le aseguró ella.

Caleb entró en la calesa y se sentó a su lado antes de sacudir las riendas. El caballo se movió hacia delante a ritmo de paseo y alargó la zancada hasta un suave trote mientras avanzaban por el camino de grava hasta llegar a la carretera

principal. Los únicos sonidos que se oían eran los rítmicos golpeteos de los cascos del caballo y el tintineo de los arreos. El sol del atardecer teñía de oro el campo, y del interior de Reese surgió una sensación de encantamiento.

Ver a Caleb en su propio ambiente agudizó la sensación de que sus mundos eran totalmente opuestos. Aun así, el calor de su atracción era tan palpable como el aire cálido que se deslizaba sobre su piel y el contacto del musculoso muslo contra el suyo. Y en ese entorno resultaba aún más prohibido.

—Y bien... —ella interrumpió el silencio—. Tu padre...

—Mi padre —repitió él, los labios curvados en una irónica sonrisa.

—Me miraba como si yo fuera la viva imagen de su infierno particular.

—Más o menos como tu padre me miraba a mí.

—En el fondo no son tan distintos, ¿verdad?

—Los dos reconocen una amenaza cuando la tienen delante.

—¿Eso soy yo? ¿Una amenaza? No estoy segura de cómo me siento ante eso. ¿Debería sentirme insultada? ¿Halagada?

—Asa tiene muy claras sus creencias. Los de fuera deberían, según él, permanecer fuera. Para él, las estrictas normas son tranquilizadoras. Cuando sabes cuál es tu lugar, sabes qué se espera de ti.

—¿Y tú también crees eso?

—¿Tú qué crees? —él sonrió.

—Creo que no necesitas normas para saber lo que debe esperarse —Reese dudó antes de continuar—. Johan parece diferente. Quiero decir que parece que le va bien, pero se comportó de un modo bastante mandón con su hermana.

Caleb permaneció unos segundos en silencio. Los cascos del caballo repiquetearon sobre la carretera mientras pasaban delante del campo de juego en el que se desarrollaba el partido de béisbol. Había unos cuantos carros y calesas, y caballos amarrados a lo largo de la valla. Niños de todas las edades, chicos y chicas por igual, gritaban y aplaudían. Los silbidos atravesaban el aire. Reese vio a Hannah sentada en un banco, inclinándose ansiosa hacia delante, pero permaneciendo sentada. Jonah estaba en el meollo, en el puesto del parador en corto.

—Eso parece muy divertido —observó ella—. Mis veranos infantiles eran muy diferentes.

—¿Y eso?

—Estaban totalmente estructurados. Me enviaban a campamentos diseñados para mejorar mis aptitudes en toda clase de cosas: deporte, música, español, ciencia, lo que se te ocurra. También era divertido, pero no recuerdo momentos

como estos —señaló hacia un niño descalzo que corría de la tercera base, sus manos en el aire, una expresión de pura felicidad en la cara.

¿Alguna vez había jugado solo por jugar? Entre campamento y campamento, la adolescencia había sido dedicada a los estudios y la obsesión por destacar. Se preguntó cómo habría sido su vida si hubiera tenido que estudiar menos.

—Hannah solía ser una de las mejores bateadoras del pueblo —le explicó Caleb—. Pero últimamente no juega mucho.

—Mencionó que, desde que se había unido a la iglesia, se suponía que debía pensar en casarse —le contó Reese—. Y supongo que no hace falta que te diga cómo me siento al respecto.

Caleb volvió a sumirse en un silencio mientras pasaban el campo de juego. Cuando habló de nuevo fue sin apartar la mirada de la carretera.

—Estoy inmerso en una disputa con mi padre.

—¿Qué clase de disputa? —preguntó ella, aunque no le extrañaba lo más mínimo.

—No quiere que Jonah lleve el brazo robótico. Cree que es demasiado moderno, y el obispo está de acuerdo —la miró fugazmente—. Y sí, estoy de acuerdo contigo a juzgar por la expresión de tu cara.

—¿Y cuál es la disputa entonces? Jonah debería tener lo que necesita. Como tutor suyo, la decisión es tuya.

Caleb no respondió.

—¿Caleb? —insistió ella.

—Yo no soy su tutor —admitió al fin.

—Pero, yo creía que...

—Todo el mundo lo creía. El hecho es que Asa es el tutor legal de Jonah. Lo ha sido desde la muerte de John.

—Espera. ¿Cómo? Pero en el hospital fuiste tú quien lo autorizó todo como su tutor.

Caleb asintió mientras hacía girar la calesa por un estrecho camino, apartado de la parte principal de la ciudad.

—Yo me hice cargo de todo, pero, según la ley, cuando Naomi y John murieron, el tutor debía ser el pariente más próximo de mi hermano, y ese es Asa. Yo me limité a hacerme cargo cuando regresé a Middle Grove. Nunca hubo ningún acuerdo legal para hacerlo. Y ahora parece que Asa está reclamando su autoridad.

—¿Y qué piensas hacer?

—Jonah necesita un brazo. Haré lo que tenga que hacer.

Reese se emocionó al percibir el dolor que emanaba de ese hombre, deseoso de hacer lo correcto por el niño y a la vez mantener la paz con su padre.

—Ojalá pudiera ayudarte —le aseguró mientras cubría la mano de Caleb con la suya—. A mí me educaron de un modo totalmente distinto. Mis padres siempre buscan la excelencia y la autosuficiencia. Depender de otro se considera un signo de debilidad. En una situación como esta... ¿le has explicado a tu padre la situación? ¿Ha hablado con él el equipo que atiende a Jonah?

—Creo que Mose está hablando con ellos —contestó él—. Aunque no funcionará. No hay manera de discutir la fe de un hombre. Él opina que el chico arderá en el infierno si adopta las maneras modernas, y por eso cree que está salvando el alma de Jonah.

—Mierda. ¿Por qué fue designado tutor tu padre por encima de ti?

—Él estaba allí la noche que sucedió, y yo no. Yo vivía fuera de aquí y me encontraba trabajando en la granja Grantham cuando me enteré. Vine al día siguiente. Naomi ya había muerto, y John estaba a punto. Solo hubo el tiempo suficiente para despedirnos. Me pidió que criara a los niños en la fe, pero el juez que asignó la custodia a mi padre nunca lo supo.

—¿Y no hay algún modo de que te nombren tutor a ti?

—Tendría que elevar una petición en el juzgado. En nuestra cultura, no utilizamos los juzgados. Pero temo que mi padre lo haría con tal de conseguir salirse con la suya con Jonah.

—Podrías conseguir que fallaran a tu favor —insistió ella, sintiendo la frustración de Caleb—. ¿Crees que podrías conseguir un abogado especializado en custodias?

—Yo mismo he estado estudiando las leyes. Hay una doctrina llamada *parens patriae*, que autoriza al estado a proteger el bienestar de un niño, y podría aplicarse en esta situación. De momento, seguimos con los ejercicios con el brazo robótico.

—Eso es bueno. Quizás tu padre comprenda que a Jonah le va mejor con un brazo mejor —ella lo miró y sintió que su corazón se hinchaba en el pecho—. Me impresionas. ¿Cuándo sacas tiempo para estudiar las leyes?

—No lo hago. He optado por dejar de dormir tanto. Hablemos de ti —Caleb cambió de tema—. Estoy harto de mí.

—Yo soy un poco como tú. Trabajo y no duermo. Es más duro de lo que pensé que sería. Y más maravilloso. Y a veces horrible, y a veces sublime. Cuando cometo errores, me odio a mí misma. A veces odio a mis pacientes cuando no cooperan o se niegan a someterse a un tratamiento, o se saltan la medicación, o

siguen fumando...

—Rebecca te adora —la interrumpió él, aunque Reese no había mencionado su nombre.

—Me alegra oír eso. Siento que esté tan enferma. A veces no sé si podré con esto —admitió—. Sé que debo respetar sus deseos, pero esos deseos la están matando.

—Porque se niega a recibir tratamiento médico.

—Sí. ¿Resulta extraño que se esperara que te casaras con ella?

—Algunos siguen esperándolo.

—¿Lo espera Rebecca?

—No lo sé, Reese. Fui muy claro con ella al explicarle que no iba a suceder, pero... —él se interrumpió y tomó el rostro de Reese entre sus manos—. ¿Por qué? ¿En qué piensas?

Reese se estremeció ante su contacto, e intentó ocultar la terrible lucha que se había desatado en su interior. Aquel era uno de esos desafíos a los que los médicos nunca solían enfrentarse. Pero ahí estaba. El radical contraste entre los pacientes modernos y los amish rurales. Ella había hecho su elección y se había visto obligada a cambiar, no solo como médico, sino como persona, más humilde, con más sentimientos. Iba a tener que sacrificarse por su paciente.

—¿Reese?

Ella casi se derritió al sentir sus manos.

—Si fueras su esposo, podrías salvarle la vida.

—¿Qué? —él apartó las manos.

Reese no podía evitar pensar así. Era horrible, pero era... posible. Siguió adelante sin detenerse.

—Como pariente más próximo, podrías autorizar el tratamiento. Podrías tomar la decisión por ella.

—Estás sugiriendo que me case con una mujer moribunda para obligarla a someterse a un tratamiento que ella no desea —resumió Caleb, casi inmóvil.

—Me estoy agarrando a un clavo ardiendo. Es joven y hermosa, y yo soy su médico, y estoy desesperada por evitar que muera.

—Y yo te admiro por eso —contestó él con calma—. Tienes un gran corazón, Reese.

Caleb sacudió las riendas y el caballo se puso en marcha. Llegaron hasta un puente techado sobre un arroyo. En el extremo más lejano del puente, detuvo la calesa en una zona de grava oculta entre los árboles. La ayudó a bajar y sacó una colcha enrollada de debajo del asiento.

A continuación la tomó de una mano y empezó a caminar. Ella no sabía qué iba a suceder. Y no preguntó. Caleb la llevó hasta una pradera junto al arroyo y extendió la colcha en el suelo. El aire nocturno era cálido, y una ligera brisa le revolvió a Reese los cabellos. Estaban rodeados del olor a hierba fresca y el cantar de los grillos.

—Reese Powell —comenzó Caleb mientras volvía a tomar su rostro entre las manos—. Te he deseado desde que cambiaste mi camisa llena de sangre por ese uniforme de hospital, cuando lo único en lo que yo debería haber estado pensando era en que Jonah mejorara. Fue una lástima que mi cuerpo y mi corazón no hicieran caso a mi cabeza. Después de abandonar la ciudad, pensé que el deseo disminuiría, pero no ha hecho más que crecer.

—Yo... —Reese se sentía aturdida ante sus palabras—, no sé qué decir.

—Eso no es normal en ti —él sonrió—. Dime que tú también lo deseas, o que pare —continuó—, porque, si vuelvo a besarte, puede que no sea capaz de detenerme.

—Yo... yo quiero... sí. ¡Oh, Dios mío, sí! —susurró ella—. Pero yo... supongo que debería contarte, seguramente no te sorprenderá saber que no soy virgen.

Él se quitó la camisa con una sola mano y la dejó tirada en el suelo.

—Seguramente te sorprenderá saber que yo sí lo soy —confesó.

Sin embargo no parecía un inexperto cuando la desnudó y se quitó los pantalones antes de tumbarla sobre la colcha, sus manos y su boca y su lengua dibujando diseños agónicamente lentos sobre su piel desnuda.

Sus besos, la forma de su boca y la presión que les imprimía, eran algo con lo que Reese había soñado desde hacía meses, y él parecía tan hambriento como ella. Y al mismo tiempo, sus caricias eran dolorosamente delicadas, aunque bajo la ternura latía un hambre que parecía impulsar cada latido de su corazón. Aunque su boca la besaba con suavidad, sus besos eran intensos, exigentes. Reese se sintió poseída mientras él gruñía y desplegaba un poder que, en otro hombre, podría resultar aterrador. Pero en Caleb no era más que la pura y sincera necesidad demasiado tiempo reprimida. La acarició en lugares que, de inmediato, se inflamaron. El mordisco de sus dientes le arrancó un gemido de sorpresa y felicidad. Reese se abrió a él y lo apretó contra ella. Él la elevó en un momento de liviana suspensión. Solo duró un instante, pero, a la vez fue toda la eternidad. Y entonces ella llegó con toda la fuerza del mundo y se sintió fundirse con la tierra.

Él se estremeció, pegando su frente contra la de ella, su felicidad y sorpresa,

de algún modo, tangibles, incluso en la oscuridad. Durante largos minutos, ella brilló por el sudor y la felicidad, incapaz de moverse o siquiera formar un pensamiento coherente.

—Eso ha sido... —al parecer tampoco era capaz de formar una frase coherente.

—Sí —contestó él—. Ha sido.

Permanecieron tumbados, juntos, escuchando los ruidos de la noche hasta que la brisa les secó el sudor de los cuerpos. Caleb la besó con perezosa dulzura. Y él la sujetó con su brazo y, juntos, durmieron un instante. Reese adoraba la sensación de sentirlo tan cerca, su respiración pausada, un hombre en paz, no un hombre atormentado por la duda.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, Reese. Soy un libro abierto.

—¿Cómo es posible que fuera tu primera vez?

—¿Hice algo mal?

—Cielos, no. Estuviste... parecías saber exactamente qué hacer.

—Soy un chico de granja —contestó él sin más—. Sé cosas —deslizó un dedo por el tatuaje de Reese—. Nunca había bailado salsa y no lo hice mal del todo.

Ella soltó una carcajada y se dio media vuelta para apoyar la mejilla sobre el pecho de Caleb.

—Entonces ahí va una pregunta más difícil. ¿Cuál era tu plan original?

—Mi...

—Antes de que tu hermano y su esposa murieran. ¿Cómo te imaginabas que iba a ser tu vida?

—Cierto que tenía un plan, por supuesto —contestó Caleb tras una prolongada pausa—. Quería el mundo, aprender más, gestionar la granja de caballos a un nivel más alto, hacer cosas con las que soñaba. Volar en un avión, bucear en el mar, todas esas cosas que me estuvieron prohibidas de niño. Cuando me vi obligado a regresar, al principio supuso una conmoción. Pero era lo correcto. Lo único que podía hacer. Tuve que desarrollar un nuevo plan, que consistía en quedarme hasta que Hannah se casara y Jonah... Y entonces sucedió el accidente. Y eso significa que nunca los abandonaré, al menos no durante un periodo prolongado de tiempo. Y ahora estás aquí, y desearía poder tener otro plan.

Reese se sintió embriagada al contemplar su rostro a la luz de la luna. Hasta ese momento no había conocido el inexplorado mundo contenido entre los cálidos y protectores brazos de un hombre. Toda su vida se había centrado en

logros y éxitos, poniéndose metas y alcanzándolas. Y había supuesto una conmoción descubrir que en realidad no tenía ningún ancla emocional.

No tenía ni idea de qué le tendría reservado el futuro. Y no podía importarle menos. Tampoco tenía ningún plan. Solo quería que sucediera.

—¿Entonces vamos a hacer esto? —preguntó.

Él la tumbó de espaldas y llevó la mano de Reese hasta su torso y más abajo, antes de separarle los muslos, sonriendo fugazmente al ver su expresión de incredulidad.

—Ya lo estamos haciendo.

Capítulo 18

La fase de interno estaba resultando ser una etapa educativa más completa y más significativa de lo que ella había experimentado jamás. Toda su vida pareció cambiar. Cada momento era crucial, importante, ya estuviera retirando un catéter o solucionando un problema de estreñimiento. El procedimiento con los intestinos podía ser asqueroso, pero la expresión de alivio en la cara del paciente hacía que todo mereciera la pena. Tenía que tratar cualquier afección. La habían manchado de sangre, mierda y lágrimas. El llanto de un recién nacido podía producirse justo antes de los profundos estertores de los últimos instantes de un paciente anciano.

Por primera vez el trabajo le pareció una cuestión emocional. Una obra de amor. En ocasiones, incluso mientras realizaba la tarea más mundana, sentía una llamada casi espiritual. Estaba hecha para ese trabajo.

Cometía algunos errores, como romperle el diente a un paciente mientras intentaba entubarlo. Leer mal una prescripción y darle demasiado potasio a un enfermo del corazón. Liarla con la colocación de una férula. Había miles de maneras de fastidiarla, y ella vivía en el permanente temor de hacerle daño a alguien. Mose y Penelope, y el resto de los residentes, la ayudaban en la agonía del fracaso, pero el lugar en el que hallaba verdadera paz era en el silencioso aislamiento de Middle Grove.

Pasaba todo el tiempo libre del que disponía con Caleb. Después de un turno de treinta y seis horas, aturdida por el agotamiento, solía conducir hasta Middle Grove. Cuando estaban separados, ella se sentía distraída, incluso agitada. Y, cuando volvía a verlo, se sentía tan feliz que era como otra persona, una persona en llamas de tanta vida, tan eufórica, que sabía que debía haber una trampa en alguna parte. Pero entonces él le abría los brazos y la envolvía en su abrazo, y las preocupaciones desaparecían. Se sentía absolutamente seducida por él, de todas las maneras posibles. Con Caleb, encontró algo que creía que solo existía en los

cuentos y los sueños, una gran pasión, infinita y absorbente.

También se sentía atraída hacia Jonah y Hannah. Sus mejores momentos eran los que pasaba en su compañía, recorriendo los mercados de los granjeros, admirando las colchas y manualidades en la tienda de la ciudad, animando a Jonah cuando lo veía entrenar con su brazo.

Después de un turno especialmente demoledor en que su residente supervisor, Cain, la había asignado a la UCI y había criticado absolutamente todo, hasta su caligrafía, entró en la cocina y encontró a Mose y a Ursula sentados, comiendo con mucho estrés. Sabía que Ursula estaba estresada por el modo en que masticaba los cereales y, en esos momentos, los estaba engullendo.

—¿Qué sucede? —preguntó Reese mientras soltaba una bolsa con algunas cosas que había comprado en una tienda, camino de casa.

—Tenemos que ir a Middle Grove —anunció Mose.

—Qué bien. He comprado un balón de fútbol para Jonah —Reese lo sacó de la bolsa y lo palmoteó—. Se me ocurrió que podría ser una agradable distracción, aparte del béisbol.

—Buena idea —observó Mose—. Tenemos que ir a primera hora de la mañana, para ver a Rebecca Zook.

—Oh... —la voz de Reese se perdió y, lentamente, se sentó en una silla.

A lo largo de todo el verano había visto empeorar el estado de la joven. El comportamiento extraño intermitente, los dolores de cabeza, y los cambios en la visión se habían intensificado, pero Rebecca seguía negándose a recibir algo que no fuera el tratamiento básico.

A la mañana siguiente muy temprano, Reese partió con Mose y Ursula. La familia Zook era muy grande: seis o siete hijos con sus esposas e hijos. Las mujeres se afanaban en preparar cuencos de ciruelas estofadas y bandejas de rollitos de canela, tan frescos y deliciosos que Reese casi se mareó. Por todas partes correteaban niños descalzos, niñas ayudando en las tareas, una pequeña, alimentando con biberón a un gatito. Algunas de las mujeres estaban sentadas en bancos mientras cosían y hablaban en un tono bajo y reverencial. Reese reconoció el indefinible aire de un lugar asentado. Esas mujeres abrazaban sus funciones y su lugar en el mundo.

Alma Troyer llegó con un par de fabulosas tartas.

—Las he hecho con las doradas de Pocono, mis manzanas preferidas para tartas —anunció—. Algunos opinan que son demasiado dulces. Yo digo que son

perfectas.

Otras mujeres llevaban ensalada de macarrones, jamón asado, pollo frito. «Si la comida tuviera el poder de sanar, esta gente viviría eternamente», pensó Reese. Sin embargo, no les habían llamado para participar en una reunión social, de modo que siguió a Mose hasta una habitación contigua a la cocina. Como todos los hogares amish, estaba amueblada con un estilo espartano y exento de adornos. Había una cama colocada contra una pared, unas cuantas sillas de madera, un lavamanos y una fila de colgadores en la pared. Encima de la cama colgaba un bordado con la frase «*Y el que dudara será condenado si comiera, pues no comería con fe: pues lo que no sea fe es pecado*».

Rebecca estaba tumbada en la cama, el rostro carente de expresión, los ojos moviéndose sin ver. Mose le hizo una seña a Reese para que se acercara.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó ella con voz tranquila.

—Duele mucho —contestó Rebecca.

Reese tragó nerviosamente. «Mantente aquí», se recordó a sí misma. «Quédate con el paciente ahora».

—Lo siento. ¿Te está ayudando la medicación? —sabía que le habían dado morfina para el dolor.

Rebecca no contestó. Reese había dedicado horas a hablar de la situación con sus colegas. Como médicos, conocían los riesgos y beneficios del tratamiento. También sabían que, cuando un paciente en uso de sus facultades rechazaba un tratamiento que podría salvarle la vida, sus opciones eran limitadas.

—Rebecca, ya sé que hemos hablado de esto antes, pero quiero que sepas que hay intervenciones médicas que podrían ayudarte.

—Lo entiendo. Me lo has explicado, y me has dicho que podría mejorar con vuestros tratamientos. Y también me has dicho que a lo mejor no. Y yo te he contestado una y otra vez que no.

—Podrías disfrutar de una vida más larga. De más tiempo en este mundo.

—Más tiempo sin poder tener hijos. La vida no tiene ningún sentido para mí si no puedo tener un hijo. Sé que a ti te suena ridículo, pero tú no conoces mi mundo. Tú no conoces mi vida. Estaría viva, pero también estaría asqueada con mi vida después del tratamiento.

Se produjo un revuelo ante la puerta. Reese se volvió y se sobresaltó al ver a Caleb, vestido como nunca antes lo había visto. La camisa era blanca y estaba recién planchada, los pantalones estaban fruncidos en el centro, los zapatos relucientes. No miró a Reese, no la saludó mientras dejaba un reloj de madera sobre una mesa junto a un extremo de la cama.

—Rebecca, esto es para ti —anunció—. He hablado con tu padre y con el obispo. Te ofrezco este reloj y mi mano en matrimonio, si me aceptas.

—*Himmel* —Rebecca parpadeó y dio un respingo—. ¿Qué es esta tontería?

—Hubo un tiempo en que querías que nos casásemos.

—Ese tiempo ya pasó. Voy a ser amable contigo y rechazarte, Caleb Stoltz. No estoy bien. No viviré mucho más —respiró con dificultad—. Sé qué necesitas. Y no soy yo.

Reese sintió una mezcla de estupefacción, dolor y admiración. Lo había intentado. Aunque supiera que estaba mal, había encontrado el modo de ayudar. Y había sido ella la que le había metido esa idea en la cabeza. Casi se sintió ahogar de humildad al verlo arrodillarse junto a la cama, murmurando en deutsch mientras Rebecca se desvanecía.

Otras visitas y parientes llegaron y se fueron. Cantaban himnos, recitaban oraciones. Reese permaneció junto a su paciente. Observó detenidamente la exquisita belleza de esa mujer, sintió la perfección de su delgada mano al sujetarla. Entre el miedo y la tristeza, Reese recibió un regalo de Rebecca, una sensación de paz. Suyo había sido el honor de estar con ella el tiempo que le quedara de vida. Dejó de ver a Rebecca como podría haber sido y empezó a verla como era en ese momento. No le hacía falta dosificar sus sentimientos para que duraran, como si se tratara de un antibiótico. Por fin había comprendido que, a veces, lo más grande que podía hacer un médico era tratar a sus pacientes con cariño durante las horas que les quedaran de vida.

Sentada con Rebecca, leyó a la luz de una lámpara de gas uno de sus cuentos cortos preferidos, *The Gift of the Magi*. El imposible relato romántico arrancó una débil sonrisa de labios de Rebecca.

—Qué bonito —susurró—. Los dos cedieron sus bienes más preciados y terminaron sin nada.

—Bueno, nada que fuera de utilidad, de todos modos. Una leontina sin reloj, peinetas sin cabellos.

—Las mujeres tienen prohibido cortarse el pelo —le explicó Rebecca, los rasgos flácidos, la mirada desenfocada.

Reese no contestó. Uno de los motivos por los que Rebecca había rechazado recibir tratamiento era porque exigiría que se afeitara una parte de la cabeza. Por un lado, Reese deseaba gritar «¡volverá a crecer!», pero sabía que no era ese el problema. Para cambiar de tema, recogió un trozo de tela de la mesilla.

—¿Lo has bordado tú?

—Sí, y empecé otro, pero no conseguí avanzarlo mucho.

Para ser exactos, había bordado solo una letra, «W». Perfecta.

—¿Qué ibas a bordar aquí?

—No lo recuerdo —durante un fugaz instante asomó una sonrisa a labios de la joven.

—No pasa nada. No hace falta que lo recuerdes.

Pasó más tiempo. La madre y las hermanas de Rebecca entraban y salían de la habitación en silencio, su sencilla presencia un gesto de amor. Reese se levantó al creer que Rebecca dormía. Al ponerse en pie, la joven abrió los ojos ligeramente.

—¿Te vas?

—Tengo que irme a trabajar —Reese asintió—. Luego volveré otra vez —recogió el pedazo de tela—. ¿Te importa si intento hacer algo con esto? Mis bordados no son tan buenos, pero se me da muy bien coser heridas.

—Por supuesto —murmuró Rebecca mientras hacía una señal con la mano para que Reese se acercara—. ¿Cuándo sabré que ha llegado el momento? —preguntó en un susurro.

—No sabría decírtelo. Eres muy sabia y estás rodeada de amor —«hazlo bien por tus pacientes», se recordó a sí misma—. Cuando te duela mucho, y se te hayan acabado las fuerzas, empieza a pensar en marcharte.

—Marcharme. Eso me gusta.

Desde que se alojaba en casa de Mose e Ida, Rebecca había redescubierto su afición por la jardinería. Durante la abundante época de crecimiento, ayudó a Ida con el huerto. En esos momentos disfrutaban de un veranillo de San Martín en New Hope, y el jardín ofrecía una última explosión con una cosecha de grandes calabazas. Reese había empleado las mejores para preparar tartas para el entierro.

Rebecca se había marchado. Hermosa y etérea Rebecca, que había elegido vivir y morir según sus propias ideas. El entierro convocó a toda la comunidad. Las mujeres habían preparado unas cantidades demenciales de comida. La fila de calesas negras se extendía a lo largo de casi un kilómetro. Durante el largo responso, la procesión hasta el cementerio y la despedida junto a la tumba, Reese había reflexionado sobre cómo Rebecca y ella se habían hecho amigas, en cierto modo, y sintió un profundo dolor en su corazón.

Mientras estudiaba en la facultad de medicina, se había preparado mentalmente para enfrentarse a la tragedia con un desapego filosófico, pero ya

no sentía esa distancia. Se sentía cerca de Rebecca y su corazón dolía de tanta tristeza. Y sin embargo, también reconocía una sensación de gratitud. Aprender a trabajar y amar en el presente la alejaba de su antiguo yo, el que siempre miraba hacia delante.

La muerte era parte de la vida. En un caso como el de Rebecca, Reese no podía ofrecer nada, y debido a ello de algún modo encontró la manera de sucumbir a la inevitabilidad de perderla.

El suspiro que escapó de sus labios se mezcló con la brisa otoñal. Reese recogió las hojas y frutos caídos después del verano y llenó una carretilla destinada al cubo de compostaje. Hacer de manera adecuada las tareas de otoño preparaba el terreno para la primavera. La muerte y descomposición llevarían nueva vida, una certeza tan fiable como las propias estaciones. Mientras apartaba a un lado las rugosas viñas, encontró más calabazas y las metió en una enorme cesta. Justo cuando se disponía a llevar la cosecha a la cocina, oyó el suave ronroneo de un motor y vio un brillante SUV avanzar por el camino de entrada.

Reese soltó la cesta y se quitó los guantes. La visita que había estado esperando todo el verano acababa de producirse.

—Mamá, papá. ¡Me habéis encontrado! ¿Qué tal el viaje?

Su madre corrió hacia ella, muy elegante con sus vaqueros y botas, enormes gafas de sol y un pañuelo de seda al cuello que revoloteaba en la suave brisa.

—Precioso —contestó antes de abrazar a su hija—, y muy largo. Pero hemos elegido un día maravilloso para venir.

Reese se volvió hacia su padre y lo abrazó a él también.

—Bueno, me alegra que por fin estéis aquí.

Desde su gesto de rebeldía, optando por una residencia como médico rural, las cosas habían estado algo tirantes entre ellos. Reese quería que sus padres se convencieran de que sus planes no eran los mejores, que aquello era lo más adecuado para ella.

—Mírate —observó su padre mientras la sujetaba con los brazos extendidos y observaba su mono de jardinería y las botas de goma—. Siempre te gustó tontear en el jardín.

A la mente de Reese acudió el recuerdo de un pequeño huerto durante su infancia.

—Sí, pero esta vez no hay peligro de que alguien construya un cobertizo para el carrito de golf encima del huerto —su padre seguramente ni se acordaría del incidente—. Pasad dentro y os presento a Ida —los guio hasta la enorme cocina de su casera y los presentó.

Ida se puso en acción, llenando vasos con limonada y sirviendo una bandeja de galletas de avena con glaseado.

—Bienvenidos, bienvenidos —repetía con voz cantarina—. Reese me ha hablado mucho de vosotros. Dos ocupadísimos doctores y profesores. Mose habría querido estar aquí, pero se ha visto retenido en el hospital.

—Entiendo por qué a Reese le gusta esto tanto —aseguró su madre—. La casa es preciosa.

—Gracias. Nos encanta tenerla aquí. Ya es una de nuestras favoritas. Deben sentirse muy orgullosos de ella.

—Tremendamente —su padre asintió.

Ida agitó su delantal hacia el exterior.

—Salid fuera y disfrutad del día. El veranillo de San Martín es muy corto, será mejor que toméis el sol mientras podáis.

Reese la miró con expresión agradecida antes de llevarse a sus padres hasta el soleado porche trasero.

—Os he echado de menos —les aseguró—. Gracias por venir.

—Nosotros también te echamos de menos —le aseguró su madre—. Y tenemos una propuesta que hacerte.

«Mierda», pensó Reese mientras inmediatamente levantaba la guardia.

Su padre dejó un taco de papeles delante de ella.

—No quería mandarte esto por correo electrónico. Vamos a echarle un vistazo, los tres juntos. Ha surgido una increíble oportunidad.

—¿De qué va todo esto? —Reese sintió una punzada de desconfianza—. ¿Queréis que me cambie de programa de residencia?

Debería habérselo figurado. Si algo caracterizaba a sus padres era su persistencia. Incluso después de lo sucedido, seguían pensando que sabían mejor que ella lo que le convenía.

—Mantén tu mente abierta —le aconsejó su madre—. Puedes comenzar el verano que viene y no tendrás que volver a pasar por el Match. Hay un nuevo programa de cirugía pediátrica...

Mientras sus padres hablaban, los oídos de Reese zumbaban. Era como siempre, tantas otras conversaciones que había tenido que soportar durante su vida. Sus padres explicaban lo que deseaban para ella, y su obligación era aceptarlo tácitamente. En cierto modo eran como los mayores amish que salían periódicamente en busca de los amish fugados, exigiéndoles que regresaran al redil, o se enfrentaran a la condena eterna.

En el caso de sus padres, lo que querían era que regresara a un programa de

formación más convencional, el que ellos siempre habían planeado para su hija. Si no lo hacía, su condena eterna sería una carrera sin distinción ni recompensas.

—Es muy amable por vuestra parte enseñarme esta opción —les aseguró en un tono relajado, aunque lo que deseaba realmente era ponerse a gritar—. Sin embargo, elijo quedarme aquí.

—Si lo que te preocupa es cambiar de programa, no te preocupes —insistió su madre—. Si te mueves de prisa, incluso podrías salvar el año cambiándote antes.

—Lo dudo, Joanna —le advirtió su padre—. Puede que le obliguen a quedarse aquí. Llevará algún tiempo, pero todavía podemos conseguir su reconocimiento para el primer año. Podemos utilizar nuestros contactos y canales alternativos para encontrar el modo de meter cabeza. Reese, estarás allí antes de darte cuenta.

—Cambiar de programa en este punto de mi carrera es un suicidio —les advirtió ella—, a pesar de vuestros contactos y canales alternativos.

Su madre parecía no haber oído nada.

—Hector, podemos hablar con el director de su programa...

—A lo mejor podríais hablar con vuestra hija —sugirió Reese.

—Por eso hemos venido —su padre asintió—. Esta es una oportunidad de oro, y podría pavimentar tu camino hacia la carrera que siempre quisiste hacer.

—Lo que quiero hacer es esto que hago aquí. Me estoy convirtiendo en el médico que siempre quise ser, y siento mucho si no encaja con vuestra idea.

—Podrías hacer mucho más —insistió su padre—. Instalaciones de vanguardia, pruebas clínicas, estudios de alto nivel...

—Estoy trabajando en un estudio sobre el asma —señaló ella.

Le intrigaba el hecho de que tan pocos niños amish sufrieran asma y estaba trabajando con uno de los residentes en el estudio del fenómeno.

—Eso no puede compararse ni de cerca con lo que podrías lograr en un sitio más estimulante —puntualizó su madre.

En ese momento, Reese sintió una tremenda afinidad con Caleb. Así era tener que tratar con unos padres exigentes y manipuladores, obstinadamente centrados en mantener su estilo de vida hasta el punto de amenazar con rechazar a su propia hija.

Capítulo 19

El centro médico de New Hope siempre estaba ocupado, básicamente con casos de rutina. Día a día, Reese confiaba cada vez más en sus habilidades con los pacientes. Una noche, se encontró cubriendo el servicio de urgencias en el turno de Ursula, una tarea que le gustaba mucho. La inmediatez de acción, el instante de conexión con el paciente, le insuflaba energía. Era duro, pero recompensaba ser testigo de primera mano del dolor y el miedo de los pacientes, de sus esperanzas y alegrías. Y tenía que admitir que un turno de urgencias tranquilo, en medio de un largo turno, era una oportunidad para recuperar un poco de sueño. El personal de limpieza, farmacia, cocina y casi todo el personal auxiliar terminaban de trabajar a las siete de la tarde y allí solo quedaba un pequeño grupo de personas.

Esa noche había aconsejado a un adolescente sobre drogas, y tratado a un caballero anciano que se había golpeado la cabeza con una herramienta colgada en su garaje, a resultas de lo cual tenía un feo chichón y un corte. Tras el TAC cerebral, la sutura y la vacuna contra el tétanos, se retiró a la pequeña sala, más parecida a un armario, de guardia, donde Ursula ya estaba roncando. Reese necesitaba aprender a desconectar, un mecanismo de supervivencia, para aclarar su mente antes de la llegada del siguiente paciente. De momento no había ningún siguiente paciente a la vista. Apoyó la cabeza y soñó con Caleb. Ese hombre trabajaba todo el rato, intentando llevar al día las facturas de Jonah. En su sueño lo saboreaba y sentía el calor de su piel contra la suya, y oía el sonido de su voz murmurándole al oído.

En lugar de allanar el camino para que pudieran estar juntos, la muerte de Rebecca los había separado. La insoportable tristeza y sus secuelas habían acentuado las insuperables diferencias. Sin embargo, soñar era gratis. Y en sus sueños podía ir a visitarlo.

Cuando el zumbido del buscapersonas interrumpió el sueño, Reese lo

abandonó a regañadientes, apartando las telarañas del sueño.

—Ya voy —murmuró—. Mierda.

Se puso la bata, guardó el móvil en el bolsillo y se colgó un estetoscopio del cuello. Corrió, pero sin apresurarse. Había una diferencia. Hasta hacía poco, a menudo despertaba presa de una enloquecedora sensación de pánico. Pero en Humboldt no le sucedía jamás. Uno de esos días investigaría los motivos. De momento, sin embargo, no. De momento tenía que descubrir qué sucedía en urgencias.

Tras mojarse la cara y pasarse la mano por los cabellos, corrió hasta urgencias. En una sala de reconocimiento se vivía una gran actividad. Enfermeras y técnicos rodeaban una manta caliente para bebés, colocada sobre una camilla de exploración, y la enfermera en jefe hablaba muy deprisa por teléfono. Cuando otra enfermera vio llegar a Reese, le hizo una señal para que se aproximara.

—Tenemos un recién nacido. Un bebé abandonado. Parece sana, pero es muy pequeña.

Reese sintió una sacudida. Abandonado. Era el primero para ella y, a juzgar por las caras de los demás, era el primer abandonado para todos en esa planta. Se lavó en una pila, resistiéndose al impulso de llamar a Ursula.

«No molestes al residente», le habían grabado a sangre y fuego.

—Vamos a echar un vistazo —indicó mientras se inclinaba sobre el diminuto bebé, una niña, el cordón umbilical aún atado con lo que parecía un cordel. Estaba cubierta de vérnix y lloriqueaba muy flojito, los ojos casi cerrados ante la fuerte luz que la iluminaba. Estaba perfectamente formada, su delicada piel rosada de vida. Una enfermera repasó la capacidad de succión mientras Reese comprobaba dos veces las vías aéreas, la respiración y la circulación y evaluaba su impresión general. El disco del estetoscopio prácticamente tapaba todo el pecho del bebé y registró un pulso central y periférico fuertes. El suave lloriqueo sonaba normal, y el tono muscular era bueno al mover lentamente las extremidades. El peso del bebé era de 2700 gramos, un percentil bajo, aunque por encima del diagnóstico de prematuro.

Reese pidió un análisis para comprobar los niveles de oxígeno en sangre, nivel de glucosa, calcio y bilirrubina, monitorización continua de la respiración del bebé y ritmo cardíaco. Decidió esperar a la llegada de un ayudante para pedir una radiografía.

—¿Quién la ha traído? —preguntó sin apartar la mirada del bebé.

—No lo sabemos.

—¿Qué quiere decir que no lo sabemos?

—Estaba en el refugio seguro, en una caja con algunas toallas, tranquila como la que más. Es la primera vez que se utiliza el refugio, y ha funcionado tal y como se suponía que haría. La alerta silenciosa llegó a urgencias, y allí estaba.

—No hubo testigos de la entrega —intervino una enfermera—. Las cámaras de vigilancia no registran el refugio seguro.

Reese estaba perpleja. No conseguía comprender que una mujer pudiera abandonar a un bebé, aunque sabía que sucedía en ocasiones puntuales. Mientras preparaba a la pequeña para su ingreso, permaneció centrada en la tarea. Como médico de guardia era su trabajo admitir al recién nacido en el programa de custodia, un proceso que resultaba crucial. Tenía que realizar una evaluación médica y asegurar el bienestar del bebé. Una llamada fue transmitida para alertar a otros servicios sobre la madre. La enfermera en jefe seguía rápidamente el protocolo, alertando a la policía local y a la agencia de protección del menor del condado.

En cuanto se tomaron las huellas del pie del bebé, Baby Jane Doe, se le colocó la pulsera y esta fue llevada al nido, Reese regresó a urgencias para entrevistarse con la policía. Junto con el resto del personal hicieron un exhaustivo informe. Durante la entrevista, Reese observó a un investigador guardando cuidadosamente en una bolsa la caja en la que el bebé había sido encontrado. Se trataba de una caja para manzanas, algo estropeada y con una etiqueta medio arrancada «Manzanas gold de las Pocono, las mejores de Pensilvania».

Reese permaneció a un lado. Resultaba casi surrealista que aquello fuera tratado como la escena de un crimen. Otro investigador, que llevaba guantes, catalogó y embolsó dos toallas desteñidas y deshilachadas. Mientras el hombre sujetaba la toalla en alto, Reese vio un destello de... algo. Una línea de hilo oscuro en la parte inferior, un pedazo de bordado, quizás...

Y su corazón se paralizó de la impresión.

—Te estás haciendo muy bueno en esto —le aseguró Caleb a Jonah al entrar en la cocina.

El niño levantó sobresaltado la vista de la mesa.

—Lo siento, tío Caleb. ¿El qué?

—Me refería a ponerte el brazo —Caleb comprobó la vieja cafetera sobre la estufa—. ¿Aún no se ha levantado tu hermana?

—Supongo que no —Jonah seguía concentrado en su brazo.

Se trataba del brazo robótico, el que el abuelo no quería que usara. Sabía que

su tío y su abuelo discrepaban sobre ello. Últimamente les oía discutir mucho, pero fingía no escuchar. Había descubierto que se averiguaban muchas cosas fingiendo no oír nada.

—¿Has desayunado? —preguntó Caleb.

—Enseguida —contestó Jonah.

—Necesitas comer para ayudar hoy en casa de los Beiler —Caleb apretó el hombro de su sobrino—. Yo me voy en un rato para empezar con la construcción de su granero. Tú puedes ir con los Hauber después de desayunar. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Les diré que enseguida vienes.

—Y así haré. Después de las tareas —Jonah sentía un nudo en la garganta. Le resultaba difícil encontrar las palabras. Los sentimientos y las dudas lo estaban ahogando. Esperaba sinceramente haber hecho lo correcto.

Poco después de que Caleb se hubiera marchado, oyó un ruido en las escaleras y rezó para que no fuera su abuelo, cuyo ceño fruncido siempre conseguía preocuparlo. No, era Hannah.

Tenía el mismo aspecto de siempre, vestida con el vestido largo y el delantal, la trenza recogida bajo el kapp. Pero su rostro estaba diferente, la piel pálida y los ojos hinchados con la mirada triste.

—Ya está —le anunció Jonah—. Hice lo que me pediste que hiciera.

Ella asintió y llevó a la mesa cereales y una jarra de leche, sirviéndose una buena ración.

—Eso está bien. Todo acabará bien, ¿verdad?

—No lo sé —Jonah se sentía agotado y le costaba pensar. Tenía hambre, pero no le apetecía comer.

—Cuéntame qué hiciste —susurró ella mientras se sentaba en una silla, moviéndose como una anciana—. Quiero saberlo.

El niño respiró hondo y rebuscó entre la memoria. En mitad de la noche, Hannah lo había levantado de la cama.

—Necesito tu ayuda —le había dicho—. Deja a Jubilee encerrada en tu dormitorio y ven conmigo.

En su voz había percibido una nota tensa y asustada, despertando en él una sensación de pánico. Su sentido de arácnido, como lo habrían llamado los chicos de su grupo en el hospital.

Sin hacer el menor ruido avanzaron descalzos hasta la habitación de Hannah. Un extraño olor flotaba en el aire, dulzón y metálico. Ella levantó una lámpara de gas e iluminó un bulto sobre la cama.

Al principio, Jonah no había comprendido lo que estaba viendo. No quería comprenderlo. Pero se obligó a mirar bien. Un bebé. Un diminuto bebé que hacía unos suaves ruiditos, como un gatito. Y de repente reconoció ese olor. Era el olor del nacimiento, algo que conocía muy bien de cuando las yeguas parían a los potros en la cuadra, o del cobertizo de las vacas. Vio un hule encerado en el suelo, con una gran cosa sanguinolenta en una palangana.

—*Gott in Himmel* —había susurrado—. ¿Qué...?

—Ha sucedido algo terrible —le había explicado ella—. Necesito tu ayuda para arreglarlo.

Jonah intentó asimilarlo todo, la luz y la sombra, el olor, la extraña densidad en el aire.

—Hay que despertar a Caleb —había susurrado volviéndose hacia la puerta mientras al fin lo comprendía.

—No —ella lo había agarrado del brazo—. Tengo una idea mejor.

—Hannah —un gélido estremecimiento lo había envuelto.

—Llévalo al hospital de New Hope y déjalo allí. Ellos lo protegerán y cuidarán.

—No puedo...

—Sí puedes. Engancha la calesa. Lo has hecho cientos de veces, y muy deprisa, con tu brazo nuevo. Yo te ayudaré. Si te vas ahora, ya estarás de vuelta antes de que amanezca.

—Hannah, no me obligues a hacer esto.

—Es la única manera. Ya sabes lo que me pasará, y también al bebé, si me lo quedo. Seré deshonrada y rechazada. Lo perderé todo, y a todos los que me son queridos. Y me obligarán a casarme con Aaron Graber, y no puedo. No puedo unirme a él para siempre. Me moriría si tuviera que hacer eso —su hermana había tomado su mano buena entre las dos suyas, y él sintió la humedad en sus mangas—. Por favor, Jonah —le había suplicado—. *Dabber schpring*.

«Date prisa». Jamás olvidaría la expresión en el rostro de Hannah, la desesperación, el miedo.

Bajo la brillante luz de la mañana, ella lo seguía mirando con la misma desesperación, pero en sus ojos también había un destello de esperanza.

—Jonah, por favor, dime algo.

El reloj de la cocina era lo único que se oía en el profundo silencio.

—No había nadie en la carretera —le contó él—. El bebé estaba callado. Dejé la calesa lejos del hospital y caminé hasta allí, como me dijiste que hiciera, manteniéndome apartado de las cámaras. Dejé la caja en el refugio seguro y me

marché sin que nadie me detuviera. Y cuando regresé a casa seguía siendo de noche.

—Eso está bien, Jonah. Eres muy listo y valiente. Sabía que podía contar contigo.

—No soy valiente, estoy asustado —susurró él—. Hemos hecho algo malo.

—No —se apresuró ella a corregirle con voz tranquila, pero decidida—. Ha sido lo correcto.

Pero no lo era. Jonah sentía en el fondo de sus entrañas que no lo era. Sin embargo, tenía una idea para arreglarlo.

—¿Ya te encuentras mejor? —le preguntó a su hermana—. Quiero decir que si estás... que si todo está... —su voz se apagó. No sabía cómo preguntar lo que necesitaba saber.

Ella apoyó las manos sobre la mesa y se levantó lentamente para poner a hervir el enorme cazo de cobre.

—Necesito ocuparme de la colada —contestó.

Capítulo 20

Reese prácticamente rompió la barrera del sonido en su carrera hacia Middle Grove. La de exceso de velocidad era, seguramente, la menos grave de las leyes que estaba quebrantando. Había firmado su declaración ante los policías, como médico de guardia, afirmando que les había dado toda la información de que disponía sobre el bebé abandonado.

Pero esa declaración la había firmado antes de ver la toalla.

De camino telefoneó a Domenico Falco, el abogado de la familia, a su número particular.

—Siento despertarte —lo saludó cuando la voz cargada de sueño surgió de los altavoces del coche—. Soy Reese Powell y te llamo como cliente, ¿de acuerdo? —tenía que asegurarse de que todo lo que le contara fuera confidencial.

Cuando le explicó lo que había sucedido, él se mantuvo largo rato en silencio. Debido a las carreras de sus padres, estaban constantemente en peligro de ser demandados. Domenico también se ocupaba de los acuerdos contractuales, de las negociaciones con el seguro del hospital, investigaciones médicas... pero Reese sabía que aquello sería nuevo para él.

—Estoy en ello —contestó, completamente despejado.

La confianza que destilaba ese hombre hizo que Reese se sintiera más calmada. Respiró hondo varias veces y encaminó el coche hacia el camino de grava que conducía a la casa de los Stoltz. La extensa granja estaba bañada en la dorada luz del amanecer. Un niebla baja suavizaba el paisaje, dándole el aspecto de un cuadro vintage. Pero todo era mentira. La loca historia que le había contado a Domenico no era más que un cuento de hadas, un lúgubre cuento de hadas. Quería estar equivocada. «Por favor», pensó. «Que esté equivocada».

Irrumpió en la casa por la puerta de la cocina y encontró a Hannah sola junto a la mesa de la cocina, comiéndose un cuenco de cereales y una rebanada de pan untada con mermelada. La cocina seguía en penumbra dada la temprana hora.

Hannah levantó la mirada de la mesa, los ojos muy abiertos.

—Reese.

—Necesito hablar contigo.

—Es muy pronto —la joven frunció el ceño—. ¿Sucede algo?

Reese apenas sabía por dónde empezar.

—¿Dónde está tu tío? —miró a su alrededor. Sobre el fuego, una tinaja de cobre hervía con un montón de ropa y jabón casero.

—Caleb se ha marchado a casa de los Beiler para ayudar en la construcción de un granero, a algo más de tres kilómetros por la carretera —Hannah suspiró—. Se supone que debo llevar dos tartas para la comida, pero la cocina se me da tan mal...

—¿Y Asa? —Reese seguía mirando a su alrededor.

—Seguramente estará en Daadi Haus —ella se encogió de hombros—, leyendo el periódico.

La rítmica cadencia de sus palabras sugería que aquello no era más que otro día en la granja.

Reese contempló la escena perfectamente ordinaria que se desplegaba ante ella y sintió un asomo de alivio. Sus sospechas eran totalmente infundadas. Se alegraba de no haber irrumpido lanzando acusaciones. Hannah habría pensado que se estaba volviendo loca.

Pero algo le inquietaba. Hannah estaba ocupada con una rebanada de pan y mermelada, pero, cuando se levantó de la mesa, tuvo que agarrarse al extremo para sujetarse.

—¿Estás bien? —preguntó Reese.

—Sí, claro. Tengo que terminar con la colada y ponerme con esas tartas — Hannah miró a Reese directamente a los ojos, la expresión benigna, ligeramente feliz—. ¿Quieres tomar algo? Me he terminado el pan, pero quedan unos bollos de ayer.

—No, gracias. Solo vine a ver cómo estabas —Reese respiró hondo—. Tuvimos una noche con mucho jaleo en el centro médico —hizo una pausa, muy pendiente de la expresión de la joven—. Alguien abandonó a un bebé recién nacido en el refugio seguro y yo estaba de guardia. Es la primera vez que me sucede, y también la primera vez que sucede en el hospital. Nunca antes había ocurrido algo así. Es muy misterioso y todo el mundo está intentando descubrir lo que pudo pasar. Por eso pensé en venir a preguntarte si sabes algo, porque es un asunto muy gordo.

Hannah alzó la barbilla y se cruzó de brazos.

—No sé de qué me estás hablando.

—Te estoy hablando del hecho de que anoche alguien tomó una terrible decisión. Sé que tienes amigas que ya están casadas y embarazadas. Suponte que una de ellas entró en pánico y dejó a su bebé en el hospital.

—¿Y por qué debería entrarle el pánico a nadie? Mis amigas están muy contentas con tener a sus bebés.

—Bueno, pues alguien no debe estarlo, porque cuando un bebé es abandonado suele ser porque la madre está en peligro o se ha metido en algún lío. Y un bebé separado de su madre necesita unos cuidados especiales.

—¿Entonces ella va a estar bien? —Hannah se dio la vuelta y se ocupó de la colada.

—¿Te refieres al bebé? —Reese sintió el helado escalofrío de la certidumbre.

Hannah asintió mientras daba vueltas a la colada con un palo de madera.

Reese se acercó al fogón y tomó el palo de manos de Hannah.

—Quiero que te sientes.

—Tengo que...

—Siéntate —Reese intentaba mantener la calma, recordándose que la chica estaba en una situación extremadamente delicada. La condujo hasta la mesa y la obligó a sentarse—. Vamos a hablar de tu bebé. Quiero ayudar.

—Ella no es mi...

—En ningún momento he mencionado que se tratase de una niña. Lo has hecho tú. Y solo puedes saberlo porque es tu bebé recién nacido, y necesitas acompañarme al hospital para que arreglemos esto.

Hannah se encogió, apretándose contra la mesa y cruzando los brazos.

—No. No puedo.

—Te lo explicaré de otro modo, Hannah. Puedes permitirme llevarte al hospital ahora, o quedarte aquí hasta que el estado decida el destino de tu hija.

—La joven soltó un respingo y dijo algo en alemán.

—Así funcionan las cosas —continuó Reese—. Ayúdame a comprender por qué lo has hecho, Hannah. Te conozco. Eres una buena persona. No es propio de ti abandonar a un bebé desvalido.

—No fue así. Y yo no...

—Lo hablaremos durante el trayecto. Te explicaré todo lo que va a suceder y te prometo que estaré contigo todo el tiempo —Reese tomó un par de zapatos que había sobre el felpudo junto a la puerta y se los entregó a Hannah—. Ponte esto.

A la joven le temblaban las manos, y a Reese también. Como médico, estaba

obligada a someter a la chica a un exhaustivo reconocimiento físico. Sin embargo, de momento, en el fondo de su corazón sabía que las preguntas y acciones invasivas harían que la adolescente se desmoronara. También sabía que, si no lo hacía, podría perder su licencia o, por lo menos, quedaría señalada. «¡Jesús!».

—¿Estás sangrando?

—Yo... yo llevo un paño de período.

—¿Y la placenta? —preguntó Reese.

—Fuera, en el cubo de la basura —murmuró Hannah.

«Mierda», pensó ella. Era importante examinar la placenta para asegurarse de que había salido entera.

—¿Estaba intacta? ¿Parecía rasgada?

—Estaba intacta y con el cordón enganchado. Sé esas cosas por las vacas y los caballos. Yo misma até y corté el cordón.

Reese observó detenidamente a la joven mientras se sentaba para ponerse los zapatos. Se movía con movimientos cautelosos, pero no parecía sufrir dolor, ni siquiera estar conmocionada. Era increíble. Hannah no parecía una mujer, una mujer extremadamente joven, que acabara de pasar por uno de los trances emocionales más duros de la vida.

—Háblame —le pidió—. Puedo ayudarte, pero necesito conocer todos los detalles.

—Tan solo... sucedió.

Hannah terminó de atarse los zapatos y miró al frente, su delicado perfil enmarcado por el sol de la mañana.

Reese frunció los labios y se armó de paciencia.

—Empecemos por anoche. ¿Cómo demonios diste a luz a un bebé, la llevaste al hospital y regresaste a casa sin que nadie se diera cuenta?

—No fue... yo no hice eso.

—¿Quién estaba contigo? ¿El padre del bebé?

—¡No! —exclamó—. Yo... lo hice todo yo sola.

—¿Fuiste al hospital? ¿Cómo demonios lo conseguiste?

—Lo conseguí. Fue cosa mía —insistió Hannah. Parecía muy alterada, las manos golpeando los pliegues del vestido y el delantal.

—O sea que fuiste al hospital. ¿Cómo fuiste? ¿Cómo conseguiste dejar allí al bebé sin que nadie te viera?

—No lo sé. Lo hice, ya está.

—Hannah va a haber muchas preguntas. Tienes que explicarlo todo,

exactamente cómo ocurrió.

Hannah levantó la vista, los ojos llenos de lágrimas.

—No puedo tener un bebé. No puedo. ¿No podemos dejarla sin más? ¿Asegurarnos de que la acoja una buena familia?

—Las cosas no funcionan así —contestó Reese—. Tienes opciones, pero esa no es una de ellas. Por favor, Hannah. Cuéntame qué sucedió. ¿Cómo llevaste al bebé al hospital?

—No lo hice. Yo...

—Escucha —a Reese le resultaba cada vez más difícil ser paciente. A menudo trataba con pacientes poco comunicativos que ofrecían información incompleta, tergiversaban las cosas o directamente mentían. Obtener la verdad tomaba tiempo. Pero no disponía de ese tiempo. Cada segundo que avanzara la investigación iba en contra de Hannah—. Escúchame —insistió—. Necesito saber qué hiciste para poder ayudarte. Y eso incluye que me cuentes cómo llevaste al bebé al hospital.

—Ella no lo hizo —Jonah entró en la cocina, su expresión sombría indicándole a Reese que lo había oído todo.

—Jonah, no —le suplicó Hannah con las manos extendidas. A continuación añadió algo más en deitsch, en tono urgente.

Reese dejó de respirar unos segundos. Una gran pieza del puzle encajó en su sitio.

—¿Te das cuenta de qué le has obligado a hacer a tu hermano? —espetó.

—Soy horrible —Hannah posó la mirada en el suelo—. Va a pasar lo que dice mi abuelo, arderé en el infierno durante toda la eternidad.

—No sigas —Reese se sentía apenada por la chica, y por su fiel y resuelto hermano. Jonah y su hermana estaban muy unidos. Lo compartían todo, siempre lo habían hecho, desde que ella los conocía. Se acercó al chico y le rodeó los hombros con un brazo—. Os voy a llevar a los dos al hospital. Podemos arreglar esto, pero solo si contamos la verdad ahora mismo.

Jonah no protestó. Lo que hizo fue tomar a su hermana de la mano.

—Vamos con Reese —sugirió.

—No puedo —Hannah intentó soltarse—. Por favor, yo solo —a continuación siguió hablando en el dialecto.

—Tiene miedo de ver al bebé —tradujo Jonah.

Reese sintió una oleada de compasión. En una sola noche, Hannah había soportado una situación aterradora con la única ayuda de su hermano pequeño. Y eso no era más que el principio de una realidad para la que ninguno de los dos

estaba preparado.

Allí había mucho trauma que desentrañar. Una parte de Reese quería abrazar a Hannah y consolarla. Hannah había tenido que sufrir un embarazo indeseado durante meses, sin una madre a la que acudir. Había dado a luz un bebé sin asistencia y estaba agotada y débil, sin duda necesitada de atención médica.

Y, sin embargo, la tarea a la que se enfrentaban obligaba a Reese a ser la adulta allí. Todo lo relacionado con esa situación era precario. Como médico, se esperaba de ella que actuara con agilidad y decisión. Pensó en el riguroso cuestionario al que se había sometido en el hospital. Estaba fuera de lugar, pero dudar solo aumentaría el problema.

Reese sabía que Hannah no lo había meditado bien. La chica había actuado movida por el pánico, impulsivamente. Quizás al final decidiría de todos modos entregar al bebé en adopción, pero así no. No en un estado de trauma físico y de terror. Se merecía tiempo para reconsiderarlo. Y, a no ser que actuara de inmediato, perdería esa opción.

Reese escribió una nota en el dorso de su tarjeta profesional y la dejó sobre la mesa.

—Vamos, Hannah —llamó—. Superaremos esto. Yo te ayudaré.

Unos pocos minutos más tarde estaban en camino.

—¿Cuándo te diste cuenta de que estabas embarazada? —preguntó Reese—. Esto es importante, ya que es una de las primeras cosas que necesitamos saber, la fecha de concepción.

Hannah se mordió la uña y miró por la ventana.

—Seguramente a finales de enero. Yo, creo que me di cuenta en marzo.

«¡Joder!», pensó Reese. No se imaginaba el dolor y el estrés para ocultar un embarazo, sobre todo entre personas que se negaban siquiera a pronunciar esa palabra.

—¿Quién es el padre? ¿Es el chico ese del que me hablaste, Aaron?

Hannah titubeó y contempló la carretera que corría a su encuentro.

—Por favor, él no puede saberlo. No quiero casarme con él. No puedo. No puedo.

—No te preocupes por eso ahora.

En pocos minutos Hannah se quedó dormida. El rastro de lágrimas manchaba sus pálidas mejillas, y Reese sintió una nueva oleada de simpatía. No había hecho más que empezar a comprender lo que había tenido que sufrir esa chica,

en secreto y sola, sin ningún tipo de apoyo.

Cuando llamó a Domenico para ofrecerle la información actualizada, el abogado se mostró ligeramente animado.

—Podría ser declarado un parto de emergencia en casa. El hecho de que el hermano llevara al bebé es consistente con ese escenario.

—¿Y yo qué? —preguntó Reese. Sentía a Jonah sentado en el asiento de atrás, tenso como un muelle.

—Mostraste buen juicio —contestó el hombre.

—Dios, espero que tengas razón.

—Te veo en el hospital —añadió Domenico—. Ya casi he llegado.

Después de colgar, Jonah habló desde el asiento de atrás.

—¿Es abogado?

—Eso es.

—¿Y lo va a solucionar?

—Va a ayudar —contestó ella, esperando que su voz no reflejara el pánico que sentía. Al abandonar el hospital en plena investigación, había puesto su carrera en peligro.

Cuando llegaron todo estaba tranquilo, aunque una mujer vestida con uniforme de sheriff montaba guardia frente a urgencias. Reese saludó a la enfermera y mostró la tarjeta colgada de la bata, sin soltar a Hannah en ningún momento. Llevó a Jonah a la sala de espera.

—No te muevas —le ordenó—. No hables con nadie. Si alguien te pregunta algo, diles que me avisen de inmediato.

El niño asintió y se sentó. Reese llevó a Hannah hacia el nido.

Hannah se resistió e intentó apartarse.

—No quiero...

—Aquí no se trata de lo que tú quieras. Tienes una responsabilidad, y vamos a ocuparnos de ella de inmediato —Reese se sentía como una mandona hablándole a Hannah de ese modo, pero le movía una sensación de urgencia. Hannah solo tenía unos minutos para dar un paso al frente si esperaba cambiar de opinión sobre su hija.

El único ocupante del nido era Baby Jane Doe. Los demás recién nacidos debían de estar con sus madres. Una trabajadora social y un miembro del equipo de seguridad, uno de los tres en plantilla, estaban sentados fuera del nido.

—Soy la doctora Powell —se presentó ella, volviendo a mostrar su placa—. Esta es Hannah Stoltz, la madre del bebé. Comprendemos la delicada situación respecto a la custodia, pero Hannah necesita ver a su hija.

Su voz debía haber destilado cierto tono de autoridad porque la mujer y el guarda asintieron y se hicieron a un lado. Por primera vez desde que había comenzado su etapa de interna, Reese sintió el pleno poder de la autoconfianza como médico. Estaba formada para actuar con decisión en el caso de una emergencia a vida o muerte.

Pero la parte de Reese que la hacía mostrarse tan decidida en ese momento no tenía nada que ver con la formación médica. La chica había estado enfrentándose al terror de un embarazo no deseado durante nueve meses, sin una madre en la que poder confiar. Había dado a luz un bebé, sola y en la oscuridad. Estaba mentalmente agotada por el trauma y físicamente devorada por el dolor y la pérdida de sangre. Necesitaba recibir atención médica. Y, sin embargo, Reese sabía que la necesidad más urgente de Hannah era la de ver y tocar a su bebé. No quería que Hannah se arrepintiera o se perdiera el mayor desafío de la vida, ser madre.

Hannah tenía la cara pálida como un fantasma mientras se acercaba al fregadero y se subía las mangas, y se mantuvo quieta frente a la pila de acero inoxidable. Tocó el grifo, pero no consiguió hacerlo funcionar, otro ejemplo de lo fuera de lugar que estaba allí. Reese se acercó y le enseñó cómo hacer que saliera agua. Se lavó las manos bajo el chorro de agua caliente antes de hacerse a un lado para que Hannah la imitara.

Reese levantó delicadamente de la cuna al bebé, que dormía.

—Está hecha para encajar a la perfección en los brazos de una persona —le susurró a Hannah—. Ahora mismo, esa es su única obligación. Siéntate.

Hannah se sentó en un sillón con reposabrazos colocados a la altura perfecta para amamantar. Reese se quedó frente a ella, esperando que el guarda no viera la expresión de puro terror en los ojos de la chica, el temblor en sus manos.

—Allá vamos —añadió mientras pasaba al bebé a los brazos de su madre.

La chica dio un respingo y cerró los ojos. Sus brazos se curvaron a la perfección en torno al pequeño bulto. Inclinandose sobre el bebé, respiró el olor de su cabecita y susurró algo en deitsch. Reese fue plenamente consciente del momento en que la magia se hizo realidad, esa indeleble conexión entre madre e hija. Cuando Hannah levantó la mirada, vio que el mundo de la joven había cambiado para siempre.

—Me duele el corazón —susurró Hannah.

—Puede resultar sobrecogedor. Todas las madres primerizas se sienten así.

Hannah estudió cada uno de los rasgos del bebé, la curva de su mejilla, el temblor del labio inferior mientras la niña estaba sumida en un sueño infantil. La

manita con forma de estrella de mar extendida sobre la manta. El frágil pulso en el diminuto cuello.

—Es un milagro —aseguró Hannah—. Es mi milagro.

Capítulo 21

Caleb irrumpió en el hospital de New Hope tras haber tomado un coche prestado en Middle Grove. Su padre lo había ido a buscar al granero en construcción de los Beiler y le había arrojado una tarjeta con una nota garabateada para él.

—Tu amiga inglesa se ha llevado a Hannah y a Jonah —había anunciado Asa con mirada asesina.

Hannah y Jonah están bien. Reúnete con nosotros en el hospital en cuanto puedas.

«Si están bien», pensó Caleb, «¿por qué se los ha llevado a New Hope?».

Con el polvo de serrín todavía pegado a la ropa, aparcó en el aparcamiento del centro médico y saltó de la camioneta, guardándose la llave en el bolsillo mientras corría hacia la entrada. No se le ocurrió por qué motivo lo abordaron un tipo con una cámara al hombro y una mujer con un móvil, pero los ignoró y cruzó la puerta.

Los empleados del hospital debían estarle esperando porque en cuanto entró en el vestíbulo, un administrador se presentó y llevó a Caleb a una habitación en la que una cortina ocultaba una cama con varias personas alrededor. Jonah estaba sentado sobre un taburete giratorio, yendo de un lado a otro y mirando el suelo. Mose y Reese también estaban allí, hablando con un hombre al que no reconoció.

En cuanto lo vio, Reese corrió a su lado. Se la veía agobiada y a la vez hermosa, los oscuros cabellos desordenados y la mirada de agotamiento, pero muy centrada.

—Todo saldrá bien —le aseguró.

Él encajó la mandíbula. Aunque estaba agradecido de que le hubiera dicho lo primero que deseaba oír, sabía que había algo más. Miró hacia Jonah. El muchacho se levantó y agarró la mano de Caleb con la suya buena. Reese echó

la cortina a un lado. Hannah estaba sentada en la cama, con la cofia y una fina bata de hospital. En sus brazos sujetaba un bulto envuelto en mantas, en una postura que él veía a diario entre las mujeres jóvenes de Middle Grove.

Su instinto le explicó qué estaba mirando mientras su mente seguía dándole vueltas, intentando encontrarle algún sentido.

—Por el amor de Dios, ¿qué es esto? —murmuró en su dialecto.

Hannah levantó lentamente la mirada hacia él.

—Caleb —saludó, también hablando en deitsch—. Lo siento mucho. Rezo para que puedas perdonarme.

Caleb sintió cómo Jonah lo agarraba con más fuerza.

—Eso no importa —contestó—. Cuéntamelo, Hannah. Ayúdame a comprender.

Sin embargo, en cuanto las palabras salieron de sus labios, comprendió que la explicación la tenía delante de sus ojos, mirándolo con unos ojos de color azul aciano, los mismo ojos que su hermano, John.

Aquello suponía toda una conmoción, y a la vez no. La situación se repetía con predecible regularidad. Los jóvenes se juntaban, tonteaban, la chica terminaba por meterse en un lío. Siendo él joven, había tenido su propia ración de devaneos, aunque nunca había sido tan estúpido como para dejar en cinta a una chica.

De súbito se sintió inundado por una sensación de culpa. Su sobrina le había ocultado un embarazo y el nacimiento de un bebé. No había sospechado nada. ¿Cómo había podido permitir que sucediera eso?

—No puedo hacer que lo comprendas —continuó Hannah en el dialecto.

—No importa —contestó él mientras la emoción lo embargaba—. Lo importante es que tú estés bien, ¿verdad?

—He hecho algo terrible —ella dudó, la barbilla temblorosa, las lágrimas ensuciando aún más las sucias mejillas.

Pobre pequeña Hannah. «Lo siento, John. Lo siento muchísimo».

—No —dijo Caleb—. No has hecho nada malo. Por lo que yo veo, lo que has hecho es algo precioso.

Soltando la mano de Jonah, se acercó a una pila y se lavó. Por el rabillo del ojo vio a Mose echando a todo el mundo de la habitación.

—Reese, ¿podrías quedarte? —imploró Hannah—. Necesito... estaría bien que te quedaras.

Reese murmuró algo a las personas que estaban junto a la puerta, antes de acercarse a la cama.

—Siéntate —invitó a Caleb mientras señalaba un sillón de vinilo.

En cuanto estuvo acomodado, Reese tomó delicadamente al bebé de brazos de Hannah y lo acomodó en los brazos de Caleb. Él se puso tenso y sintió que el corazón se le subía a la garganta. La niña era ligera como una hogaza de pan recién salida del horno. Bajó la vista y se encontró con una carita redonda y sonrosada, los ojos hinchados, un manojito de pelo de color indefinido y un puño pequeñito asomando de debajo de la manta. El amor y la admiración que lo inundó fueron tan puros y poderosos como las olas del mar. Y Caleb se sintió más alto que la nube más alta.

—*Mein Gott* —susurró—. Cuánto jaleo puede ocasionar una cosita tan pequeña.

—Quería contártelo —le explicó Hannah—. Pero estaba tan avergonzada que no podía.

Vergüenza. Caleb rechinó los dientes intentando no hacer ningún comentario. En su cultura, la vergüenza era la clave para mantener controladas a las personas, aplastando los verdaderos deseos de su corazón. También se sintió maravillado ante el hecho de que Hannah hubiera sobrellevado un embarazo en secreto, justo delante de sus narices.

—Ahora me lo puedes contar —la animó—. ¿Qué tal si empiezas por contarme qué es esta cosita?

Por primera vez, Hannah ofreció un amago de sonrisa.

—Es una niña, y todo el mundo dice que es perfecta. El hospital la llamó Baby Jane Doe, pero yo quiero llamarla Sarah. Sarah Jane —el ligero destello que había asomado a los ojos de Hannah dio paso a una expresión mezcla a partes iguales de dolor y felicidad—. Tengo una hija —susurró con la voz entrecortada.

—Es maravillosa —contestó Caleb sin dejar de contemplar a la extraña que dormía en sus brazos. Se levantó y devolvió al bebé a los brazos de su madre antes de sentarse de nuevo. Ni Reese ni Jonah habían abierto la boca aún, parecían estar conteniendo la respiración—. Sarah Jane es un nombre maravilloso.

Hannah estrechó con fuerza a su pequeña y empezó a hablar, al principio titubeando, pero cada vez con más soltura. Le contó a Caleb que había ido demasiado lejos con Aaron Graber, y cuando ya era demasiado tarde se había dado cuenta de que no quería ser su esposa, cuidar su casa y criar a sus hijos. Se sentía tan mortificada por estar embarazada sin haberse casado que no había dicho nada a nadie. Se había limitado a aflojar la ropa e intentar fingir que

aquello no estaba sucediendo.

Nada de lo que le contó sorprendió a Caleb. El sobresalto llegó cuando le explicó que había dado a luz ella sola en medio de la noche, y luego entregado al bebé a Jonah para que él lo llevara al hospital. Caleb se inclinó hacia delante y miró fijamente al niño. Sus acciones habían sido épicas y heroicas... y trágicamente insensatas.

—¿Nunca pensaste en acudir a mí? —preguntó con calma.

Jonah permaneció con la mirada fija en el suelo hasta que recordó sus modales y miró directamente a su tío. Había un destello de desafío en sus ojos y, por un momento, pareció mucho mayor de lo que era. Hannah y él habían perdido todo su mundo la noche en que sus padres habían sido asesinados. Solo se tenían el uno al otro. Normal que se aferraran el uno al otro, solos los dos.

—Lo hice por Hannah —contestó Jonah.

—Y no te culpo por querer ayudar a tu hermana —le aseguró Caleb—. Pero quiero que comprendas que fue muy peligroso, no solo para el bebé, sino para Hannah también.

Jonah asintió con gesto sombrío, aunque el desafío de la mirada no disminuyó.

—La mantuve a salvo. Tuve mucho cuidado y utilicé la caja como hay que hacerlo.

—Desde luego que sí —Caleb juntó las yemas de los dedos de las manos y respiró hondo.

—¿Me vas a dar una azotaina?

—¿Cuándo te he dado yo una azotaina?

—Solo lo preguntaba —Jonah se volvió.

Caleb tenía una nueva preocupación. ¿Sería capaz Asa...? Apartó la duda de su mente y se volvió hacia Reese.

—Gracias por ayudar.

—Por supuesto —aunque estaba agotada, ella le ofreció una sonrisa de ánimo.

Y en ese momento él la amaba tanto que no era capaz de pensar con rectitud. El que sintiera algo así en un momento como ese era increíble. Y frustrante, porque necesitaba centrarse en Hannah y otras mil cosas más.

—Será mejor que me vaya —Caleb se levantó, se acercó a la cama y besó a Hannah en la frente antes de hablarle en deutsch—. Todo saldrá bien. Te lo prometo.

Reese no sabía qué ponerse para una audiencia de urgencia. Optó por unos

pantalones oscuros, un jersey color crema y una chaqueta sencilla. Mínimo maquillaje, nada de joyas. Respiró hondo para relajarse. Hubo un momento en que alargó la mano hacia el teléfono para llamar a sus padres. «He hecho algo... me he metido en un lío».

Pero se resistió. Sus padres sin duda le darían toda clase de consejos. Acudirían corriendo a su rescate, pero Reese necesitaba ocuparse ella misma de aquello.

El juzgado del condado era un edificio pintado, de inspiración griega, del siglo ^{xix}, con una cúpula y un reloj y una campana que daba las horas. Era la clase de edificio que adornaba antiguamente las postales, sobre todo en otoño, enmarcado por las llameantes hojas de arce. Frente a la entrada se arremolinaba un grupo de reporteros y furgonetas de los noticiarios.

A su mente acudió el recuerdo de los medios de comunicación arremolinados frente al hospital un año antes, tras el accidente de Jonah, invadiendo el dolor de una familia. La prensa parecía tener especial predilección por todo lo amish. ¿Sería por su alteridad? ¿Por la percepción de esa sencillez que no ocultaban, basada en fe, familia y granja? Hacía que el tropiezo de Hannah resultara aún más espectacular, una chica amish haciendo algo tan descaradamente poco amish como abandonar a un bebé.

Con un gélido escalofrío de aprensión, Reese se mantuvo alejada de las cámaras y los micrófonos. Ignoró las preguntas apresuradas de los reporteros. Domenico llegó cargado con un maletín a reventar y varias carpetas.

—Esto debería salir bien —la tranquilizó mientras entraban. Se detuvo ante el conserje y siguió hacia la sala. El estrado del juez estaba vacío, aunque el reportero del juzgado sí estaba en su lugar. De algún modo, Domenico había conseguido que el juez prohibiera la entrada de periodistas en la sala.

Caleb y Jonah estaban sentados en un banco al fondo. En cuanto entraron Domenico y Reese, se pusieron en pie. Ambos iban vestidos con sus ropas de los domingos, pantalones negros y sencillas camisetas azules, y ambos parecían igual de inquietos. El estómago de Reese se encogió y su boca se secó. Lo único que impedía que cayera al suelo era ver a Caleb, imperturbable, pero seguro de sí mismo. Todo había sucedido tan deprisa que no había tenido ni un momento para hablar con él en privado. De haberlo tenido, le habría explicado... ¿qué? ¿Explicado que sospechó que Hannah era la madre biológica y que se enfrentó a ella sin decírselo primero a él? ¿Explicarle que seguramente había violado la política del hospital y arriesgado su carrera? ¿Explicarle que lo volvería a hacer mil veces si se produjera la ocasión?

Domenico estrechó la mano de Caleb.

—Esto será rápido. Se trata de una audiencia de emergencia. Todo lo demás, el que hayáis decidido seguir adelante, los derechos y necesidades de Hannah... de eso hablaremos más tarde.

—Entiendo —contestó Caleb.

Jonah se apretaba contra él, como si intentara desaparecer en su sombra, y Caleb le dijo algo en alemán.

Llegaron Mose y Ursula. Al ser el jefe de servicio y la residente de guardia en el momento de ser descubierto el bebé, los dos habían hecho declaraciones y respondido a las preguntas. Domenico les pidió a todos que tomaran asiento detrás de ellos y se dirigió hacia la mesa. Los demás presentes eran el consejo del hospital y dos administradores.

—Todos en pie —ordenó el alguacil—. La corte abre sesión. Preside el juez Orville Rucker. Por favor, siéntense.

El juez entró por una puerta lateral, abrochándose la toga. Tenía el cabello húmedo y lo que parecía ser un resto de espuma de afeitar en una mejilla.

—Me estaba cortando el pelo —explicó—, pero tuve que cortar por lo sano.

Reese miró a Domenico, que se encogió de hombros.

—Sí, ha sido una broma —continuó el juez—. Solo intentaba romper el hielo.

—Entendido, Señoría —contestó el abogado—. Soy Domenico Falco, y estoy aquí a petición de la demandante —a continuación se volvió e identificó a todos los sentados detrás de él.

La abogada del hospital hizo lo mismo.

—De acuerdo —anunció Rucker—, a ver si he entendido por qué he interrumpido mi habitual cita con la peluquería de caballeros. Al parecer tenemos a un recién nacido abandonado.

—Señoría —Domenico se puso en pie de un salto—. En este caso no se aplica. El bebé nació durante un parto de urgencia y fue llevado a...

—Fue llevado al Humboldt Division Regional Care Center en New Hope, sí —interrumpió el juez—, eso lo entiendo. Siéntese, señor Falco. Ya le buscaremos los tres pies al gato en otro momento —hizo una pausa—, y por mucho que me tienta soltar otra de mis ocurrencias, entiendo la gravedad de la situación. El bebé ha sido identificado como menor de setenta y dos horas. El hospital ha aceptado su custodia física, ¿es correcto, señorita Wasco? —preguntó a la abogada del centro médico.

—Sí, Señoría.

—¿Y la madre biológica está también en el hospital? ¿Le han hecho la prueba

de la maternidad?

—Sí, Señoría —Wendy Wasco se refirió a las detalladas declaraciones de todos los que habían estado presentes, incluyendo a Reese.

A Reese le resultó extraño oír sus propias palabras citadas en voz alta. En el informe, había seguido el procedimiento hospitalario minuciosamente, evaluando y admitiendo al bebé mientras se avisaba a las autoridades.

—El siguiente paso será que el condado asuma temporalmente la custodia de la niña como bebé abandonado —añadió el juez Rucker.

Domenico ya estaba de nuevo en pie.

—Solicitamos respetuosamente que mantenga en suspenso esa orden y remita el caso al tribunal del distrito. Hannah Stoltz, la madre biológica, piensa reclamar sus derechos parentales.

—Y lo hace después de los hechos —señaló el juez—. No olvidemos eso.

—El nacimiento tuvo lugar en casa, en una situación de emergencia. Una casa, debería señalar, sin servicio telefónico. No hay ningún indicio de abuso, negligencia o mala conducta.

—Aun así, el recién nacido fue depositado en un refugio seguro —señaló el juez.

Domenico hizo referencia a la declaración que había hecho Hannah después de que Reese la hubiera llevado al hospital.

—Hannah tuvo al bebé ella sola en un parto de emergencia en casa. Dado que no estaba en disposición de trasladarse, y no disponía de ningún medio de transporte, su hermano se llevó al bebé al refugio seguro del centro médico. Yo argumentaría que tomó una decisión responsable por el bien del bebé.

Domenico se dirigía directamente al juez, dibujando la imagen de una joven asustada en un estado de insoportable dolor y pánico, y un niño pequeño que se limitaba a cumplir instrucciones.

No obstante, hubo varias preguntas por parte del juez:

—¿Por qué no alertó Hannah a ningún adulto de la casa?

—Como mujer soltera en una comunidad de estrictas convicciones religiosas, tuvo comprensibles reservas a hacer público su estado.

—¿Por qué no llamó Jonah al 911 desde el teléfono comunitario?

—Yo no puedo hablar por Jonah.

El juez dejó a un lado los papeles.

—Jonah, ¿puedes explicar por qué abandonaste al bebé y no le contaste a nadie lo que estabas haciendo?

El niño se levantó y Reese percibió el instante en el que el juez se fijó por

primera vez en el brazo mecánico. Jonah se aclaró la garganta, alzó la barbilla y miró al hombre a los ojos.

—En el hospital salvan a la gente —contestó sin más—. Lo sé por experiencia propia. En la fachada hay una caja especial que se abre a la calle. En cuanto el bebé está dentro y la cierras, suena una alarma silenciosa y la caja se cierra. Así sabes que el bebé está a salvo.

—¿Y cómo sabe que la madre no renunciará a sus derechos parentales?

—No lo hará, Señoría. Hannah está ahora mismo en el hospital. Desea de todo corazón establecer el vínculo con su niña y llevársela a casa.

—La madre biológica es menor —señaló el juez—. Sus padres han fallecido —su mirada se posó en Caleb—. ¿Es usted el tutor?

Reese contuvo la respiración. Caleb no mentía jamás.

—He estado ocupándome de Hannah y de Jonah desde que mi hermano y su esposa fueron asesinados. Hannah cuenta con todo mi apoyo, al cien por cien.

—Hay algunos elementos en esta situación que encuentro inquietantes —el juez suspiró ruidosamente—. Ahora mismo tenemos más preguntas y asuntos que resolver.

—Según la ley —contestó Domenico—, Hannah tiene sesenta días para reclamar a su hija si presenta una reclamación ante el juez.

—En ese caso, ¿significa la reclamación que admite haber renunciado a la recién nacida? Porque, de ser así, contradice su afirmación de que hubo un parto de emergencia en casa.

«Mierda», Reese tensó hasta el último de los músculos de su cuerpo. Aquello era una trampa sin salida.

—Me resisto a continuar hasta que conozcamos con más claridad el estado mental y las intenciones de la madre biológica.

Una puerta chirrió al fondo de la sala y, cuando se abrió, una ráfaga de flashes llegó al tribunal desde el vestíbulo. Reese se volvió y vio entrar a Hannah, caminando por el pasillo.

Caleb se puso de pie de un salto y corrió a ayudarla a sentarse. Hannah habló con él en tono bajo y permaneció de pie. Estaba muy pálida, sus movimientos inciertos, pero su mirada al posarla sobre el juez era firme como una roca.

—Señoría, me llamo Hannah Stoltz. ¿Puedo hablar?

Domenico hizo ademán de decir algo, pero el juez le hizo una señal para que permaneciera en silencio.

—Oigamos qué tiene que decirnos esta jovencita.

Hannah llevaba la ropa arrugada y las cintas de la cofia sueltas. Sujetaba las

manos entrelazadas delante de la falda.

—Me metí en un lío —comenzó—, y tenía miedo de contarlo, por lo que lo mantuve en secreto. Lo que sucedió es únicamente culpa mía. Y Jonah, él no hizo más que intentar ayudarme asegurándose de que mi bebé estuviera en un lugar seguro. Mi hermano sabe que en un hospital lo estaría. De todo corazón yo estaba convencida de que el bebé estaría mejor con otra familia, porque, en nuestra comunidad, una madre soltera es causa de gran vergüenza.

Viendo a Hannah, humilde, valiente, vulnerable, Reese encajó la mandíbula hasta que le dolió. Había aprendido mucho trabajando entre esa gente. Había llegado a valorar sus profundas conexiones familiares y comunitarias, que definían su modo de vida. Pero en esos momentos no pudo suprimir un estallido de ira. Esa sociedad tan cerrada era tóxica para Hannah, llevándola a ocultar un embarazo y luego a abandonar a un bebé. Como médico, ella estaba obligada a respetar las creencias del paciente sin juzgarlas. Como mujer, no estaba segura de que eso le fuera posible.

—Algo sucedió a la mañana siguiente —continuó la joven mientras se volvía ligeramente hacia Reese—. Cuando acudí al hospital y sostuve a mi bebé en brazos, comprendí que es más que una responsabilidad. Es mi alma, y debo quedarme con ella sea cual sea el castigo y la vergüenza a la que deba enfrentarme. Le he puesto de nombre Sarah Jane Stoltz, y es mi hija, y la amo con todo mi corazón. Y estoy decidida a ser su madre.

Nadie dijo una palabra. El juez miró a Hannah, su expresión inescrutable.

—¿Has venido desde el hospital por tus propios medios?

—No. He venido en taxi.

El rostro del juez se suavizó.

—Conseguiste llegar a la audiencia.

—Me dijeron que no hacía falta que estuviera aquí, pero tenía que venir. Quiero que todo el mundo sepa que estoy preparada para cuidar de mi hija.

—Mencionaste algo sobre enfrentarte a un castigo —recordó el juez—. ¿Puedes explicar a qué te referías?

Hannah se aclaró la garganta antes de tragar.

—Seré llamada a confesión y arrepentimiento ante los mayores de la comunidad, y me declararán bajo el Bann. Aquellos que hayan sido bautizados en la iglesia me repudiarán para no mancharse con mi vergüenza.

Reese sintió una nueva oleada de rabia. Ser madre primeriza era difícil para cualquiera. Ser repudiada añadiría una capa más de dificultad que ninguna niña debería tener que soportar. De nuevo se tensó, preparándose para levantarse, para

hablar, para hacer algo. Domenico sacudió la cabeza casi imperceptiblemente.

Y en ese preciso momento, Caleb se puso en pie.

—Me llamo Caleb Stoltz —explicó—. Me gustaría hablar por mi sobrina, Hannah. Desde que sus padres murieron, la he criado yo, en Middle Grove, de la manera en que ellos querían que fuera educada. Hannah es una buena chica, trabajadora y buena con la familia y los amigos. Será buena con su bebé, y vivirá bajo mi techo mientras me necesite.

Reese dejó de respirar y, al parecer, el resto de los presentes también, mientras el juez miraba fijamente a Caleb.

—¿Quiere decir que no va a tomar parte en el rechazo a Hannah? —preguntó.

—No estoy obligado a hacerlo —un músculo se contrajo en la mandíbula de Caleb—. Yo no estoy bautizado en la fe.

Tras otra larga pausa, el juez se dirigió a la abogada del hospital.

—Hay muchos factores a considerar en esta situación —indicó—. El departamento de servicios sociales realizará una investigación y un estudio domiciliario, y sus recomendaciones serán enviadas al juzgado del distrito. Mientras tanto, la señorita Stoltz regresará al hospital, donde se le permitirá realizar el apego con su bebé. Concedo la custodia temporal a Hannah Stoltz con la condición de que resida en la residencia familiar. Ordeno que una trabajadora social evalúe la situación para estar seguro de que el bebé reciba los cuidados apropiados hasta que el juzgado del distrito se pronuncie.

El martillo cayó con un decisivo golpe.

Capítulo 22

Reese miraba fijamente el correo electrónico en la pantalla. Su dedo planeó sobre la tecla de suprimir para borrar la nota, que había llegado con un archivo adjunto. Pero su mirada permaneció clavada en algunas palabras clave: *inesperada apertura, programa combinado, pediatría, Palm Springs, Riverside, California.*

—Santo Dios, mamá —murmuró, sospechando que la mano de su madre estaba tras la invitación para solicitar ese programa especial. Bueno, quizás le echaría un vistazo al archivo. Lo abrió. Para su sorpresa, no provenía de su madre sino del doctor Jiménez del Mercy Heights. Había una nota adjunta: *Esta es una oportunidad única para un programa de élite. Considéralo.* Reese leyó el documento con un innegable cosquilleo de interés. Era todo lo que un residente podría soñar en un solo programa, medicina interna y pediatría, dos especialidades que le permitirían cuidar de sus pacientes desde que nacieran hasta que murieran.

Mose entró en la cocina y se sentó a su lado.

—Se te está enfriando el café.

Ella no contestó, pero giró el portátil para que él pudiera leer el mensaje. Mose permaneció silencioso varios minutos antes de quitarse las gafas y dejarlas sobre la mesa.

—Esto suena a la oportunidad de tu vida.

—Sí —«a la mierda». Ella no quería eso. Sí, lo quería. Era innegable. Pero no quería sentirse tentada a hacer algo que la alejaría de allí.

—Es una rara oportunidad —él se cruzó de brazos y la miró fijamente—. Más de lo que podríamos ofrecerte aquí. Si decides ir a por ello, yo te apoyaré.

—Crees que debería hacerlo.

—Creo que la decisión es tuya —si algo era Mose, era franco.

El incidente con Hannah había sacudido la confianza de Reese, y la situación

con su tutor. Había sido sometida a una investigación interna por parte del hospital. Como directores de su programa, Mose y Penelope habían hecho su propia investigación. Al no comunicar su sospecha sobre la madre biológica del bebé, había entrado en una zona gris del protocolo. Aunque sus acciones no contravenían específicamente la política del hospital y su práctica, había permitido que una situación personal interviniese en su juicio. ¿O no?

Cierto que estaba obligada a entregar a la chica, a someterla a un interrogatorio y a un examen físico, pero en ese momento, había pensado, no, estaba convencida de que las acciones invasivas habrían destrozado a la frágil adolescente.

Se quedó un rato más mirando fijamente la pantalla. Un dedo sobre «Suprimir», y el otro sobre «Guardar».

No había visto a Caleb en una semana, una agotadora, estresante y ajetreada semana. Y, a diferencia de la mayoría de los hombres, él no llamaba ni enviaba mensajes ni correos electrónicos. Su relación era poco sólida, y se tensaba entre el insoportable deseo y los inamovibles obstáculos. Y, a pesar de ello, él era la primera persona con la que deseaba hablar sobre la decisión que debía tomar. De algún modo se había convertido en el mejor amigo que hubiera tenido jamás, pero lo estaba perdiendo. Lo que sentía era más que la química que resplandecía como el sol cada vez que estaba cerca. También representaba esa inesperada calma que siempre sentía en su presencia, prácticamente desde el primer momento en que se habían conocido. No tenía ni idea de a qué se debía eso, pero era tan palpable e innegable como la pasión física que sentía por él.

Condujo por la noche hasta Middle Grove, esperando encontrarlo en casa. Redujo la marcha ante la ocasional calesa o peatón, y aprovechó para empaparse de la pureza del paisaje rural, sin contaminar por carteles luminosos, señales o cables de teléfono o electricidad. El camino de macadán la llevó ante un puesto de una granja, en el que se vendían huevos morenos y peonzas provenientes del taller de carpintería adyacente. Detrás de una carreta tirada por caballos, un artilugio oxidado arrancaba las plantas de maíz del suelo y las lanzaba sobre la carreta. En el límite de la ciudad se estaba jugando un partido de béisbol, la acción iluminada por la dorada luz del sol. Las familias presenciaban el partido sentadas sobre colchas en el suelo. No había ni uno con un móvil en la mano. Nadie enviaba mensajes. Simplemente... estaban. En momentos como ese comprendía profundamente el atractivo de la vida sencilla.

Al llegar a la granja de los Stoltz, vio a Caleb caminando hacia la cuadra, llevando dos cubos galvanizados. Su silueta, recortada contra el cielo nocturno, dibujaba una imagen de soledad. Aunque nunca se quejaba, ella sabía que soportaba un gran peso. Trabajaba constantemente, tanto en la granja Grantham como en su propia granja, y además tenía que cuidar de Hannah y su recién nacida.

Tras recibir el alta en el hospital, Hannah y el bebé habían regresado a casa bajo las estrictas condiciones impuestas por el juez, condiciones que incluían recibir ayuda de Caleb. Ya no tenía dos sino tres niños que criar según la promesa hecha a su hermano. «Viviré bajo mi techo mientras me necesite», le había asegurado Caleb al juez. Eso podría significar años, comprendió Reese. Incluso décadas. ¿Qué significaba eso para un hombre que había intentado abandonar la comunidad?

El interior del establo estaba caliente y olía a pienso malteado, avena y heno. Oía a Caleb murmurar a los caballos. Salió de un box, todavía hablando en tono amistoso. Reese era incapaz de mirarlo sin querer tocarlo. Ese hombre hacía que le flaquearan las rodillas, que se sintiera dolorosamente incierta como no se había sentido nunca.

Caleb se volvió hacia ella y se quedó muy quieto. Después de unos segundos, después de una eternidad, habló.

—Reese, me alegro de verte.

Y no hizo falta más para que ella se arrojara en sus brazos. Caleb la abrazó con fuerza y, por primera vez en una semana, se sintió equilibrada y tranquila. Aspiró su evocador olor a hombre y caballo y apoyó una mejilla contra su corazón.

—¿Qué tal están Hannah y el bebé? —preguntó.

—¿Una visita domiciliaria? —preguntó él con una sonrisa en la voz mientras la soltaba.

—Una visita social —admitió Reese—. Caleb...

Él sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió las manos, mirándola pensativamente.

—La han repudiado —le informó.

—Lo siento. Debe de haber sido horrible para ella.

—Tuvo que confesar de rodillas delante de los mayores. Pensé que iba a caer muerta de la humillación. Los mayores de la iglesia quieren que se case con Aaron Graber. El chico no tiene el menor interés en aceptar la responsabilidad, pero ha dicho que está dispuesto. Hannah, sin embargo, se niega a considerarlo

siquiera. Para mi padre, todo esto es peor que la muerte, tener a una madre soltera en la familia. El obispo incluso llegó a sugerir que el bebé fuera adoptado por una familia de otro distrito, pero Hannah no quiere ni oír hablar de ello. Ni yo tampoco.

—Sencillamente no entiendo el sentido del repudio —a Reese se le hizo un nudo en el estómago.

—No —contestó Caleb tras mirarla detenidamente—. Tú no podrías. Se trata de un ritual para recordarle sus pecados al rebelde.

—¿Y cómo se supone que va a vivir, prosperar incluso, sin un sistema de apoyo?

—Yo soy su sistema de apoyo.

—Tiene suerte de poder contar contigo. Pero necesita más —Reese pensó en todo lo que hacía por Jonah y Hannah, en su miserable padre y los vecinos. Incluso había estado dispuesto a casarse con Rebecca Zook, pensando que así conseguiría que aceptara recibir tratamiento —Caleb, tú no puedes salvarlos a todos.

—No, eso es cosa tuya.

Era la primera vez que Reese percibía un toque de ira en la voz de Caleb. Contuvo una réplica.

—Me gustaría verla.

—Está en casa.

Caminaron juntos hasta la casa, pero sin decir ni una palabra. La penumbra se cernía sobre las colinas, difuminando las siluetas contra el crecientemente oscuro cielo. Reese entró en la casa, deteniéndose para permitir que sus ojos se acostumbraran. Hannah estaba sentada en una mecedora, con el bebé en brazos, amamantándolo. En el otro extremo de la habitación, Asa Stoltz, sentado ante una tosca mesa, leía uno de sus periódicos alemanes bajo la suave luz de una lámpara de gas. Al otro lado de la mesa, Jonah estaba leyendo un libro. Jubilee estaba tumbada a sus pies, dando golpes con el rabo contra el suelo.

Durante un fugaz instante, la escena pareció la de una familia feliz, en paz los unos con los otros, protegidos en su mundo. Pero entonces Asa levantó la vista y la miró a ella y a Caleb. Dijo algo en alemán, despreció a Reese fulminándola con la mirada y regresó a su lectura. Ese hombre tenía la habilidad de bajar la temperatura de toda la habitación. En una ocasión Caleb le había contado que Asa nunca se había vuelto a casar porque no se había divorciado de su esposa. Era demasiado orgulloso para admitir la derrota y las mujeres locales conocían su maldad.

Reese se acercó a Hannah y acercó un taburete para sentarse junto a ella.

—¿Qué tal está la pequeña Sarah? —preguntó mientras se inclinaba para verla mejor.

Hannah apartó la mantita. Se había abierto la parte superior del vestido. El bebé estaba comiendo, la curva de su diminuta barbilla idéntica al pálido pecho de su madre.

—Míralo tú misma —contestó con calma—. Todo el mundo lo hace.

Reese intentó imaginarse la presión aplastante que suponía tener a los trabajadores sociales encima.

—Tiene un aspecto maravilloso. ¿Cómo te encuentras tú?

—¿Tú qué crees? Tuve que confesar ante toda la comunidad. Todo el que se ha bautizado en la fe me rechaza, incluyendo mi propio abuelo. Cuando Alma y las demás tejedoras de colchas vienen a casa, traen comida y hacen la limpieza, pero no me dicen ni una palabra. Soy un fantasma.

—Lo siento —contestó Reese. No había considerado ese aspecto al animar a Hannah a quedarse con el bebé.

«¿Qué le has hecho a esta pobre cría?», se preguntó, imaginándose la vida que le esperaba al bebé en un ambiente así. Quizás se había pasado de la raya, lanzándose irreflexivamente a un mundo que no comprendía.

—Deberías haber dejado las cosas como estaban.

—No lo dices en serio. Mira a tu preciosa hija.

La mirada de Hannah se dulcificó al mirar a Sarah.

—Algún día será lo bastante mayor para comprender que cometí un terrible pecado, y se avergonzará de mí.

—Así no funciona.

—Así es exactamente como funciona —Hannah no miró a Reese.

Aunque no se movió, la chica se apartó, hablándole al bebé en un tono suave, palabras sin sentido, manteniendo todo lo demás apartado y lentamente fundiéndose con el bebé, viviendo dentro de ella como ella había vivido dentro de su madre.

—Quiero ayudar —insistió Reese—. Dime cómo puedo ayudar.

—Ya tengo toda la ayuda que necesito, de Caleb —Hannah frotó distraídamente la frente de su hija con el pulgar—. Él no habla de amor. Simplemente lo hace. Lo es. El amor es ese algo que él hace mientras los demás se sientan a hablar de ello.

Reese lo comprendió perfectamente. Qué no daría ella por un amor así. ¿Cambiaría su futuro? ¿Estaría dispuesta a alterar sus planes? ¿Dispuesta a

someterse a otra clase de repudio?

Hannah no paró de susurrarle al bebé hasta que terminó de comer. Después se levantó y se dirigió, descalza, hacia las escaleras.

—Voy a acostar a Sarah —anunció—. Buenas noches a todos —añadió algo en alemán, dirigido a Asa, pero él no reaccionó. Después subió las escaleras, el único sonido, el crujir de la madera bajo sus pies.

Asa cerró el libro con un fuerte golpe y se levantó, saliendo por la puerta trasera. Caleb lo siguió, y Reese les oyó hablar en un tono tenso y acelerado.

—¿Qué estás leyendo? —le preguntó a Jonah, esperando distraerle y borrar ese gesto de preocupación de su cara.

El niño sujetó el libro en alto: *Theodore Boone: el activista*.

—Domenico me dio algunos libros más de estos, de John Grisham, cuando supo lo mucho que me gustaban.

—Eso está muy bien. Domenico opina que eres un gran tipo.

Asa soltó algo en alemán, en tono elevado, y Jonah dio un respingo. Su rostro palideció, su expresión se volvió pétrea.

Reese se sintió ahogada por la emoción.

—¿Qué tal va tu brazo?

—Tengo que practicar más —Jonah se encogió de hombros—. El abuelo opina que el brazo robótico es demasiado moderno. Caleb y él están discutiendo todo el rato.

—Siento eso también. ¿Tú crees que es demasiado moderno?

—No soy más que un niño —de nuevo se encogió de hombros—. No tengo opinión.

Se inclinó hacia delante y, poniendo toda su concentración en ello, agarró el asa de la lámpara de gas y la levantó.

—Oye, eso está muy bien —lo elogió Reese—. Yo opino que, si te gusta, deberías seguir practicando.

—Sí, de acuerdo. Voy arriba a terminar mi libro. Buenas noches, Reese.

Ella le acarició la cabeza y le besó la coronilla, respirando el olor del muchacho, que le recordó a hojas secas y cachorritos. Jonah echó a andar hacia las escaleras con Jubilee pisándole los talones.

Encontró a Caleb, solo, en el patio oscuro.

—Estás ocupándote de demasiadas cosas —Reese le tocó un brazo—. Quiero ayudar.

—Nos has sido de una gran ayuda —contestó él—, de muchas maneras. Pero ahora, con Hannah y el bebé, es demasiado. Será mejor que te alejes de aquí,

Reese.

—¿De qué hablas? —el corazón de Reese falló un latido—. ¿Crees que esto ha sido por mi culpa?

—Tú no tienes la culpa de nada. Yo soy el causante. Me enganché tanto a ti y las maneras inglesas que fallé a mi propia familia.

—Por Dios, tú no le has fallado a nadie ni a nada. Si no fuera por ti...

—Reese, entiendo lo que quieres decir. Yo quise creer que nuestras vidas podrían ser diferentes. Sin embargo no es más que un sueño. Será mejor que aceptemos que todo ha terminado.

—Yo no quiero que termine. Te echo mucho de menos —susurró ella mientras se ponía de puntillas para besarlo.

Caleb estaba rígido y dubitativo, ya empezaba a distanciarse.

—¿Caleb? ¿Qué sucede?

—Tenemos que dejarlo —contestó con voz tranquila y firme—. Nunca deberíamos haber empezado... esto.

—¿Es por lo que le ha sucedido a Hannah? —preguntó Reese casi sin aliento.

—Es por todo. Pero sí, eso ha sido el catalizador. La llamada de alerta.

—¿Qué tiene que ver nuestra relación con la situación de Hannah? —preguntó ella mientras sentía desgarrarse su corazón.

—Tenía un deber para con Hannah. Un deber para con mi hermano. Y fallé.

—¿Por culpa de lo nuestro?

—Por culpa mía. No hago más que pensar en ti, cuando lo que debería estar haciendo es pensar en otras cosas.

—Verás, cuando dices eso, siento que quiero que esto siga para siempre —era lo más cerca que había llegado de decirle a Caleb que lo amaba. Estaba claro, sin embargo, que él no quería oírlo. La culpa lo estaba devorando.

—Para siempre es muy rotundo —observó él.

—Eso ya lo sé —Reese hizo una pausa y dejó que Caleb asimilara las palabras, comprendiera la implicación. Ese no era el momento para mantener esa discusión—. Escucha, Hannah está maravillosamente. Y el bebé también. Y Jonah. No puedes mirarlos a la cara y seguir pensando que has fracasado.

—Vamos a considerar tanta maravilla: Jonah se pasa la vida leyendo libros que consigue de tu amigo abogado, Domenico, y escondiéndose de los otros chicos en el colegio porque se meten con él. Hannah es considerada una rarita por los trabajadores sociales del condado que siguen cada uno de sus pasos, hasta cuando sale a tender la ropa.

—Eso es algo temporal. Suponiendo que tome buenas decisiones para el bebé,

y de momento parece que lo está haciendo, el seguimiento concluirá. Y entonces tú y yo...

—No podemos compartir el mismo futuro. No es posible. Nunca perteneceremos al mismo mundo, al mismo tiempo, y resulta demasiado doloroso intentar lo contrario.

Un fuerte dolor se instaló en el pecho de Reese. Perderlo sería como perder una parte de sí misma.

—Lo que resulta doloroso es que me apartes de tu lado.

Caleb contempló el oscurecido paisaje a su alrededor.

—Aquí es donde yo pertenezco.

—Y yo nunca podré formar parte de esto —la horrible verdad caló hondo en Reese.

—Lo siento. Esto va a ponerse cada vez más difícil, Reese. Me debo a los hijos de mi hermano, ya ahora también al bebé. En una ocasión dijiste que querías vivir una gran pasión. Una gran vida. Y eso es precisamente lo que te mereces. Te mereces todo lo que yo no puedo darte. Te mereces todas las oportunidades del mundo, aquí o en cualquier otro lugar. Yo no haría más que retenerte.

La brisa nocturna apartó las nubes y un rayo de luna aterrizó en el patio. Reese veía el rostro de Caleb a la suave luz, el brillo en sus ojos, ese rostro que tanto adoraba. «Esos labios», pensó. Nunca más los sentiría, nunca más respiraría su olor. Quería estar con él de todos los modos posibles, sentir su peso sobre ella, su cálido aliento en la oreja.

—Siempre me sentiré agradecido por haberte conocido, Reese. Por que me hayas permitido entrar en tu corazón.

«Pues entonces quédate allí».

Era domingo de iglesia y, por el bien de Jonah, Caleb había aguantado el monótono sermón de apertura, el sermón principal, los himnos impresos en el Ausbund. Intentó olvidar el día en que el nombre de Hannah fue anunciado para que todos supieran que debían rechazarla para así evitar caer en pecado.

La expresión de dolor y vergüenza en el rostro de la joven todavía le atormentaba, le hacía cuestionarse la promesa hecha a su hermano. John, desde luego, no habría querido aquello para Hannah. Lo gracioso era que ella siempre había sido una buena chica amish, aceptando el bautismo, practicando las maneras sencillas como si se sintiera llamada a hacerlo. Incluso sin el consejo de

una madre, había abrazado los ideales apreciados por la gente de Middle Grove.

Regresó a la casa y fue recibido por Jubilee, que agitaba el rabo.

—¿Dónde están las chicas? —le preguntó a la perra—. Hannah, ¿estás aquí? —miró por el pasillo antes de dirigirse a la habitación de su sobrina.

La cesta del mercado no estaba, ni tampoco la ropa que solía colgar de la pared. La quietud y ausencia de efectos personales alertaron a Caleb sobre la innegable certeza. Un viejo recuerdo asomó a su mente, de cuando él era niño, de la habitación vacía de su madre tras su marcha.

Una helada bola de hielo le encogió el estómago. ¿Dónde podría haber ido Hannah? ¿En busca de Reese? Lo dudaba. Reese la habría llevado de vuelta a Middle Grove. A pesar de la dolorosa despedida, sabía que Reese no era rencorosa.

Corrió escaleras abajo y siguió corriendo hasta el establo de los caballos. Minutos después se dirigía por la carretera a la ciudad, llevando a Morgan a galope. No había autobús en la parada del cruce los domingos, de modo que supuso que Hannah intentaría llegar hasta la estación misma, una larga caminata, pero tres cuartos de hora de servicio religioso le había concedido tiempo de sobra.

Ató al caballo frente a la tienda, repleta de turistas dominicales. Ningún amish estaba trabajando, pero el señor Jolly era inglés, y amigo, sobre todo desde que las colchas de Hannah eran tan demandadas.

—Necesito que me prestes tu coche —le anunció Caleb—. Es urgente.

Intentó no sucumbir al pánico mientras conducía a la estación de Martz, a ocho kilómetros del cruce. Había unos cuantos autobuses aparcados en sus dársenas, su destino reflejado en el rótulo: Filadelfia, Newark, Allentown. Caleb se paseó entre los bancos de plástico en la sala de espera, pero no vio a Hannah. A lo mejor ya había tomado un autobús.

Se acercó a una puerta con un rótulo que rezaba, «solo pasajeros».

—El billete, por favor —le pidió un asistente.

—No voy a viajar. Estoy buscando a alguien —contestó Caleb—. Una mujer joven con un bebé.

—Lo siento, no puedo dejarle pasar sin billete.

Caleb se giró en redondo con la intención de comprar un billete, y casi chocó con la mujer que estaba detrás de él. No le dijo nada, pero sí señaló hacia los aseos del otro extremo de la sala. Al acercarse a la puerta oyó el berrido de Sarah, tan típico de cuando tenía hambre. La bola de hielo de su estómago se derritió.

—Hannah —llamó mientras se dirigía al aseo. Aunque estaba marcado «señoras», a Caleb no le importó. Su sobrina estaba junto a un cambiador articulado de plástico, sujetando el pañal limpio del bebé—. Hannah, ¿qué pretendes hacer? Casi me muero del susto al llegar a casa y encontrarla vacía.

Ella palideció, pero no se detuvo, envolviendo a Sarah y tomándola en brazos.

—No voy a volver a casa —contestó tranquilamente.

—No tienes elección.

La mujer que le había advertido entró en los aseos.

—¿Va todo bien aquí?

Caleb contuvo la respiración. Hannah podría armar un gran jaleo si le decía a la mujer que no deseaba irse con Caleb. Los amish fugados no eran raros en la zona, y la gente solía estar pendiente.

Hannah miró a Caleb, que leyó claramente sus pensamientos en su mirada.

—No lo hagas —le pidió en alemán—. Si la trabajadora social lo descubre, podrías perder a Sarah para siempre.

Ella pareció dudar unos segundos antes de volverse hacia la mujer.

—Todo va bien —le aseguró.

—Ven y siéntate —Caleb tomó el cesto y abandonaron los aseos. Al pasar, asintió a modo de agradecimiento a la mujer y condujo a Hannah hasta un banco aislado—. Huir no es la solución —le aseguró.

—Es la única solución —afirmó Hannah—. Me voy a Sarasota.

Donde vivía la madre de Caleb. Hannah ni siquiera la conocía, pero había oído hablar del Sarasota Express, un servicio de autobús muy popular entre los amish.

—No puedes —insistió él—. Si contravienes la orden del juez...

—¿Qué? ¿Será peor que el rechazo? ¿Peor que tener que oír a los Graber decirme lo mala que soy por no querer casarme con Aaron? —abrazó al bebé contra el pecho, cerrando las manos en torno al cuerpecillo—. No puedo quedarme en Middle Grove. Lo mejor será que Sarah y yo simplemente desaparezcamos.

Caleb no podía culparla por querer huir. Observó su rostro, tan dulce y joven, la viva imagen de su madre. Había sufrido el dolor del rechazo y las visitas entrometidas de los trabajadores sociales. Se sentía fatal por no poder aliviar un poco su carga.

—Lo siento, *liebling*. Ha sido muy duro, ¿eh? Y has sido muy valiente y fuerte. Eres una madre estupenda para Sarah.

—Yo no soy fuerte —negó ella—. No soy valiente. Estoy asustada todo el

tiempo, y lo único que quiero es desaparecer —sus delicadas manos temblaban mientras colocaba al bebé en su brazo y le miraba la cara—. No quiero ser sencilla —anunció—. No creo que haya querido serlo nunca.

Caleb sintió un sobresalto. Nunca le había oído hablar sobre el tema. Había asumido que estaba contenta en Middle Grove, hija de sus padres hasta la médula. Había aceptado el bautismo.

—Esa es una afirmación muy seria —le advirtió.

—Es un deseo muy serio —contestó ella, sin dejar de contemplar el rostro de su hija.

Cuando regresó a su casa, Caleb aterrizó en medio de un caos. Acercó el coche del señor Jolly hasta la casa para que se bajaran Hannah y el bebé. Su intención era devolvérselo de inmediato a su dueño, pero mientras ayudaba a Hannah a subir las escaleras del porche, oyó gritos.

—Siéntate —le indicó a su sobrina—. Enseguida vuelvo.

En el granero había una calesa medio inclinada. El caballo caminaba agitado en el corral. Asa estaba con Jonah, gritándole algo. Jubilee saltaba a su alrededor, ladrando.

Según se iba acercando, oía a su padre regañando a Jonah en alemán.

—... hacer algo tan descuidado. El eje delantero está roto, por tu culpa.

—Ya te he dicho que lo siento —contestó Jonah.

—Sentirlo no arreglará la calesa. ¡Descuidado! Y en el día del Señor. Ven aquí, muchacho.

El tono y las palabras desenterraron profundos recuerdos en Caleb. Y el suave sonido de la correa de cuero le hizo echar a correr. Rojo de ira, Asa alzaba la correa mientras avanzaba hacia Jonah.

Caleb se la quitó de la mano a su padre y la arrojó tan lejos como pudo.

—Esto se ha acabado —anunció—. Aléjate del chico.

—Es lo bastante mayor para conducir la calesa, es lo bastante mayor para aceptar su castigo como un hombre.

Caleb tuvo otro recuerdo, no de Jonah sino de él mismo, joven y acobardado, su hermano mayor irrumpiendo y quitándole el arma a su padre. ¿Qué era? El mango de un rastrillo, recordó. Lo había hecho John años atrás. John había hecho frente a su padre para proteger a Caleb.

Sosteniendo la ardiente mirada de su padre, Caleb se dirigió a Jonah.

—Vete a casa y ayuda a tu hermana —le dijo con calma—. Ahora.

Jonah se marchó a toda prisa, la perra pisándole los talones. Asa miró furioso a Caleb.

—El chico insistió en conducir la calesa y, a pesar de que se lo advertí, tomó la curva demasiado rápida. Tiene que aprender, y tú eres demasiado blando para enseñarle.

Caleb se esforzó por no perder la calma. Reese había querido conocer la verdadera razón por la que la había apartado de su lado. No era porque supusiera una distracción demasiado grande, sino porque aquella era su vida. ¿Cómo podía pensar en llevar a alguien a un mundo como ese?

—De ti no aprenderá nada más que crueldad y miedo —contestó.

—Tonterías. Es lo bastante mayor para aceptar las consecuencias de su desobediencia y descuido. Así me criaron a mí, y a mis antepasados, y a toda nuestra hermandad.

—Eso no te lo discutiré —le aseguró Caleb—. Tu hermandad...

—Es la que mantiene nuestra comunidad fuerte —Asa echó un vistazo a la calesa rota—. La sumisión y obediencia nos permite vivir en nuestra fe, y nuestras maneras deben ser preservadas. La disciplina es la manera que tenemos de proteger nuestra fe, de mantener cerca a la familia, y prepararnos para el cielo.

—Tu hermandad vuelve la espalda cuando hombres como tú son crueles con niños pequeños. Eso no te prepara para el cielo. Si algo hace es prepararte a ti para la condena eterna.

Asa despreció la observación con una sacudida de la mano.

—Lo cruel es que arriesgues su salvación trayendo el mundo moderno a nuestra casa. Ese brazo es una abominación.

—Ese brazo le permite a Jonah vivir una vida normal —contestó Caleb—. Tú puedes darle la espalda al mundo, pero yo no, y tampoco lo harán Jonah o Hannah.

—He debido ser demasiado blando contigo, porque de lo contrario no me hablarías tan irrespetuosamente. Ojalá te hubiera enseñado mejor a ser humilde y respetar nuestras tradiciones...

—Casi destrozaste a John con tus «enseñanzas» —le espetó Caleb—. ¿O ya has olvidado que intentó suicidarse?

—Yo no hice que tu hermano saltara de ese puente —protestó Asa—. Eso fue obra del demonio, y un milagro de Dios que sobreviviera y abrazara la fe. Déjame a Jonah y él también entrará en razón.

—Jonah es mi preocupación. No permitiré que lo maltrates. No permitiré que

lo vuelvas tan loco que intente matarse a sí mismo como hizo John.

Asa dio un respingo y su mirada brilló cargada de ira.

—Tú no tienes nada que decir al respecto. Soy el tutor de Jonah, y ejerceré mis derechos.

—He estado estudiando sobre custodias —Caleb se adentró en el oscuro granero y se dirigió a su despacho, formado por un escritorio y una lámpara.

Tomó una hoja impresa y comenzó a leer:

—«*Es responsabilidad del tutor asegurar la seguridad y el bienestar del menor*».

Dejó la hoja de nuevo sobre la mesa.

—Le estás fallando a Jonah.

—Lo que estoy haciendo es empezar a educarlo. Sabes bien que nosotros no acudimos a los juzgados, pero, si me obligas, lo haré.

—Pues considérate obligado, entonces. Adelante.

—Acudiré al juez. Yo soy el tutor legal de esos niños, no tú. Y decreto que obedecerán mis reglas, no las tuyas.

Caleb aceptó el desafío.

—Haz lo que tengas que hacer. Y yo haré lo mismo —Caleb mostró los papeles del juzgado que Domenico le había proporcionado—. No iba a sacar este tema en domingo, pero será mejor que lo sepas. Voy a pedir la custodia. Puedes intentar luchar contra esto, pero no ganarás.

—Esto es horrible, robarme a esos niños, a su propio abuelo. Te lo prohíbo.

—No podrás detenerme —el abogado no se había mostrado tan seguro, pero Caleb esperaba que el caso no acabara ante un juez.

Por algún motivo, recordó el día que lo habían parado en la carretera por exceso de velocidad, cuando Reese le había aconsejado que se inventara una historia para evitar ser multado. Le había contestado que no iba a mentir. Pero en esos momentos comprendía que había estado viviendo una mentira durante años. No podía mentir para evitar una multa, pero sí para evitar una vida que no deseaba vivir.

Su padre le dio un manotazo a los documentos, esparciéndolos por el suelo. Era, seguramente, lo más parecido a aceptar una derrota.

—Eres igual que tu madre.

—No, no lo soy. John era como nuestra madre. Y era demasiado bueno para este mundo.

—No puedes llevarte a sus hijos de su hogar familiar. Él quería que fueran criados en la sencillez.

—Lo que él quería era que fueran criados en una casa llena de amor. Y lo serán.

—Si te marchas, no tendrás ninguna posibilidad de entrar en el cielo —el rostro de Asa estaba moteado de manchas rojas, los ojos entornados y pétreos—. Irás al infierno. Tú piénsalo.

—Ya estoy en el infierno —contestó Caleb mientras se disponía a arreglar la calesa.

A la mañana siguiente, Caleb reunió el resto de sus pertenencias. Hannah y Jonah ya estaban en el taxi, esperando frente a la casa.

Echó un vistazo a la cocina, oscura y silenciosa, salvo por el incesante tictac del reloj de pared. Se sentía como un hombre sin lugar en el mundo. Su hermano había sido asesinado por forasteros, y él estaba a punto de convertirse en uno de ellos también.

Apenas había dormido durante la noche, su mente llena de preguntas y dudas. Lo que Asa había dicho era verdad, John había querido que sus hijos fueran criados como sencillos. Pero en su corazón Caleb sabía que, por encima de cualquier cosa, John habría querido que los chicos fueran felices. Quizás el mejor modo de honrar a su hermano fuera liberando a los niños y permitiéndoles elegir su propio camino. Vivir en la sencillez debería producir felicidad, no sentirse como una carga.

Mientras guardaba sus pertenencias en una mochila, poco antes del amanecer, había tropezado con un *Himmelsbrief*, la carta del cielo, un libro que había pertenecido a su hermano. De niño, Caleb solía ver a su hermano levantado hasta tarde estudiando, el rostro bañado en la luz de la lámpara.

—Me enfadé tanto contigo cuando intentaste suicidarte, John. Te grité, quise saber cómo podías abandonarme. Ahora lo entiendo. Y, sinceramente, siempre fuiste mi héroe —había susurrado, repasando los papeles metidos entre las páginas del libro.

Eran páginas con listas de verbos, declinaciones y laboriosas prácticas de caligrafía:

Quienquiera que lleve este libro consigo está a salvo de todos sus enemigos, visibles o invisibles; y quienquiera que tenga este libro encima no morirá sin la sagrada forma de Jesucristo, ni se ahogará en ningún agua, ni arderá en ningún fuego, ni sufrirá ninguna injusticia. Que así sea.

Sobre la página manuscrita había un dibujo de un cohete espacial atravesando las nubes en dirección al cielo. Caleb se guardó la hoja en un bolsillo de la mochila.

El sonido de pisadas lo devolvió al presente. Su padre entró en la cocina, luciendo su ropa de trabajo y una expresión arisca.

—Estás haciendo algo terrible —le advirtió—. Vivirás para lamentarlo.

Caleb respiró hondo. Era la manera amish de perdonar y dejar marchar.

—Te perdono —respondió.

Su padre estampó las manos sobre la mesa de la cocina.

—¿Y qué crees que necesito que me perdones?

Llevaría horas enumerarlo todo.

—Te perdono las palizas y humillaciones, las palabras duras y el aislamiento. Solo tú en tu corazón sabes qué te llevó a tratar a tu esposa y a tus hijos de ese modo. Jamás comprenderé tu crueldad, pero te perdono. Y ahora te dejo marchar —dejó una tarjeta sobre la mesa—. Aquí podrás encontrarme. Adiós, Asa Stoltz.

Asa le dio la espalda, y Caleb salió por la puerta, a un brillante día de otoño. Levantó la mirada al cielo, tan azul en esa mañana que le dolieron los ojos. El plateado destello de un avión sobrevoló en lo alto.

Capítulo 23

Reese había descubierto que la jardinería la ayudaba a pensar. Con las manos en la tierra y el sol en la espalda, dejó vagar la mente. Después de horas en el hospital o la clínica, inclinada sobre informes o viendo pacientes, el agotador trabajo físico la ayudaba a aclarar la mente. A veces se implicaba demasiado en su trabajo. La relación médico-paciente era como un torpe baile entre la distancia y la intimidad, y aún no dominaba los pasos. Conocer el historial médico de una persona no era lo mismo que conocer su historia personal. Pero, cuando se conocían los detalles de los hábitos sexuales de alguien, seguramente se sabía más de ese alguien que su familia más próxima.

El crepitante otoño se ajustaba a su estado de ánimo, dinámico y brillante. Aunque las verduras, frutas y flores ya habían sido cosechadas, había mucho trabajo que hacer en el jardín. Hundió un rastrillo de hierro en la tierra, arrancando los restos fibrosos de las plantas de calabaza y las tomateras. Tras ahuecar una fracción de tierra, añadió abono de una carretilla, aspirando el húmedo y fecundo aroma de la tierra.

Mientras trabajaba, una sombra la cubrió por detrás. Reese se irguió y se volvió, recibiendo una sacudida de sorpresa.

—¡Papá! ¿Qué haces aquí?

—Tenía ganas de ver a mi niña —su padre sonrió—, así que salté al coche y conduje hasta aquí.

—Eso es... vaya tan poco propio de ti —ella se quitó los guantes y lo abrazó—. Estoy hecha un asco —se excusó.

—Tienes un aspecto estupendo.

—Tú también —su padre estaba tan atractivo y delgado como siempre, con sus vaqueros y la sudadera de Princeton—. ¿Dónde está mamá?

—Estaba ocupada —él se encogió de hombros—. Una gala benéfica. Yo me he escabullido —tomó el rastrillo—. ¿Puedo ayudar?

—¿Quién eres y qué has hecho con mi padre? —Reese lo miró con expresión de sospecha.

—De acuerdo. Me lo merezco —Hector agarró el rastrillo y atacó un bancal de plantas de pepino.

Ella lo observó durante un momento, antes de colocarse a su lado para recoger los restos y echarlos a un cubo para la compostera.

—Te he echado de menos —reconoció sin interrumpir el ritmo de su trabajo—. Y a mamá. Más de lo que os imagináis. Ojalá estuvierais más presentes en mi vida.

—Nosotros pensamos igual, nena —contestó él—. No sigamos haciéndolo.

Mientras trabajaban codo con codo, ella le habló de su trabajo, de la sucesión cambiante de pacientes que veía en cada turno, de los momentos de éxito y los horribles fracasos, del estudio sobre el asma que empezaba a tomar forma y estaba siendo revisado con vistas a recibir financiación. Y le habló de su vida, de aprender a bordar y preparar mermelada, de su voluntariado con trabajadores migrantes en el Latino Living Center.

—Entonces está bien. Este programa de residencia.

Reese se mantuvo en silencio, aplanando el abono sobre la tierra. Por primera vez sentía que estaba viviendo su propia vida y tomando decisiones para ella misma, no para agradar a sus padres o cumplir con las expectativas de otra persona. Era una sensación potente, liberadora, pero había desafíos. Sin los consejos de sus padres, estaba sola, y a veces sentía dudas.

—Ha surgido otra opción, un nuevo programa en medicina pediátrica en California.

Su padre escuchó en silencio mientras ella le detallaba la situación.

—¿Y es algo que tú quieres?

—Esperaba que dijeras «deberías», o «por supuesto que lo harás», o... —ella sonrió.

—¿Eso hago yo?

—Bastante, sí. Gracias por no hacerlo ahora.

De nuevo se instaló el silencio entre ellos.

—¿Y tu amigo Caleb? —preguntó él.

Su amigo. No era capaz de hablar de él sin sentir un profundo dolor. No era su amigo. No era nada, y la sensación era terriblemente mala. En lugar de pasar página a ese capítulo de su vida, lo echaba de menos cada vez más. Recordó mirarlo a los ojos y ver todo su mundo en ellos, en él, en la profunda y dulce conexión que compartían.

Semanas después de haberse despedido, se le había retrasado el periodo. Durante un fugaz momento se había sentido feliz, imaginándose acudiendo a Middle Grove para comunicarle que estaba embarazada. Eso, por supuesto, también le había generado oleadas de pánico, seguidas de una prueba. Cuando el test de embarazo resultó negativo, se había sentido aliviada. Más o menos. Aunque no del todo.

Durante mucho tiempo había luchado contra el nuevo mundo que Caleb le había mostrado. Una parte de ella seguía enganchada con su trabajo y sus padres. El incidente con Hannah había enfrentado bruscamente el mundo de Caleb contra el suyo, destruyendo la seguridad del mundo que ella creía habitar.

—Aún no estoy preparada para hablar de eso —contestó.

Su padre se limitó a asentir y siguió trabajando. Tras pasar toda su vida organizando y ejecutando los planes, Reese estaba preparada para hacer algo diferente. Algo espontáneo. Reconectar con su padre era un inesperado soplo de aire fresco.

De una curiosa manera, tanto ella como Caleb habían sido conformados, y quizás dañados, por intentar estar a la altura de las expectativas de sus padres y del mundo que les rodeaba. Y de repente había descubierto su independencia y se enfrentaba a darle forma a su propio futuro. Había hecho el bien para sus pacientes, y para todos los demás, pero no para ella misma. En lo más hondo de su alma, no se imaginaba viviendo sin Caleb. Pero él se había mostrado firme en su convicción de que no había manera de seguir con ella.

Tenía gente a su alrededor, buena gente, pero las relaciones no tenían la profundidad y autenticidad que encontraba con Caleb. En ocasiones no sabía realmente por qué quería estar con él. Pero sus pensamientos volvían sistemáticamente a él. No era capaz de olvidar la expresión de su cara cuando le había dicho adiós. No podía evitar pensar que no tenía por qué ser así. Pero, cada vez que intentaba imaginar los compromisos que tendrían que hacer los dos, le parecía imposible. El tiempo para tomar una decisión sobre el programa en California se agotaba. Una oportunidad increíble. Un nuevo comienzo. Un final para el increíble, complicado, doloroso, tiempo pasado allí.

Después de que su padre se hubiera marchado, Reese entró en la casa para lavarse y quitarse la tierra de las manos y las uñas. En su habitación, su mirada se posó en el pedazo de tela de Rebecca Zook. Rebecca había bordado una sola letra, «W», y el hilo se perdía hacia la nada.

Deslizó la mano sobre la suave tela, la dobló y la colocó sobre la mesilla. Quizás algún día la terminaría.

Caleb colgó un reloj en la cocina y tocó el péndulo. El tranquilo ritmo rompió el silencio.

—¿Qué te parece, Jubilee? —le preguntó a la perra, sabiendo que la respuesta sería un golpe del rabo contra el suelo.

Se habían acomodado en las instalaciones de la granja Grantham, en la casa más grande disponible para los trabajadores. Era sencilla, pero no sencilla en el sentido amish. Los chicos y él vivían en una cabaña con electricidad y agua corriente, duchas calientes siempre que querían, y música saliendo de la radio.

—Vamos a sacar a ese holgazán de la cama y que se prepare para la escuela —siguió hablándole a la perra, abriendo la puerta de la pequeña habitación de Jonah.

Viendo al muchacho saludar a su perra con una adormilada sonrisa, Caleb no lamentó haber abandonado la comunidad. John tenía que entenderlo. Asa siempre sería Asa, nunca cambiaría. En Middle Grove, la hermandad a la que era tan leal observaría las maneras sencillas, practicaría la humildad, sería administradora de la tierra, y rechazaría todo lo que se interpusiera en el camino de la fe.

Caleb había nacido amish, y había sido criado como amish, pero su fe no era automática. No podía forzarla. Sin embargo, necesitaba encontrarla. O no. Quizás solo pretendiera vivir su vida. Quizás hubiera encontrado su propia clase de fe allí mismo, en ese instante. Era real y tangible, hecha de las cosas que podía ver y tocar, y sentir en lo más profundo del corazón, la paz y el contento que nacían de ver el estallido de sol en la mejilla de un niño justo antes de que despertara por la mañana. El sonido de una joven madre cantando una nana. La risa de un bebé mientras la perra saltaba a su alrededor. Esas eran las cosas de las que estaba hecho el mundo, bendiciones diarias, entregadas por momentos, no de homilías.

«No puedes salvarlos a todos». En ocasiones, las palabras de Reese regresaban para atormentarlo. En ocasiones, pensaba en el gran vacío en su vida, que solo ella podía llenar. Durante una de las citas de Jonah en el hospital, el niño le había preguntado a Mose por ella, verbalizando la pregunta que Caleb no se sentía capaz de formular.

—Se marcha a California —había anunciado Mose—. Le ofrecieron un programa especial que la convertirá en un médico aún mejor de lo que ya es.

Caleb sabía que había sufrido una crisis de confianza tras el incidente de

Hannah. Reese había cuestionado sus propias acciones y decisiones. Quizás ella había decidido que la vida allí no era para ella.

«No puedes salvarlos a todos».

Se sentía fatal por haberle dicho palabras tan amargas. Y no solo amargas sino equivocadas. Ojalá pudiera Reese ver a Hannah en esos momentos. Entonces lo sabría. Comprendería que su actuación la mañana en que había nacido Sarah Jane los había salvado a todos.

Mientras preparaba el desayuno, Caleb cantaba con la música de la radio. La tostadora era todo un lujo. Los mendrugos carbonizados eran ya cosa del pasado.

Jubilee soltó un ladrido de alerta, y Caleb salió al exterior. No había muchos visitantes en Grantham.

Para su estupefacción, el coche de Reese estaba aparcado en el camino de grava. Ella se bajó y echó a andar hacia él, mirándolo a los ojos como el sol naciente.

—Hola, forastero —saludó.

—Creía que te marchabas a California —dijo él.

—Creía que te quedabas en Middle Grove —contestó ella.

—Al parecer los dos nos equivocamos —el corazón de Caleb intentó salirse, latido a latido, del pecho.

Incapaz de aguantar un segundo más, la tomó en sus brazos, sorprendido por lo mucho que la deseaba. La abrazó con tanta fuerza que no había espacio para la duda, nada de nada. Ella se acurrucó contra él y levantó el rostro para besarlo con dulzura.

—Iba a decirte que necesitamos hablar —observó ella con una sonrisa que él no había visto antes, los ojos cargados de esperanza. Lentamente, ella se soltó del abrazo—. Pero puede que me limite a darte esto. Es un pedazo de tela. He estado practicando con el bordado.

Perplejo, él tomó el pedazo de tela. En los pocos segundos que le llevó desdoblarlo, pensó en lo mucho que la amaba, con cada latido de su corazón. Con un amor doloroso, sin aliento, una sensación que lo acompañaba prácticamente desde la primera vez que la había visto. Reese era un salto al vacío, y lo había sabido desde el comienzo. No sabría decir cuándo o cómo había sucedido, ese vínculo entre ambos. Había trascendido los dos mundos, uniendo sus corazones, de un modo poderoso e innegable.

Contempló el pedazo de tela que ella le había ofrecido. Había un mensaje, trabajosamente bordado en la tela: *¿Quieres casarte conmigo?*

Epílogo

No nos damos cuenta de lo maravilloso que es hoy hasta que llega mañana

Proverbio amish

El día que te abandoné en el refugio seguro, no sabía qué me depararía la vida. Eso llegó después. Llegó tras observar y escuchar, tras pensar mucho, como diría tu mamá. Llegó tras saber que contaba con el amor de Caleb y Reese, de observar su dedicación mutua, y de ver el respeto que muestran por las creencias del otro.

Se casaron en una ceremonia civil a la que asistieron los pocos amigos que no habían tomado partido en el drama. Nos mudamos a una ciudad más metida en las Pocono, cerca del hospital donde trabajaba Reese. Yo asistí a la escuela pública por primera vez en mi vida. Hannah vendía sus colchas a coleccionistas y estudiaba en la universidad comunitaria. Allí conoció a Wesley, el hombre al que llamas papá.

Reese trabajaba mucho entre granjeros y los habitantes de la ciudad, y publicaba artículos de investigaciones sobre el asma. Y tuvo dos hijos.

Como familia, vivimos aventuras, de esas con los que la comunidad amish solo podría soñar: volar en avión, ir a la playa, esquiar en las montañas. Pero la aventura más grande, te lo digo yo, es simplemente vivir.

Pasaron años hasta que supe la verdad sobre la custodia. Caleb conocía a su padre. Sabía que Asa no iba a perseguirnos fuera de los límites de Middle Grove. Pero yo siempre supe que el motivo de nuestra marcha fui yo. O si no el motivo, al menos el catalizador.

En la comunidad amish, el foco se sitúa sobre todas las cosas que yo no podía hacer por culpa del accidente. Pero hay algo curioso en la pérdida. Puede equilibrarse con una ganancia. Yo gané conexiones en el amor y el apoyo que encontré después del accidente. Cuando nos marchamos de Middle Grove, me centré en las cosas que sí podía hacer: sujetarte en mi regazo y leerte un cuento.

Correr más de seis kilómetros. Jugar al ajedrez con mi tío. Ir a la facultad de Derecho. Convertirme en abogado defensor de menores.

Tú fuiste el comienzo de todo, Sarah Jane. Abandonarte la noche en que naciste fue un acto de desesperación, un acto que aún hoy me produce escalofríos cuando me doy cuenta de todo lo que puse en peligro. Siempre recordaré aquella noche, y el lugar donde todo sucedió. Siempre conservaré ese lugar en mi corazón, un lugar en el centro mismo. Middle Grove. Y algún día, te llevaré allí. Algún día.

Siempre me sentiré agradecido de haber tenido una segunda oportunidad contigo. En la comunidad amish algunos nos contemplan, incluso ahora, como una familia caída en desgracia, pero yo no he visto caer a nadie. Reclamarte y seguir adelante fue una afirmación, y un reconocimiento de que el mundo espera. Espera a ser encontrado.

Agradecimientos

Doy gracias a Dan Mallory por estar al principio, y a Rachel Kahan por estar al final. El impresionante equipo de profesionales en William Morrow Books, Lynn Grady, Liate Stehlik, Tavia Kowalchuk, Lauren Truskowski, Kathy Gordon, por su dedicación, creatividad, energía y espíritu. Meg Ruley y Annelise Robey, de la agencia Jane Rotrosen son, como siempre, pilares de fortaleza, humor y profesionalismo. Por guiarme y a mis lectores por el laberinto de los medios, me siento profundamente agradecida a Cindy Peters.

Agradezco a mis colegas escritoras, Elsa Watson, Sheila Roberts, Lois Faye Dyer, Kate Breslin y Anjali Banerjee por leer y discutir los primeros borradores. También agradezco a Ed Aleks, un profesional del Derecho, por su ayuda técnica.

Gracias a Laura Cherkas y a Laurie McGee por la concienzuda y considerada edición, y a Marilyn Rowe por la corrección de pruebas.

Mi esposo, Jerry Gundersen, verá su nombre en esta página, y sabrá exactamente por qué le estoy tan agradecida.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

HQN™

SARAH
Autora best seller del USA TODAY
MORGAN

Atardecer
en
Central Park



"Un poco dulce y muy sexy"
—Booklist

Atardecer en Central Park

Morgan, Sarah

9788491881452

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el caos de Nueva York puede ser complicado encontrar el amor verdadero incluso aunque lo hayas tenido delante desde el principio...El amor nunca había sido una prioridad para Frankie Cole, diseñadora de jardines. Después de presenciar las repercusiones del divorcio de sus padres, había visto la destrucción que podía traer consigo una sobrecarga de emociones. El único hombre con el que se sentía cómoda era Matt, pero era algo estrictamente platónico. Ojalá hubiera podido ignorar cómo hacía que se le acelerara el corazón...Matt Walker llevaba años enamorado de Frankie, aunque sabiendo lo frágil que era bajo su vivaz fachada, siempre lo había disimulado. Sin embargo, cuando descubrió nuevos rasgos de la chica a la que conocía desde siempre, no quiso esperar ni un momento más. Sabía que Frankie tenía secretos y que los tenía bien enterrados, pero ¿podría convencerla para que le confiara su corazón y lo besara bajo el atardecer de Manhattan?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de *The New York Times*

SUSAN MALLERY

*Lo mejor
de mi
amor*



Lo mejor de mi amor

Mallery, Susan

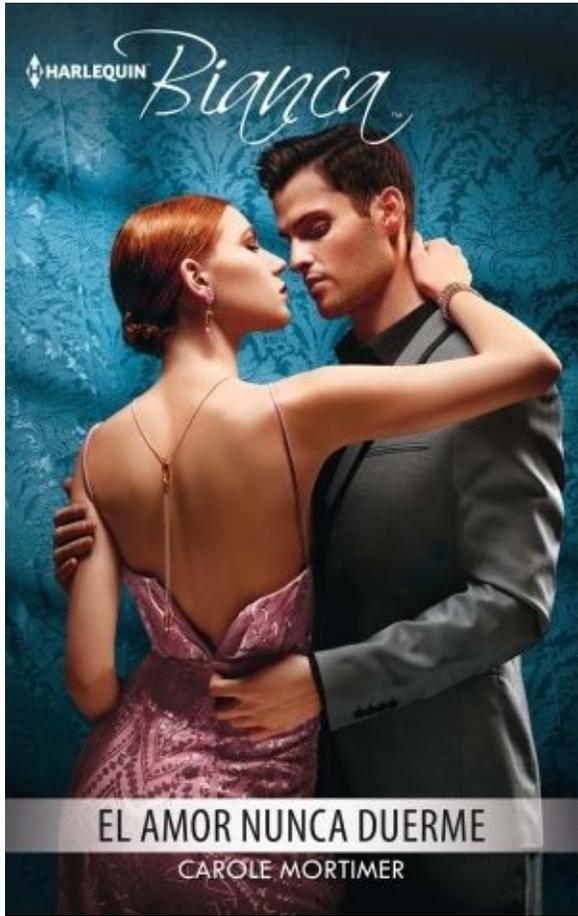
9788491881469

352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un intento de superar su doloroso pasado, Shelby Gilmore emprendió la búsqueda de una amistad masculina para convencerse de que se podía confiar en los hombres. Sin embargo, ¿en un pueblo tan pequeño como Fool's Gold dónde iba a encontrar a un tipo que estuviera dispuesto a ser solo su amigo? Aidan Mitchell se dedicaba a crear aventuras en su agencia de viajes... y, también, en las camas de las numerosas turistas que lo deseaban. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un estereotipo: el del mujeriego que solo valía para una noche, y, peor aún, de que en el pueblo todos lo sabían. Tal vez el experimento sobre la relación entre los dos sexos que Shelby quería llevar a cabo pudiera ayudarle a considerar a las mujeres como algo más que posibles conquistas. Así, sería capaz de cambiar su forma de actuar y recuperaría el respeto por sí mismo. A medida que Aidan y Shelby exploraban las vidas secretas de los hombres y las mujeres, la atracción que surgió entre ellos comenzó a alimentar los rumores en Fool's Gold. Si nadie creía que fueran solo amigos, ¡tal vez debieran darles a los cotillas un tema del que poder hablar de verdad!

[Cómpralo y empieza a leer](#)



EL AMOR NUNCA DUERME

CAROLE MORTIMER

El amor nunca duerme

Mortimer, Carole

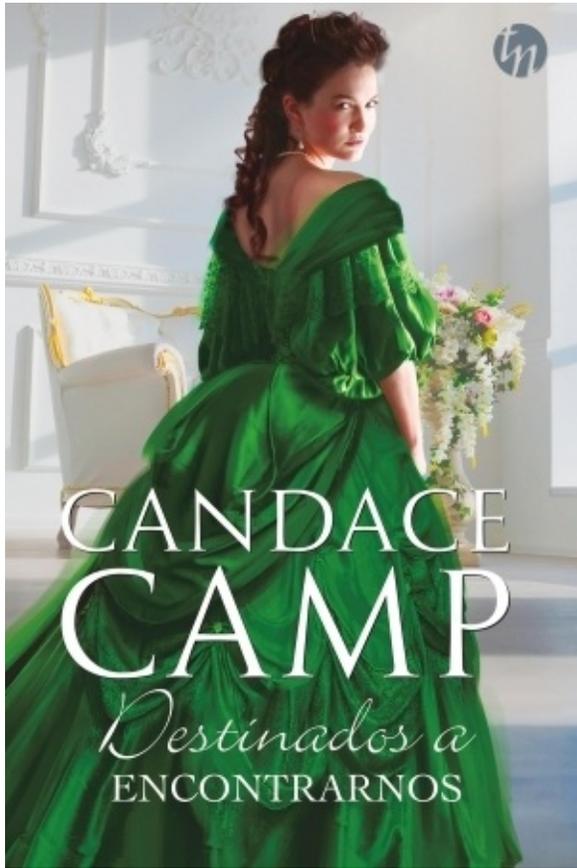
9788491881360

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Durmiendo con el enemigo...A Gregorio de la Cruz le daba igual que la inocente Lia Fairbanks lo considerara responsable de haber arruinado su vida. Sin embargo, al comprender que no iba a lograr sacarse a la ardiente pelirroja de la cabeza, decidió no descansar hasta tenerla donde quería.... ¡dispuesta y anhelante en su cama!Lia estaba decidida a no ceder ante las escandalosas exigencias de Gregorio, a pesar de cómo reaccionaba su cuerpo a la más mínima de sus caricias. Sabía que no podía fiarse de él... pero Gregorio era un hombre muy persuasivo, y Lia no tardaría en descubrir su incapacidad para resistir el sensual embate del millonario a sus sentidos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



CANDACE
CAMP
Destinados a
ENCONTRARNOS

Destinados a encontrarnos

Camp, Candace

9788413075327

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

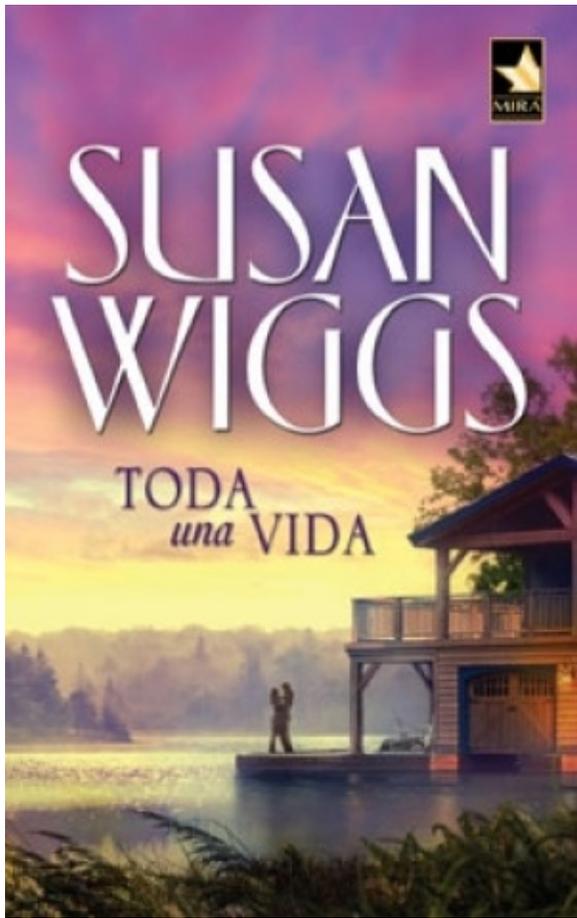
Cuando un misterioso caballero apareció ante su puerta, Alex Moreland se quedó estupefacto al descubrir que aquel desconocido no era un caballero, sino una hermosa dama disfrazada de hombre y muy necesitada de ayuda. La mujer no recordaba nada, excepto su nombre, Sabrina, y las únicas pistas que tenía para averiguar su identidad eran el contenido de sus bolsillos: un pañuelo, un reloj de bolsillo, un saquito de cuero, un pedazo de papel y un anillo de oro. Sabrina estaba segura de que estaba huyendo de alguien, o de algo, ¿cómo explicar si no los moratones de su rostro y la omnipresente sensación de miedo que la acompañaba? También tenía la certeza de que Alex podía ayudarla, y no podía negar las chispas de atracción que saltaban entre ellos. Juntos decidieron viajar al campo para resolver el misterio antes de que aquello de lo que Sabrina estaba huyendo consiguiera atraparla. "Camp nos traslada a la época perfectamente y nos involucra en la historia haciendo que nos encariñemos con unos personajes muy bien contruidos." .RT Book Reviews "Candace Camp es una reconocida escritora capaz de llegar al corazón de sus lectores una y otra vez".RT Book Reviews N.J

[Cómpralo y empieza a leer](#)



SUSAN WIGGS

TODA
una VIDA



Toda una vida

Wiggs, Susan

9788467197822

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"Nunca hay que enamorarse" era el lema de la enfermera Claire Turner. Había sido testigo de un crimen, y su única esperanza de que el asesino no la encontrara era renunciando al afecto y a las relaciones personales. "Nunca hay que darse por vencido". La última voluntad de George Bellamy era reconciliarse con su hermano. Para ello decidió viajar junto a Claire al lago Willow, donde su vida había cambiado drásticamente cincuenta años atrás. "Nunca hay que renunciar". Ross, el nieto de George, se guiaba por una devoción incondicional a su familia y por una profunda desconfianza hacia la misteriosa Claire. Los dos se enfrentaban a la inminente muerte de George, pero la magia del lago Willow iba a hacer que ambos lo arriesgaran todo por explorar nuevas emociones.

[Cómpralo y empieza a leer](#)